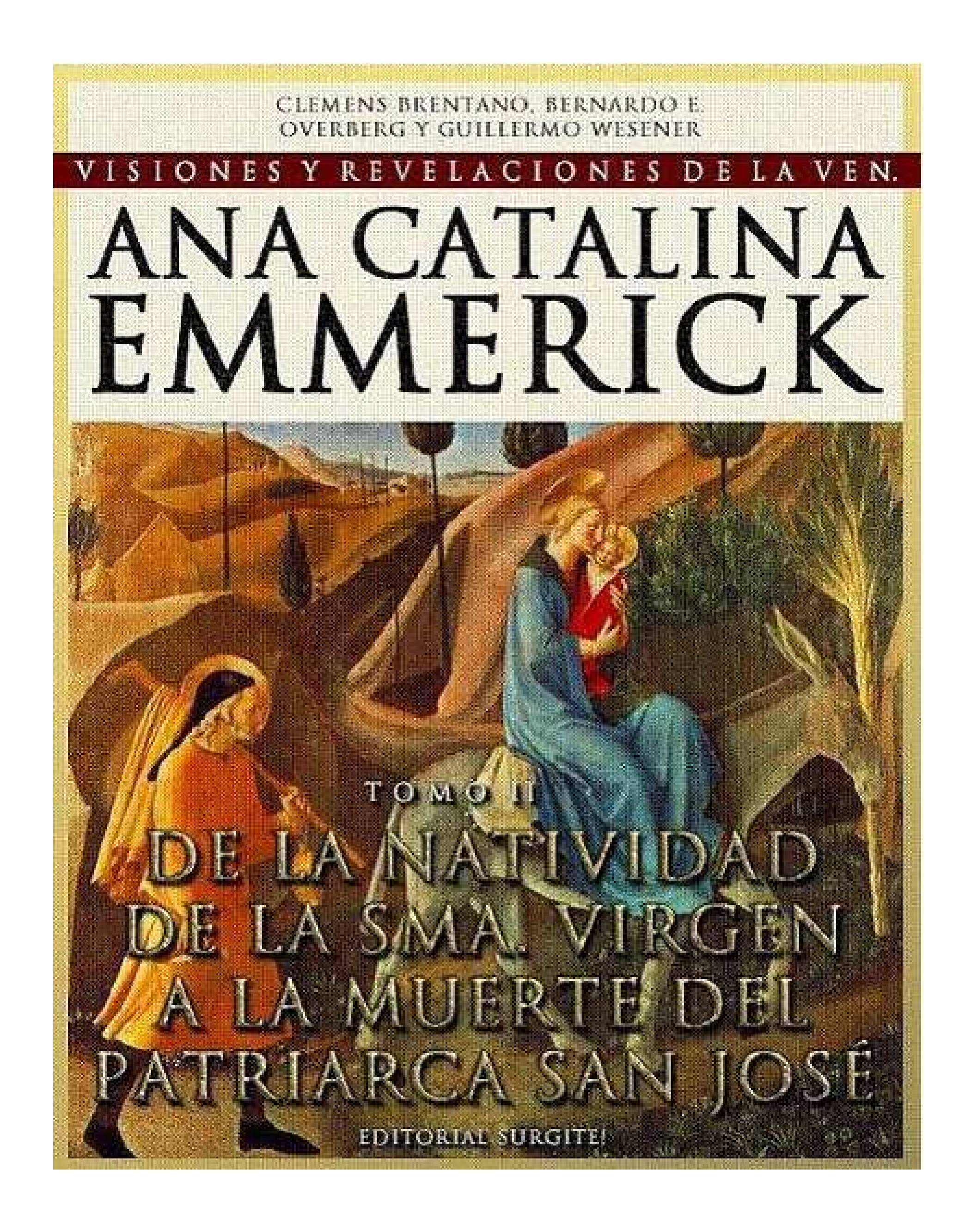
LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTÍSIMA



(Desde el nacimiento de María Santísima hasta la muerte de San José)

Según las visiones de la Ven. Ana Catalina Emmerick

INTRODUCCIÓN

Toda ponderación, toda alabanza resulta mísera voz al lado de la solemne grandeza que emana de las contemplaciones de la vida de María, la excepcional doncella predestinada desde la eternidad a ser la Madre de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. Es tal la riqueza de pormenores de sus antepasados, de su natividad, de su mística relación con el Altísimo, que el ánimo se suspende.

La vida de Nuestro Señor Jesucristo supera, sin embargo, esta maravilla que Dios se ha dignado revelarnos a través del espíritu de Ana Catalina. Los preludios y la conmoción universal que rodeó el nacimiento de Jesús, su infancia, su juventud; los actos, los milagros y las enseñanzas del Redentor; su adorable Pasión y los hechos que antecedieron y sucedieron a su Resurrección, inclusive numerosos viajes y prodigios no consignados en los Evangelios, no pueden ser imaginados ni por espíritus angélicos: sólo Dios pudo revelarlos a los hombres.

El abad de Solesmes, Dom Próspero Gueranguer, al aparecer la versión francesa de estas visiones, publicó un artículo en Le Monde, en 1860, donde expresaba: “He dicho que la vida de Jesús me ha parecido aún más extraordinaria que la amarga Pasión y la vida de la Virgen, y no dudo que esta idea sea compartida por todos aquellos que piensan en la imposibilidad en que se encontraría cualquier escritor, si tuviera que narrar, día por día, con igual interés y con la más grande verosimilitud, la vida de una persona, aún concedido que le fuera sumamente amada y grandemente estimada.

¿Y qué fuera si al mismo tiempo cuidara de ese escrito la más exacta topografía de todos los pueblos y lugares que su Héroe recorre, si descubre todas las costumbres, usos y la vestimenta en todos sus detalles, narrando los episodios pequeños y los grandes de tantos caracteres, ricos y variados, de las personas en escena, durante tres años completos y sin notarse en todo ello ni un rastro, no digo de invención, pero ni siquiera de esfuerzo en la narración de los hechos?... ¿Y qué diremos si el ordenador de semejante drama es una sencilla campesina del corazón de Europa, sin ninguna idea de las costumbres del Oriente, las cuales, sin apartarse un ápice, describe y pinta, superando el pincel de un artista y la ciencia de un arqueólogo?... Y qué pensar, finalmente, si el Héroe de esta admirable odisea no es otro que el mismo Hijo de Dios, del cual son conocidos los hechos principales por los Evangelios, quien, sin embargo, nos es mostrado aquí en los menores detalles de su vida escondida, sin que se pueda descubrir ni una sola discordancia que pudiera provenir de una débil, humilde y mortal narradora…”.

I

Los Esenios

Los antepasados de Santa Ana fueron Esenios [1]. Estos piadosísimos hombres descendían de aquellos sacerdotes que en tiempos de Moisés y Aarón tenían el encargo de llevar el Arca de la Alianza, los cuales recibieron, en tiempos de Isaías y Jeremías, ciertas reglas de vida. Al principio no eran numerosos. Más tarde vivieron en Tierra Santa reunidos en una extensión como de 48 millas de largo y 38 de ancho, y sólo más tarde se acercaron a las regiones del Jordán. Vivían principalmente en el monte Horeb y en el Carmelo. En los primeros tiempos, antes que Isaías los reuniese, vivían desparramados, entregados a la penitencia. Llevaban siempre los mismos vestidos y no los remendaban, no cambiándolos hasta que se les caían de puro viejos. Vivían en estado de matrimonio, pero con mucha pureza de costumbres. A veces, de común acuerdo, se separaban hombre y mujer, y vivían cierto tiempo entregados a la oración. Cuando comían estaban separados los hombres de las mujeres; comían primero aquéllos y cuando se alejaban los hombres, lo hacían las mujeres.

Ya desde entonces había, entre estos judíos, antepasados de Ana y de la Sagrada Familia. De ellos también derivan los llamados “hijos de profetas”.

Vivían en el desierto y en los alrededores del monte Horeb. En Egipto también he visto a muchos de ellos. Por causa de las guerras estuvieron un tiempo alejados del monte Horeb; pero fueron nuevamente recogidos por sus jefes. Los Macabeos pertenecieron también a ellos. Eran grandes veneradores de Moisés: tenían un trozo de vestido de él, que éste había dado a Aarón y que les había llegado en posesión. Era para ellos cosa sagrada, y he visto que en cierta ocasión unos quince murieron en lucha por defender este sagrado tesoro.

Los jefes de los Esenios tenían conocimiento del misterio encerrado en el Arca de la Alianza. Los que permanecían célibes formaban una agrupación aparte, una orden espiritual, y eran probados largamente durante varios años antes de ser admitidos. Los jefes de la orden los recibían por mayor o menor tiempo, según la inspiración que recibían de lo alto. Los Esenios que vivían en matrimonio observaban mucho rigor entre ellos y sus mujeres e hijos, y guardaban la misma relación, con los verdaderos Esenios, que los Terciarios Franciscanos respecto a la Orden Franciscana. Solían consultar todos sus asuntos al anciano jefe del monte Horeb. Los Esenios célibes eran de una indescriptible pureza y piedad. Llevaban blancas y largas vestiduras, que conservaban perfectamente limpias. Se ocupaban de educar a los niños. Para ser admitidos en la orden debían contar, por lo menos, catorce años de edad.

Las personas de mucha piedad eran probadas por sólo un año; los demás por dos. Vivían en perfecta pureza y no ejercían el comercio; lo que necesitaban para el sustento lo obtenían cambiando sus productos agrícolas. Si un Esenio faltaba gravemente, era arrojado

de la orden, y esta excomunión era seguida generalmente de castigo, como en el caso de Pedro con Ananías, es decir, moría. El jefe sabía por revelación divina quién había faltado gravemente. He visto que algunos debían sólo hacer penitencias: se ponían un saco muy tieso, con los brazos extendidos, que no podían doblar y el interior lleno de puntas agudas. Tenían sus cuevas en el monte Horeb. En una cueva mayor se había acomodado una sala de mimbre donde a las once reuniánse todos para la comida en común. Cada uno tenía delante un pequeño pan y un vaso. El jefe iba de uno a otro, bendiciendo los panes. Después de la refección cada uno volvía a su celda. En esa sala vi un pequeño altar, y sobre él panes bendecidos cubiertos, que luego se distribuían a los pobres. Poseían muchas palomas tan mansas que picoteaban en las manos. Comían de estas palomas, y supe que tenían algún culto religioso por medio de ellas, porque decían algo sobre las aves y las dejaban volar. De la misma manera he visto que decían algo sobre corderos, que luego dejaban vagar por el desierto.

Tres veces al año iban al templo de Jerusalén. Tenían sacerdotes entre ellos, que cuidaban de las vestiduras sagradas, a las cuales purificaban, hacían de nuevo y costeaban su hechura. Se ocupaban de agricultura, de ganadería y especialmente de cultivar huertas. El monte Horeb estaba lleno de jardines y árboles frutales, en medio de sus chozas y viviendas. Otros tejían con mimbres o paños, o bordaban y adornaban vestiduras sacerdotales. La seda no la usaban para sí: la llevaban atada al mercado y la cambiaban por productos.

En Jerusalén tenían un barrio especial para ellos y aún en el templo un lugar reservado. Los judíos comunes no congeniaban con ellos. Vi llevar al templo ofrendas como uvas de gran tamaño, que cargaban dos hombres, atravesadas en un palo. Llevaban corderos, que no eran sacrificados, sino que se dejaban correr libremente. No los he visto ofrecer sacrificio cruento. Antes de partir para el templo se preparaban con la oración, riguroso ayuno, disciplinas y otras

penitencias. Quien se acercaba al templo con pecados no satisfechos penitencialmente temía ser castigado con muerte repentina, cosa que a veces sucedía. Si en el camino a Jerusalén encontraban a un enfermo o necesitado, no proseguían su camino hasta no haber ayudado al desvalido. Los he visto juntar yerbas medicinales, preparar bebidas y curar enfermos con estos medios: les imponían las manos o se tendían con los brazos extendidos sobre los mismos enfermos. Los he visto sanar a veces a la distancia. Los enfermos que no podían acudir, mandaban algún mensajero, en el cual hacían todo lo que el enfermo verdadero necesitaba, y éste sanaba en el mismo instante.

II

Ascendientes de Santa Ana

En tiempo de los abuelos de Ana era jefe de los Esenios el anciano Arcos. Este hombre tenía visiones en la cueva de Elías, en el monte Horeb, referentes a la venida del Mesías. Sabía de qué familia debía nacer el Mesías. Cuando Arcos tenía que profetizar sobre los antepasados de Ana, veía que el tiempo se iba acercando.

Ignoraba, empero, que a veces se retardaba e interrumpía el orden por el pecado, y por cuánto tiempo era la tardanza. Sin embargo, exhortaba a la penitencia y al sacrificio. El abuelo de Ana era un Esenio que se llamaba Estolano antes de su matrimonio. Por su mujer y por las posesiones de ésta se llamó después Garesha o Sarziri. La abuela de Ana era de Mara, en el desierto, y se llamaba Moruni o Emorún, esto es, madre excelsa. Se unió con Estolano por consejo del profeta Arcos, que fue jefe de los Esenios por noventa años, y era un santo varón con quien siempre se aconsejaban antes de contraer matrimonio, para oír su palabra y acertar en la elección. Me extrañaba ver que estos santos hombres y profetas siempre profetizaban sobre descendencia de mujeres y que los antepasados de Ana y la misma Ana tenían siempre hijas mujeres. Parecía que fuera su intento religioso preparar recipientes puros, que debían dar hijos santos, como el Precursor, el Salvador, los apóstoles y los discípulos.

He visto que Emorún, antes de su casamiento, fue a consultar a Arcos. Tuvo que entrar en la sala de reunión, en el monte Horeb, en un lugar señalado y hablar, a través de una reja, con el jefe supremo, como se usa en el confesionario. Después se encaminó Arcos por muchos escalones a lo alto del monte Horeb, donde estaba la cueva de Elías. La entrada era pequeña y unas gradas llevaban hacia abajo. La cueva estaba limpia y aseada y la luz entraba en el interior por una abertura superior. He visto, contra la pared, un pequeño altar de piedra, y sobre él, la vara de Aarón y un cáliz brillante como hecho de piedra preciosa. En este cáliz estaba depositada una parte del sacramento o misterio del Arca de la Alianza. Los Esenios habían adquirido este tesoro en ocasión en que el Arca había caído en manos de los enemigos.

La vara de Aarón estaba guardada en una vaina en forma de arbolito con hojas amarillas alrededor. No podría decir si el arbolito era verdadero o sólo un trabajo artístico, como una raíz de Jessé. Cuando rezaba el superior de los Esenios, por causa de un

casamiento, tomaba la vara de Aarón en sus manos. Si la unión se refería a la genealogía de María Virgen, la vara daba un brote y éste varias floraciones con la señal de la elección. Los antepasados de Ana fueron elegidos brotes de esta genealogía, y sus hijas lo fueron por medio de estas señales, las cuales daban otros brotes cuando estaban por contraer matrimonio. Este arbolito con sus retorcidas ramas, era como el árbol genealógico, como la raíz de Jessé, mediante el cual se podía conocer, según lo que hubiera crecido, la proximidad del nacimiento de María. Había allí otros pequeños arbustos en tarros, sobre el altar, los cuales tenían significación cuando reverdecían o se agostaban. En torno de las paredes habían espacios guardados por rejillas, donde se conservaban, envueltos en seda y lana, huesos de antiguos santos varones israelitas que habían vivido y muerto en el monte y en los alrededores. También en las mismas cuevas de los Esenios vi semejantes huesos delante de los cuales rezaban, ponían flores o encendían lámparas.

Arcos se revestía al modo de los sacerdotes del templo, cuando oraba en la cueva de Elías. Su vestidura se componía de ocho partes. Primero se ponía sobre el pecho un vestido que había llevado Moisés: una especie de escapulario, que tenía una abertura para el cuello y caía en igual largo sobre el pecho y las espaldas. Sobre esto se ponía un alba blanca de seda, ceñida con un cíngulo ancho y una estola cruzada sobre el pecho que le llegaba hasta las rodillas. Luego se ponía una especie de casulla de seda blanca, que por detrás llegaba hasta el suelo, con dos campanillas en la parte inferior. Sobre el cuello llevaba una especie de corbata tiesa, cerrada por delante con botones. Su larga barba descansaba sobre esta corbata. Por último se ponía un pequeño manto brillante de seda blanca, que se cerraba por delante con tres garfios con piedras, sobre los cuales había letras o signos grabados. De ambos hombros colgaba una especie de piedras preciosas en número de seis, algunas también grabadas. En medio de la espalda había un escudo con signos y letras. En el manto se veían flecos, borlas y frutos. En el brazo llevaba un manípulo. La mitra era de seda blanca

arrollada a modo de turbante y terminada en un adorno de seda que tenía en la frente una plancha de oro con piedras preciosas.

Arcos rezaba postrado o echado sobre el suelo delante del altar. Vi que tuvo una visión en la cual vio que salía de Emorún un rosal de tres ramas. En cada rama había una rosa y la rosa de la segunda rama estaba señalada con una letra. También vio a un ángel que escribía una letra en la pared. A raíz de esto declaró Arcos a Emorún que debía casarse con el sexto pretendiente que tendría una hija, con una señal, que sería un vaso de elección de la cercana promesa. Este sexto pretendiente era Estolano. No vivieron mucho tiempo en Mara, sino que pasaron a Efrén.

He visto también a sus hijas Emerencia e Ismeria consultar al anciano Arcos, el cual les aconsejó el casamiento porque eran ellas también vasos elegidos para la próxima promesa. La mayor, Emerencia, casóse con un Levita de nombre Afras y fue madre de Isabel [2], madre, a su vez, de Juan el Bautista. Otra hija de Estolano se llamó Enué. Ismeria fue la segunda hija de Estolano y Emorún. Esta tuvo en su nacimiento la señal que dijo Arcos haber visto en la segunda rosa en su visión de Emorún. Ismeria casó con Eliud, de la tribu de Leví. Eran de condición noble y ricos de bienes. Lo he visto esto en la vasta economía de la casa. Tenían mucho ganado, pero todo parecía que lo destinaban para los pobres y no para sí mismos. Vivían en Séforis, a seis hojas lejos de Nazaret, donde poseían una heredad. Tenían una posesión en el valle de Zabulón, adonde iban en los tiempos buenos del año y donde Eliud fijó su residencia después de la muerte de su mujer Ismeria. En el mismo valle se había establecido el padre de Joaquín con su familia. La piadosa educación que había tenido Estolano y Emorún pasó a su hija Ismeria y a Eliud. La primera hija de Ismeria se llamó Sobe. Ésta se casó más tarde con Salomón, y fue la madre de María Salomé, que se casó con Zebedeo, padre de los apóstoles Santiago el Mayor y Juan. Como no llevase Sobe la señal dicha por

Arcos se contristaron mucho los padres y fueron al monte Horeb, a ver al profeta, quien les impuso oración y sacrificio, y los consoló.

Por espacio de dieciocho años no tuvieron hijos, hasta el nacimiento de Ana.

Tuvieron entonces ambos una visión nocturna. Ismeria vio a un ángel que escribía una letra en la pared, junto a su lecho. Contó esto a su marido, que había visto lo mismo, y ambos vieron la letra al despertar. Era la letra M, que Ana había traído al mundo al nacer, grabado en el bajo vientre. Los padres amaban a Ana de una manera particular. He visto a la niña Ana: no era hermosa en grado notable, pero sí más que otras niñas de su edad. No fue de ningún modo tan hermosa como lo fue María; pero era muy sencilla, inocente y piadosa. Así la he visto en todo tiempo, como joven, como madre, como anciana, de manera que cuando veo a una campesina realmente sencilla, pienso siempre: “Esta es como Ana”. Ana fue llevada a la edad de cinco años al templo, como más tarde María. Vivió doce años allí y a los diecisiete volvió a su casa. Entre tanto tuvo su madre una tercera hija, llamada Maraha, y Ana encontró a su vuelta a un hijo de su hermana mayor Sobe, llamado Eliud.

Maraha consiguió más tarde la posesión de la casa paterna, en Séforis, y fue madre de los discípulos Arastaria y Cocharia. El joven Eliud fue más tarde marido segundo de la viuda de Naíam, Maroni. Un año después enfermó Ismeria y murió. Desde el lecho de dolor hizo venir a su presencia a todos los de la casa, los exhortó y aconsejó y designó a Ana como ama de casa después de su muerte. Luego habló con Ana y le dijo que debía casarse, pues era un vaso de elección y de promesa.

III

San Joaquín y Santa Ana

Un año y medio más tarde se casó Ana con Helí o Joaquín, también por un aviso profético del anciano Arcos. Hubiera debido casar con un levita de la tribu de Aarón, como las demás de su tribu; pero por la razón dicha fue unida con Joaquín, de la tribu de David, pues María debía ser de la tribu de David. Había tenido varios pretendientes y no conocía a Joaquín; pero lo prefirió a los demás por aviso de lo alto. Joaquín era pobre de bienes y era pariente de San José. Era pequeño de estatura y delgado, era hombre de buena índole y de atrayentes maneras. Tenía, como Ana, algo de inexplicable en sí. Ambos eran perfectos israelitas y había en ellos algo que ellos mismos no conocían: un ansia y un anhelo del Mesías y una notable seriedad en su porte. Pocas veces los he visto reír, aunque no eran melancólicos ni tristes. Tenían un carácter sosegado y callado, siempre igual y aún en edad temprana llevaban la madurez de los ancianos. Fueron unidos en matrimonio en un pequeño lugar donde había une pequeña escuela. Sólo un sacerdote asistió al acto. Los casamiento eran entonces muy sencillos; los pretendientes se mostraban en general apocados; se hablaban y no pensaban en otra cosa sino que así debía ser. Decía la novia "sí", y quedaban los padres conformes; decía, en cambio, "no", teniendo sus razones, y también quedaban los padres de acuerdo. Primeramente eran los padres quienes arreglaban el asunto; a esto seguíase la conversación en la sinagoga. Los

sacerdotes rezaban en el lugar sagrado con los rollos de la ley y los parientes en el lugar acostumbrado. Los novios se hablaban en un lugar aparte sobre las condiciones y sus intenciones; luego se presentaban a los padres. Éstos hablaban con el sacerdote que salía a escucharlos, y a los pocos días se efectuaba el casamiento.

Joaquín y Ana vivían junto a Eliud, el padre de Ana. Reinaba en su casa la estricta vida y costumbre de los Esenios. La casa estaba en Séforis, aunque un tanto apartada, entre un grupo de casas, de las cuales era la más grande y notable. Allí vivieron unos siete años. Los padres de Ana eran más bien ricos; tenían mucho ganado, hermosos tapices, notable menaje y siervos y siervas. No he visto que cultivasen campos, pero sí que llevaban el ganado al pastoreo. Eran muy piadosos, reservados, caritativos, sencillos y rectos. A menudo partían sus ganados en tres partes: daban una parte al templo, adonde lo llevaban ellos mismos y que eran recibidos por los encargados del templo. La otra parte la daban a los pobres o a los parientes necesitados, de los cuales he visto que había algunos allí que los arreaban a sus casas. La tercera parte la guardaban para sus necesidades. Vivían muy modestamente y daban con facilidad lo que se les pedía. Por eso yo pensaba en mi niñez:

"El dar produce riqueza; recibe el doble de lo que da". He visto que esta tercera parte siempre se aumentaba y que muy luego estaban de nuevo con lo que habían regalado, y podían partir de nuevo su hacienda entre los demás.

Tenían muchos parientes que solían juntarse en las solemnidades del año.

No he visto en estas fiestas derroche ni exceso. Daban una parte de la comida a los pobres. No he visto verdaderos banquetes entre ellos. Cuando se encontraban juntos se sentaban en el suelo entre

tapetes, en rueda, y hablaban mucho de Dios con grandes esperanzas. A veces había entre los parientes gente no tan buena que miraba mal estas conversaciones y cómo dirigían los ojos a lo alto y al cielo. Sin embargo, con estos malos, ellos se mostraban buenos y les daban el doble. He visto que estos mal criados exigían con tumulto y pretensiones lo que Joaquín y Ana daban de buena voluntad. Si había pobres entre su familia les daban una oveja o a veces varias. En este lugar tuvo Ana su primera hija, que llamó también María. He visto a Ana llena de alegría por el nacimiento de esta niña. Era una niña muy amable; la he visto crecer robusta y fuerte, pero muy piadosa y mansa. Los padres la querían mucho. Tenían, sin embargo, una inquietud que yo no entendía bien: les parecía que ella no era la niña prometida (de la visión del profeta) que debían esperar de su unión. Tenían pena y turbación como si hubiesen faltado en algo contra Dios. Hicieron larga penitencia, vivieron separados uno de otro y aumentaron sus obras de caridad. Así permanecieron en la casa de Eliud unos siete años, lo que pude calcular en la edad de la primera niña, cuando terminaron de separarse de sus padres y vivir en el retiro para empezar de nuevo su vida matrimonial y aumentar su piedad para conseguir la bendición de Dios.

Tomaron esta resolución en casa de sus padres y Eliud les preparó las cosas necesarias para el viaje. Los ganados eran divididos, separando los bueyes, asnos y ovejas; estos animales me parecían más grandes que los de nuestro país. Sobre los asnos y bueyes fueron cargados utensilios, recipientes y vestidos. Estas gentes eran tan diestras en cargarlos, como los animales en recibir la carga que les ponían. Nosotros no somos tan capaces de cargar mercaderías sobre carros como eran diestros éstos en cargar sus animales. Tenían hermoso menaje: todos sus utensilios eran mejores y más artísticos que los nuestros. Delicados jarrones de formas elegantes, sobre los cuales había lindos grabados, eran empaquetados, llenándolos con musgo y envueltos diestramente; luego eran sujetados con una correa y colgados del lomo de los animales. Sobre las espaldas de los animales colocaban toda clase

de paquetes con vestimentas de multicolores envoltorios, mantas y frazadas bordadas de oro. Eliud les dio a los que partían una bolsita con una masa pequeña y pesada, como si fuera un pedazo de metal precioso. Cuando todo estuvo en orden acudieron siervos y siervas a reforzar la comitiva y arreaba los animales cargados delante de sí hacia la nueva vivienda, la cual se encontraba a cinco o seis horas de camino. La casa estaba situada en una colina entre el valle de Nazaret y el de Zabulón. Una avenida de terebintos bordeaba el camino hasta el lugar. Delante de la casa había un patio cerrado cuyo suelo estaba formado por una roca desnuda, rodeado por un muro de poca altura, hecho de peña viva; detrás de este muro por encima de él había un seto vivo.

En uno de los costados del patio había habitaciones de poca monta para hospedar pasajeros y guardar enseres. Había un cobertizo para encerrar el ganado y las demás bestias de carga. Todo estaba rodeado de jardines, y en medio de ellos, cerca de la casa, se levantaba un gran árbol de una especie rara; sus ramas bajaban hasta la tierra, echaban raíces y así brotaban nuevos árboles formando una tupida vegetación. Cuando llegaron los viajeros a la vivienda encontraron todo arreglado y cada cosa en su lugar, pues habían los padres enviado a algunos antes con el encargo de preparar todo lo necesario.

Los siervos y siervas habían desatado los paquetes y colocado cada cosa en su lugar. Pronto quedó todo ordenado y habiendo dejado instalados a sus hijos en la nueva casa, se despidieron de Ana y Joaquín, con besos y bendiciones, y regresaron llevándose a la pequeña María, que debía permanecer con los abuelos. En todas estas visitas y en otras ocasiones nunca los he visto comer con exceso o despilfarro. Se colocaban en rueda, teniendo cada uno, sobre la alfombra, dos platitos y dos recipientes. No hablaban generalmente en todo el tiempo sino de las cosas de Dios y de sus esperanzas en el Mesías. La puerta de la gran casa estaba en medio. Se entraba por ella a una especie de antesala, que corría

por todo lo ancho de la casa. A derecha e izquierda de la sala había pequeñas piezas separadas por biombos de juncos entretejidos, que se podían quitar o poner a voluntad. En la sala se hacían las comidas más solemnes, como se hizo cuando María fue enviada al templo.

Desde entonces comenzaron una vida completamente nueva. Queriendo sacrificar a Dios todo su pasado y haciendo como si por primera vez estuviesen reunidos, se empeñaron, desde ese instante, por medio de una vida agradable a Dios, en hacer descender sobre ellos la bendición, que era el único objeto de sus ardientes deseos. Los vi visitando sus rebaños y dividiéndolos en tres partes, siguiendo la costumbre de sus padres: una para el templo, otra para los pobres y la tercera para ellos mismos. Al templo enviaban la mejor parte; los pobres recibían un buen tercio, y la parte menos buena la reservaban para sí. Como la casa era amplia, vivían y dormían en pequeñas habitaciones separadas, donde era posible verlos a menudo en oración, cada uno por su lado, con gran devoción y fervor. Los vi vivir así durante largo tiempo. Daban muchas limosnas y cada vez que repartían sus bienes y sus rebaños, éstos se multiplicaban de nuevo rápidamente. Vivían con modestia en medio de sacrificios y renunciamientos. Los he visto vestir ropas de penitencia cuando rezaban y varias veces vi a Joaquín, mientras visitaba sus rebaños en lugares apartados, orar a Dios en la pradera. En esta vida penitente perseveraron diecinueve años después del nacimiento de su primera hija María, anhelando ardientemente la bendición prometida y su tristeza era cada día mayor. Pude ver también a algunos hombres perversos acercarse a ellos y ofenderlos, diciéndoles que debían ser muy malos para no poder tener hijos; que la niña devuelta a los padres de Ana no era suya; que Ana era estéril y que aquella niña era un engaño forjado por ella; que si así no fuera la tendrían a su lado y otras muchas cosas más. Estas detracciones aumentaban el abatimiento de Joaquín y de Ana. Tenía ésta la firme convicción interior de que se acercaba el advenimiento del Mesías y que ella pertenecía a la familia dentro de la cual debía encarnarse el

Redentor. Oraba pidiendo con ansia el cumplimiento de la promesa, y seguía aspirando, como Joaquín, hacia una pureza de vida cada vez más perfecta. La vergüenza de su esterilidad la afligía profundamente, no pudiendo mostrarse en la sinagoga sin recibir ofensas. Joaquín, a pesar se ser pequeño y delgado, era de constitución robusta. Ana tampoco era grande y su complexión, delicada: la pena la consumía de tal manera que sus mejillas estaban descarnadas, aunque bastante subidas de color. De tanto en tanto conducían sus rebaños al templo o las casas de los pobres, para darles la parte que les correspondía en el reparto, disminuyendo cada vez más la parte que solían reservarse para sí mismos.

IV

La Santa e Inmaculada Concepción de María

Cuando Joaquín, que se encontraba de nuevo entre su ganado, quiso ir de nuevo al templo para ofrecer sacrificios, le envió Ana palomas y otras aves en canastos y jaulas por medio de los siervos para que fuesen a llevárselas a la pradera. Joaquín tomó dos asnos y los cargó con tres animalitos pequeños, blancos y muy despiertos, de cuellos largos, corderos o cabritos, encerrados en cestas. Llevaba él mismo una linterna sobre su cayado: era una luz en una

calabaza vacía. Subieron al templo, guardando sus asnos en una posada, que estaba cerca del mercado. Llevaron sus ofrendas hasta los escalones más altos y pasaron por las habitaciones de los servidores del templo. Allí se reunieron los siervos de Joaquín después que les fueron tomadas las ofrendas. Entró Joaquín en la sala donde se hallaba la fuente llena de agua en la cual eran lavadas las víctimas; se dirigió por un largo corredor a otra sala a la izquierda del sitio donde estaba el altar de los perfumes, la mesa de los panes de la proposición y el candelabro de los cinco brazos. Se hallaban reunidas en aquel lugar varias personas que habían acudido para sacrificar.

Joaquín tuvo que sufrir aquí una pena muy cruel. Vi a un sacerdote, de nombre Rubén, que despreció sus ofrendas, puesto que en lugar de colocarlas junto a las otras, en lugar aparente, detrás de las rejas, a la derecha de la sala, las puso completamente de lado. Ofendió públicamente al pobre Joaquín a causa de la esterilidad de su mujer y sin dejarlo acercarse, para mayor injuria, lo relegó a un rincón. Vi entonces a Joaquín lleno de tristeza abandonar el templo y, pasando por Betania, llegar a los alrededores de Maquero. Permaneció tan triste y avergonzado que, por algún tiempo, no dio aviso del sitio donde se encontraba. La aflicción de Ana fue extraordinaria cuando le refirieron lo que le había acontecido en el templo y al ver que no volvía.

Cinco meses permaneció Joaquín oculto en el monte Hermón. He visto su oración y sus angustias. Cuando iba donde estaban sus rebaños y veía a sus corderitos, se ponía muy triste y se echaba en tierra cubriéndose el rostro.

Los siervos le preguntaban por qué se mostraba tan afligido; pero él no les decía que estaba siempre pensando en la causa de su pena: la esterilidad de su mujer. También aquí dividía su ganado en tres

partes: lo mejor lo enviaba al templo; la otra parte la recibían los esenios, y el se quedaba con la más inferior.

También Ana tuvo que sufrir mucho por la desvergüenza de una criada, que le reprochaba su esterilidad. Mucho tiempo la estuvo sufriendo hasta que la despachó de su casa. Había pedido ésta ir a una fiesta a la cual, según la rigidez de los esenios, no se podía acudir. Cuando Ana le negó el permiso ella le reprochó duramente esta negativa, diciendo que merecía ser estéril y verse abandonada de su marido por ser tan mala y tan dura. Entonces despachó Ana a la criada, y por medio de dos servidores la envió a la casa de sus padres, llenándola antes con regalos y dones, rogándoles la recibiesen de nuevo ya que no podía retenerla más consigo. Después de esto se retiró a su pieza y lloró amargamente. En la tarde del mismo día se cubrió la cabeza con un paño amplio, se envolvió toda con él y fue a ponerse bajo un gran árbol, en el patio de la casa. Encendió una lámpara y se entregó a la oración.

Permaneció aquí mucho tiempo Ana clamando a Dios y diciendo: "Si quieres, Señor, que yo quede estéril, haz que, al menos, mi piadoso esposo vuelva a mi lado". Entonces se le apareció un ángel. Venía de lo alto y se puso delante, diciéndole que pusiera en paz su corazón porque el Señor había oído su oración; que debía a la mañana siguiente ir con dos criadas a Jerusalén y que entrando en el templo, bajo la puerta dorada del lado del valle de Josafat, encontraría a Joaquín. Añadió que él estaba en camino a ese lugar, que su ofrenda sería bien recibida, y que allí sería escuchada su oración. Le dijo que también ya había estado con Joaquín, y mandóle que llevase palomas para el sacrificio, y anuncióle que el nombre de la criatura que tendría, luego lo vería escrito.

Ana dio gracias a Dios y volvió a su casa contenta. Cuando después de mucho rezar en su lecho, se quedó dormida, he visto aparecer sobre ella un resplandor que la penetraba. La he visto

avisada por una inspiración interior, despertar e incorporarse en su lecho. En ese momento vi un rostro luminoso junto a ella, que escribía con grandes letras hebreas a la derecha de su cama.

He conocido el contenido de la frase, palabra por palabra. Expresaba en resumen, que ella debía concebir; que su fruto sería único, y que la fuente de esa concepción era la bendición que había recibido Abraham. La he visto indecisa pensando como le comunicaría esto a Joaquín; pero se consoló cuando el ángel le reveló la visión de Joaquín.

Tuve entonces la explicación de la Inmaculada Concepción de María y supe que en el Arca de la Alianza había estado oculto un sacramento de la Encarnación, de la Inmaculada Concepción, un misterio de la Redención de la humanidad caída. He visto a Ana leer con admiración y temor las letras de oro y rojas brillantes de la escritura, y su gozo fue tan grande que pareció rejuvenecer cuando se levantó para dirigirse a Jerusalén. He visto, en el momento en que el ángel se acercó a ella, un resplandor bajo el corazón de Ana, y allí, un vaso iluminado. No puedo explicarlo de otro modo sino diciendo: había allí como una cuna, un tabernáculo cerrado que ahora se abría para recibir algo santísimo. No puedo expresar cómo he visto esto maravillosamente. Lo vi como si fuera la cuna de toda la humanidad renacida y redimida; lo vi como un vaso sagrado abierto, al cual se le quita el velo. Reconocí esto con toda naturalidad. Este conocimiento era a la vez natural y celestial. Ana tenía entonces, según creo, cuarenta y tres años.

V

La visión de Joaquín

He visto también la aparición del ángel a Joaquín. El ángel le mandó llevar las ofrendas al templo y le prometió que sería escuchada su oración. A pesar de que le dijo que fuera después a la puerta dorada del templo, Joaquín sentíase temeroso de ir. Pero el ángel le dijo que los sacerdotes ya tenían aviso de su visita. Esto sucedía en tiempo e la fiesta de los tabernáculos. Joaquín había levantado su choza con ayuda de sus pastores.

Al cuarto día de fiesta dirigióse a Jerusalén con numeroso ganado para el sacrificio, y se alojó en el templo. Ana, que también llegó el mismo día a Jerusalén, fue a hospedarse con la familia de Zacarías, en el mercado de los peces, y se encontró con Joaquín al finalizar las fiestas. Cuando Joaquín llegó a la entrada del templo, le salieron al encuentro dos sacerdotes, que habían recibido un aviso sobrenatural. Joaquín llevaba dos corderos y tres cabritos. Su oferta fue recibida en el lugar acostumbrado: allí mismo degolladas y quemadas las víctimas. Una parte de este sacrificio, sin embargo, fue llevaba a la derecha de la antesala y allí consumida [3]. En el centro del lugar estaba el gran sillón desde donde se enseñaba. Mientras subía el humo de la víctima, descendía un rayo de luz sobre el sacerdote y sobre Joaquín. Hubo entonces un silencio general y gran admiración. Luego vi que dos sacerdotes llevaron a Joaquín a través de las cámaras laterales, hasta el Sancta Sanctorum, ante el altar del incienso. Aquí echó el sacerdote incienso, no en granos, como era costumbre, sino una masa compacta sobre el altar [4] (era una mezcla de incienso, mirra,

casia, nardo, azafrán, canela, sal fina y otros productos y pertenecía al sacrificio diario), que se encendió. Joaquín quedó solo delante del altar del incienso, porque los sacerdotes se alejaron.

Vi a Joaquín hincado de rodillas, con los brazos levantados, mientras se consumía el incienso. Permaneció encerrado en el templo toda la noche, rezando con gran devoción. Estaba en éxtasis cuando se le acercó un rostro resplandeciente y le entregó un rollo que contenía letras luminosas. Eran los tres nombres: Melia, Anna y Miryam [5] (Diversas formas de los nombres Joaquín, Ana y María). Junto a ellos veíase la figura del Arca de la Alianza o un tabernáculo pequeño. Joaquín colocó este rollo escrito bajo sus vestidos, junto al corazón. El ángel habló entonces: "Ana tendrá una Niña inmaculada y de ella saldrá la salud del mundo. No debe lamentar Ana su esterilidad, que no es para su deshonra sino para su gloria. Lo que tendrá Ana no será de él (Joaquín) sino que por medio de él, será un fruto de Dios y la culminación de la bendición dada a Abraham". Joaquín no podía comprender esto, y el ángel lo llevó detrás del cortinado que estaba separado lo bastante para poder permanecer allí. Vi que el ángel ponía delante de los ojos de Joaquín una bola brillante como un espejo: él debía soplar sobre ella y mirar. Yo pensé que el ángel le presentaba la bola, según costumbre de nuestro país donde, en los casamientos, se presenta al sacristán. Cuando Joaquín echó su aliento sobre la bola, aparecieron diversas figuras en ella, sin empañarse en lo más mínimo. Joaquín observaba. Entendí que el ángel le decía que de esa manera Ana daría a luz, por medio de él, sin ser empañada. El ángel tomó la bola y la levantó en alto, quedando suspendida. Dentro de ella pude ver, como por una abertura, una serie de cuadros conexos que se extendían desde la caída del hombre hasta su redención. Había allí todo un mundo, donde las cosas nacían unas de otras. Tuve conocimiento de todo, pero ya no puedo dar los detalles.

En lo más alto hallábase la Santísima Trinidad; más abajo, a un lado, el Paraíso, Adán y Eva, el pecado original, la promesa a de la redención, todas las figuras que la anunciaban de antemano, Noé, el diluvio, el Arca, la bendición de Abraham, la transmisión de la bendición a su hijo Isaac, y de éste a Jacob; luego, cuando le fue retirada a Jacob por el ángel con quien luchó; cómo pasó a José en el Egipto; cómo se mostró en él y en su mujer en un grado de más alta dignidad; y cómo el don sagrado, donde reposaba la bendición, era sacado de Egipto por Moisés con las reliquias de José y se transformaba en el Santo de los Santos del Arca de la Alianza, la residencia de Dios vivo en medio de su pueblo. Vi el culto y la vida del pueblo de Dios en sus relaciones con este misterio, las disposiciones y las combinaciones para el desarrollo de la raza santa, del linaje de la Santísima Virgen, así como las figuras y los símbolos de maría y del Salvador en la historia y en los profetas. Vi esto en cuadros simbólicos dentro de la esfera luminosa. Vi grandes ciudades, torres, palacios, tronos, puertas, jardines, flores, todas estas imágenes maravillosamente unidas entre sí por puentes de luz. Todo esto era embestido por fieras y otras temibles apariciones. Estos cuadros mostraban como la raza de la Santísima Virgen, al igual que todo lo santo, había sido conducida por la gracia de Dios, a través de combates y asaltos. Recuerdo haber visto, en esta serie de cuadros, un jardín rodeado por densa valla espinosa, a través de la cual se esforzaban por pasar, en vano, una cantidad de serpientes y bestias repulsivas semejantes. Vi también una torre muy firme, asaltada por todas partes por guerreros, que luego eran precipitados desde lo alto de las murallas. Observé muchas imágenes análogas que se referían a la historia de la Virgen en sus antepasados. Los pasajes y puentes que unían el conjunto significaban la victoria obtenida sobre obstáculos e interrupciones que se oponían a la obra de la salvación. Era como si una carne inmaculada, una sangre purísima hubiesen sido puestas por Dios en medio de la humanidad, como en un río de agua turbia, y debiesen, a través de muchas penas y esfuerzos, reunir sus elementos dispersos, mientras el río trataba de atraerlas hacia sí y empañarlas; pero al final, con la gracia de Dios, de los innumerables favores y de la fiel cooperación de parte de los hombres, esto debía,

después de oscurecimientos y purificaciones, subsistir en un río que renovaba sus aguas sin cesar, y elevarse fuera del río bajo la forma de la Santísima Virgen, de la cual nació el Verbo, hecho carne, que habitó entre nosotros.

Entre las imágenes que contemplé en la esfera luminosa había muchas que están mencionadas en las letanías de la Virgen: las veo, las comparo, las comprendo y las voy considerando con profunda veneración cuando recito las letanías. Más tarde se desarrollaban en estos cuadros hasta el perfecto cumplimiento de la obra de la divina Misericordia con la humanidad, caída en una división y en un desgarramiento infinitos. Por el costado del globo luminoso opuesto al Paraíso, llegaban los cuadros hasta la Jerusalén celestial [6], a los pies del trono de Dios.

Cuando hube visto todo, desvaneciéndose el globo resplandeciente, que no era sino la misma sucesión de cuadros que partiendo de un punto volvían todos a él luego de haber formado un círculo de luz. Creo que fue una revelación hecha a Joaquín por los ángeles, bajo la forma de una visión, de la cual tuve yo también conocimiento. Cuando recibo una comunicación de esta clase se me aparece siempre dentro de una esfera luminosa.

VI

Joaquín recibe el misterio del Arca de la Alianza

Tomó el ángel, sin abrir la puerta del Arca, algo de dentro. Era el misterio del Arca de la Alianza, el sacramento de la Encarnación, de la Inmaculada Concepción, el cumplimiento y la culminación de la bendición de Abraham. He visto como un cuerpo luminoso este misterio del Arca. El ángel ungió o bendijo con la punta del pulgar y del índice la frente de Joaquín; luego pasó el cuerpo luminoso bajo el vestido de Joaquín, desde donde, no sé decir cómo, penetró dentro de él mismo. También le dio a beber algo de un vaso o cáliz brillante que sostenía por debajo con sus dos dedos. Este cáliz tenía la forma del cáliz de la Última Cena, pero sin pie, y Joaquín debió conservarlo para sí y llevarlo a su casa. Entendí que el ángel le mandó a Joaquín que conservase el misterio, y entendí, entonces, por qué Zacarías, padre del Bautista, quedó mudo después de haber recibido la bendición y la promesa de tener hijo de Isabel, bendición y promesa que venían del misterio del Arca de la Alianza. Sólo más tarde fue echado en menos el misterio del Arca por los sacerdotes del templo. Desde entonces se extraviaron del todo y se volvieron farisaicos. El ángel sacó a Joaquín del Sancta Sanctorum y desapareció. Joaquín permaneció tendido en el suelo rígido y fuera de sí.

Vi que luego llegaron los sacerdotes y sacaron de allí reverentemente a Joaquín y lo sentaron en un sillón, sobre unas gradas, que sólo usaban los sacerdotes. El sillón era cómodo y forrado en el asiento, semejante a las sillas que usaba Magdalena en sus tiempos de lujo. Los sacerdotes le echaron agua en la cara y le pusieron delante de la nariz algo o le dieron alguna cosa para tomar; en una palabra, lo trataron como a uno que se ha desmayado.

Con todo, he visto que Joaquín quedó, después de lo recibido por el ángel, todo luminoso, más joven y rozagante.

VII

Encuentro de Joaquín y Ana

Joaquín fue guiado por los sacerdotes hasta la puerta del pasillo subterráneo, que corría debajo del templo y de la puerta derecha. Era éste un camino que se usaba en algunos casos para limpieza, reconciliación o perdón. Los sacerdotes dejaron a Joaquín en la puerta, delante de un corredor angosto al comienzo, que luego se ensanchaba y bajaba insensiblemente.

Había allí columnas forradas con hojas de árboles y vides y brillaban los adornos de oro en las paredes iluminadas por una luz que venía de lo alto.

Joaquín había andado una tercera parte del camino, cuando vino a su encuentro Ana, en el lugar del corredor, debajo de la puerta dorada donde había una columna en forma de palmera con hojas caídas y frutos. Ana había sido conducida por los sacerdotes a

través de una entrada que había del otro lado del subterráneo. Ella les había dado con su criada las palomas para el sacrificio, en unos cestos que había abierto y presentado a los sacerdotes, conforme le había mandado el ángel. Había sido conducida hasta allí en compañía de otras mujeres, entre ellas, la profetisa Ana. He visto que cuando se abrazaban Joaquín y Ana, estaban en éxtasis. Estaban rodeados de numerosos ángeles que flotaban sobre ellos, sosteniendo una torre luminosa y recordando la torre de marfil, la torre de David y otros títulos de las letanías lauretanas. Desapareció la torre entre Joaquín y Ana: ambos estaban llenos de gloria y resplandor. Al mismo tiempo, el cielo se abrió sobre ellos y vi la alegría de los ángeles y de la Santísima Trinidad y la relación de todo esto con la concepción de María Santísima. Cuando se abrazaron, rodeados por el resplandor, entendí que era la concepción de María en ese instante, y que María fue concebida como hubiera sido la concepción de todos sin el pecado original.

Joaquín y Ana caminaban así, alabando a Dios, hasta la salida. Llegaron a una arcada grande, como una capilla donde ardían lámparas, y salieron afuera. Aquí fueron recibidos por los sacerdotes, que los despidieron. El templo estaba abierto y adornado con hojas y frutos. El culto se realizaba bajo el cielo, al aire libre. En cierto lugar había ocho columnas aisladas adornadas con ramajes. Joaquín y ana llegaron a una salida abierta al borde extremo de la montaña del templo, frente al valle de Josafat. No era posible ir más lejos en esa dirección, pues el camino doblaba a derecha e izquierda. Hicieron todavía una visita a un sacerdote y luego los vi con su gente dirigirse a su casa. Una vez llegado a Nazaret, Joaquín dio un banquete de regocijo, sirvió a muchos pobres y repartió grandes limosnas. Vi el júbilo y el fervor de los esposos y su agradecimiento a Dios, pensando en su misericordia hacia ellos; observélos a menudo orando juntos, con los ojos bañados en lágrimas.

Se me explicó en esta ocasión que los padres de la Santísima Virgen la engendraron en una pureza perfecta, por el efecto de la obediencia. Si no hubiera sido con el fin de obedecer a Dios, habrían guardado perpetua continencia. Comprendí, al mismo tiempo, cómo la pureza, la castidad, la reserva de los padres y su lucha contra el vicio impuro tiene incalculable influencia sobre la santidad de los hijos engendrados. En general, siempre vi en la incontinencia y en el exceso, la raíz del desorden y del pecado. Vi también que mucha gente se congratulaba con Joaquín por haber sido recibida su ofrenda en el templo.

Después de cuatro meses y medio, menos tres días, de haber concebido Ana bajo la puerta dorada, vi que María era hecha tan hermosa por voluntad de Dios. Vi cómo Dios mostraba a los ángeles la belleza de esa alma y cómo ellos sintieron por ello inexplicable alegría. He visto también, en ese momento, cómo María se movió sensiblemente por primera vez dentro del seno materno. Ana se levantó al punto y se lo comunicó a Joaquín; luego salió a rezar bajo aquel árbol debajo del cual le había sino anunciada la Concepción Inmaculada.

VIII

Figuras del misterio de la Inmaculada Concepción

Vi la tierra de Palestina reseca por falta de lluvia y a Elías subiendo con dos servidores al monte Carmelo; al principio, a lo largo de la ladera; luego sobre escalones, hasta una terraza, y después de nuevo sobre escalones en una planicie con una colina que tenía una cueva hasta la cual llegó.

Dejó a sus servidores sobre la ladera de la planicie para que mirasen al mar de Galilea, que aparecía casi seco, con honduras, pantanos y hoyos llenos de peces y animales muertos. Elías se inclinó sobre sí hasta poner su cabeza sobre las rodillas, se cubrió y clamó con fuerza a Dios. Por siete veces llamó a sus siervos, preguntándoles si no veían alguna nube levantarse sobre el mar. Finalmente vi que en medio del mar se levantaba una nubecilla blanca, de la cual salió otra nube negra, dentro de la cual había una figura blanca; se agrandó y en lo alto se abrió ampliamente. Mientras la nube se levantaba, vio Elías dentro de ella la figura de una Virgen luminosa. Su cabeza estaba coronada de rayos, los brazos levantados en forma de cruz, en una mano una corona de victoria y el largo vestido estaba como sujeto bajo los pies. Parecía que flotaba y se extendía sobre la tierra de Palestina.

Elías reconoció cuatro misterios de la Virgen Inmaculada que debía venir en la séptima época del mundo y de qué estirpe debía venir; vio también a un lado del mar un árbol pequeño y ancho, y al otro, uno muy grande, el cual echaba sus ramas superiores en el árbol pequeño. Observé que la nube se dividía. En ciertos lugares santificados, donde habitaban hombres justos que aspiraban a la salvación, dejaba la nube como blancos torbellinos de rocío, que tenían en los bordes todos los colores del arco iris, y vi concentrarse en ellos la bendición, como para formar una perla entro de su concha. Fuéme explicado que era ésta una figura profética y que en los lugares bendecidos donde la nube había dejado caer los torbellinos hubo cooperación real en la manifestación de la Santísima Virgen [7]. Vi en seguida un sueño profético, en el cual, durante la ascensión de la nube, conoció Elías muchos misterios

relativos a la Santísima Virgen. Desgraciadamente, en medio de tantas cosas que me perturban y me distraen, he olvidado los detalles, como también otras muchas cosas. Supo Elías que María debía nacer en la séptima edad del mundo; por esto llamó siete veces a su servidor. Otra vez pude ver a Elías que ensanchaba la gruta sobre la cual había orado y establecer una organización más perfecta entre los hijos de los profetas. Algunos de ellos rezaban habitualmente en esta gruta para pedir la venida de la Santísima Virgen, honrándola desde antes de su nacimiento. Esta devoción se perpetuó sin interrupción, subsistió gracias a los esenios, cuando estaba ya sobre la tierra, y fue observada más tarde por algunos ermitaños, de los cuales salieron finalmente los religiosos del Carmelo.

Elías, por medio de su oración, había dirigido las nubes de agua según internas inspiraciones: de otro modo se hubiera originado un torrente devastador en lugar de lluvia benéfica. Observé como las nubes enviaron primero el rocío; caían en blancas líneas, formaban torbellinos con los colores del arco iris en los bordes, y finalmente caían en gotas de lluvia. Reconocí en esto una relación con el maná del desierto, que por la mañana aparecía rojizo y denso cubriendo el suelo como una piel que se podía extender. Estos torbellinos corrían a lo largo del Jordán, y no caían en todas partes, sino en ciertos lugares, como en Salén, donde Juan debía más tarde bautizar. Pregunté qué significaban los bordes rojizos, y se me dio la explicación de la concha del mar, que tiene también estos multicolores bordes, que expuesta al sol absorbe los colores y purificada de colores se va formando en su centro la madreperla blanca y pura. No puedo explicar mejor todo esto; pero se me dio a entender que ese rocío y esa lluvia significaba mucho más de lo que podía ser considerándolo sólo un refrescamiento de la tierra sedienta. Entendí que sin ese rocío la venida de María se hubiese retardado cien años, mientras las descendencias que se nutren de los frutos de la tierra, y se ennoblecen por el aplacamiento y la bendición del suelo, realzasen de nuevo esas descendencias recibiendo la carne la bendición de la pura propagación.

La figura de la madreperla se refería a María y a Jesús. Además de la aridez de la tierra por falta de lluvia, observé la esterilidad de los hombres, y cómo los rayos del rocío caían de descendencia en descendencia, hasta la substancia de María. No puedo decirlo mejor. A veces presentábanse sobre los bordes multicolores una o varias perlas en forma de rostro humano que parecía derramar un espíritu que volvía luego a brotar con los demás.

IX

Se anuncia a los paganos el futuro Mesías

He visto que por la gran misericordia de Dios se anunció a los paganos piadosos de esa época que el Mesías debía nacer de una Virgen en Judea. Esto sucedió en Caldea, donde había astrólogos, que tenían visiones de una figura en los astros o en mitad del cielo; estos astrólogos profetizaban luego todo lo que veían. También en Egipto he visto anuncios de la futura salud.

Le fue mandado a Elías que reuniera a varias piadosas familias dispersar en el Norte, Oriente y Mediodía y las llevase a Judea. Elías envió a tres discípulos de los profetas, que reconoció aptos

para dicho objeto, por una señal que le dio el mismo Dios a Elías. Necesitaba gente muy segura, porque era una empresa ardua y arriesgada. Uno de ellos fue al Norte, otro al Oriente y el tercero al Mediodía. Este camino lo llevaba a Egipto por un camino peligroso para los israelitas. Lo he visto en el mismo camino cuando huyó a Egipto la Sagrada Familia, y luego en la ciudad de Heliópolis. En un valle había un gran templo, rodeado de muchos edificios, y él llegó allí a tiempo que se prestaba adoración a un buey vivo. De estos animales había varias figuras en el templo, junto a otros ídolos. Se sacrificaban al ídolo niños que habían nacido deformes. Como el profeta pasara por allí, lo detuvieron y lo llevaron delante de los sacerdotes. Por suerte éstos eran, en general, muy curiosos de novedades: de otro modo lo habrían matado. Le preguntaron de dónde era, y él les contestó claramente que nacería una Virgen de la cual vendría la salud el mundo; que entonces todos sus ídolos caerían por tierra deshechos [8]. Se maravillaron de lo que les decía, se conmovieron y lo dejaron marchar.

Después se reunieron en consejo e hicieron la figura de una Virgen, que pendieron en medio de su templo, extendida en el aire como si planeara. La imagen tenía un peinado semejante al de sus ídolos, de los cuales gran número habían sido puestos en fila. Tenía busto de mujer y el resto era semejante al león [9]. La imagen de la Virgen que hicieron los egipcios llevaba en la cabeza un pequeño vaso, bastante hondo, parecido al que usaban para medir las frutas; los brazos hasta el codo estaban pegados a lo largo del cuerpo, separándose de él y extendiéndose al alzarse. La imagen tenía algunas espigas de trigo en las manos; tenía tres senos, uno mayor en el centro y otros pequeños más abajo a cada lado. La parte inferior del cuerpo estaba envuelto en largo ropaje; de los pies, pequeños y muy finos, colgaban algo así como borlas. De los dos hombros se alzaban hermosas plumas en forma de rayos, que parecían alas y que eran como dos peines estrechamente unidos entre sí. Tenía otras plumas cruzadas a lo ancho de las caderas, replegadas hacia arriba por la mitad del cuerpo. El vestido no tenía pliegues. Honraron a esta imagen y le ofrecieron sacrificios,

rogándole que no destruyera a su buey Apis ni a las demás deidades. Por otra pare, perseveraron en todas las abominaciones de su culto idolátrico, empezando, sin embargo, desde ese momento a invocar a la Virgen de la cual habían hecho la imagen, según creo, de acuerdo con diversas indicaciones tomadas del relato del profeta y tratando de reproducir la figura vista por Elías.

He visto cuadros de la historia de Tobías y del casamiento del joven Tobías, por intermedio del ángel, y supe que había allí una figura de Santa Ana y de su historia. El viejo Tobías representaba a la raza piadosa de los judíos que esperaban al Mesías. El haberse puesto ciego significaba que no debía tener más hijos y que debía entregarse más a la meditación y a la oración. Las molestias que le ocasionaba su mujer con sus quejas significaban las formas vacías de los fariseos y doctores de la ley. La paloma era una indicación de la primavera cercana y de la salud venidera. La ceguera indicaba la espera ansiosa de la redención y la ignorancia del lugar de su advenimiento. El ángel dijo verdad al afirmar que era Azarías, hijo de Ananías, pues estas palabras significaban más o menos: la ayuda de Dios que viene de la nube de Dios. El ángel era la conducción de las descendencias y la conservación y dirección de la bendición misteriosa, hasta su cumplimiento en la Concepción Inmaculada de María. Las oraciones del viejo Tobías y de Sara, llevadas ante el trono de Dios por los ángeles, por haber sido escuchadas, significaban los clamores y deseos de los piadosos israelitas y de las hijas de Sión, pidiendo la venida de la redención, y también el clamor de Joaquín y de Ana para conseguir la hija de la promesa. La ceguera de Tobías y la murmuración de su mujer indicaban también el desprecio que se hizo a Joaquín al rechazarle su sacrificio. Los siete pretendientes de Sara muertos, significaban aquéllos antepasados de María y la salud, como asimismo los pretendientes que Ana tuvo que rechazar antes de Joaquín. El desprecio de la criada de Sara indicaba el desprecio de los paganos y de los incrédulos judíos, ante la venida del Mesías, que llevaba a los buenos a rezar. También expresaba el desprecio de la criada de Ana, que movió a ésta a rezar con más fervor hasta que fue oída su

petición. El pez que pretendía devorar a Tobías significaba la larga esterilidad de Ana; el corte del hígado, la bilis y el corazón del pez expresaban la mortificación y las buenas obras. El cabrito que la mujer de Tobías había traído a casa en pago de su trabajo, era realmente hurtado, que los hombres le dieron por bueno y pagado barato. Tobías conocía a esta gente y lo sabía, y fue por esto reprochado. Tenía también la significación de los desprecios que sufrían los buenos judíos y esenios de parte de los fariseos y judíos formulistas y otras que no recuerdo. La hiel con la cual el ciego Tobías recobró la vista indicaba la mortificación y la penitencia, por las cuales los judíos elegidos llegaban al conocimiento de la salud y redención. Indicaba además la entrada de la luz en la oscuridad, por medio de la amarga pasión de Jesucristo, desde su niñez.

X

Cuadros de la Inmaculada Concepción

Vi salir de la tierra una hermosa columna como el tallo de una flor. A semejanza del cáliz de una flor o la cabeza de la amapola que surgen de un pedúnculo, así salía de la columna una iglesia octogonal, resplandeciente, que permaneció firme sobre la columna. Esta subía hasta el centro de la iglesia como un pequeño árbol, cuyas ramas, divididas con regularidad, llevaban las figuras de la

familia de la Santísima Virgen, las cuales, en esta representación de la fiesta, eran objeto de veneración particular. Estaban como sobre los estambres de una flor. Santa Ana estaba colocada entre Joaquín y otro, quizás su padre. Debajo del pecho de Santa Ana vi una cavidad luminosa, como un cáliz y en ella la figura de un niño resplandeciente que se desarrollaba y crecía. Sus manecitas estaban cruzadas sobre el pecho; de su cabecita inclinada partían infinidad de rayos que se dirigían hacia una parte del mundo. Me parece que no era en todas direcciones. Sobre otras ramas circundantes había varias figuras vueltas hacia el centro en actitud respetuosa. En la iglesia vi un número infinito de santos en fila, rodeándola o formando coros, que se inclinaban, a rezar, hacia la Santa Madre. Se exteriorizaba el fervor más dulce y notábase una íntima unión en esta fiesta, que sólo podría compararse a la de un cantero de flores muy variadas, que agitadas por el aura suave girasen hacia el sol, como para ofrecer sus fragancias y sus colores al astro del cual recibían sus propios dones y su propia vida. Por encima de este cuadro simbólico de la festividad de la Inmaculada Concepción, se alzó el pequeño árbol luminoso con un nuevo vástago en la extremidad, y en esta segunda corona de ramas pude contemplar la celebración de una segunda etapa de la fiesta. Aquí María y José estaban hincados de rodillas y algo más abajo, delante de ellos, Santa Ana. Todos adoraban al Niño Jesús, sentado, con el globo del reino en la mano, en lo más alto del tallo, rodeado de un resplandor maravilloso. En torno de este cuadro veíanse a corta distancia varios coros: los de los Reyes Magos, de los pastores, de los apóstoles y discípulos, mientras otros santos formaban círculos algo más alejados del centro. Observé en las alturas algunas formas más difusas: los coros celestiales. Más alto aún, el brillo como de un medio sol penetraba atravesando la cúpula de la iglesia. Parecía indicar este segundo cuadro la proximidad de la fiesta de la Natividad que sigue a la Inmaculada Concepción.

Cuando apareció el primer cuadro me pareció hallarme fuera de la iglesia, bajo la columna, en un país circundante; después me encontré dentro de ella.

Vi a la pequeña María creciendo en el espacio luminoso, debajo del corazón de Santa Ana. Me sentía penetrada de la íntima convicción de la ausencia absoluta de toda mancha original en la concepción de María. Leí esto con toda claridad como se lee un libro y lo comprendí entonces perfectamente.

Me fue dicho que en otros tiempos hubo en este lugar una iglesia levantada en memoria de esta gracia inestimable otorgada por Dios; pero que fue entregada a la destrucción a causa precisamente de las muchas disputas y escándalos que se suscitaron a raíz de las controversias acerca de la Inmaculada Concepción de María. Entendí también estas palabras: "En cada visión permanece un misterio hasta que se haya realizado".

La Iglesia triunfante sigue celebrando allí mismo la fiesta de la Inmaculada Concepción.

XI

Misterios de la vida de María

A menudo oí a María contar a algunas mujeres de su confianza, Juana Chusa y Susana de Jerusalén, diferentes misterios relativos a Nuestro Señor y a ella misma, que sabía por iluminación interior del cielo o por lo que le había narrado Santa Ana. Le oí decir a Susana y a Marta que durante el tiempo que llevaba a Jesús en su seno jamás había sentido el más pequeño sufrimiento, sino un continuo regocijo y felicidad indecible. Contaba que Joaquín y Ana se habían encontrado bajo la Puerta Dorada en una hora también dorada; que en aquel sitio habían recibido la plenitud de la gracia divina en virtud de la cual ella sola había recibido la existencia en el seno de su madre por efecto de la santa obediencia y del puro amor de Dios, sin mezcla de impureza alguna. Les hacía comprender también que, sin el pecado original, la concepción de todos los hombres hubiera sido igualmente pura.

Vi en seguida de nuevo todo lo relacionado con la gracia acordada a los padres de María, desde la aparición del ángel hasta su encuentro bajo la Puerta Dorada. Bajo ella he visto a Joaquín y a Ana rodeados de una multitud de ángeles que resplandecían con luz celestial. También ellos eran luminosos y puros, casi como espíritus. Hallábanse en el estado sobrenatural en que ninguna pareja humana se hubo hallado antes. Creo que era bajo la Puerta Dorada donde tenían lugar las pruebas y ceremonias de la absolución para las mujeres acusadas de adulterio, así como otras expiaciones. Debajo del templo había cinco pasajes subterráneos de esa clase y existía además otro bajo el lugar donde habitaban las vírgenes. Estos pasajes servían para ciertas expiaciones. Ignoro si otras personas pasaron por este camino antes que Joaquín y Ana; pero fue este un caso muy raro. No recuerdo si lo usaban para los sacrificios que se ofrecían por las personas estériles; pero sé que en esta circunstancia les fue ordenado a los sacerdotes disponer las cosas en la forma sucedida.

XII

Víspera del nacimiento de María

Qué alegría tan grande hay en toda la naturaleza!... Oigo cantar a los pajaritos, veo a los corderitos y cabritos saltar de alegría, y a las palomas rondar en bandadas de un lado a otro con inusitado alborozo, allí donde estuvo antes la casa de Ana. Ahora no existe nada: el lugar es todo desierto. Tuve una visión de peregrinos de muy antiguos tiempos que, recogidos sus vestidos, con turbantes en las cabezas y largos bastones de viaje, atravesaban esta comarca para dirigirse al monte Carmelo. Ellos también notaron esta alegría extraordinaria de la naturaleza. Cuando manifestaron su extrañeza y preguntaron a las personas con las cuales se hospedaron, la razón de tal suceso, les respondieron que tales contentos y manifestaciones de alegría se notan todas las vísperas, desde el nacimiento de María y que allí había estado la casa de Ana. Hablaron entonces de un varón santo, de tiempos antiguos, que había observado esta renovación de la naturaleza, que fue la causa de que se celebrase entonces la fiesta del nacimiento de María en la Iglesia Católica.

Doscientos cincuenta años después del tránsito de María al cielo vi a un piadoso peregrino atravesar la Tierra Santa y visitar y anotar todos los lugares por donde había estado Jesús en su peregrinación sobre la tierra, para venerarlos y recordarlos. Este hombre gozó de una inspiración sobrenatural que le guiaba. En algunos lugares se

detenía varios días, probando especial dulzura y contento, y recibía revelaciones mientras estaba en oración y meditación piadosas. Había tenido siempre la impresión de que del 7 al 8 de septiembre había una grande alegría en la naturaleza en Tierra Santa y oía en ese tiempo armoniosos cantos de pájaros. Finalmente obtuvo, después de mucho pedir en oración, la revelación de que esa era la fecha del nacimiento de María. Tuvo esta revelación en el camino al monte Sinaí y el aviso de que allí había una capilla murada dedicada a María, en una gruta del profeta Elías. Se le dijo que debía decir estas cosas a los solitarios que habitaban en las faldas del monte Sinaí, adonde le he visto llegar. Donde ahora están los monjes, había ya ermitaños que vivían aislados: el lugar era entonces tan agreste del lado del valle, como ahora, necesitándose un aparato para poder subir. Observé que, según sus indicaciones, se celebró allí la festividad del nacimiento de María el 8 de septiembre del año 250 y que luego pasó esta fiesta a la Iglesia universal. Vi también que los ermitaños, juntos con el peregrino, escudriñaron la gruta de Elías buscando la capilla murada de María.

No era cosa fácil encontrarla, pues había muchas grutas de antiguos ermitaños y de los esenios, entre jardines y huertas agrestes, donde aún crecían hermosas frutas. El vidente dijo que trajeran a un judío, y la gruta de la cual el judío fuera arrojado afuera, sería la señal de que ésa era la de Elías. Le fue dicho esto en una revelación. Tuvo luego la visión de cómo buscaron a un viejo judío y lo llevaron a la gruta del monte, y como éste era siempre arrojado afuera de una gruta, que tenía una puerta angosta amurallada, a pesar de que él se esforzaba por entrar. Por este prodigio reconocieron la gruta de Elías, dentro de la cual encontraron una segunda cueva amurallada, que había sido la capilla donde el profeta había orado a la futura Madre del Salvador. Allí dentro hallaron huesos sagrados de profetas y de antiguos padres, como también biombos tejidos y utensilios que habían servido antiguamente para el servicio divino. El lugar donde estuvo la zarza se llama, según el lenguaje de la región, “Sombra de Dios”, y es visitado por los peregrinos, que se descansan antes. La capilla

de Elías estaba hecha con hermosas piedras de colores y floreadas. Hay en las cercanías una montaña de arena rojiza, en la falda de la cual se cosechan hermosas frutas.

XIII

Oraciones para la fiesta de la Natividad de María

Vi muchas cosas relacionadas con Santa Brígida y tuve conocimiento de varias comunicaciones hechas a esta santa sobre la Concepción Inmaculada y la Natividad de María. Recuerdo que la Virgen Santísima le dijo que cuando las mujeres embarazadas santifican la víspera del día de su Nacimiento, ayunando y recitando con devoción nueve veces el Ave María, en honor de los nueve meses que ella había pasado en el seno de su madre, y cuando renuevan con frecuencia este ejercicio de piedad en el curso de su preñez y la víspera de su alumbramiento, acercándose con piedad a los sacramentos, lleva ella esas oraciones ante Dios y les obtiene un parto feliz, aunque las condiciones se presenten difíciles.

En cuanto a mí, se me acercó la Virgen y me dijo, entre otras cosas, que quien en el día de hoy, por la tarde, recite con devoción nueve veces el Ave María en honor de su permanencia de nueve meses

en el seno de su madre y de su nacimiento, y continúe durante nueve días este ejercicio de piedad, da a los ángeles cada día nueve flores destinadas a formar un ramillete que ella recibe en el cielo y presenta a la Santísima Trinidad, con el fin de obtener una gracia para la persona que ha dicho esas mismas oraciones. Más tarde me sentí transportada a la altura, entre el cielo y la tierra. Debajo estaba la tierra, oscura y esfumada. En el cielo, entre los coros de los ángeles y santos, vi a la Santísima Virgen ante el trono de Dios. Pude ver construir, para ella, con las oraciones y las devociones de los fieles del mundo dos puertas o tronos de honor que crecían hasta formar iglesias, palacios y ciudades enteras. Me admiró que estos edificios estuvieran hechos totalmente de plantas, flores y guirnaldas, expresando, las diversas especies, la naturaleza y el mérito de las oraciones, dichas por los individuos o por las comunidades. Vi que para conducirlo hasta el cielo los ángeles y santos tomaban todo esto de entre las manos de quienes decían tales oraciones.

XIV

Nacimiento de María Santísima

Con varios días de anticipación había anunciado Ana a Joaquín que se acercaba su alumbramiento. Con este motivo envió ella

mensajeros a Séforis, a su hermana menor Marha; al valle de de Zabulón, a la viuda Enue, hermana de Isabel; y a Betsaida, a su sobrina María Salomé, llamándolas a su lado. Vi a Joaquín, la víspera del alumbramiento de Ana, que enviaba numerosos siervos a los prados donde estaban sus rebaños, yendo él mismo al más cercano. Entre las nuevas criadas de Ana, sólo guardó en su casa a aquéllas cuyo servicio era necesario. Vi a María Helí, la hija mayor de Ana, ocupándose en los quehaceres domésticos. Tenía entonces unos diez y nueve años, y habiéndose casado con Cleofás, jefe de los pastores de Joaquín, era madre de una niñita llamada María de Cleofás, de más o menos cuatro años en aquel momento. Joaquín oró, eligió sus más hermosos corderos, cabritos y bueyes y los envió al templo como sacrificio de acción de gracias.

No volvió a casa hasta el anochecer.

Por la noche vi llegar a casa de Ana a sus tres parientas. La visitaron en su habitación situada detrás del hogar, y la besaron. Después de haberles anunciado la proximidad de su alumbramiento, Ana, poniéndose de pie, entonó con ellas un cántico concebido más o menos en estos términos: "Alabad a Dios, el Señor, que ha tenido piedad de su pueblo, que ha cumplido la promesa hecha a Adán en el paraíso, cuando le dijo que la simiente de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente…". No me es posible repetir todo con exactitud. Se encontraba Ana en éxtasis, enumerando en su cántico todas las imágenes que figuraban a María. Decía: "El germen dado por Dios a Abraham ha llegado a su madurez en mi misma". Hablaba luego de Isaac, prometido de Sara, y agregaba: "El florecimiento de la vara de Aarón se ha cumplido en mi". La he visto penetrada de luz en medio de su aposento, lleno de resplandores, donde aparecía también, en lo alto, la escala de Jacob. Las mujeres, llenas de asombro y de júbilo, estaban como arrobadas, y creo que vieron la aparición. Después de la oración de bienvenida se sirvió a las mujeres una pequeña comida de frutas y agua mezclada con bálsamo. Comieron y bebieron de pie, y fueron

a dormir algunas horas para reposar del viaje. Ana permaneció levantada, y oró. Hacia la media noche, despertó a sus parientas para orar juntas, siguiéndola éstas detrás de una cortina cerca del lecho. Ana abrió las puertas de una alacena embutida en el muro, donde se hallaban varias reliquias dentro de una caja. Vi luces encendidas a cada lado; pero no sé si eran lámparas. Al pie de este pequeño altar había un escabel tapizado. El relicario contenía algunos cabellos de Sara, a quien Ana profesaba veneración; huesos de José, que Moisés había traído de Egipto; algo de Tobías, quizás un trozo de vestido, y el pequeño vaso brillante en forma de pera donde había bebido Abraham al recibir la bendición del ángel y que Joaquín había recibido junto con la bendición. Ahora sé que esta bendición constaba de pan y vino y era como un alimento sacramental. Ana se arrodilló delante de la alacena. A cada lado de ella estaba una de las dos mujeres, y la tercera, detrás. Recitó un cántico: creo que se trataba de la zarza ardiente de Moisés. Vi entonces un resplandor celestial que llenó la habitación, y que, moviéndose, condensábase en torno de Ana. Las mujeres cayeron como desvanecidas con el rostro pegado al suelo. La luz en torno de Ana tomó la forma de zarza que ardía junto a Moisés, sobre el monte Horeb, y ya no me fue posible contemplarla. La llama se proyectaba hacia el interior: de pronto vi que Ana recibía en sus brazos a la pequeña María, luminosa, que envolvió en su manto, apretó contra su pecho y colocó sobre el escabel delante del relicario. Prosiguió luego sus oraciones. Oí entonces que la niña lloraba. Vi que Ana sacaba unos lienzos debajo del gran velo que la cubría, y fajándola, dejaba la cabeza, el pecho y los brazos descubiertos. La aparición de la zarza ardiendo desapareció.

Levantáronse entonces las mujeres y en medio de la mayor admiración recibieron en brazos a la criatura recién nacida, derramando lágrimas de alegría.

Entonaron todas juntas un cántico de acción de gracias, y Ana alzó a la niña en el aire como para ofrecerla. Vi entonces que la

habitación se volvió a llenar de luces y oí a los ángeles que cantaban Gloria y Aleluya. Pude escuchar todo lo que decían: supe que, según lo anunciaban, veinte días más tarde la niña recibiría el nombre de María. Entró Ana en su alcoba y se acostó. Las mujeres tomaron a la niña, la despojaron de la faja, la lavaron y, fajándola de nuevo, la llevaron en seguida junto a su madre, cuyo lecho estaba dispuesto de tal manera que se podía fijar contra él una pequeña canasta calada, donde tenía la niña un sitio separado al lado de su madre. Las mujeres llamaron entonces a Joaquín, el cual se acercó al lecho de Ana, y arrodillándose, derramó abundantes lágrimas de alegría sobre la niña. La alzó en sus brazos y entonó un cántico de alabanzas, como Zacarías en el nacimiento del Bautista. Habló en el cántico del santo germen, que colocado por Dios en Abraham se había perpetuado en el pueblo de Dios y en la Alianza, cuyo sello era la circuncisión y que con esta niña llegaba a su más alto florecimiento. Oí decir en el cántico que aquellas palabras del profeta: “Un vástago brotará de la raíz de Jessé”, cumplíase en este momento perfectamente. Dijo también, con mucho fervor y humildad, que después de esto moriría contento. Noté que María Helí, la hija mayor de Ana, llegó bastante tarde para ver a la niña. A pesar de ser madre ella misma, desde varios años atrás, no había asistido al nacimiento de María quizás porque, según las leyes judías, una hija no debía hallarse el lado de su madre en tales circunstancias. Al día siguiente vi a los servidores, a las criadas y a mucha gente del país reunidos en torno de la casa. Se les hacía entrar sucesivamente, y la niña María fue mostrada a todos por las mujeres que la atendían. Otros vecinos acudían porque durante la noche había aparecido una luz encima de la casa, y porque el alumbramiento de Ana, después de tantos años de esterilidad, era considerado como una especial gracia del cielo.

XV

El nacimiento de María en el Cielo, en el Limbo y en la naturaleza

En el instante en que la pequeña María se hallaba en los brazos de Santa Ana, la vi en el cielo presentada ante la Santísima Trinidad y saludada con júbilo por todos los coros celestiales. Entendí que le fueron manifestados de modo sobrenatural todas sus alegrías, sus dolores y su futuro destino.

María recibió el conocimiento de los más profundos misterios, guardando, sin embargo, su inocencia y candor de niña. Nosotros no podemos comprender la ciencia que le fue dada, porque la nuestra tiene su origen en el árbol fatal del Paraíso terrenal. Ella conoció todo esto como el niño conoce el seno de la madre donde debe buscar su alimento. Cuando terminó la contemplación en la cual vi a la niña María en el cielo, instruida por la gracia divina, por primera vez pude verla llorar. Vi anunciado el nacimiento de María en el Limbo a los santos Patriarcas en el mismo momento penetrados de alegría inexplicable, porque se había cumplido la promesa hecha en el Paraíso. Supe también que hubo un progreso en el estado de gracia de los Patriarcas: su morada se hacía más clara, más amplia y adquirían mayor influencia sobre las cosas que acontecían en el mundo. Era como si todos sus trabajos, todas sus penitencias de su vida, todos sus combates, sus oraciones y sus ansias hubiesen llegado, por decirlo así, a su completa madurez produciendo frutos de paz y de gracia.

Observé un gran movimiento de alegría en toda la naturaleza al nacimiento de María; en los animales, y en el corazón de los hombres de bien; y oí armoniosos cantos por doquiera. Los pecadores se sintieron como angustiados y experimentaron pena y aflicción. Vi que en Nazaret y en las regiones de la Tierra Prometida varios poseídos del demonio se agitaban en medio de convulsiones violentas. Corrían de un lado a otro con grandes clamores; los demonios bramaban por boca de ellos clamando: “¡Hay que salir!... ¡Hay que salir!...”.

He visto en Jerusalén al piadoso sacerdote Simeón, que habitaba cerca del templo, en el momento del nacimiento de María, sobresaltado por los clamores desaforados de locos y posesos, encerrados en un edificio contiguo a la montaña del templo, sobre el cual tenía Simeón derechos de vigilancia.

Lo vi dirigirse a media noche a la plaza, delante de la casa de los posesos.

Un hombre que allí habitaba le preguntó la causa de aquellos gritos, que interrumpían el sueño de todo el mundo. Uno de los posesos clamó con más fuerza para que lo dejaran salir. Abrió Simeón la puerta y el poseso gritó, precipitándose afuera, por boca de Satanás: “Hay que salir… Debemos salir… Ha nacido una Virgen… ¡Son tantos los ángeles que nos atormentan sobre la tierra, que debemos partir, pues ya no podemos poseer un solo hombre más…!”. Vi a Simeón orando con mucho fervor. El desgraciado poseso fue arrojado violentamente sobre la plaza, de un lado a otro; y vi que el demonio salía por fin de su boca. Quedé muy contenta de haber visto al anciano Simeón. Vi también a la profetisa Ana y a Noemí, hermana de la madre de Lázaro, que habitaba en el templo y fue más tarde la maestra de la niña María. Fueron despertadas y se enteraron, por medio de visiones, de que había nacido una criatura de predilección. Se reunieron y se comunicaron unas a

otras las cosas que acababan de saber. Creo que ellas conocían ya a Santa Ana.

XVI

En Caldea, Egipto y otros lugares se anuncia el nacimiento de María

En el país de los Reyes Magos mujeres videntes tuvieron visiones del nacimiento de la Santísima Virgen. Ellas decían a los sacerdotes que había nacido una Virgen, para saludar a la cual habían bajado muchos espíritus del cielo; que otros espíritus malignos se lamentaban de ello. También los Reyes Magos, que observaban los astros, vieron figuras y representaciones del acontecimiento.

En Egipto, la misma noche del nacimiento de María, fue arrojado del templo un ídolo y echado a las aguas del mar. Otro ídolo cayó de su pedestal y se deshizo en pedazos.

Llegaron más tarde a casa de Ana varios parientes de Joaquín que acudían desde el valle de Zabulón y algunos siervos que habían estado lejos. A todos les fue mostrada la niña María. En casa se

preparó una comida para los visitantes. Más tarde concurrieron muchas gentes para ver a la niña María, de modo que fue sacada de su cuna y puesta en sitio elevado, como sobre un caballete, en la parte anterior de la casa. Estaba sobre lienzos colorados y blancos por encima, fajada con lienzos colorados y blancos transparentes hasta debajo de los bracitos. Sus cabellos eran rubios y rizados. He visto después a María Cleofás, la hija de María Helí y de Cleofás, nieta de Ana, de algunos años de edad, jugar con María y besarla. Era María Cleofás una niña fuerte y robusta, tenía un vestidito sin mangas, con bordes colorados y adornos de rojas manzanas bordadas. En los brazos descubiertos llevaba coronitas blancas que parecían de seda, lana o plumas. La niña María tenía también un velo transparente alrededor del cuello.

XVII

La Niña recibe el nombre de María

Hoy vi una gran fiesta en casa de Ana. Los muebles habían sido cambiados de lugar y puestos a un lado en las habitaciones del frente. Los tabiques de juncos, que formaban habitaciones separadas, habían sido quitados para poder disponer una gran mesa. En torno de la sala vi una mesa amplia, baja, llena de platos y fuentes para la comida. En el centro se había levantado un altar

cubierto con un paño rojo y blanco, sobre el cual había una cunita también de rojo y blanco y una colcha celeste. Al lado del altar había un atril cubierto, con rollos de pergamino conteniendo oraciones. Delante del altar había cinco sacerdotes de Nazaret con vestimentas de ceremonias.

Joaquín estaba con ellos. En el fondo, en torno del altar, había mujeres y hombres, parientes de Joaquín, todos con trajes de fiesta. Recuerdo a la hermana de Ana, Maraha de Séforis y a su hija mayor. Santa Ana había dejado el lecho; pero no asistió a la ceremonia, quedándose en la habitación, detrás del hogar. Enue, la hermana de Isabel, trajo a la pequeña María, poniéndola en brazos de Joaquín. Los sacerdotes se colocaron delante del altar, cerca de los rollos y recitaron en alta voz las oraciones. Joaquín entregó a la niña al principal de ellos, el cual alzándola en el aire, mientras rezaba, como para ofrecerla a Dios, la dejó luego en su cuna, sobre el altar. Tomó después unas tijeras de forma particular, con las cuales cortó tres pequeñas guedejas de cabello a ambos lados de la cabeza y la frente de la criatura, quemándolas en el brasero. Tomó luego una caja que contenía aceite y ungió los cinco sentidos de la niña, tocándole con el pulgar las orejas, los ojos, la nariz, la boca y el hueco del estómago. Sobre el pecho de la criatura colocó un pergamino donde estaba escrito el nombre de María. Luego se cantaron salmos y se sirvió la comida, la cual no pude ver.

Varias semanas después del nacimiento de María, vi a Joaquín y a Ana que iban con la Niña al templo para ofrecer un sacrificio. La presentaron al templo con vivos sentimientos de piedad y agradeciendo a Dios de un modo parecido a lo que más tarde hizo la Virgen Santísima cuando presentó al Niño Jesús y lo rescató del templo, según las prescripciones de la ley. Al día siguiente entregaron su ofrenda, prometiendo consagrar la niña a Dios en el templo dentro de algunos años. Después volvieron a Jerusalén.

XVIII

Preparativos para la presentación en el templo

María era de tres años de edad y tres meses cuando hizo el voto de presentarse en el templo entre las vírgenes que allí moraban. Era de complexión delicada, cabellera clara un tanto rizada hacia abajo; tenía ya la estatura que hoy en nuestro país tiene un niño de cinco a seis años. La hija de María Helí era mayor en algunos años y más robusta. He visto en casa de Ana los preparativos de María para ser conducida al templo. Era una fiesta muy grande. Estaban presentes cinco sacerdotes de Nazaret, de Séforis y de otras regiones, entre ellos Zacarías y un hijo del hermano del padre de Ana.

Ensayaban una ceremonia con la niña María. Era una especie de examen para ver si estaba madura para ser recibida en el templo. Además de los sacerdotes estaban presentes la hermana de Ana de Séforis y su hija, María Helí y su hijita y algunas pequeñas niñas y parientes.

Los vestidos, en parte cortados por los sacerdotes y arreglados por las mujeres, le fueron puestos en esta ocasión a la niña en diversos momentos, mientras le dirigían preguntas. Esta ceremonia tenía un

aire de gravedad y de seriedad, aun cuando algunas preguntas estaban hechas por el anciano sacerdote con infantil sonrisa, las cuales eran contestadas siempre por la niña, con admiración de los sacerdotes y lágrimas de sus padres. Había para María tres clases de vestidos, que se pusieron en tres momentos. Esto tenía lugar en un gran espacio junto a la sala del comedor, que recibía la luz por una abertura cuadrangular abierta en el techo, a menudo cerrada con una cortina.

En el suelo había un tapete rojo y en medio de la sala un altar cubierto de paño rojo y encima blanco transparente. Sobre el altar había una caja con rollos escritos y una cortina que tenía dibujada o bordada la imagen de Moisés, envuelto en su gran manto de oración y sosteniendo en sus brazos las tablas de la ley. He visto a Moisés siempre de anchas espaldas, cabeza alta, nariz grande y curva, y en su gran frente dos elevaciones vueltas un tanto una hacia otra, todo lo cual le daba un aspecto muy particular. Estas especies de cuernos los tuvo ya Moisés desde niño, como dos verrugas. El color de su rostro oscuro de fuego y los cabellos rubios. He visto a menudo semejante especie de cuernos en la frente de antiguos profetas y ermitaños y a veces una sola de estas excrecencias en medio de la frente.

Sobre el altar estaban los tres vestidos de María; había también paños y lienzos obsequiados por los parientes para el arreglo de la niña. Frente al altar veíase, sobre gradas, una especie de trono. Joaquín, Ana y los miembros de la familia se encontraban reunidos. Las mujeres estaban detrás y las niñas al lado de María. Los sacerdotes entraron con los pies descalzos.

Había cinco, pero sólo tres de ellos llevaban vestiduras sacerdotales e intervenían en la ceremonia. Un sacerdote tomó del altar las diversas prendas de la vestimenta, explicó su significado y presentólas a la hermana de Ana, Maraha de Séforis, la cual vistió

con ellas a la niña María. Le pusieron primero un vestidito amarillo y encima, sobre el pecho, otra ropa bordada con cintas, que se ponía por el cuello y se sujetaba al cuerpo. Después, un mantito oscuro con aberturas en los brazos; por arriba colgaban algunos retazos de género. Este manto estaba abierto por arriba y cerrado por debajo del pecho. Calzáronle sandalias oscuras con suelas gruesas de color amarillo. Tenía los cabellos rubios peinados y una corona de seda blanca con variadas plumas. Colocárosle sobre la cabeza un velo cuadrado de color ceniza, que se podía recoger bajo los brazos para que éstos descansaran como sobre dos nudos. Este velo parecía de penitencia o de oración. Los sacerdotes le dirigieron toda clase de preguntas relacionadas con la manera de vivir las jóvenes en el templo. Le dijeron, entre otras cosas: “Tus padres, al consagrarte al templo, han hecho voto de que no beberás vino ni vinagre, ni comerás uvas ni higos. ¿Qué quieres agregar a este voto?... Piénsalo durante la comida”. A los judíos, especialmente a las jóvenes judías, les gusta mucho el vinagre, y María también tenía gusto en beberlo. Le hicieron otras preguntas y le pusieron un segundo género de vestido. Constaba éste de uno azul celeste, con mantito blanco azulado, y un adorno sobre el pecho y un velo transparente de seda blanca con pliegues detrás, como usan las monjas. Sobre la cabeza la pusieron una corona de cera adornada con flores y capullos de hojas verdes. Los sacerdotes le pusieron otro velo para la cara: por arriba parecía una gorra, con tres broches a diversa distancia, de modo que se podía levantar un tercio, una mitad o todo el velo sobre la cabeza. Se le indicó el uso del velo: cómo tenía que recogerlo para comer y bajarlo cuando fuese preguntada.

Con este vestido presentóse María con los demás a la mesa: la colocaron entre los dos sacerdotes y uno enfrente. Las mujeres con otros niños se sentaron en un extremo de la mesa, separadas de los hombres. Durante la comida probaron los sacerdotes a la niña María en el uso del velo. Hubo preguntas y respuestas. También se le instruyó acerca de otras costumbres que debía observar. Le dijeron que podía comer de todo por ahora dándole diversas

comidas para tentarla. María los dejó a todos maravillados con su forma de proceder y con las respuestas que les daba. Tomó muy poco alimento y respondía con sabiduría infantil que admiraba a todos. He visto durante todo el tiempo a los ángeles en torno a ella, que le sugerían y guiaban en todos los casos.

Después de la comida fue llevada a la otra sala, delante del altar, donde le quitaron los vestidos de la segunda clase para ponerle los de la tercera. La hermana de Santa Ana y un sacerdote la revistieron de los nuevos vestidos de fiesta. Era un vestido color violeta con adorno de paño bordado sobre el pecho. Se ataba de costado con el paño de atrás, formaba rizos y terminaba en punta por debajo. Pusiéronle un mantito violeta más amplio y más festivo, redondeado por detrás, que parecía una casulla de misa. Tenía mangas anchas para los brazos y cinco líneas de adornos de oro. La del medio estaba partida y se recogía y cerraba con botones. El manto estaba también bordado en las extremidades. Luego se le puso un velo grande: de una parte caía en blanco y de otra en blanco violeta sobre los ojos. Sobre esto colocárosle una corona cerrada, con cinco broches, que constaba de un círculo de oro, más ancho arriba, con picos y botones. Esta corona estaba revestida de seda por fuera, con rositas y cinco perlas de adorno; los cinco arcos terminales eran de seda y tenían un botón. El escapulario del pecho estaba unido por detrás; por delante, tenía cintas. El manto estaba sujeto por delante sobre el pecho.

Revestida en esta forma fue la niña María llevada sobre las gradas del altar. Las niñas rodeaban el altar de uno y otro lado. María dijo que no pensaba comer carne ni pescado ni tomar leche; que sólo tomaría una bebida hecha de agua y de médula de junco, que usaban los pobres y que pondría a veces en el agua un poco de zumo de terebinto. Esta bebida es como un aceite blanco, se expande, y es muy refrescante aunque no tan fina como el bálsamo. Prometió no gustar especias y no comer en frutas más que unas bayas amarillas que crecen como uvas. Conozco estas bayas: las

comen los niños y la gente pobre. También dijo que quería descansar sobre el suelo y levantarse tres veces durante la noche para rezar. Las personas piadosas, Ana y Joaquín lloraban al oír estas cosas. El anciano Joaquín, abrazando a su hija, le decía: "¡Ah, hija! Esto es muy duro de observar. Si quieres vivir en tanta penitencia creo que no te podré ver más, a causa de mi avanzada edad". Era una escena muy conmovedora. Los sacerdotes le dijeron que se levantara sólo una vez, como las demás, y le hicieron otras propuestas para mitigar sus abstinencias. Le impusieron comer otros alimentos, como el pescado, en las grandes festividades.

Había en Jerusalén, en la parte baja de la ciudad, un gran mercado de pescados, que recibía el agua de la piscina de Bethseda. Un día qué faltó el agua, Herodes el Grande quiso construir allí un acueducto, vendiendo, para lograr dinero, vestiduras sacerdotales y vasos sagrados del templo. Por este motivo hubo un intento de sublevación, pues los esenios, encargados de la inspección de las vestiduras sacerdotales, acudieron a Jerusalén de todas partes del país y se opusieron firmemente. Recordé en este momento estas cosas. Por último dijeron los sacerdotes: "Muchas de las otras niñas que van al templo sin pagar su manutención y sus vestidos, se comprometen, con el consentimiento de sus padres, a lavar los vestidos de los sacerdotes manchados con la sangre de las víctimas, y otros paños burdos, trabajo muy pesado que lastima las manos. Tú no necesitas hacer esto, porque tus padres te costean tu manutención". María respondió prontamente que quería hacer también eso, si era tenida por digna de hacerlo. Joaquín se emocionó grandemente al oírla. Mientras se hacían estas ceremonias vi que María, en varias ocasiones, había crecido de tal modo ante ellos, que los superaba en altura. Era una señal de la gracia y de su sabiduría. Los sacerdotes se mostraron serios, con grata admiración.

Por último fue bendecida la niña María por el sacerdote. La he visto de pie sobre el tronito resplandeciente. Dos sacerdotes estaban a

su lado; otro, delante. Los sacerdotes tenían rollos en las manos y rezaban preces sobre ella con las manos extendidas. Tuve una admirable visión de María. Me parecía que por la bendición se hacía transparente. Vi una gloria de indescriptible esplendor y dentro de ella el misterio del Arca de la Alianza como si estuviese en un brillante vaso de cristal, Luego vi el corazón de María que se abría en dos como una puertecita del templete, y el misterio sacramental del Arca de la Alianza penetró en su corazón. En torno de este misterio había formado un tabernáculo de variadas y muy significativas piedras preciosas. Entró en el corazón, como el Arca en el Santísimo, como el Ostensorio en el tabernáculo.

Vi a la niña María como transformada, flotando en el aire. Con la entrada del sacramento en el corazón de María, que se cerró luego, lo que era figura pasó a ser realidad y posesión, y vi que la niña estuvo desde entonces como penetrada de una ardorosa concentración interior. Vi también, durante esta visión, que Zacarías recibió una interna persuasión o una celestial revelación de que María era el vaso elegido del misterio o sacramento. Había recibido él un rayo de luz que yo vi salir de María.

Después de esto condujeron los sacerdotes a la niña adonde estaban sus padres. Ana levantó a su hija en alto y estrechándola contra su pecho la besó con interna dulzura y afecto, mezclada de veneración. Joaquín, muy conmovido, le dio la mano, lleno de admiración y veneración. La hermana mayor de María Santísima, María de Helí, abrazó a la niña con más vivacidad que Santa Ana, que era una mujer muy reservada, moderada y muy medida en todos sus actos. La sobrinita, María Cleofás, le echó los brazos al cuello, como hacen las criaturas. Después los sacerdotes tomaron a la niña de nuevo, le quitaron los vestidos simbólicos y le pusieron sus acostumbrados vestidos. Todavía los he visto de pie, tomando algún líquido de un recipiente, y luego partir.

XIX

La partida hacia el templo de Jerusalén

He visto a Joaquín, a Ana y a su hija mayor, María de Helí, ocupados toda la noche preparando paquetes y utensilios. Ardía una lámpara con varias mechas. A María Helí la veía con una luz ir de un lado a otro. Unos días antes Joaquín había mandado a sus siervos que eligieran cinco de cada especie de los animales de sacrificio, entre los mejores y los había despachado para el templo: formaban estos animales una hermosa majada. Después tomó dos animales de carga y los fue cargando con toda clase de paquetes: vestidos para la niña y regalos para el templo. Sobre el lomo del animal acomodó un ancho asiento para que se pudiera sentar cómodamente. Los objetos que se cargaron estaban acondicionados en bultos y atados, fáciles de llevar. Vi cestas de diversas formas sujetas a los flancos del animal. En una de ellas había pájaros del tamaño de las perdices; otros cestos, semejantes a cuévanos de uvas, contenían frutas de toda clase. Cuando el asno estuvo cargado completamente, tendieron encima una gran manta de la que colgaban gruesas borlas.

Todavía quedaban dos sacerdotes. Uno de ellos era muy anciano, que llevaba un capuz terminado en punta sobre la frente y dos vestiduras, la de arriba más corta que la de abajo. Este sacerdote es el que se había ocupado el día anterior en el examen de María, y

le he visto dar otras instrucciones más a la niña. Tenía una especie de estola colgante. El otro sacerdote era más joven.

María tenía en aquel momento algo más de tres años de edad: era bella y delicada y estaba tan adelantada como un niño de cinco años de nuestro país.

Sus cabellos lisos, rizados en sus extremos, eran de un rubio dorado y más largos que los de María Cleofás, de siete años, cuya rubia cabellera era corta y crespa. Casi todas las personas mayores llevaban largas ropas de lana sin teñir.

Yo no notaba la presencia de dos niños que no eran de este mundo: estaban allí en una forma espiritual y figurativa, como profetas; no pertenecían a la familia y no conversaban con nadie. Parecía que nadie notaba su presencia.

Eran hermosos y amables; tenían largos cabellos rubios y rizados. Mirando a uno y otro lado me dirigieron la palabra. Llevaban libros, probablemente para su instrucción. La pequeña María no poseía libro alguno a pesar de que sabía leer. Los libros no eran como los nuestros, sino largas tiras de más o menos media vara de ancho, enrolladas en un bastón, cuyas extremidades asomaban por cada lado. El más alto de los dos niños se me acercó con uno de los rollos desplegados en la mano y leyó algo, explicándomelo luego. Eran letras de oro, totalmente desconocidas para mí, escritas al revés y cada una de ellas parecía representar una palabra entera. La lengua me era completamente desconocida también y, sin embargo, la entendía perfectamente. Lástima que haya olvidado la explicación. Tratábase de un texto de Moisés sobre la zarza ardiente. Me declaró: "Como la zarza ardía y no se quemaba, así arde el fuego del Espíritu Santo en la niña María, y en su humildad es como si nada supiera de ello. Significa también la divinidad y

humanidad de Jesús y como el fuego de Dios se une con la niña María". El descalzarse explicólo como que la ley se cumplía, la corteza caía y llegaba ahora la sustancia. La pequeña bandera que traía la extremidad del bastoncito significaba que María empezaba su camino, su misión para ser Madre del Redentor. El otro niño jugaba con su rollo inocentemente, representando con esto el candor infantil de María, sobre la cual reposaba una promesa muy grande, la cual, no obstante tan alto destino, jugaba ahora como una criatura. Explicáronme aquellos niños siete pasajes de sus rollos; pero a causa del estado en que me encuentro, se me ha ido de la memoria. ¡Oh Dios mío! Cuando se me aparece todo esto ¡qué bello y profundo es y, al mismo tiempo, qué simple y claro!...

Al rayar el alba vi que se ponían en camino para Jerusalén. La pequeña María deseaba vivamente llegar al templo y salió apresuradamente de la casa acercándose a la bestia de carga. Los niños profetas me mostraron todavía algunos textos de sus rollos. Uno de éstos decía que el templo era magnífico, pero que la niña María encerraba en sí algo más admirable aún. Había dos bestias de carga. Uno de los asnos, el más cargado, iba conducido por un servidor y debía ir siempre delante de los viajeros. El otro, que estaba delante de la casa, cargado con más bultos, tenía preparado un asiento, y María fue colocada sobre él.

Joaquín conducía el asno. Llevaba un bastón largo con un grueso pomo redondo en la extremidad: parecía un cayado de peregrino. Un poco más adelante iba Ana con la pequeña María Cleofás y una criada que debía acompañarla en todo el camino. Al empezar el viaje se juntaron con ellas unas mujeres y niñas: se trataba de parientas que en los diversos cruces del camino se separaban de la comitiva para volverse a sus casas. Uno de los sacerdotes acompañó a la comitiva durante algún tiempo. He visto unas seis mujeres parientas, con sus hijos y algunos hombres. Llevaban una linterna, y vi que la luz desaparecía totalmente ante aquella otra claridad que derramaban las santas personas sobre el camino en su

viaje nocturno, sin que, al parecer, lo notaran los demás. Al principio me pareció que el sacerdote iba detrás de la pequeña María con los niños profetas. Más tarde, cuando ella bajó del asno para seguir a pie, yo estuve a su lado. Más de una vez oí a mis jóvenes compañeros cantando el salmo 44: Eructavit cor meum, y el 49: Deus deorum Dominus locutus est. Supe por ellos que estos salmos serían cantados a doble coro cuando la Niña fuera admitida en el templo. Lo escucharé cuando lleguen al templo. Al principio vi que el camino descendía en pendiente de una colina, para volver a subir después. Siendo temprano, y habiendo buen tiempo, el cortejo se detuvo cerca de un manantial del que nacía un arroyo. Había allí una pradera y los caminantes descansaron sentándose junto a un cerco de plantas de bálsamo. Debajo de estos frágiles arbustos solían poner vasos y recipientes de piedra para recoger el bálsamo que iba cayendo gota a gota. Los viajeros bebieron bálsamo y echaron un poco en el agua, llenando pequeños recipientes. Comieron bayas de ciertas plantas que allí había, con panecillos que traían en las alforjas.

En ese momento desaparecieron los dos niños profetas. Uno de ellos era Elías; el otro me pareció que era Moisés. La pequeña María los había visto; pero no habló de ello con nadie. Así sucede que a veces vemos en nuestra infancia a santos niños y en edad más madura a santas jóvenes o muchachos, y callamos estas visiones sin comunicarlas a los demás por ser tal momento un instante de gozo celestial y de recogimiento. Más tarde vi a los viajeros entrar en una casa aislada, en la que fueron bien recibidos y tomaron provisiones, pues los moradores parecían ser de la familia. En aquel sitio se despidieron de la niña Cleofás, que debía volver a su casa. Durante el día, vi el curso del camino que suele ser bastante penoso, pues hay muchas subidas y bajadas. En los valles hay a menudo neblina y rocío; con todo, veo algunos lugares mejor situados, donde brotan flores. Antes de llegar al sitio donde debían pasar la noche, hallaron un pequeño arroyo. Se hospedaron en una posada al pie de una montaña en la cual se veía una ciudad. Por desgracia, no recuerdo el nombre de esa ciudad, pues la he

visto durante otros viajes de la Sagrada Familia, por lo cual confundo los nombres.

Lo que puedo decir es que ellos siguieron el camino que tomó Jesús en el mes de septiembre, cuando tenía treinta años e iba de Nazaret a Betania y luego al bautismo de Juan y aun esto lo digo sin certidumbre completa. La Sagrada Familia hizo más tarde este camino en la época de la huida a Egipto. La primera etapa fue Nazara, pequeño lugar entre Massaloth y otra ciudad ubicada en la altura, más cercana a esta última. Veo por todas partes tantas poblaciones, cuyos nombres oigo pronunciar, que luego confundo unos con otros. La ciudad cubre la ladera de una montaña y se divide en varias partes, si es que realmente todas forman una misma ciudad. Allí falta agua y tienen que hacerla subir desde el llano con la ayuda de cuerdas. Veo allí torres antiguas en ruinas. Sobre la cumbre de la montaña hay una torre que parece un observatorio con un aparato de mampostería que tiene vigas y cuerdas como para hacer subir algo desde la ciudad. Hay una cantidad tan grande de estas cuerdas que el conjunto aparenta mástiles de buques. Debe haber como una hora de camino desde abajo a la cumbre de la montaña, desde donde se disfruta de una espléndida vista muy extensa. Los caminantes entraron en una posada situada en la llanura. En una parte de la ciudad había paganos, considerados como esclavos por los judíos, debiendo someterse a rudos trabajos en el templo y en otras construcciones.

Esta noche he visto a la pequeña María llegando con sus padres a una ciudad situada a seis leguas más o menos de Jerusalén en dirección noroeste. Esta ciudad, se llama Bet-Horon y se encuentra al pie de una montaña. Durante el viaje atravesaron un pequeño río que desemboca en el mar en los alrededores de Jopé, donde enseñó San Pedro después de la venida del Espíritu Santo. Cerca de Bet-Horon tuvieron lugar grandes batallas que he visto y olvidado. Faltaban aun dos leguas para llegar a un punto del camino desde donde se podía divisar a Jerusalén; he oído el nombre de

este lugar, que ahora no puedo precisarlo. Bet-Horon es una ciudad de Levitas de cierta importancia: produce hermosas uvas y gran cantidad de frutas. La santa comitiva entró en la casa de unos amigos, que estaba muy bien situada. Su dueño era maestro en una escuela de Levitas y había allí algunos niños. Me admira ver allí a varias parientas de Ana, con sus hijas pequeñas, que yo creía que habían regresado a sus casas al principio del viaje: ahora advierto que llegaron antes, tomando algún atajo, quizás para anunciar la llegada de la santa comitiva.

Los parientes de Nazaret, de Séforis y de Zabulón, que habían asistido al examen de María, se hallaban allí con sus hijas: vi, por ejemplo, a la hermana mayor de María con su hija María de Cleofás, y a la hermana de Ana venida de Séforis con sus hijas. Con motivo de la llegada de la pequeña María hubo grandes fiestas.

María fue llevada en compañía de otras niñas a una gran sala, y puesta en un asiento alto, a semejanza de un trono, dispuesto para ella. El maestro de escuela y otras personas hicieron toda clase de preguntas a María y le pusieron guirnaldas en la cabeza. Todos estaban asombrados por la sabiduría que manifestaba en sus respuestas. Oí hablar en esta ocasión del juicio y prudencia de otra niña que había pasado por allí poco antes, volviendo de la escuela del templo a la casa de sus padres. Esta niña se llamaba Susana y más tarde figuró entre las santas mujeres que seguían a Jesús. (En otra ocasión Ana Catalina dijo que esta niña era parienta de María).

María ocupó su puesto vacante en el templo, pues había un número fijo de plazas para estas jóvenes. Susana tenía quince años cuando dejó el templo, es decir, cerca de once más que la niña María. También Santa Ana había sido educada allí a la edad de cinco años. La pequeña María estaba llena de júbilo por hallarse tan cerca del templo. He visto a Joaquín que la estrechaba entre sus brazos, llorando y diciéndole: "Hija mía, ya no volveré a verte".

Habían preparado comida y mientras estaban en la mesa, vi a María ir de un lado a otro, apretarse contra su madre, llena de gracia, o, deteniéndose detrás de ella, echarle los bracitos al cuello.

Esta mañana muy temprano vi a los viajeros salir de Bet-Horon para dirigirse a Jerusalén. Todos los parientes con sus criaturas se habían juntado a ellos y lo mismo los dueños de la casa. Llevaban regalos para la niña, consistentes en ropas y frutas. Me parece ver una fiesta en Jerusalén. Supe que María tenía en ese momento tres años y tres meses. En su viaje no fueron a Ussen Sheera ni a Gofna, a pesar de tener allí amistades; pasaron sólo por los alrededores. Vi que el maestro de los Levitas con su familia los acompañó a Jerusalén. Cuanto más se acercaban a la ciudad tanto más se mostraba María contenta y ansiosa. Solía correr delante de sus padres.

XX

La ciudad de Jerusalén

Hoy al mediodía he visto llegar la comitiva que acompañaba a María al templo de Jerusalén. Jerusalén es una ciudad extraña. No hay que pensar que sea como una de nuestras ciudades, con tanta gente en las calles. Muchas calles bajas y altas corren alrededor de los muros de la ciudad y no tienen salida ni puertas. Las casas de las alturas, detrás de las murallas, están orientadas hacia el otro

lado, pues se han edificado barrios distintos y se han formado nuevas crestas de colinas y los antiguos muros quedaron allí. Muchas veces se ven las calles de los valles sobreedificadas con sólidas bóvedas. Las casas tienen sus patios y piezas orientadas hacia el interior; hacia la calle sólo hay puertas y terrazas sobre los muros. Generalmente las casas son cerradas. Cuando la gente no va a las plazas o mercados o al templo está generalmente entretenida en el interior de sus casas. Hay silencio en las calles, fuera de los lugares de mercado o de ciertos palacios, donde se ve ir y venir a soldados y viajeros. En ciertos días en que están casi todos en el templo, las calles parecen como muertas. A causa de las calles solitarias, de los profundos valles y de la costumbre de permanecer las gentes en sus casas, es que Jesús podía ir y venir con sus discípulos sin ser molestado. Por lo general falta agua en la ciudad: frecuentemente se ven edificios altos adonde es llevada y torres hacia las cuales es bombeada el agua. En el templo se tiene mucho cuidado con el agua porque hay que purificar muchos vasos y lavar las ropas sacerdotales. Se ven grandes maquinarias y artefactos para bombear el agua a los lugares elevados. Hay muchos mercaderes y vendedores en la ciudad: están casi siempre en los mercados o en lugares abiertos, bajo tiendas de campaña. Veo, por ejemplo, no lejos de la Puerta de las Ovejas, a mucha gente que negocia con alhajas, oro, objetos brillantes y piedras preciosas. Las casitas que habitan son muy livianas, pero sólidas, de color pardo, como si estuviesen cubiertas con pez o betún. Adentro hacen sus negocios; entre una tienda y otra están extendidas lonas, debajo de las cuales muestran sus mercaderías. Hay, sin embargo, otras partes de la ciudad donde hay mayor movimiento y se ven gentes que van y vienen cerca de ciertos palacios.

Comparada Jerusalén con la Roma antigua, que he visto, esta ciudad era mucho más bulliciosa en las calles; tenía aspecto más agradable y no era tan desigual ni empinada. La montaña sobre la cual se halla el templo está rodeada, por el lado en que la pendiente es más suave, de casas que forman varias calles detrás de espesos

muros. Estas casas están construidas sobre terrazas colocadas unas sobre otras. Allí viven los sacerdotes y los servidores subalternos del templo, que hacen trabajos más rudos, como la limpieza de los fosos, donde se echan los desperdicios provenientes de los sacrificios de animales. Hay un costado norte, creo, donde la montaña del templo es muy escarpada. En todo lo alto, alrededor de la cumbre, se halla una zona verde formada por pequeños jardines pertenecientes a los sacerdotes. Aun en tiempos de Jesucristo se trabajaba siempre en alguna parte del templo. Este trabajo no cesaba nunca. En la montaña del templo había mucho mineral, que se fue sacando y empleando en la construcción del mismo edificio.

Debajo del templo hay fosos y lugares donde funden el metal. No pude encontrar en este gran templo un lugar donde poder rezar a gusto. Todo el edificio es admirablemente macizo, alto y sólido. Los numerosos patios son estrechos y sombríos, llenos de andamios y de asientos. Cuando hay mucha gente causa miedo encontrarse apretado entre los espesos muros y las gruesas columnas.

Tampoco me gustan los continuos sacrificios y la sangre derramada en abundancia, a pesar de que esto se hace con orden e increíble limpieza. Hacía mucho tiempo que no había visto con tanta claridad, como hoy, los edificios, los caminos y los pasajes. Pero son tantas las cosas que hay aquí que me es imposible describirlas con detalles.

Los viajeros llegaron con la pequeña María, por el norte, a Jerusalén: con todo, no entraron por ese lado, sino que dieron vuelta alrededor de la ciudad hasta el muro oriental, siguiendo una parte del valle de Josafat. Dejando a la izquierda el Monte de los Olivos y el camino de Betania, entraron en la ciudad por la Puerta de las Ovejas, que conducía al mercado de las bestias. No lejos de

esta puerta hay un estanque donde se lava por primera vez a las ovejas destinadas al sacrificio. No es ésta la piscina de Bethseda.

La comitiva, después de haber entrado en la ciudad, torció de nuevo a la derecha y entró en otra barriada siguiendo un largo valle interno dominado de un lado por las altas murallas de una zona más elevada de la ciudad, llegando a la parte occidental en los alrededores del mercado de los peces, donde se halla la casa paterna de Zacarías de Hebrón. Se encontraba allí un hombre de avanzada edad: creo que el hermano de su padre. ¡Zacarías solía volver a la casa después de haber cumplido su servicio en el templo. En esos días se encontraba en la ciudad y habiendo acabado su tiempo de servicio, quería quedarse sólo unos días en Jerusalén para asistir a la, entrada de María al templo. Al llegar la comitiva, Zacarías no se encontraba allí. En la casa se hallaban presentes otros parientes de los contornos de Belén y de Hebrón, entre ellos, dos hijas de la hermana de Isabel. Isabel tampoco se encontraba allí en ese momento. Estas personas se habían adelantado para recibir a los caminantes hasta un cuarto de legua por el camino del valle. Varias jóvenes los acompañaban llevando guirnaldas y ramas de árboles. Los caminantes fueron recibidos con demostraciones de contento y conducidos hasta la casa de Zacarías, donde se festejó la llegada. Se les ofreció refrescos y todos se prepararon para llevarlos a una posada contigua al templo, donde los forasteros se hospedan los días de fiesta. Los animales que Joaquín había destinado para el sacrificio habían sido conducidos ya desde los alrededores de la plaza del ganado a los establos situados cerca 'de esta casa. Zacarías acudió también para guiar a la comitiva desde la casa paterna hasta la posada. Pusieron a la pequeña María su segundo vestidito de ceremonias con el peplo celeste.

Todos se pusieron en marcha formando una ordenada procesión. Zacarías iba adelante con Joaquín y Ana; luego la niña María rodeada de cuatro niñas vestidas de blanco, y las otras chicas con

sus padres cerraban la marcha. Anduvieron por varias calles y pasaron delante del palacio de Herodes y de la casa donde más tarde habitó Pilatos. Se dirigieron hacia el ángulo Noreste del templo, dejando atrás la fortaleza Antonia, edificio muy alto, situado al Noroeste. Subieron por unos escalones abiertos en una muralla alta. La pequeña María subió sola, con alegre prisa, sin permitir que nadie la ayudara. Todos la miraban con asombro. La casa donde se alojaron era una posada para días de fiesta situada a corta distancia del mercado del ganado. Había varias posadas de este género alrededor del templo, y Zacarías había alquilado una. Era un gran edificio con cuatro galerías en torno de un patio extenso. En las galerías se hallaban los dormitorios, así como largas mesas muy bajas. Había una sala espaciosa y un hogar para la cocina. El patio para los animales enviados por Zacarías estaba muy cerca. A ambos lados del edificio habitaban los servidores del templo que se ocupaban de los sacrificios. Al entrar los forasteros se les lavaron los pies, como se hacía con los caminantes; los de los hombres fueron lavados por hombres; y las mujeres hicieron este servicio con las mujeres. Entraron luego en una sala en medio de la cual se hallaba suspendida una gran lámpara de varios brazos sobre un depósito de bronce lleno de agua, donde se lavaron la cara y las manos. Cuando hubieron quitado la carga al asno de Joaquín, un sirviente lo llevó a la cuadra. Joaquín había dicho que sacrificaría y siguió a los servidores del templo hasta el sitio donde se hallaban los animales, a los cuales examinaron.

Joaquín y Ana se dirigieron luego con María a la habitación de los sacerdotes, situada más arriba. Aquí la niña María, como elevada por el espíritu interior, subió ligerísimamente los escalones con un impulso extraordinario. Los dos sacerdotes que se hallaban en la casa los recibieron con grandes muestras de amistad: uno era anciano y el otro más joven. Los dos habían asistido al examen de la niña en Nazaret y esperaban su llegada. Después de haber conversado del viaje y de la próxima ceremonia de la presentación, hicieron llamar a una de las mujeres del Templo. Era ésta una viuda anciana que debía encargarse de velar por la niña. Habitaba en la

vecindad con otras personas de su misma condición, haciendo toda clase de labores femeniles y educando a las niñas. Su habitación se encontraba más apartada del templo que las salas adyacentes, donde habían sido dispuestos, para las mujeres y las jóvenes consagradas al servicio del Templo, pequeños oratorios desde los cuales podían ver el santuario sin ser vistas por los demás. La matrona que acababa de llegar estaba tan bien envuelta en su ropaje que apenas podía vérsele la cara. Los sacerdotes y los padres de María se la presentaron, confiándola a sus cuidados. Ella estuvo dignamente afectuosa, sin perder su gravedad. La niña María se mostró humilde y respetuosa. La instruyeron en todo lo que se relacionaba con la niña y su entrada solemne en el templo.

Aquella mujer bajó con ellos a la posada, tomó el ajuar que pertenecía a la niña y se lo llevó a fin de prepararlo todo en la habitación que le estaba destinada. La gente que había acompañado a la comitiva desde la casa de Zacarías, regresó a su domicilio, quedando en la posada solamente los parientes. Las mujeres se instalaron allí y prepararon la fiesta que debía tener lugar al día siguiente.

Joaquín y algunos hombres condujeron las víctimas al Templo al despuntar el nuevo día y los sacerdotes las revisaron nuevamente. Algunos animales fueron desechados y llevados en seguida a la plaza del ganado. Los aceptados fueron conducidos al patio donde habrían de ser inmolados. Vi allí muchas cosas que ya no es posible decirlas en orden. Recuerdo que antes de inmolar, Joaquín colocaba su mano sobre la cabeza de la víctima, debiendo recibir la sangre en un vaso y también algunas partes del animal. Había varias columnas, mesas y vasos. Se cortaba, se repartía y ordenaba todo. Se quitaba la espuma de la sangre y se ponía aparte la grasa, el hígado, el bazo, salándose todo esto. Se limpiaban los intestinos de los corderos, rellenándolos con algo y volviéndolos a poner dentro del cuerpo, de modo que el animal parecía entero, y se ataban las patas en forma de cruz. Luego, una

gran parte de la carne era llevada al patio donde las jóvenes del Templo debían hacer algo con ella: quizás prepararla para alimento de los sacerdotes o ellas mismas. Todo esto se hacía con un orden increíble. Los sacerdotes y levitas iban y venían, siempre de dos en dos. Este trabajo complicado y penoso se hacía fácilmente, como si se efectuase por sí solo. Los trozos destinados al sacrificio quedaban impregnados en sal hasta él día siguiente, en que debían ser ofrecidos sobre el altar.

Hubo hoy una gran fiesta en la posada, seguida de una comida solemne.

Habría unas cien personas, contados los niños. Estaban presentes unas veinticuatro niñas de diversas edades, entre ellas Serapia, que fue llamada Verónica después de la muerte de Jesús: era bastante crecida, como de unos diez o doce años. Se tejieron coronas y guirnaldas de flores para María y sus compañeras, adornándose también siete candelabros en forma de cetro sin pedestal. En cuanto a la llama que brillaba en su extremidad no sé si estaba alimentada con aceite, cera u otra materia. Durante la fiesta entraron y salieron numerosos sacerdotes y levitas. Tomaron parte en el banquete, y al expresar su asombro por la gran cantidad de víctimas ofrecidas para el sacrificio, Joaquín les dijo que en recuerdo de la afrenta recibida en el templo, al ser rechazado su sacrificio, y a causa de la misericordia de Dios que había escuchado su oración, había querido demostrar su gratitud de acuerdo con sus medios. Hoy pude ver a la pequeña María paseando con las otras jóvenes en torno de su casa. Otros detalles los he olvidado completamente.

XXI

Presentación de María en el Templo

Esta mañana fueron al Templo: Zacarías, Joaquín y otros hombres. Más tarde fue llevada María por su madre en medio de un acompañamiento solemne. Ana y su hija María Helí, con la pequeña María Cleofás, marchaban delante; iba luego la santa niña María con su vestidito y su manto azul celeste, los brazos y el cuello adornados con guirnaldas: llevaba en la mano un cirio ceñido de flores. A su lado caminaban tres niñitas con cirios semejantes. Tenían vestidos blancos, bordados de oro y peplos celestes, como María, y estaban rodeadas de guirnaldas de flores; llevaban otras pequeñas guirnaldas alrededor del cuello y de los brazos. Iban en seguida las otras jóvenes y niñas vestidas de fiesta, aunque no uniformemente. Todas llevaban pequeños mantos. Cerraban el cortejo las demás mujeres. Como no se podía ir en línea recta desde la posada al Templo, tuvieron que dar una vuelta pasando por varias calles. Todo el mundo se admiraba de ver el hermoso cortejo y en las puertas de varias casas rendían honores. En María se notaba algo de santo y de conmovedor. A la llegada de la comitiva he visto a varios servidores del Templo empeñados en abrir con grande esfuerzo una puerta muy alta y muy pesada, que brillaba como oro y que tenía grabadas varias figuras: cabezas, racimos de uvas y gavillas de trigo. Era la Puerta Dorada. La comitiva entró por esa puerta. Para llegar a ella era preciso subir cincuenta escalones; creo que había entre ellos algunos descansos. Quisieron llevar a María de la mano; pero ella no lo permitió: subió los escalones rápidamente, sin tropiezos, llena de alegre entusiasmo. Todos se hallaban profundamente conmovidos.

Bajo la Puerta Dorada fue recibida María por Zacarías, Joaquín y algunos sacerdotes que la llevaron hacia la derecha, bajo la amplia arcada de la puerta, a las altas salas donde se había preparado una comida en honor de alguien. Aquí se separaron las personas de la comitiva. La mayoría de las mujeres y de las niñas se dirigieron al sitio del Templo que les estaba reservado para orar. Joaquín y Zacarías fueron al lugar del sacrificio. Los sacerdotes hicieron todavía algunas preguntas a María en una sala y cuando se hubieron retirado, asombrados de la sabiduría de la niña, Ana vistió a su hija con el tercer traje de fiesta, que era de color azul violáceo y le puso el manto, el velo y la corona ya descritos por mí al relatar la ceremonia que tuvo lugar en la casa de Ana.

Entre tanto Joaquín había ido al sacrificio con los sacerdotes. Luego de recibir un poco de fuego tomado de un lugar determinado, se colocó entre dos sacerdotes cerca del altar. Estoy demasiada enferma y distraída para dar la explicación del sacrificio en el orden necesario. Recuerdo lo siguiente: no se podía llegar al altar más que por tres lados. Los trozos preparados para el holocausto no estaban todos en el mismo lugar, sino puestos alrededor, en distintos sitios.

En los cuatro extremos del altar había cuatro columnas de metal, huecas, sobre las cuales descansaban cosas que parecían caños de chimenea. Eran anchos embudos de cobre terminados en tubos en forma de cuernos, de modo que el humo podía salir pasando por sobre la cabeza de los sacerdotes que ofrecían el sacrificio. Mientras se consumía sobre el altar la ofrenda de Joaquín, Ana fue, con María y las jóvenes que la acompañaban, al vestíbulo reservado a las mujeres. Este lugar estaba separado del altar del sacrificio por un muro que terminaba en lo alto en una reja. En medio de este muro había una puerta. El atrio de las mujeres, a partir del muro de separación, iba subiendo de manera que por lo menos las que se hallaban más alejadas podían ver hasta cierto punto el altar del sacrificio. Cuando la puerta del muro estaba

abierta, algunas mujeres podían ver el altar. María y las otras jóvenes se hallaban de pie, delante de Ana, y las demás parientas estaban a poca distancia de la puerta. En sitio aparte había un grupo de niños del Templo, vestidos de blanco, que tañían flautas y arpas.

Después del sacrificio se preparó bajo la puerta de separación un altar portátil cubierto, con algunos escalones para subir. Zacarías y Joaquín fueron con un sacerdote desde el patio hasta este altar, delante del cual estaba otro sacerdote y dos levitas con rollos y todo lo necesario para escribir. Un poco atrás se hallaban las doncellas que habían acompañado a María. María se arrodilló sobre los escalones; Joaquín y Ana extendieron las manos sobre su cabeza. El sacerdote cortó un poco de sus cabellos, quemándolos luego sobre un bracero.

Los padres pronunciaron algunas palabras, ofreciendo a su hija, y los levitas las escribieron. Entretanto las niñas cantaban el salmo 44: Eructavit cor meum verbum bonum, y los sacerdotes el salmo 49: Deus deorum Dominus locutus est, mientras los niños tocaban sus instrumentos. Observé entonces que dos sacerdotes tomaron a María de la mano y la llevaron por unos escalones hacia un lugar elevado del muro, que separaba el vestíbulo del Santuario. Colocaron a la niña en una especie de nicho en el centro de aquel muro, de manera que ella pudiera ver el sitio donde se hallaban, puestos en fila, varios hombres que me parecieron consagrados al Templo. Dos sacerdotes estaban a su lado; había otros dos en los escalones, recitando en alta voz oraciones escritas en rollos. Del otro lado del muro se hallaba de pie un anciano príncipe de los sacerdotes, cerca del altar, en un sitio bastante elevado que permitía vérsele el busto. Yo lo vi presentando el incienso, cuyo humo se esparció alrededor de María.

Durante esta ceremonia vi en torno de María un cuadro simbólico que pronto llenó el Templo y lo oscureció. Vi una gloria luminosa debajo del corazón de María y comprendí que ella encerraba la promesa de la sacrosanta bendición de Dios. Esta gloria aparecía rodeada por el arca de Noé, de manera que la cabeza de María se alzaba por encima y el arca tomaba a su vez la forma del Arca de la Alianza, viendo luego a ésta corno encerrada en el Templo. Luego vi que todas estas formas desaparecían mientras el cáliz de la santa Cena se mostraba fuera de la gloria, delante del pecho' de María, y más arriba, ante la boca de la Virgen, aparecía un pan marcado con una cruz. A los lados brillaban rayos de cuyas extremidades surgían figuras con símbolos místicos de la Santísima Virgen, como todos los nombres de las Letanías que le dirige la Iglesia. Subían, cruzándose desde sus hombros, dos ramas de olivo y de ciprés, o de cedro y de ciprés, por encima de una hermosa palmera junto con un pequeño ramo que vi aparecer detrás de ella. En los espacios de las ramas pude ver todos los instrumentos de la pasión de Jesucristo. El Espíritu Santo, representado por una figura alada que parecía más forma humana que paloma, se hallaba suspendido sobre el cuadro, por encima del cual vi el cielo abierto, el centro de la celestial Jerusalén, la ciudad de Dios, con todos sus palacios, jardines y lugares de los futuros santos.

Todo estaba lleno de ángeles, y la gloria, que ahora rodeaba a la Virgen Santísima, lo estaba con cabezas de estos espíritus. ¡Ah, quién pudiera describir estas cosas con palabras humanas!... Se veía todo bajo formas tan diversas y tan multiformes, derivando unas de las otras en tan continuada transformación, que he olvidado la mayor parte de ellas. Todo lo que se relaciona con la Santísima Virgen en la antigua y en la nueva Alianza y hasta en la eternidad, se hallaba allí representado. Sólo puedo comparar esta visión a otra menor que tuve hace poco, en la cual vi en toda su magnificencia el significado del santo Rosario. Muchas personas, que se creen sabias, comprenden esto menos que los pobres y humildes que lo recitan con simplicidad, pues éstos acrecientan el esplendor con su obediencia, su piedad y su sencilla confianza en la Iglesia, que

recomienda esta oración. Cuando vi todo esto, las bellezas y magnificencias del Templo, con los muros elegantemente adornados, me parecían opacos y ennegrecidos detrás de la Virgen Santísima, El Templo mismo parecía esfumarse y desaparecer: sólo María y la gloria que la rodeaba lo llenaba todo. Mientras estas visiones pasaban delante de mis ojos, dejé de ver a la Virgen Santísima bajo forma de niña: me pareció entonces grande y como suspendida en el aire. Con todo veía también, a través de María, a los sacerdotes, al sacrificio del incienso y a todo lo demás de la ceremonia. Parecía que el sacerdote estaba detrás de ella, anunciando el porvenir e invitando al pueblo a agradecer y a orar a Dios, porque de esta niña habría de salir algo muy grandioso. Todos los que estaban en el Templo, aunque no veían lo que yo veía, estaban recogidos y profundamente conmovidos. Este cuadro se desvaneció gradualmente de la misma manera que lo había visto aparecer. Al fin sólo quedó la gloria bajo el corazón de María y la bendición de la promesa brillando en su interior. Luego desapareció también y sólo vi a la niña María adornada entre los sacerdotes.

Los sacerdotes tomaron las guirnaldas que estaban alrededor de sus brazos y la antorcha que llevaba en la mano, y se las dieron a las compañeras. Le pusieron en la cabeza un velo pardo y la hicieron descender las gradas, llevándola a una sala vecina, donde seis vírgenes del Templo, de mayor edad, salieron a su encuentro arrojando flores ante ella. Detrás iban sus maestras, Noemí, hermana de la madre de Lázaro, la profetisa Ana y otra mujer. Los sacerdotes recibieron a la pequeña María, retirándose luego. Los padres de la Niña, así como sus parientes más cercanos, se encontraban allí. Una vez terminados los cantos sagrados, despidióse María de sus padres. Joaquín, que estaba profundamente conmovido, tomó a María entre sus brazos y apretándola contra su corazón, dijo en medio de las lágrimas: "Acuérdate de mi alma ante Dios". María se dirigió luego con las maestras y varias otras jóvenes a las habitaciones de las mujeres, al Norte del Templo. Estas habitaban salas abiertas en los espesos muros del Templo y podían, a través de pasajes y escaleras, subir a

los pequeños oratorios colocados cerca del Santuario y del Santo de los Santos. Los deudos de María volvieron a la sala contigua a la Puerta Dorada, donde antes se habían detenido quedándose a comer en compañía de los sacerdotes. Las mujeres comían en sala aparte.

He olvidado, entre otras muchas cosas, por qué la fiesta había sido tan brillante y solemne. Sin embargo, sé que fue a consecuencia de una revelación de la voluntad de Dios. Los padres de María eran personas de condición acomodada y si vivían pobremente era por espíritu de mortificación y para poder dar más limosnas a los pobres. Así es cómo Ana, no sé por cuánto tiempo, sólo comió alimentos fríos. A pesar de esto trataban a la servidumbre con generosidad y la dotaban.

He visto a muchas personas orando en el Templo. Otras habían seguido a la comitiva hasta la puerta misma. Algunos de los presentes debieron tener cierto presentimiento de los destinos de la Niña, pues recuerdo unas palabras que Santa Ana en un momento de entusiasmo jubiloso dirigió a las mujeres, cuyo sentido era: "He aquí el Arca de la Alianza, el vaso de la Promesa, que entra ahora en el Templo". Los padres de María y demás parientes regresaron hoy a Bet-Horon.

XXII

María en el Templo

He visto una fiesta en las habitaciones de las vírgenes del Templo. María pidió a las maestras y a cada doncella en particular si querían

admitirla entre ellas, pues esta era la costumbre que se practicaba. Hubo una comida y una pequeña fiesta en la que algunas niñas tocaron instrumentos de música. Por la noche vi a Noemí, una de las maestras, que conducía a la niña María hasta la pequeña habitación que le estaba reservada y desde la cual podía ver el interior del Templo. Había en ella una mesa pequeña, un escabel y algunos estantes en los ángulos. Delante de esta habitación había lugar para la alcoba, el guardarropa y el aposento de Noemí. María habló a Noemí de su deseo de levantarse varias veces durante la noche, pero ésta no se lo permitió. Las mujeres del Templo llevaban largas y amplias vestiduras blancas, ceñidas con fajas y mangas muy anchas, que recogían para trabajar. Iban veladas.

No recuerdo haber visto nunca a Herodes que haya hecho reconstruir de nuevo la totalidad del Templo. Sólo vi que durante su reinado se hicieron diversos cambios. Cuando María entró en el Templo, once años antes del nacimiento del Salvador, no se hacían trabajos propiamente dichos; pero, como siempre, se trabajaba en las construcciones exteriores: esto no dejó de hacerse nunca.

He visto hoy la habitación de María en el Templo. En el costado Norte, frente al Santuario, se hallaban en la parte alta varias salas que comunicaban con las habitaciones de las mujeres. El dormitorio de María era uno de los más retirados, frente al Santo de los Santos. Desde el corredor, levantando una cortina, se pasaba a una sala anterior separada del dormitorio por un tabique de forma convexa o terminada en ángulo. En los ángulos de la derecha e izquierda estaban las divisiones para guardar la ropa y los objetos de uso; frente a la puerta abierta de este tabique, algunos escalones llevaban arriba hasta una abertura, delante de la cual había un tapiz, pudiéndose ver desde allí el interior del Templo. A izquierda, contra el muro de la habitación, había una alfombra arrollada, que cuando estaba extendida formaba el lecho sobre el cual reposaba la niña María. En un nicho de la muralla estaba colocada una lámpara, cerca de la cual vi a la niña de pie, sobre un

escabel, leyendo oraciones en un rollo de pergamino. Llevaba un vestido de listas blancas y azules, sembrado de flores amarillas. Había en la habitación una mesa baja y redonda. Vi entrar en la habitación a la profetisa Ana, que colocó sobre la mesa una fuente con frutas del grosor de un haba y una anforita. María tenía una destreza superior a su edad: desde entonces la vi trabajar en pequeños pedazos de tela blanca para el servicio del Templo. Las paredes de su pieza estaban sobrepuestas con piedras triangulares de varios colores. A menudo oía yo a la niña decir a Ana: "¡Ah, pronto el Niño prometido nacerá! ¡Oh, si yo pudiera ver al niño Redentor!"...

Ana le respondía; "Yo soy ya anciana y debí esperar mucho a ese Niño. ¡Tú, en cambio, eres tan pequeña!"... María lloraba a menudo por el ansia de ver al niño Redentor. Las niñas que se educaban en el Templo se ocupaban de bordar, adornar, lavar y ordenar las vestiduras sacerdotales y limpiar los utensilios sagrados del Templo.

En sus habitaciones, desde donde podían ver el Templo, oraban y meditaban.

Estaban consagradas al Señor por medio de la entrega que hacían sus padres en el Templo. Cuando llegaban a la edad conveniente, eran casadas, pues había entre los israelitas piadosos la silenciosa esperanza de que de una de estas vírgenes consagradas al Señor debía nacer el Mesías.

Cuan ciegos y duros de corazón eran los fariseos y los sacerdotes del Templo se puede conocer por el poco interés y desconocimiento que manifestaron con las santas personas con las cuales trataron. Primeramente desecharon sin motivo el sacrificio de Joaquín. Sólo después de algunos meses, por orden de Dios, fue aceptado el

sacrificio de Joaquín y de Ana. Joaquín llega a las cercanías del Santuario y se encuentra con Ana, sin saberlo de antemano, conducidos por los pasajes debajo del Templo por los mismos sacerdotes. Aquí se encuentran ambos esposos y María es concebida. Otros sacerdotes los esperan en la salida del Templo. Todo esto sucedía por orden e inspiración de Dios. He visto algunas veces que las estériles eran llevadas allí por orden de Dios. María llega al Templo teniendo algo menos de cuatro años: en toda su presentación hay signos extraordinarios y desusados. La hermana de la madre de Lázaro viene a ser la maestra de María, la cual aparece en el Templo con tales señales no comunes que algunos sacerdotes ancianos escribían en grandes libros acerca de esta niña extraordinaria. Creo que estos escritos existen aún entre otros escritos, ocultos por ahora. Más tarde suceden otros prodigios, como el florecimiento de la vara en el casamiento con José. Luego la extraña historia de la venida de los tres Reyes Magos, de los pastores, por medio del llamado de los ángeles. Después, en la presentación de Jesús en el Templo, el testimonio de Simeón y de Ana; y el hecho admirable de Jesús entre los doctores del Templo a los doce años. Todo este conjunto de cosas extraordinarias las despreciaron los fariseos y las desatendieron. Tenían las cabezas llenas de otras ideas y asuntos profanos y de gobierno. Porque la Santa Familia vivió en pobreza voluntaria fue relegada al olvido, como el común del pueblo. Los pocos iluminados, como Simeón, Ana y otros, tuvieron que callar y reservarse delante de ellos.

Cuando Jesús comenzó su vida pública y Juan dio testimonio de El, lo contradijeron con tanta obstinación en sus enseñanzas, que los hechos extraordinarios de su juventud, si es que no los habían olvidado, no tenían interés ninguno en darlos a conocer a los demás. El gobierno de Herodes y el yugo de los romanos, bajo el cual cayeron, los enredó de tal manera en las intrigas palaciegas y en los negocios humanos, que todo espíritu huyó de ellos. Despreciaron el testimonio de Juan y olvidaron al decapitado. Despreciaron los milagros y la predicación de Jesús. Tenían ideas erróneas sobre el Mesías y los profetas: así pudieron maltratarlo tan

bárbaramente, darle muerte y negar luego su resurrección y las señales milagrosas sucedidas, como también el cumplimiento de las profecías en la destrucción de "Jerusalén. Pero si su ceguera fue grande al no reconocer las señales de la venida del Mesías, mayor es su obstinación después que obró milagros y escucharon su predicación. Si su obstinación no fuese tan grandemente extraordinaria, ¿cómo podría esta ceguera continuar hasta nuestros días?

Cuando voy por las calles de la presente Jerusalén para hacer el Via Crucis veo a menudo, debajo de un ruinoso edificio, una gran arcada en parte derruida y en, parte con agua que entró. El agua llega, al presente hasta la tabla de la mesa, del medio de la cual se levanta una columna, en torno de la que cuelgan cajas llenas de rollos escritos. Debajo de la mesa hay también rollos dentro del agua. Estos subterráneos deben ser sepulcros: se extienden hasta el monte Calvario. Creo que es la casa que habitó Pilatos. Ese tesoro de escritos será a su tiempo descubierto.

He visto a la Santísima Virgen en el Templo, unas veces en la habitación de las mujeres con las demás niñas, otras veces en su pequeño dormitorio, creciendo en medio del estudio, de la oración y del trabajo, mientras hilaba y tejía para el servicio del Templo. María lavaba la ropa y limpiaba los vasos sagrados. Como todos los santos, sólo comía para el propio sustento, sin probar jamás otros alimentos que aquéllos a los que había prometido limitarse. Pude verla a menudo entregada a la oración y a la meditación. Además de las oraciones vocales prescriptas en el Templo, la vida de María era una aspiración incesante hacia la redención, una plegaria interior continua. Hacía todo esto con gran serenidad y en secreto, levantándose de su lecho e invocando al Señor cuando todos dormían. A veces la vi llorando, resplandeciente, durante la oración. María rezaba con el rostro velado. También se cubría cuando hablaba con los sacerdotes o bajaba a una habitación vecina para recibir su trabajo o entregar el que había terminado. En tres lados

del Templo estaban estas habitaciones, que parecían semejantes a nuestras sacristías. Se guardaban en ellas los objetos que las mujeres encargadas debían cuidar o confeccionar.

He visto a María en estado de éxtasis continuo y de oración interior. Su alma no parecía hallarse en la tierra y recibía a menudo consuelos celestiales.

Suspiraba continuamente por el cumplimiento de la promesa y en su humildad apenas podía formular el deseo de ser la última entre las criadas de la Madre del Redentor.

La maestra que la cuidaba era Noemí, hermana de la madre de Lázaro. Tenía cincuenta años y pertenecía a la sociedad de los esenios, así como las mujeres agregadas al servicio del Templo. María aprendió a trabajar a su lado, acompañándola cuando limpiaba las ropas y los vasos manchados con la sangre de los, sacrificios; repartía y preparaba porciones de carne de las víctimas reservadas para los sacerdotes y las mujeres. Más tarde se ocupó con mayor actividad de los quehaceres domésticos. Cuando Zacarías se hallaba en el Templo, de turno, la visitaba a menudo; Simeón también la conocía. Los destinos para los cuales estaba llamada María no podían ser completamente desconocidos por los sacerdotes. Su manera de ser, su porte, su gracia infinita, su sabiduría extraordinaria, eran tan notables que ni aún su extrema humildad lograba ocultar.

XXIII

El nacimiento de Juan es anunciado a Zacarías

He visto a Zacarías hablando con Isabel, confiándole la pena que le causaba tener que ir a cumplir su servicio en el Templo de Jerusalén, debido al desprecio con que se le trataba por la esterilidad de su matrimonio.

Zacarías estaba de servicio dos veces por año: No vivían en Hebrón mismo, sino a una legua de allí, en Juta. Entre Juta y Hebrón subsistían muchos antiguos muros; quizás en otros tiempos aquellos dos lugares habían estado unidos. Al otro lado de Hebrón se veían muchos edificios diseminados, como restos de la antigua ciudad que fue en otros tiempos tan grande como Jerusalén. Los sacerdotes que habitaban en Hebrón eran menos elevados en dignidad que los que vivían en Juta. Zacarías era así como jefe de estos últimos y gozaba, lo mismo que Isabel, del mayor respeto a causa de su virtud y de la pureza de su linaje de Aarón, su antepasado. He visto a Zacarías visitar, con varios sacerdotes del país, una pequeña propiedad suya en las cercanías de Juta. Era un huerto con árboles frutales y una casita. Zacarías oró allí con sus compañeros, dándoles luego instrucciones y preparándolos para el servicio del Templo que les iba a tocar. También le oí hablar de su aflicción y del presentimiento de algo que habría de sucederle. Marchó Zacarías con aquellos sacerdotes a Jerusalén, donde esperó cuatro días hasta que le llegó el turno de ofrecer sacrificio. Durante este tiempo oraba continuamente en el Templo. Cuando le tocó presentar el incienso, lo vi entrar en el Santuario, donde se hallaba el altar de los perfumes delante de la entrada del Santo de los Santos. Encima de él el techo estaba abierto, de modo que podía verse el cielo. El sacerdote no era visible desde el exterior. En el momento de entrar, otro sacerdote le dijo algo, retirándose de inmediato.

Cuando Zacarías estuvo solo, vi que levantaba una cortina y entraba en un lugar oscuro. Tomó algo que colocó sobre el altar, encendiendo el incienso.

En aquel momento pude ver, a la derecha del altar, una luz que bajaba hacia él y una forma brillante que se acercaba. Asustado, arrebatado en éxtasis, le vi caer hacia el altar. El ángel lo levantó, le habló durante largo tiempo, y Zacarías respondía. Por encima de su cabeza el cielo estaba abierto y dos ángeles subían y bajaban como por una escala. El cinturón de Zacarías estaba desprendido, quedando sus ropas entreabiertas; vi que uno de los ángeles parecía retirar algo de su cuerpo mientras el otro le colocaba en el flanco un objeto luminoso. Todo esto se asemejaba a lo que había sucedido cuando Joaquín recibió la bendición del ángel para la concepción de la Virgen Santísima.

Los sacerdotes tenían por costumbre salir del Santuario inmediatamente después de haber encendido el incienso. Como Zacarías tardara mucho en salir, el pueblo, que oraba afuera, esperando, empezó a inquietarse; pero Zacarías, al salir, estaba mudo y vi que escribió algo sobre una tablilla. Cuando salió al vestíbulo muchas personas se agruparon a su alrededor preguntándole la razón de su tardanza; mas él no podía hablar, y haciendo signos con la mano, mostraba su boca. La tablilla escrita, que mandó a Juta en seguida a casa de Isabel, anunciaba que Dios le había hecho una promesa y al mismo tiempo le decía que había perdido el uso de la palabra. Al cabo del tiempo se volvió a su casa. También Isabel había recibido una revelación, que ahora no recuerdo cómo. Zacarías era un hombre de estatura elevada, grande y de porte majestuoso.

XXIV

Noticias acerca de San José

José, cuyo padre se llamaba Jacob, era el tercero entre seis hermanos. Sus J padres habitaban un gran edificio situado poco antes de llegar a Belén, que había sido en otro tiempo la casa paterna de David, cuyo padre, Jessé, era el dueño. En la época de José casi no quedaban más que los anchos muros de aquella antigua construcción. Creo que conozco mejor esta casa que nuestra aldea de Flamske. Delante de la casa había un patio anterior rodeado de galerías abiertas como al frente de las casas de la Roma antigua. En sus galerías pude ver figuras semejantes a cabezas de antiguos personajes. Hacia un lado del patio, había una fuente debajo de un pequeño edificio de piedra, donde el agua salía de la boca de animales. La casa no tenía ventanas en el piso bajo, pero sí aberturas redondas arriba. He visto una puerta de entrada.

Alrededor de la casa corría una amplia galería, en cuyos rincones había cuatro torrecillas parecidas a gruesas columnas terminadas cada una en una especie de cúpula, donde sobresalían pequeños banderines. Por las aberturas de esas cupulitas, a las que se llegaba mediante escaleras abiertas en las torrecillas, podía verse a lo lejos, sin ser visto. Torrecillas, semejantes a éstas había en el palacio de David, en Jerusalén; fue desde la cúpula de una de ellas desde donde pudo mirar a Bersabé mientras tomaba el baño. En lo alto de la casa, la galería corría alrededor de un piso poco elevado, cuyo techo plano soportaba una construcción terminada en otra torre pequeña, José y sus hermanos habitaban en la parte alta con un viejo judío, su preceptor.

Dormían alrededor de una habitación colocada en el centro, que dominaba la galería. Sus lechos consistían en colchas arrolladas contra el muro durante el día, separadas entre sí por esteras

movibles. Los he visto jugando en su pieza. También vi a los padres, los cuales se relacionaban poco con sus hijos. Me parecieron ni buenos ni malos. José tendría ocho años más o menos. De natural muy distinto a sus hermanos, era muy inteligente, y aprendía todo muy fácilmente, a pesar de ser sencillo, apacible, piadoso y sin ambiciones. Sus hermanos lo hacían víctima de toda clase de travesuras y a veces lo maltrataban.

Aquellos muchachos poseían pequeños jardines divididos en compartimentos: vi en ellos muchas plantas y arbustos. He visto que a menudo iban los hermanos de José a escondidas y le causaban destrozos en sus parcelas, haciéndole sufrir mucho. Lo he, visto con frecuencia bajo la galería del patio, de rodillas, rezando con los brazos extendidos. Sucedía entonces que sus hermanos se deslizaban detrás de él y le golpeaban. Estando de rodillas una vez uno de ellos le golpeó por detrás, y como José parecía no advertirlo, volvió aquél a golpearlo con tal insistencia, que el pobre José cayó hacia delante sobre las losas del piso. Comprendí por esto que José debía estar arrebatado en éxtasis durante la oración. Cuando volvió en sí, no dio muestras de alterarse, ni pensó en vengarse: buscó otro rincón aislado para continuar su plegaria.

Los padres no le mostraban tampoco mayor cariño. Hubieran deseado que empleara su talento en conquistarse una posición en el mundo; pero José no aspiraba a nada de esto. Los padres encontraban a José demasiado simple y rutinario; les parecía mal que amara tanto la oración y el trabajo manual. En otra época en que podría tener doce años lo vi a menudo huir de las molestias de sus hermanos, yendo al otro lado de Belén, no muy lejos de lo que fue más tarde la gruta del pesebre, y detenerse allí algún tiempo al lado de unas piadosas mujeres pertenecientes a la comunidad de los esenios. Habitaban estas mujeres cerca de una cantera abierta en la colina, encima de la cual se hallaba Belén, en cuevas cavadas en la misma roca. Cultivaban pequeñas huertas contiguas e

instruían a otros niños de los esenios. Frecuentemente veía al pequeño José, mientras recitaban oraciones escritas en un rollo a la luz de la lámpara suspendida en la pared de la roca, buscar refugio cerca de ellas para librarse de las persecuciones de sus hermanos. También lo vi detenerse en las grutas, una de las cuales habría de ser más tarde el lugar de nacimiento del Redentor. Oraba solo allí o se ocupaba en fabricar pequeños objetos de madera. Un viejo carpintero tenía su taller en la vecindad de los esenios. José iba allí a menudo y aprendía poco a poco ese oficio, en el cual progresaba fácilmente por haber estudiado algo de geometría y dibujo bajo su preceptor. Finalmente las molestias de sus hermanos le hicieron imposible la convivencia en la casa paterna. Un amigo que habitaba cerca de Belén, en una casa separada de la de sus padres por un pequeño arroyo, le dio ropa con la cual pudo disfrazarse y abandonar la casa paterna, por la noche, para ir a ganarse la vida en otra parte con su oficio de carpintero. Tendría entonces de diez y ocho a veinte años de edad. Primero lo vi trabajando en casa de un carpintero de Libona, donde puede decirse que aprendió el oficio. La casa de su patrón estaba construida contra unos muros que conducían hasta un castillo en ruinas, a todo lo largo de una cresta montañosa. En aquella muralla habían hecho sus viviendas muchos pobres del lugar. Allí he visto a José trabajando largos trozos de madera, encerrado entre grandes muros, donde la luz penetraba por las aberturas superiores. Aquellos trozos formaban marcos en los cuales debían entrar tabiques de zarzos. Su patrón era un hombre pobre que no hacía sino trabajos rústicos, de poco valor. José era piadoso, sencillo y bueno; todos lo querían. Lo he visto siempre, con perfecta humildad, prestar toda clase de servicios a su patrón, recoger las virutas, juntar trozos de madera y llevarlos sobre sus hombros. Más tarde pasó una vez por estos lugares en compañía de liaría y creo que visitó con ella su antiguo taller.

Mientras tanto sus padres creían que José hubiese sido robado por bandidos.

Luego vi que sus hermanos descubrieron donde se hallaba y le hicieron vivos reproches, pues tenían mucha vergüenza de la baja condición en que se había colocado. José quiso quedarse en esa condición, por humildad; pero dejó aquel sitio y se fue a trabajar a Taanac, cerca de Megido, al borde de un pequeño río, el Kisón, que desemboca en el mar. Este lugar no está lejos de Afeké, ciudad natal del apóstol Santo Tomás. Allí vivió en casa de un patrón bastante rico, donde se hacían trabajos más delicados. Después lo vi trabajando en Tiberíades para otro patrón, viviendo solo en una casa al borde del lago. Tendría entonces unos treinta años. Sus padres habían muerto en Belén, donde aún habitaban dos de sus hermanos. Los otros se habían dispersado. La casa paterna ya no era propiedad de la familia, totalmente arruinada. José era muy piadoso y oraba por la pronta venida del Mesías. Estando un día ocupado en arreglar un oratorio, cerca de su habitación, para poder rezar en completa soledad, se le apareció un ángel, dándole orden de suspender el trabajo: que así como en otro tiempo Dios había confiado al patriarca José la administración de los graneros de Egipto, ahora el granero que encerraba la cosecha de la Salvación habría de ser confiado a su guardia paternal. José, en su humildad, no comprendió estas palabras y continuó rezando con mucho fervor hasta que se le ordenó ir al Templo de Jerusalén para convertirse, en virtud de una orden venida de lo alto, en el esposo de la Virgen Santísima. Antes de esto nunca lo he visto casado, pues vivía muy retraído y evitaba la compañía de las mujeres.

XXV

Desposorio de la Virgen María con San José

María vivía entre tanto en el Templo con otras muchas jóvenes bajo la custodia de las piadosas matronas, ocupadas en bordar, en tejer y en labores para las colgaduras del Templo y las vestiduras sacerdotales. También limpiaban las vestiduras y otros objetos destinados al culto divino.

Cuando llegaban a la, mayoría de edad se las casaba. Sus padres las habían entregado totalmente a Dios y entre los israelitas más piadosos existía el presentimiento de que de uno de esos matrimonios se produciría el advenimiento del Mesías. Cuando María tenía catorce años y debía salir pronto del Templo para casarse, junto con otras siete jóvenes, vi a Santa Ana visitarla en el Templo. Al anunciar a María que debía abandonar el Templo para casarse, la vi profundamente conmovida, declarando al sacerdote que no deseaba abandonar el Templo, pues se había consagrado sólo a Dios y no tenía inclinación por el matrimonio. A todo esto le fue respondido que debía aceptar algún esposo [10]. La vi luego en su oratorio, rezando a Dios con mucho fervor. Recuerdo que, teniendo mucha sed, bajó con su pequeño cántaro para recoger agua de una fuente o depósito, y que allí, sin aparición visible, escuchó una voz que la consoló, haciéndole saber al mismo tiempo que era necesario aceptar ese casamiento. Aquello no era la Anunciación, que me fue dado ver más tarde en Nazaret. Creí, sin embargo, haber visto esta vez la aparición de un ángel. En mi juventud confundí a veces este hecho con la Anunciación, creyendo que había tenido lugar en el Templo.

Vi a un sacerdote muy anciano, que no podía caminar: debía ser el Sumo Pontífice. Fue llevado por otros sacerdotes hasta el Santo de los Santos y mientras encendía un sacrificio de incienso leía las

oraciones en un rollo de pergamino colocado sobre una especie de atril. Hallándose arrebatado en éxtasis tuvo una aparición y su dedo fue llevado sobre el pergamino al siguiente pasaje de Isaías: "Un retoño saldrá de la raíz de Jessé y una flor ascenderá de esa raíz". Cuando el anciano volvió en sí, leyó este pasaje y tuvo conocimiento de algo al respecto.

Luego se enviaron mensajeros a todas las regiones del país convocando al Templo a todos los hombres de la raza de David que no estaban casados.

Cuando varios de ellos se encontraron reunidos en el Templo, en traje de fiesta, les fue presentada María. Entre ellos vi a un joven muy piadoso de Belén, que había pedido a Dios, con gran fervor, el cumplimiento de la promesa: en su corazón vi un gran deseo de ser elegido por esposo de María.

En cuanto a ésta, volvió a su celda y derramó muchas lágrimas, sin poder imaginar siquiera que habría de permanecer siempre virgen.

Después de esto vi al Sumo Sacerdote, obedeciendo a un impulso interior, presentar unas ramas a los asistentes, ordenando que cada uno de ellos marcara una con su nombre y la tuviera en la mano durante la oración y el sacrificio. Cuando hubieron hecho esto, las ramas fueron tomadas nuevamente de sus manos y colocadas en un altar delante del Santo de los Santos, siéndoles anunciado que aquél de entre ellos cuya rama floreciere sería el designado por el Señor para ser el esposo de María de Nazaret. Mientras las ramas se hallaban delante del Santo de los Santos siguió celebrándose el sacrificio y continuó la oración. Durante este tiempo vi al joven [11], cuyo nombre quizás recuerde, invocar a Dios en una sala del Templo, con los brazos extendidos, y derramar ardientes lágrimas, cuando después del tiempo marcado les fueron devueltas las ramas

"anunciándoles que ninguno de ellos había sido designado por Dios para ser esposo de aquella Virgen. Volvieron los hombres a sus casas y el joven se retiró al monte Carmelo, junto con los sacerdotes que vivían allí desde el tiempo de Elías, quedándose con ellos y orando continuamente por el cumplimiento de la Promesa.

Luego vi a los sacerdotes del Templo buscando nuevamente en los registros de las familias si quedaba algún descendiente de la familia de David que no hubiese sido llamado [12]. Hallaron la indicación de seis hermanos que habitaban en Belén, uno de los cuales era desconocido y andaba ausente desde hacía tiempo. Buscaron el domicilio de José, descubriéndolo a poca distancia de Samaria, en un lugar situado cerca de un riachuelo. Habitaba a la orilla del río y trabajaba bajo las órdenes de un carpintero. Obedeciendo a las órdenes del Sumo Sacerdote, acudió José a Jerusalén y se presentó en el Templo. Mientras oraban y ofrecían sacrificio pusiéronle también en las manos una vara, y en el momento en que él se disponía a dejarla sobre el altar, delante del Santo de los Santos, brotó de la vara una flor blanca, semejante a una azucena; y pude ver una aparición luminosa bajar sobre él: era como si en ese momento José hubiese recibido al Espíritu Santo. Así se supo que éste era el hombre designado por Dios para ser prometido de María Santísima, y los sacerdotes lo presentaron a María, en presencia de su madre. María, resignada a la voluntad de Dios, lo aceptó humildemente, sabiendo que Dios todo lo podía, puesto que Él había recibido su voto de pertenecer sólo a Él.

Las bodas de María y José, que duraron de seis a siete días, fueron celebradas en Jerusalén en una casa situada cerca de la montaña de Sión que se alquilaba a menudo para ocasiones semejantes. Además de las maestras y compañeras de María de la escuela del Templo, asistieron muchos parientes de Joaquín y de Ana, entre otros un matrimonio de Gofna con dos hijas. Las bodas fueron

solemnes y suntuosas, y se ofrecieron e inmolaron muchos corderos como sacrificio en el Templo.

He podido ver muy bien a María con su vestido nupcial. Llevaba una túnica muy amplia abierta por delante, con anchas mangas. Era de fondo azul, con grandes rosas coloradas, blancas y amarillas, mezcladas de hojas verdes, a modo de las ricas casullas de los tiempos antiguos. El borde inferior estaba adornado con flecos y borlas. Encima del traje llevaba un peplo celeste parecido a un gran paño. Además de este manto, las mujeres judías solían llevar en ciertas ocasiones algo así como un abrigo de duelo con mangas. El manto de María caíale sobre los hombros volviendo hacia adelante por ambos lados y terminando en una cola. Llevaba en la mano izquierda una pequeña corona de rosas blancas y rojas de seda; en la derecha tenía, a modo de cetro, un hermoso candelero de oro sin pie, con una pequeña bandeja sobrepuesta, en el que ardía algo que producía una llama blanquecina.

Las jóvenes del Templo arreglaron el cabello de María, terminando el tocado en muy breve tiempo. Ana había traído el vestido de boda, y María, en su humildad, no quería ponérselo después de los esponsales. Sus cabellos fueron ajustados en torno a la cabeza, de la cual colgaba un velo blanco que caía por debajo de los hombros. Sobre esté velo le fue puesta una corona. La cabellera de María era abundante, de color rubio de oro, cejas negras y altas, grandes ojos de párpados habitualmente entornados con largas pestañas negras, nariz de bella forma un poco alargada, boca noble y graciosa, y fino mentón. Su estatura era mediana. Vestida con su hermoso traje, era su andar lleno de gracia, de decencia y de gravedad. Vistióse luego para la boda con otro atavío menos adornado, del cual poseo un pequeño trozo que guardo entre mis reliquias. Llevó este traje listado en Cana y en otras ocasiones solemnes. A veces volvía a ponerse su vestido de bodas cuando iba al Templo.

Personas acomodadas mudaban tres o cuatro veces sus vestidos en las bodas. En ese traje de gala María me recordaba a ciertas mujeres ilustres de otras épocas, por ejemplo a Santa Elena y a Santa Cunegunda, aunque distinguiéndose de ellas por el manto con que se envolvían las mujeres judías, más parecido al de las damas romanas. Había en Sión, en la vecindad del Cenáculo, algunas mujeres que preparaban hermosas telas de todas clases, según pude ver a propósito de sus vestidos. José llevaba un traje largo, muy amplio, de color azul con mangas anchas y sujetas al costado por cordones.

En torno al cuello tenía una esclavina parda o más bien una ancha estola, y en el pecho colgábanle dos tiras blancas.

He visto todos los pormenores de los esponsales de María y José: la comida de boda y las demás solemnidades; pero he visto al mismo tiempo otras tantas cosas. Me encuentro tan enferma, tan molesta de mil diversas formas, que no me atrevo a decir más para no introducir confusión en estos relatos.

XXVI

El anillo nupcial de María

He visto que el anillo nupcial de María no es de oro ni de plata ni de otro metal. Tiene un color sombrío con reflejos cambiantes. No es tampoco un pequeño círculo delgado, sino bastante grueso como un dedo de ancho. Lo vi todo liso, aunque llevaba incrustados pequeños triángulos regulares en los cuales había letras. Vi que estaba bien guardado bajo muchas cerraduras en una hermosa iglesia. Hay personas piadosas que antes de celebrar sus bodas tocan esta reliquia preciosa con sus alianzas matrimoniales.

En estos últimos días he sabido muchos detalles relativos a la historia del anillo nupcial de María; pero no puedo relatarlo en el orden debido.

He visto una fiesta en una ciudad de Italia donde se conserva este anillo. Estaba expuesto en una especie de viril, encima del tabernáculo. Había allí un gran altar embellecido con adornos de plata. Mucha gente llevaba sus anillos para hacerlos tocar en la custodia. Durante esta fiesta he visto aparecer de ambos lados del altar del anillo, a María y a José con sus trajes de bodas.

Me pareció que José colocaba el anillo en el dedo de María. En aquel momento vi el anillo todo luminoso, como en movimiento. A la izquierda y a la derecha del altar, vi otros dos altares, los cuales probablemente no se hallaban en la misma iglesia; pero me fueron mostrados allí en esta visión [13]. Sobre el altar de la derecha se hallaba una imagen del Ecce Homo, que un piadoso magistrado romano, amigo de San Pedro, había recibido milagrosamente. Sobre el altar de la izquierda estaba una de las mortajas de Nuestro Señor.

Terminadas las bodas, se volvió Ana a Nazaret, y María partió también en compañía de varias vírgenes que habían dejado el Templo al mismo tiempo que ella. No sé hasta dónde acompañaron

a María: sólo recuerdo que el primer sitio donde se detuvieron para pasar la noche fue la escuela de Levitas de Bet-Horon. María hacía el viaje a pie. Después de las bodas,. José había ido a Belén para ordenar algunos asuntos de familia. Más tarde se trasladó a Nazaret.

XXVII

La casa de Nazaret

He visto una fiesta en la casa de Santa Ana. Vi allí a seis huéspedes sin contar a los familiares de la casa y a algunos niños reunidos con José y María en torno de una mesa, sobre la cual había vasos. La Virgen tenía un manto con flores coloradas, azules y blancas, como se ve en las antiguas casullas. Llevaba un velo transparente y por encima otro negro. Esta parecía una continuación de la fiesta de bodas. Mi guía me llevó a la casa de Santa Ana, que reconocí en seguida con todos sus detalles. No encontré allí a José ni a María. Vi que Santa Ana se disponía a ir a Nazaret, donde habitaba ahora la Sagrada Familia. Llevaba bajo el brazo un envoltorio para María. Para ir a Nazaret tuvo que atravesar una llanura y luego un bosquecillo, delante de una altura. Yo seguí el mismo camino. La casa de José no estaba muy lejos de la puerta de la ciudad y no era tan grande como la de Santa Ana.

Había en la vecindad un pozo cuadrangular al cual se bajaba por algunas gradas; delante de la casa había un pequeño patio cuadrado. He visto a Ana visitando a María y entregarle lo que había traído para ella, volviéndose luego a su casa. María lloró mucho y acompañó a su santa madre un trozo de camino. Vi a San José frente a la casa en un sitio algo apartado.

La casita de Nazaret, que Ana había preparado para María y José, pertenecía a Santa Ana. Ella podía desde su casa llegar allí sin ser observada, por caminos extraviados, en media hora de camino. La casita no estaba lejos de la puerta de la ciudad. Tenía delante un patiecito. Estaba sobre una colinita, no edificada ni cavada, sino que estaba separada de la colina por la parte de atrás, y a la cual conducía un sendero angosto abierto en la misma roca. En la parte posterior tenía una abertura por arriba, en forma de ventana, que miraba a lo alto de la colina. Había bastante oscuridad detrás de la casa. La parte posterior de la casita era triangular y era más elevada que la anterior.

La parte baja estaba cavada en la piedra; la parte alta era de materiales livianos. En la parte posterior estaba el dormitorio de María: allí tuvo lugar la Anunciación del Ángel. Esta pieza tenía forma semicircular debido a los tabiques de juncos entretejidos groseramente, que cubrían las paredes posteriores en lugar de los biombos livianos que se usaban. Los tabiques que cubrían las paredes tenían dibujos de varias formas y colores. El lecho de María estaba en el lado derecho; detrás de un tabique entretejido. En la parte izquierda estaba el armario y la pequeña mesa con el escabel: era éste el lugar de oración de María. La parte posterior de la casa estaba separada del resto por el hogar, que era una pared en medio de la cual se levantaba una chimenea hasta el techo. Por la abertura del techo salía la chimenea, terminada en un pequeño techito. Más tarde he visto al final de esta chimenea dos pequeñas campanas colgadas. A derecha e izquierda había dos puertas con

tres escalones que iban a la pieza de María. En las paredes del hogar había varios huecos abiertos con el menaje y otros objetos que aún veo en la casa de Loreto, Detrás de la chimenea había un tirante de cedro, al cual estaba adherida la pared del hogar con la chimenea. Desde este tirante 'plantado verticalmente salía otro a través a la mitad de la pared posterior, donde estaban metidos otros por ambos lados. El color de estos maderos era azulado con adornos amarillos. A través de ellos se veía el techo, revestido interiormente de hojas y de esteras; en los ángulos había adornos de estrellas. La estrella del ángulo del medio era grande y parecía representar el lucero de la mañana. Más tarde he visto allí más número de estrellas. Sobre el tirante horizontal que salía de la chimenea e iba a la pared posterior por una abertura exterior, colgaba la lámpara. Debajo de la chimenea se veía otro tirante.

El techo exterior no era en punta, sino plano, de modo que se podía caminar sobre él, pues estaba resguardado por un parapeto en torno de esa azotea.

Cuando la Virgen Santísima, después de la muerte de San José, dejó la casita de Nazaret y fue a vivir en las cercanías de Cafarnaúm, se empezó a adornar la casa, conservándola como un lugar sagrado de oración. María peregrinaba a menudo desde Cafarnaúm hasta allá, para visitar el lugar de la Encarnación y entregarse a la oración.

Pedro y Juan, cuando iban a Palestina, solían visitar la casita para consagrar en ella, pues se había instalado un altar en el lugar donde había estado el hogar. El armarito que María había usado lo pusieron sobre la mesa del altar como a manera de tabernáculo.

XXVIII

La santa casa en Loreto

He tenido a menudo la visión del traslado de la santa casa a Loreto. Yo no lo podía creer, a pesar de haberlo visto repetidas veces en visión.

La he visto llevada por siete ángeles, que flotaban sobre el mar con ella. No tenía piso, pero había en lugar del piso un fundamento de luz y de claridad.

De ambos lados tenía como agarraderas. Tres ángeles la sostenían de un lado; otros tres del otro, llevándola por los aires. Uno de los ángeles volaba delante arrojando una gran estela de luz y de resplandor. Recuerdo haber visto que se llevaba a Europa la parte posterior de la casa, con el hogar y la chimenea, con el altar del apóstol y con la pequeña ventana. Me parece, cuando pienso en ello, que las demás partes de la casa estaban pegadas a esta parte y que quedaron así casi en estado de caerse por sí solas. Veo en Loreto también la cruz que María usó en Efeso: está hecha de varias clases de madera. Más tarde la poseyeron los apóstoles. Muchos prodigios se obran por medio de esta cruz. Las paredes de la santa casa de Loreto son absolutamente las mismas de Nazaret. Los tirantes que estaban debajo de la chimenea son los mismos. La

imagen milagrosa de María está ahora sobre el altar de los apóstoles.

XXIX

La anunciación del Ángel

Tuve una visión de la Anunciación de María el día de esa fiesta. He visto a la Virgen Santísima poco después de su desposorio, en la casa de San José, en Nazaret. José había salido con dos asnos para traer algo que había heredado o para buscar las herramientas de su oficio. Me pareció que se hallaba aún en camino. Además de la Virgen y de dos jovencitas de su edad que habían sido, según creo, sus compañeras en el Templo, vi en la casa a Santa Ana con aquella parienta viuda que se hallaba a su servicio y que más tarde la acompañó a Belén, después del nacimiento de Jesús. Santa Ana había renovado todo en la casa. Vi a las cuatro mujeres yendo y viniendo por el interior paseando juntas en el patio. Al atardecer las he visto entrar y rezar de pie en torno de una pequeña mesa redonda; después comieron verduras y se separaron. Santa Ana anduvo aún en la casa de un lado a otro, como una madre de familia ocupada en quehaceres domésticos. María y las dos jóvenes se retiraron a sus dormitorios, separados. El frente de la alcoba, hacia la puerta, era redondo, y en esta parte circular, separada por un tabique de la altura de un hombre, se encontraba arrollado el lecho de María.

Fui conducida hasta aquella habitación por el joven resplandeciente que siempre me acompaña, y vi allí lo que voy a relatar en la forma que puede hacerlo una persona tan miserable como yo.

Cuando hubo entrado la Santísima Virgen se puso, detrás de la mampara de su lecho, un largo vestido de lana blanca con ancho ceñidor y se cubrió la cabeza con un velo blanco amarillento. La sirvienta entró con una luz, encendió una lámpara de varios brazos que colgaba del techo, y se retiró. La Virgen tomó una mesita baja arrimada contra el muro y la puso en el centro de la habitación. La mesa estaba cubierta con una carpeta roja y azul, en medio de la cual había una figura bordada: no sé si era una letra o un adorno simplemente. Sobre la mesa había un rollo de pergamino escrito.^ Habiéndola colocado la Virgen entre su lecho y la puerta, en un lugar donde el suelo estaba cubierto con una alfombra, puso delante de sí un pequeño cojín redondo, sobre el cual se arrodilló, afirmándose con las dos manos sobre la mesa. María veló su rostro y juntó las manos delante del pecho, sin cruzar los dedos. Durante largo tiempo la vi así orando ardientemente, con la faz vuelta al cielo, invocando la Redención, la venida del Rey prometido a Israel, y pidiendo con fervor le fuera permitido tomar parte en aquella misión.

Permaneció mucho tiempo arrodillada, transportada en éxtasis; luego inclinó la cabeza sobre el pecho.

Entonces del techo de la habitación bajó, a su lado derecho, en línea algún tanto oblicua, un golpe tan grande de luz, que me vi obligada a volver los ojos hacia la puerta del patio. Vi, en medio de aquella masa de luz, a un joven resplandeciente, de cabellos rubios flotantes, que había descendido ante María, a través de los aires. Era el Arcángel Gabriel. Cuando habló vi que salían las palabras de su boca como si fuesen letras de fuego: las leí y las comprendí.

María inclinó un tanto su cabeza velada a la derecha. Sin embargo, en su modestia, no miró al ángel. El Arcángel siguió hablando. María volvió entonces el rostro hacia él, como si obedeciera una orden, levantó un poco el velo y respondió. El ángel dijo todavía algunas palabras. María alzó el velo totalmente, miró al ángel y pronunció las sagradas palabras: "He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra"…

María se hallaba en un profundo arrobamiento. La habitación resplandecía y ya no veía yo la lámpara del techo ni el techo mismo. El cielo aparecía abierto y mis miradas siguieron por encima del ángel una ruta luminosa. En el punto extremo de aquel río de luz se alzaba una figura de la Santísima Trinidad: era como un fulgor triangular, cuyos rayos se penetraban recíprocamente. Reconocí allí Aquello que sólo se puede adorar sin comprenderlo jamás: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y, sin embargo, un solo Dios Todopoderoso.

Cuando la Santísima Virgen hubo dicho: "Hágase en mí según tu palabra", vi una aparición alada del Espíritu Santo, que no se parecía a la representación habitual bajo la forma de paloma: la cabeza se asemejaba a un rostro humano; la luz se derramaba a los costados en forma de alas. Vi partir de allí como tres efluvios luminosos hacia el costado derecho de la Virgen, donde volvieron a reunirse. Cuando esta luz penetró en su costado derecho, la Santísima Virgen volvióse luminosa ella misma y como transparente: parecía que todo lo que había de opaco en ella desaparecía bajo esa luz, como la noche ante el espléndido día. Se hallaba tan penetrada de luz que no había en ella nada de opaco o de oscuro. Resplandecía como enteramente iluminada.

Después de esto vi que el ángel desaparecía y que la faja luminosa, de donde había salido, se desvanecía. Parecía que el cielo aspirase y volviese hacia sí la luz que había dejado caer. Mientras veía todas

estas cosas en la habitación de María tuve una impresión personal de naturaleza singular. Me hallaba en angustia continua, como si me acechasen peligrosas emboscadas, y vi una horrible serpiente que se arrastraba a través de la casa y por los escalones hasta la puerta, donde me había detenido cuando la luz penetró en la Santísima Virgen. El monstruo había llegado ya al tercer escalón. Aquella serpiente era del tamaño de un niño, con la cabezota ancha y chata, y a la altura del pecho tenía dos patas cortas membranosas, armadas con garras, sobre las cuales se arrastraba, que parecían alas de murciélago. Tenía manchas de diferentes colores, de aspecto repugnante; se parecía a la serpiente del Paraíso terrenal, pero de aspecto más deforme y espantoso. Cuando el ángel desapareció de la presencia de la Virgen, ésta pisa la cabeza del monstruo que estaba delante de, la puerta, el cual lanzó un grito tan espantoso que me hizo estremecer. Después he visto aparecer tres espíritus, que golpearon al odioso reptil echándolo fuera de la casa.

Desaparecido el ángel he visto a María arrobada en éxtasis profundo, en absoluto recogimiento. Pude ver que ya conocía y adoraba la Encarnación del Redentor en sí misma, donde se hallaba como un pequeño cuerpo humano luminoso, completamente formado y provisto de todos sus miembros.

Aquí, en Nazaret, no es lo mismo que en Jerusalén, donde las mujeres deben quedarse en el atrio, sin poder entrar en el Templo, porque solamente los sacerdotes tienen acceso al Santuario. En Nazaret la misma Virgen es el Templo: el Santo de los Santos está en Ella, como también el Sumo Sacerdote y se halla Ella sola con Él. ¡Qué conmovedor es todo esto y qué natural y sencillo al mismo tiempo! Quedaban cumplidas las palabras del salmo 45:

"El Altísimo ha santificado su tabernáculo; Dios está en medio de El, y no será conmovido".

Era más o menos la medianoche cuando contemplé todo este espectáculo.

Al cabo de algún tiempo Ana entró en la habitación de María con las demás mujeres. Un movimiento admirable en la naturaleza las había despertado: una luz maravillosa había aparecido por encima de la casa. Cuando vieron a María de rodillas, bajo la lámpara, arrebatada en el éxtasis de su plegaria, se alejaron respetuosamente.

Después de algún tiempo vi a la Virgen levantarse y acercarse al altarcito de la pared; encendió la lámpara y oró de pie. Delante de ella, sobre un alto atril, había rollos escritos. Sólo al amanecer la vi descansando.

El guía me llevó fuera de la habitación; pero cuando estuve en el pequeño vestíbulo de la casa me vi presa de gran temor. Aquella horrible serpiente, que estaba allí en acecho, se precipitó sobre mí y quiso ocultarse entre los pliegues de mi vestido. Me encontré en medio de una angustia horrible; pero mi guía me alejó de allí y pude ver que reaparecían los tres espíritus, que golpearon nuevamente al monstruo. Aun resuena en mí su grito horroroso y me espanta su recuerdo.

Contemplando esta noche el misterio, de la Encarnación comprendía todavía muchas otras cosas. Ana recibió un conocimiento interior de lo que estaba realizándose. Supe también por qué el Redentor debía quedar nueve meses en el seno de su Madre y nacer bajo la forma de niño; el por qué no quiso aparecer en forma de hombre perfecto como nuestro primer padre Adán saliendo de las manos de Dios: todo esto se me explicó, pero ya no lo puedo explicar con claridad. Lo que puedo decir es que El quiso

santificar nuevamente el acto de la concepción y la natividad de los hombres, degradados por el pecado original. Si María se convirtió en Madre y si El no vino más temprano al mundo fue porque ella era lo que ninguna criatura fue antes ni será después: el puro vaso de gracia que Dios había prometido a los hombres y en el cual El debía hacerse hombre, para pagar las deudas de la humanidad, mediante los abundantes méritos de su pasión.

La Santísima Virgen era la flor perfectamente pura de la raza humana abierta en la plenitud de los tiempos. Todos los hijos de Dios entre los hombres, todos, hasta los que desde el principio habían trabajado en la obra de la santificación, han contribuido a su venida. Ella era el único oro puro de la tierra; solamente ella era la porción inmaculada de la carne y de la sangre de la humanidad entera, que preparada, depurada, recogida y consagrada a través de todas las generaciones de sus antepasados; conducida, protegida y fortalecida bajo el régimen de la ley de Moisés, se realizaba finalmente como plenitud de la gracia. Predestinada en la eternidad, surgió en el tiempo como Madre del Verbo eterno.

La Virgen María contaba poco más de catorce años cuando tuvo lugar la Encarnación de Jesucristo. Jesús llegó a la edad de treinta y tres años y tres veces seis semanas. Digo tres veces seis, porque en este mismo instante estoy viendo la cifra seis repetida tres veces.

XXX

Visitación de María a Isabel

Algunos días después de la Anunciación del Ángel a María, José volvióse a Nazaret e hizo ciertos arreglos en la casa para poder ejercer su oficio y quedarse, pues hasta entonces sólo había permanecido dos días allí.

Nada sabía del misterio de la Encarnación del Verbo en María. Ella era la Madre de Dios y era la sierva del Señor, y guardaba humildemente el secreto. Cuando la Virgen sintió que el Verbo se había hecho carne en ella, tuvo un gran deseo de ir a Juta, cerca de Hebrón, para visitar a su prima Isabel, que según, las palabras del ángel hallábase encinta desde hacía seis meses.

Acercándose el tiempo en que José debía ir a Jerusalén, para la fiesta de Pascua, quiso acompañarle con el fin de asistir a Isabel durante su embarazo. José, en compañía de la Virgen Santísima, se puso en camino para Juta.

El camino se dirigía al Mediodía. Llevaban un asno sobre el cual montaba María de vez en cuando. Este asno tenía atada al cuello una bolsa perteneciente a José, dentro de la cual había un largo vestido pardo con una especie de capuz. María se ponía este traje para ir al Templo o a la sinagoga. Durante el viaje usaba una túnica parda de lana, un vestido gris con una faja por encima, y cubría su cabeza una cofia amarilla. Viajaban con bastante rapidez. Después de haber atravesado la llanura de Esdrelón, los vi trepar una altura y entrar en la ciudad, de Dotan, en casa de un amigo del padre de José. Este era un hombre bastante acomodado, oriundo de Belén. El padre de José lo llamaba hermano a pesar de no serlo: descendía de David por un antepasado que también fue rey, según creo, llamado Ela, o Eldoa o Eldad [14], pues no recuerdo bien su nombre.

Dotan era una ciudad de activo comercio. Luego los vi pernoctar bajo un cobertizo. Estando aún a doce leguas de la casa de Zacarías pude verlos otra noche en medio de un bosque, bajo una cabaña de ramas toda cubierta de hojas verdes con hermosas flores blancas. Frecuentemente se ven en este país al borde de los caminos esas glorietas hechas de ramas y de hojas y algunas construcciones más sólidas en las cuales los viajeros pueden pernoctar o refrescarse, y aderezar y cocer los alimentos que llevan consigo. Una familia de la vecindad se encarga de la vigilancia de varios de estos lugares y proporciona las cosas necesarias mediante una pequeña retribución. No fueron directamente de Jerusalén a Juta. Con el fin de viajar en la mayor soledad dieron una vuelta por tierras del Este, pasando al lado de una pequeña ciudad, a dos leguas de Emaús y tomando los caminos por donde Jesús anduvo durante sus años de predicación. Más tarde tuvieron que pasar dos montes, entre los cuales los vi descansar una vez comiendo pan, mezclando con el agua parte del bálsamo que habían recogido durante el viaje. En esta región el país es muy montañoso.

Pasaron junto a algunas rocas, más anchas en su parte superior que en la base; había en aquellos lugares grandes cavernas, dentro de las cuales se veían toda clase de piedras curiosas. Los valles eran muy fértiles. Aquel camino los condujo a través de bosques y de páramos, de prados y de campos. En un lugar bastante cerca del final del viaje noté particularmente una planta que tenía pequeñas y hermosas hojas verdes y racimos de flores formados por nueve campanillas cerradas de color de rosa. Tenía allí algo en qué debía ocuparme; pero he olvidado de qué se trataba [15].

La casa de Zacarías estaba situada sobre una colina, en torno de la cual había un grupo de casas. Un arroyo torrentoso baja de la colina. Me pareció que era el momento en que Zacarías volvía a su casa desde Jerusalén, pasadas las fiestas de Pascua. He visto a

Isabel caminando, bastante alejada de su casa, sobre el camino de Jerusalén, llevada por un ansia inquieta e indefinible. Allí la encontró Zacarías, que se espantó de verla tan lejos de la casa en el estado en que se encontraba. Ella dijo que estaba muy agitada, pues la perseguía el pensamiento de que su prima María de Nazaret estaba en camino para visitarla. Zacarías trató de hacerle comprender que desechase tal idea, y, por signos y escribiendo en una tablilla, le decía cuan poco verosímil era que una recién casada emprendiera viaje tan largo en aquel momento. Juntos volvieron a su casa. Isabel no podía desechar esa idea fija, habiendo sabido en sueños que una mujer de su misma sangre se había convertido en Madre del Verbo eterno, del Mesías prometido. Pensando en María concibió un deseo muy grande de verla, y la vio, en efecto, en espíritu que venía hacia ella. Preparó en su casa, a la derecha de la entrada, una pequeña habitación con asientos y aguardó allí al día siguiente, a la expectativa, mirando hacia el camino por si llegaba María. Pronto se levantó y salió a su encuentro por el camino.

Isabel era una mujer alta, de cierta edad: tenía el rostro pequeño y rasgos bellos; la cabeza la llevaba velada. Sólo conocía a María por las voces y la fama. María, viéndola a cierta distancia, conoció que era ella Isabel y se apresuró a ir a su encuentro, adelantándose a José que se quedó discretamente a la distancia. Pronto estuvo María entre las primeras casas de la vecindad, cuyos habitantes, impresionados por su extraordinaria belleza y conmovidos por cierta dignidad sobrenatural que irradiaba toda su persona, se retiraron respetuosamente en el momento de su encuentro con Isabel. Se saludaron amistosamente dándose la mano. En aquel momento vi un punto luminoso en la Virgen Santísima y como un rayo de luz que partía de allí hacia Isabel, la cual recibió una impresión maravillosa. No se detuvieron en presencia de los hombres, sino que, tomándose del brazo, se dirigieron a la casa por el patio interior. En el umbral de la puerta Isabel dio nuevamente la bienvenida a María y luego entraron en la casa.

José llegó al patio conduciendo al asno, que entregó a un servidor y fue a buscar a Zacarías en una sala abierta sobre el costado de la casa. Saludó con mucha humildad al anciano sacerdote, el cual lo abrazó cordialmente y conversó con él por medio de la tablilla sobre la que escribía, pues había quedado mudo desde que el ángel se le había aparecido en el Templo. María e Isabel, una vez que hubieron entrado, se hallaron en un cuarto que me pareció servir de cocina. Allí se tomaron de los brazos. María saludó a Isabel muy cordialmente y las dos juntaron sus mejillas. Vi entonces que algo luminoso irradiaba desde María hasta el interior de Isabel, quedando ésta toda iluminada y profundamente conmovida, con el corazón agitado por santo regocijo. Se retiró Isabel un poco hacia atrás, levantando la mano y, llena de humildad, de júbilo y entusiasmo, exclamó: "Bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Pero de dónde a mí tanto favor que la Madre de mi Señor venga a visitarme?... Porque he aquí que como llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura que llevo se estremeció de alegría en mi interior. ¡Oh, dichosa tú, que has creído; lo que te ha dicho el Señor se cumplirá!"

Después de estas palabras condujo a María a la pequeña habitación preparada, para que pudiera sentarse y reposar de las fatigas del viaje. Sólo había que dar unos pasos para llegar hasta allí. María dejó el brazo de Isabel, cruzó las manos sobre el pecho y empezó el cántico del Magníficat:

"Mi alma glorifica al Señor; y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador.

Porque miró a la bajeza de su sierva; porque he aquí que desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho grandes cosas conmigo el Todopoderoso; y santo es; su nombre. Y su misericordia es de generación en generación a los que le temen. Hizo valentías con su brazo; esparció a los soberbios

en el pensamiento de su corazón. Quitó a los poderosos de los tronos y levantó a los humildes, A los hambrientos hinchó de bienes y a los ricos envió vacíos. Socorrió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia. Como habló a nuestros padres, a Abrahán y a su simiente, para siempre".

Isabel repetía en voz baja el Magníficat con el mismo impulso de inspiración de María. Luego se sentaron en asientos muy bajos, ante una mesita de poca altura. Sobre ésta había un vaso pequeño.

¡Qué dichosa me sentía yo, porque repetía con ellas todas las oraciones, sentada muy cerca de María! ¡Qué grande era entonces mi felicidad!

XXXI

En casa de Zacarías e Isabel

José y Zacarías están juntos conversando acerca del Mesías, de su próxima venida y de la realización de las profecías. Zacarías era un anciano de alta estatura y hermoso cuando estaba vestido de sacerdote. Ahora responde siempre por signos o escribiendo en su

tablilla. Los veo al lado de la casa en una sala abierta al jardín. María e Isabel están sentadas sobre una alfombra en el huerto, bajo un árbol grande, detrás del cual hay una fuente por donde se escapa el agua cuando se retira la compuerta. En todo el contorno veo un prado cubierto de césped, de flores y de árboles con pequeñas ciruelas amarillas. Están juntas comiendo frutas y panecillos sacados de la alforja de José. ¡Qué simplicidad y qué conmovedora frugalidad! En la casa hay dos criados y dos mozos de servicio: los veo ir y venir preparando alimentos en una mesa, debajo dé un árbol. Zacarías y José se acercan y comen también algo.

José quería volverse de inmediato a Nazaret; pero tendrá que quedarse ocho días allí. No sabe nada aún del estado de embarazo de María. Isabel y María habían guardado silencio sobre esto, manteniendo entre ellas una armonía secreta y profunda, que las unía íntimamente. Varias veces al día, especialmente antes de las comidas, cuando todos se hallaban reunidos, las santas mujeres decían una especie de Letanías. José oraba con ellas. Pude ver una cruz que aparecía entre las dos mujeres, a pesar de no existir aún la cruz: aquello era como si dos cruces se hubiesen visitado. Ayer, por la tarde, se juntaron todos para comer, quedándose hasta la medianoche sentados a la luz de una lámpara, bajo el árbol del jardín. Vi luego a José y a Zacarías solos en su oratorio, y a María y a Isabel en su pequeña habitación, una frente a la otra, de pie, absortas y extáticas, diciendo juntas el cántico del Magníficat.

Además del vestuario mencionado, la Virgen usaba algo parecido a un velo negro transparente, que bajaba sobre el rostro cuando debía hablar con los hombres. Hoy Zacarías condujo a José a otro jardín retirado de su casa. Zacarías era un hombre muy ordenado en todas sus cosas. En este huerto abundan árboles con frutas hermosas de todas clases: está muy bien cuidado, atravesado por una larga enramada, bajo la cual hay sombra; en su extremidad hay una glorieta escondida cuya puerta se abre por un costado. En lo

alto de esta casa se ven aberturas cerradas con bastidores; dentro hay un lecho de reposo, hecho de esteras, de musgos o de otras hierbas. Vi allí dos estatuas blancas del tamaño de un niño: no sé cómo se encuentran allí ni qué representan. Yo las hallaba parecidas a Zacarías y a Isabel, de cuando serían más jóvenes.

Hoy por la tarde vi a María y a Isabel ocupadas en la casa. La Virgen tomaba parte en los quehaceres domésticos y preparaba toda clase de prendas para el esperado niño. Las he visto trabajando juntas: tejían una colcha grande destinada al lecho de Isabel, para cuando hubiera dado a luz. Las mujeres judías usaban colchas de esta clase, las cuales tenían en el centro una especie de bolsillo dispuesto de tal manera que la madre podía envolverse completamente en él con su niño. Encerrada allí dentro y sostenida mediante almohadas podía sentarse o tenderse según su voluntad. En el borde de la colcha había flores bordadas y algunas sentencias. Isabel y María preparaban también toda clase de objetos para regalarlos a los pobres cuando naciera la criatura. Vi a santa Ana durante la ausencia de María y de José, enviar a menudo su criada a la casa de Nazaret para ver si todo seguía en orden allí.

Una vez la vi ir allá sola.

Zacarías fue con José a pasear al campo. La casa se hallaba sobre una colina y es la mejor de toda esa región; otras casitas veo dispersas alrededor. María se encuentra sola, un tanto fatigada, en la casa con Isabel.

He visto a Zacarías y a José pasar la noche en el jardín situado a alguna distancia de la casa. Unas veces los vi durmiendo en la glorieta, otras, orando a la intemperie. Volvieron al amanecer. He visto a Isabel y a María dentro de la casa. Todas las mañanas y las noches repiten el Magníficat, inspirado a María por el Espíritu

Santo, después de la salutación de Isabel. La salutación del ángel fue como una consagración que hacía el templo de María Santísima a Dios. Cuando pronunció aquellas palabras: "He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra", el Verbo divino, saludado por la Iglesia y saludado por su sierva, entró en ella. Desde entonces, Dios estuvo en su templo y María fue el templo y el Arca de la Alianza del Nuevo Testamento. La salutación de Isabel y el alborozo de Juan en el seno de su madre, fueron el primer culto rendido ante aquel Santuario. Cuando la Virgen entonó el Magníficat, la Iglesia de la Nueva Alianza, del nuevo matrimonio, celebró por primera vez el cumplimiento de las promesas divinas de la Antigua Alianza, del antiguo matrimonio, recitando, en acción de gracias, un Te Deum laudamus. ¡Quién pudiera expresar dignamente la emoción de este homenaje rendido por la Iglesia a su Salvador, aún antes de su nacimiento!

Esta noche, mientras veía orar a las santas mujeres, tuve varias intuiciones y explicaciones relativas al Magníficat y al acercamiento del Santo Sacramento en la actual situación de la Santísima Virgen. Mi estado de sufrimiento y mis numerosas molestias me han hecho olvidar casi todo lo que he podido ver. En el momento del pasaje del cántico:,"Hizo valentías con su brazo", vi diferentes cuadros figurativos del Santísimo Sacramento del Altar en el Antiguo Testamento. Había allí, entre otros, un cuadro de Abrahán sacrificando a Isaac, y de Isaías anunciando a un rey perverso algo de que éste se burlaba, y que he olvidado. Vi muchas cosas desde Abrahán hasta Isaías, y desde éste hasta María Santísima. Siempre veía el Santísimo Sacramento acercándose a la Iglesia de Jesucristo, quien reposaba todavía en el seno de su Madre. Hace mucho calor allí donde está María en la tierra prometida. Todos se van al jardín donde está la casita. Primero Zacarías y José, luego Isabel y María. Han tendido un toldo bajo un árbol como para hacer una tienda de campaña. Hacia un lado veo asientos muy bajos con respaldos.

Anoche vi a Isabel y a María que iban al jardín un tanto alejado de la casa de Zacarías. Llevaban frutas y panecillos dentro de unas cestas y parecía que querían pasar la noche en ese lugar. Cuando José y Zacarías volvieron más tarde, vi a María que les salía al encuentro. Zacarías tenía su tablilla, pero la luz era insuficiente para que pudiera escribir y vi que María impulsada por el Espíritu Santo le anunció que esa misma noche habría de hablar y que podía dejar su tablilla, ya que pronto podría conversar con José y rezar junto a él. Tanto me sorprendió esto que yo, sacudiendo la cabeza, no quise admitirlo; pero mi Ángel de la Guarda, o mi guía espiritual, que siempre me acompaña, díjome, haciéndome una señal para que mirase a otra parte:

"¿No, quieres creer esto? Pues mira lo que sucede allí". Mirando hacia el lado que me indicaba vi un cuadro totalmente distinto, de época muy posterior. Vi al santo ermitaño Goar en un lugar donde el trigo había sido cortado. Hablaba con los mensajeros de un obispo mal dispuesto con él y aún aquellos hombres no le tenían afecto. Cuando los hubo acompañado hasta su casa lo vi buscando un gancho cualquiera para poder colgar su capa. Como viera un rayo de sol que entraba por la abertura del muro, en la simplicidad de su fe colgó su capa de aquel rayo y ella quedó suspendida allí en el aire.

Me admiró tanto este prodigio que ya no me asombré de oír hablar a Zacarías, puesto que aquella gracia le llegaba por intermedio de María Santísima, dentro de la cual habitaba el mismo Dios. Mi guía me habló entonces de aquello a que se da el nombre de milagro. Entre otras cosas recuerdo que me dijo: "Una confianza total en Dios, con la simplicidad de un niño, da a todas las cosas el ser y la substancia". Estas palabras me aclararon acerca de todos los milagros, aunque no puedo explicarme esto con claridad.

Vi a los cuatro santos personajes pasar la noche en el jardín: se sentaron y comieron algunas cosas. Luego los vi caminar de dos en dos, orar juntos y entrar alternativamente en la glorieta para descansar en ella. Supe también que después del sábado, José se volvería a Nazaret y que Zacarías lo acompañaría un trecho de camino. Había un hermoso claro de luna y el cielo estaba muy puro.

XXXII

Misterios del "Magníficat”

Durante la oración de las dos santas mujeres vi una parte del misterio relacionado con el Magníficat. Debo volver a ver todo esto el sábado, víspera de la octava de la fiesta y entonces podré decir algo más. Ahora sólo puedo comunicar lo siguiente: el Magníficat es el cántico de acción de gracias por el cumplimiento de la bendición misteriosa de la Antigua Alianza.

Durante la oración de María vi sucesivamente a todos sus antepasados.

Había en el transcurso de los siglos tres veces catorce parejas de esposos que se sucedían, en los cuales el padre era siempre el vástago del matrimonio anterior. De cada una de estas parejas vi salir un rayo de luz dirigido hacia María mientras se hallaba en

oración. Todo el cuadro creció ante mis ojos como un árbol con ramas luminosas, las cuales iban embelleciéndose cada vez más, y por fin, en un sitio determinado de este árbol de luz, vi la carne y la sangre purísimas e inmaculadas dé María, con las cuales Dios debía formar su Humanidad, mostrándose en medio de un resplandor cada vez más vivo. Oré entonces, llena de júbilo y de esperanza, como un niño que viera crecer delante de sí el árbol de Navidad. Todo esto era una imagen de la proximidad de Jesucristo en la carne y de su Santísimo Sacramento. Era como si hubiese visto madurar el trigo para formar el pan de vida del que me hallara hambrienta. Todo esto es inefable. No puedo decir cómo se formó la, carne en la cual se encarnó el mismo Verbo. ¿Cómo es posible esto a una criatura humana que todavía se encuentra dentro de esa carne, de la cual el Hijo de Dios y de María ha dicho que no sirve para nada y que sólo el espíritu vivifica?... También dijo El que aquéllos que se nutren de su carne y de su sangre gozarán de la vida eterna y serán resucitados por El en el último día. Únicamente su carne y su sangre son el alimento verdadero y tan sólo aquéllos que toman este alimento viven en El, y El en ellos.

No puedo expresar cómo vi, desde el comienzo, el acercamiento sucesivo de la Encarnación de Dios y con ella la proximidad del Santo Sacramento del Altar, manifestándose de generación en generación; luego una nueva serie de patriarcas representantes del Dios vivo que reside entre los hombres en calidad de víctima y de alimento hasta su segundo advenimiento en el último día, en la institución del sacerdocio que el Hombre-Dios, el nuevo Adán, encargado de expiar el pecado del primero, ha trasmitido a sus apóstoles y éstos a los nuevos sacerdotes, mediante la imposición de las manos, para formar así una sucesión semejante de sacerdotes no interrumpida de generación en generación. Todo esto me enseñó que la recitación de la genealogía de Nuestro Señor ante el Santísimo Sacramento en la fiesta del Corpus Christi, encierra un misterio muy grande y muy profundo. También aprendí por él que así como entre los antepasados carnales de Jesucristo hubo algunos que no fueron santos y otros que fueron pecadores,

sin dejar de constituir por eso gradas de la escala de Jacob, mediante las cuales Dios bajó hasta la Humanidad, también los obispos indignos quedan capacitados para consagrar el Santísimo Sacramento y para otorgar el sacerdocio a otros con todos los poderes que le son inherentes. Cuando se ven estas cosas se comprende por qué los viejos libros alemanes llaman al Antiguo Testamento la Antigua Alianza o antiguo matrimonio, y al Nuevo Testamento la Nueva Alianza o nuevo matrimonio. La flor suprema del antiguo matrimonio fue la Virgen de las vírgenes, la prometida del Espíritu Santo, la muy casta Madre del Salvador; el vaso espiritual, el vaso honorable, el vaso insigne de devoción donde el Verbo se hizo carne. Con este misterio comienza el nuevo matrimonio, la Nueva Alianza. Esta Alianza es virginal en el sacerdocio y en todos aquéllos que siguen al Cordero, y en ella el Matrimonio es un gran sacramento: la unión de Jesucristo con su prometida la Iglesia.

Para poder expresar, en cuanto me sea posible, cómo me fue explicada la proximidad de la Encarnación del Verbo y al mismo tiempo el acercamiento del Santísimo Sacramento del Altar, sólo puedo repetir, una vez más, que todo esto apareció ante mis ojos en una serie de cuadros simbólicos, sin que, a causa del estado en que me encuentro, me sea posible dar cuenta de los detalles en forma inteligible. Sólo puedo hablar en forma general. He visto primero la bendición de la promesa que Dios diera a nuestros primeros padres en el Paraíso y un rayo que iba de esta bendición a la Santísima Virgen, que se hallaba recitando el Magníficat con Isabel. Vi a Abrahán, que había recibido de Dios aquella bendición, y un rayo que partiendo de él llegaba a la Santísima Virgen. Vi a los otros patriarcas que habían llevado y poseído aquella cosa santa y siempre aquel rayo yendo de cada uno de ellos hasta María. Vi después la transmisión de aquella bendición hasta Joaquín, el cual, gratificado con la más alta bendición venida del Santo de los Santos del Templo, pudo convertirse por ello en el padre de la Santísima Virgen concebida sin pecado. Y por último es en ella donde, por la intervención del Espíritu Santo, el Verbo, se hizo carne. En ella,

como en el Arca de la Alianza del Nuevo Testamento, el Verbo habitó nueve meses entre nosotros, oculto a todas las miradas, hasta que habiendo nacido de María en la plenitud de los tiempos, pudimos ver su gloria, como gloria del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Esta noche vi a la Santísima Virgen dormir en su pequeña habitación, teniendo su cuerpo de costado, la cabeza reclinada sobre el brazo. Se hallaba envuelta en un trozo de tela blanca, de la cabeza a los pies. Bajo su corazón vi brillar una gloria luminosa en forma de pera rodeada de una pequeña llama de fulgor indescriptible. En Isabel brillaba también una gloria, menos brillante, aunque más grande, de forma circular; la luz que despedía era menos viva.

Ayer, viernes, por la noche, empezando ya el nuevo día, pude ver en una habitación de la casa de Zacarías, que aun no conocía, una lámpara encendida para festejar el Sábado. Zacarías, José y otros seis hombres, probablemente vecinos de la localidad, oraban de pie bajo la lámpara, en torno de un cofre sobre el cual se hallaban rollos escritos. Llevaban paños sobre la cabeza; pero al orar no hacían las contorsiones que hacen los judíos actuales. A menudo bajaban la cabeza y alzaban los brazos al aire. María, Isabel y otras dos mujeres se hallaban apartadas, detrás de un tabique de rejas, en un sitio desde donde podían ver el oratorio: llevaban mantos de oración y estaban veladas desde la cabeza a los pies. Luego de la cena del sábado vi a la Virgen Santísima en su pequeña habitación recitando con Isabel el Magníficat.

Estaban de pie contra el muro, una frente a la otra, con las manos juntas sobre el pecho y los velos negros sobre el rostro, orando, una después de la otra, como las religiosas en el coro. Yo recité el Magníficat con ellas, y durante la segunda parte del cántico pude ver, unos lejos y otros cerca, a algunos de los antepasados de

María, de los cuales partían como líneas luminosas que se dirigían hacia ella. Vi aquellos rayos de luz saliendo de la boca de sus antepasados masculinos y del corazón del otro sexo, para concluir en la gloria que estaba en María. Creo que Abrahán, al recibir la bendición que preparaba el advenimiento de la Virgen, habitaba cerca del lugar donde María recitó el Magníficat., pues el rayo que partía de él llegaba hasta María desde un punto muy cercano, mientras que los que partían de personajes mucho más cercanos en el tiempo, parecían venir de muy lejos, de puntos más distantes. Cuando terminaron el Magníficat, que recitaban todos los días por la mañana y por la noche, desde la Visitación, se retiró Isabel, y vi a la Virgen entregarse al reposo. Habiendo terminado la fiesta del sábado los vi comer de nuevo el domingo por la noche. Tomaron su alimento todos juntos en el jardín cercano a la casa. Comieron hojas verdes que remojaban en salsa. Sobre la mesa había fuentes con frutas pequeñas y otros recipientes que contenían, creo, miel, que tomaban con unas espátulas de asta.

XXXIII

Regreso de José a Nazaret

Más tarde, con claro de luna, estando la noche estrellada y limpia, se puso en viaje José acompañado de Zacarías. Llevaba un pequeño paquete con panes, un cántaro y un bastón de empuñadura curva. Los dos tenían abrigos de viaje con capuz. Las mujeres los acompañaron corto trecho, volviendo solas en medio de

una noche hermosísima. Ambas entraron directamente en la habitación de María, donde había una lámpara encendida, como era habitual cuando ella oraba y se preparaba para el descanso. Las dos se quedaron de pie, una en frente a la otra, y recitaron el Magníficat.

Esta noche he visto a María e Isabel. Lo único que recuerdo es que pasaron toda la noche en oración, aunque no sé la causa de ello. Durante el día he visto a María ocupada en diversos trabajos, como ser trenzado de colchas.

Vi a Zacarías y a José, que se hallaban aún en camino: pasaron la noche en un cobertizo. Habían dado grandes rodeos y visitado, me parece, a diversas familias. Creo que les faltaban tres días para el término del viaje. No recuerdo otros detalles.

Ayer vi a José en su casa de Nazaret. Creo que ha ido a ella directamente, sin detenerse en Jerusalén. La criada de Ana se encarga del cuidado doméstico, yendo de una casa a otra. Fuera de ella no hay nadie más en la casa de José, que está completamente solo. También vi a Zacarías de vuelta en su casa. Vi a María e Isabel recitando el Magníficat y ocupándose de diversos trabajos. Al caer la tarde pasearon por el huerto, donde había una fuente, cosa no común en el país. Por la noche, pasadas las horas de calor, iban a pasear por los alrededores, pues la casa de Zacarías se halla aislada y rodeada de campiñas. Habitualmente se acostaban más o menos a las nueve, levantándose siempre antes de la salida del sol.

He visto un cuadró indescriptible de la Iglesia. Se me apareció la Iglesia en forma de una fruta octogonal muy delicada que nacía de un tallo cuyas raíces tocaban en una fuente ondulante de la tierra. El tallo no era más alto de lo necesario como para poder ver entre la iglesia y la tierra. Delante de la iglesia había una puerta, sobre la

fuente misma, la cual ondeaba arrojando de sí algo blanco como arena hacia ambos lados, y en derredor todo reverdecía y fructificaba. En la parte delantera de la Iglesia no se veía raíz alguna de las que iban a la tierra. Dentro de la iglesia y en medio de ella había, a semejanza de la cápsula de la semilla de la manzana, un recipiente formado de filamentos blancos, muy tiernos, en cuyos intersticios veíanse como las semillas de una manzana. En el piso interno de la iglesia había una abertura por la cual se podía mirar la fuente ondeante de abajo. Mientras miraba esto vi que caían algunos granos resecos y marchitos en la fuente. Esa especie de flor se iba transformando cada vez más en una iglesia y la cápsula del medio se iba convirtiendo en un artístico armazón parecido a un hermoso ramo.

Dentro de este artificio he visto a la Santísima Virgen y a Santa Isabel, que parecían a su vez como dos santuarios o Sancta Sanctorum. Vi que ambas se saludaban volviéndose una hacia la otra. En ese momento aparecían dos rostros de ellas: Jesús y Juan. A Juan lo he visto encorvado dentro del seno materno. A Jesús lo vi como lo suelo ver en el Santísimo Sacramento: a semejanza de un pequeño Niño luminoso que iba hacia donde estaba Juan. Estaba de pie, como flotando, y llegándose a Juan le quitaba como una neblina. El pequeño Juan estaba ahora con el rostro echado sobre el suelo. La neblina caía al pozo por la mencionada abertura y era absorbida y desaparecía en la fuente que estaba debajo. Luego Jesús levantó al pequeño Juan en el aire, y lo abrazó. Después de esto he visto volver a ambos al seno materno, mientras María e Isabel cantaban el Magníficat. Bajo este cántico he visto a ambos lados de la Iglesia a José y a Zacarías adelantarse, y detrás de ellos otros muchos hasta llenarse la iglesia, que concluyó en una gran festividad realizada adentro. En derredor de la iglesia crecía una viña con tanta pujanza que fue necesario podarla por varias partes.

La iglesia asentóse, por fin, en el suelo; apareció un altar en ella y en la abertura que daba al pozo se formó un baptisterio. Muchísima

gente entraba por la puerta a la iglesia. Todas estas transformaciones se produjeron lentamente, como brotando y creciendo. Me es difícil explicar todo esto tal como lo he visto. Más tarde, en la fiesta de San Juan, tuve otra visión. La iglesia octogonal era ahora transparente como cristal o, mejor i dicho, como si fueran rayos de agua cristalina. En medio de ella había una fuente de agua, bajo una torrecita, donde vi a Juan bautizando. De pronto se cambió el cuadro y de la fuente del medio brotó un tallo como una flor. En derredor había ocho columnas con una corona piramidal sobre la cual estaban los antepasados de Ana, de Isabel y de Joaquín, con María y José y los antepasados de Zacarías y de José algo apartados de la rama principal. Juan estaba arriba en una rama del medio. Pareció que salía una voz de él, y he visto entonces a muchos pueblos, a reyes y príncipes entrar en la iglesia y a un obispo que distribuía el Santísimo Sacramento. Oí a Juan que hablaba de la gran dicha de la gente que había entrado en la iglesia.

XXXIV

Nacimiento de Juan. María regresa a Nazaret

Vi a la Virgen Santísima después de su vuelta de Juta a Nazaret, pasando algunos días en casa de los padres del discípulo Parmenas, el cual en aquella época no había nacido aún. Creo haber visto esto en el mismo momento del año en que sucedió. Tengo la sensación de que fue así. Según esto, el nacimiento de Juan habría tenido lugar a fines de Mayo o principios de Junio. María se quedó tres meses en casa de Santa Isabel, hasta el

nacimiento de Juan. En el tiempo de la circuncisión del niño ya no se hallaba allí.

Cuando María partió para Nazaret, José acudió a su encuentro a la mitad del camino. Cuando José volvió a Nazaret con la Santísima Virgen, notó que se hallaba encinta, y le asaltaron toda clase de dudas y de inquietudes, pues ignoraba la aparición del ángel y su revelación a María. Después de su desposorio, José había ido a Belén por asuntos de familia, y María, entre tanto, a Nazaret, con sus padres o algunas compañeras. La salutación angélica había tenido lugar antes del retorno de José, y María, en su tímida humildad, había guardado silencio sobre el secreto de Dios. José, turbado e inquieto, no demostraba nada exteriormente; pero luchaba en silencio «contra sus dudas. La Virgen, que había previsto esto, permanecía grave y pensativa, lo cual aumentaba las angustias de José. Cuando llegaron a Nazaret la Virgen no se dirigió en seguida a su casa con San José, sino que se quedó dos días en casa de una familia emparentada con la suya, donde habitaban los padres del discípulo Parmenas, no nacido aún, que fue más tarde uno de los siete diáconos en la primera comunidad de los cristianos de Jerusalén. Aquellas gentes se hallaban vinculadas a la Sagrada Familia, siendo la madre, hermana del tercer esposo de María de Cleofás, el cual fue padre cíe Simeón, obispo de Jerusalén. Tenían una casa y jardín en Nazaret. También tenían parentesco con María Santísima por Isabel. Vi a la Virgen permanecer algún tiempo en esa casa, antes de volver a la de José. Entre tanto la inquietud de José aumentó de tal manera, que cuando María volvió a su lado, José se había formado el propósito de dejarla, huyendo secretamente de la casa y de su lado.

Mientras iba pensando estas cosas se le apareció un ángel, que le dijo palabras que tranquilizaron su ánimo.

XXXV

Preparativos para el nacimiento de Jesús

Desde hace varios días veo a María en casa de Ana, su madre, cuya casa se halla más o menos a una legua de Nazaret, en el valle de Zabulón. La criada de Ana permanece en Nazaret cuando María está ausente y sirve a José. Veo que mientras vivió Ana casi no tenían hogar independiente del todo, pues recibían siempre de ella todo lo que necesitaban para su manutención. Veo desde hace quince días a María ocupada en preparativos para el nacimiento de Jesús: cose colchas, tiras y pañales. Su padre Joaquín ya no vive. En la casa hay una niña de unos siete años de edad que está a menudo junto a la Virgen y recibe lecciones de María. Creo que es la hija de María de Cleofás y que también se llama María. José no está en Nazaret, pero debe llegar muy pronto. Vuelve de Jerusalén donde ha llevado los animales para el sacrificio. Vi a la Virgen Santísima en la casa, trabajando, sentada en una habitación con otras mujeres. Preparaban prendas y colchas para el nacimiento del Niño.

Ana poseía considerables bienes en rebaños y campos y proporcionaba con abundancia todo lo que necesitaba María, en avanzado estado de embarazo.

Como creía que María daría a luz en su casa y que todos sus parientes vendrían a verla, hacía allí toda clase de preparativos para el nacimiento del Niño de la Promesa, disponiendo, entre otras cosas, hermosas colchas y preciosas alfombras. Cuando nació

Juan pude ver una de estas colchas en casa de Isabel. Tenía figuras simbólicas y sentencias hechas con trabajos de aguja. Hasta he visto algunos hilos de oro y plata entremezclados en el trabajo de aguja. Todas estas prendas no eran únicamente para uso de la futura madre: había muchas destinadas a los pobres, en los que siempre se pensaba en tales ocasiones solemnes. Vi a la Virgen y a otras mujeres sentadas en el suelo alrededor de un cofre, trabajando en una colcha de gran tamaño colocada sobre el cofre. Se servían de unos palillos con hilos arrollados de diversos colores. Ana estaba muy ocupada, e iba de un lado a otro tomando lana, repartiéndola y dando trabajo a cada una de ellas.

José debe volver hoy a Nazaret. Se hallaba en Jerusalén donde había ido a llevar animales para el sacrificio, dejándolos en una pequeña posada dirigida por una pareja sin hijos situada a un cuarto de legua de la ciudad, del lado de Belén. Eran personas piadosas, en cuya casa se podía habitar confiadamente.

Desde allí se fue José a Belén; pero no visitó a sus parientes, queriendo tan solo tomar informes relativos a un empadronamiento o una percepción de impuestos que exigía la presencia de cada ciudadano en su pueblo natal.

Con todo, no se hizo inscribir aún, pues tenía la intención, una vez realizada la purificación de María, de ir con ella de Nazaret al Templo de Jerusalén, y desde allí a Belén, donde pensaba establecerse. No sé bien qué ventajas encontraba en esto, pero no gustándole la estadía en Nazaret, aprovechó esta oportunidad para ir a Belén. Tomó informes sobre piedras y maderas de construcción, pues tenía la idea de edificar una casa. Volvió luego a la posada vecina a Jerusalén, condujo las víctimas al Templo y retornó a su hogar.

Atravesando hoy la llanura de Kimki, a seis leguas de Nazaret, se le apareció un ángel, indicándole 'que partiera con María para Belén, pues era allí donde debía nacer el Niño. Le dijo que debía llevar pocas cosas y ninguna colcha bordada. Además del asno sobre el cual debía ir María montada, era necesario que llevase consigo una pollina de un año, que aún no hubiese tenido cría. Debía dejarla correr en libertad, siguiendo siempre el camino que el animal tomara.

Esta noche Ana se fue a Nazaret con la Virgen María, pues sabían que José debía llegar. No parecía, sin embargo, que tuvieran conocimiento del viaje que debía hacer María con José a Belén. Creían que María daría a luz en su casa de Nazaret, pues vi que fueron llevados allí muchos objetos preparados, envueltos en grandes esteras. Por la noche llegó José a Nazaret. Hoy he visto a la Virgen con su madre Ana en la casa de Nazaret, donde José les hizo conocer lo que el ángel le había ordenado la noche anterior. Ellas volvieron a la casa de Ana, donde las vi hacer preparativos para un viaje próximo. Ana estaba muy triste. La Virgen sabía de antemano que el Niño debía nacer en Belén; pero por humildad no había hablado. Estaba enterada de todo por las profecías sobre el nacimiento del Mesías que ella conservaba consigo en Nazaret. Estos escritos le habían sido entregados y explicados por sus maestras en el Templo. Leía a menudo estas profecías y rogaba por su realización, invocando siempre, con ardiente deseo, la venida de ese Mesías. Llamaba bienaventurada a aquélla que debía dar a luz y deseaba ser tan sólo la última de sus servidoras. En su humildad no pensaba que ese honor debía tocarle a ella. Sabiendo por los textos que el Mesías debía nacer en Belén, aceptó con júbilo la voluntad de Dios, preparándose para un viaje que habría de ser muy penoso para ella, en su actual estado y en aquella estación, pues el frío suele ser muy intenso en los valles entre cadenas montañosas.

XXXVI

Partida de María y de José hacia Belén

Esta noche vi a José y a María, acompañados de Ana, María de Cleofás y algunos servidores, salir de la casa de Ana para su viaje. María iba sentada sobre la albarda del asno, cargado además con el equipaje, José lo conducía. Había otro asno sobre el cual debía regresar Ana.

Esta mañana he visto a los santos viajeros a unas seis leguas de Nazaret, llegando a la llanura de Kimki, que era el lugar donde el ángel se le había aparecido a José dos días antes. Ana poseía un campo en aquel lugar y los servidores debían tomar allí la burra de un año que José quería llevar, la cual corría y saltaba delante o al lado de los viajeros. Ana y María de Cleofás se despidieron y regresaron con sus servidores. Vi a la Sagrada Familia caminando por un sendero que subía a la cima de Gelboé. No pasaban por los poblados, y seguían a la pollina, que tomaba caminos de atajo. Pude verlos en una propiedad de Lázaro, a poca distancia de la ciudad de Ginim [16], por el lado de Samaría. El cuidador los recibió amistosamente, pues los había conocido en un viaje anterior. Su familia estaba relacionada con la de Lázaro.

Veo allí muchos hermosos jardines y avenidas. La casa está sobre una altura; desde la terraza se alcanza a contemplar una gran extensión de la comarca. , Lázaro heredó de su padre esta propiedad. He visto que Nuestro Señor se detuvo con frecuencia

durante su vida pública en este lugar y enseñó en los alrededores. El cuidador y su mujer trataron muy amistosamente a María. Se admiraron que hubiese emprendido semejante viaje en el estado en que se encontraba, dado que hubiera podido quedarse tranquilamente en casa de Ana.

He visto a la Sagrada Familia a varias leguas del sitio anterior, caminando en medio de la noche hacia una montaña a lo largo de un valle muy frío, donde había caído escarcha. La Virgen María, que sufría mucho el frío, dijo a José: "Es necesario detenernos aquí, pues no puedo seguir". No bien dijo estas palabras se detuvo la borriquilla debajo de un gran árbol de terebinto, junto al cual había una fuente. Se detuvieron y José preparó con las colchas un asiento para la Virgen, a la cual ayudó a desmontar del asno. María sentóse debajo del árbol y José colgó del árbol su linterna. A menudo he visto hacer lo mismo a las personas que viajan por estos lugares. La Virgen pidió a Dios ayuda contra el frío. Sintió entonces un alivio tan grande y una corriente de calor tal que tendió sus manos a José para que él pudiera calentar un tanto sus manos ateridas. Comieron algunos panecillos y frutas, y bebieron agua de la fuente vecina, mezclándola con gotas del bálsamo que José llevaba en su cántaro. José consoló y alegró a María. Era muy bueno y sufría mucho en ese viaje tan penoso para ella. Habló del buen alojamiento que pensaba conseguir en Belén. Conocía una casa cuyos dueños eran gente buena y pensaba hospedarse allí con ciertas comodidades. Mientras iban de camino hacía el elogio de Belén, recordando a María todas las cosas que podían consolarla y alegrarla. Esto me causaba lástima, pues yo sabía todo lo que sufriría: todo iba a acontecer de diferente manera. A esta altura habían pasado ya dos pequeños arroyos, uno a través de un alto puente, mientras los dos asnos lo cruzaban a nado. La borriquilla que iba en libertad, tenía curiosas actitudes. Cuando el camino era recto y bien trazado, sin peligros para perderse, como entre dos montañas, corría delante o detrás de los viajeros. Cuando el camino se dividía, aguardaba y tomaba el sendero recto.

Cuando debían detenerse, se paraba como lo hizo bajo el terebinto. No sé si pasaron la noche bajo este árbol o buscaron otro hospedaje. Este viejo terebinto era un árbol sagrado, que había formado parte del bosque de Moré, cerca de Siquem. Abrahán, viniendo de Canaán, había visto aparecer allí al Señor, el cual le había prometido aquella tierra para su posteridad, y el Patriarca alzó un altar debajo del terebinto. Jacob, antes de ir a Betel para ofrecer sacrificio al Señor, había enterrado bajo el árbol los ídolos de Labán y las joyas de su familia. Josué había levantado allí el tabernáculo donde se hallaba el Arca de la Alianza, y, reunida la población, le había exigido renunciar a los ídolos. En este mismo sitio Abimelec, hijo de Gedeón, fue proclamado rey por los siquemitas.

Hoy vi a la Sagrada Familia llegar a una granja, a dos leguas al Sur del terebinto. La dueña de la finca estaba ausente y el hombre no quiso recibir a José, diciéndole que bien podía ir más lejos. Un poco más adelante vieron que la borriquilla entraba en una cabaña de pastores, y entraron ellos también.

Los pastores que se hallaban allí, vaciando la cabaña, los recibieron con benevolencia: les dieron paja y haces de junco y ramas para que encendieran fuego. Fueron después a la finca donde había sido rechazada la Sagrada Familia, e hicieron el elogio de José y de la belleza y santidad de María, ante la señora de la casa, la cual reprochó a su marido por haber rechazado a personas tan buenas. Luego vi a esta mujer ir adonde estaba María; pero no se atrevió a entrar por timidez y volvió a su casa a buscar alimentos. La cabaña estaba en el flanco Oeste de una montaña, más o menos entre Samaría y Tebez. Al Este, más allá del Jordán, está Sucot. Ainón se encuentra un poco más al Mediodía, al otro lado del río. Salim está más cerca. Desde allí habría unas doce leguas hasta Nazaret. La mujer volvió en compañía de dos niños a visitar a la Sagrada Familia, trayendo provisiones. Disculpóse afablemente y se mostró muy conmovida por la difícil situación de los caminantes. Después que éstos hubieron comido y descansado, presentóse el marido de

aquella mujer y pidió perdón a San José por haberlo rechazado. Le aconsejó que subiera una legua más por la cima de la montaña, que allí encontraría un buen refugio antes de comenzar las fiestas del sábado, donde podría pasar el día del reposo festivo.

Se pusieron en camino y después de haber andado una legua llegaron a una posada de varios edificios, rodeados de árboles y jardines. Vi algunos arbustos que dan el bálsamo, plantados a espaldera. La posada estaba en la parte Norte de la montaña. La Virgen Santísima había desmontado y José llevaba el asno. Se acercaron a la casa y José pidió alojamiento; pero el dueño se disculpó, diciendo que estaba lleno de viajeros. Llegó en esto la mujer, y al pedirle la Virgen alojamiento con la más conmovedora humildad, aquélla sintió una profunda emoción. El dueño no pudo resistir y les arregló' un refugio cómodo en el granero cercano y llevó el asno a la cuadra. La borriquilla corría libre por los alrededores. Siempre estaba lejos de ellos cuando no tenía que señalar camino.

XXXVII

La festividad del Sábado

José preparó su lámpara y se puso a orar en compañía de la Virgen Santísima, guardando la observancia del sábado con piedad conmovedora.

Comieron alguna cosa y descansaron sobre esteras extendidas en el suelo.

Vi a la Sagrada Familia permanecer allí todo el día. María y José oraban juntos. He visto a la mujer del dueño de la posada pasar el día al lado de María con sus tres hijos. Allegóse también aquella mujer que los había hospedado la víspera, con dos de sus hijos. Se sentaron al lado de María amigablemente, quedando muy impresionados por la modestia y la sabiduría de la Virgen, que conversó también con los niños, dándoles algunas útiles instrucciones. Los niños tenían pequeños rollos de pergamino. María les hizo leer y les habló de modo tan amable que las criaturas no apartaban la vista ni un instante de ella. Era algo muy conmovedor ver esta atención de los niños y escuchar las enseñanzas de María. Al caer la tarde vi a José paseando con el dueño de la posada por los alrededores, mirando los campos y los jardines y tratándose familiarmente. Así veo a las personas piadosas del país en el día festivo del sábado. Los santos viajeros quedaron en ese lugar la noche siguiente. Los buenos esposos de la posada se encariñaron sumamente con María y le pidieron que se quedara con ellos hasta el nacimiento del Niño.

Le mostraron una habitación muy cómoda, y la mujer se ofreció a servirles de todo corazón y con amable insistencia; pero los viajeros reanudaron su viaje por la mañana muy temprano y descendieron por el Suroeste de la montaña, hacia un hermoso valle. Se alejaron aún más de Samaria. Mientras iban descendiendo se podía ver el templo del monte Garizim, pues se lo ve desde muy lejos. Sobre el techo hay figuras de leones o de otros animales semejantes, que brillan a los rayos del sol.

Hoy los he visto hacer unas seis leguas de camino. Al atardecer se encontraban en una llanura a una legua al Sureste de Siquem.

Entraron en una casa de pastores bastante grande donde fueron recibidos bien. El dueño de casa estaba encargado de cuidar los campos y jardines, propiedad de una vecina ciudad. La casa no estaba en la llanura sino sobre una pendiente. Todo era fértil en esta comarca y en mejores condiciones que el país recorrido anteriormente; pues aquí se estaba de cara al sol, lo que en la Tierra Prometida es causa de una diferencia notable en esta época del año. Desde este lugar hasta Belén se encuentran muchas de estas viviendas pastoriles diseminadas en los valles. Algunas hijas de pastores, que vivían en estos lugares, se casaron más tarde con servidores que habían venido con los Reyes Magos, y se quedaron en la comarca. De uno de estos matrimonios era un niño curado por Nuestro Señor, en esta misma casa, a instancias de María, el [31] de Julio de su segundo año de predicación, después de su diálogo con la Samaritana.

Jesús eligió luego a este joven y a otros dos para acompañarlo durante el viaje que hizo por Arabia después de la muerte de Lázaro. Este joven fue más tarde discípulo del Señor. He visto que Jesús se detuvo aquí con frecuencia para predicar y enseñar. Ahora José bendice a algunos niños que encontró en la casa.

XXXVIII

Los viajeros son rechazados en varias casas

Hoy los he visto seguir un sendero más uniforme. La Virgen desmontaba a ratos, siguiendo a pie algunos trechos. A menudo se detenían en lugares apropiados para tomar alimento. Llevaban panecillos y una bebida que refresca y fortalece, en recipientes muy elegantes, con dos asas que parecían de bronce por el brillo. Esta bebida era el bálsamo que tomaban mezclado con agua. Recogían bayas y frutas de los árboles y arbustos en los lugares más expuestos al sol. La montura de María tenía a derecha e izquierda unos rebordes sobre los cuales apoyaba los pies: de esa manera no quedaban en el aire, como veo a la gente de nuestro país. Los movimientos de María eran siempre sosegados, singularmente modestos. Se sentaba alternativamente a derecha e izquierda. La primera diligencia de José, cuando llegaban a un lugar, era buscar un sitio donde María pudiese sentarse y descansar cómodamente. Ambos se lavaban con frecuencia los pies.

Era de noche cuando llegaron a una casa aislada. José llamó y pidió hospitalidad; pero el dueño de casa no quiso abrir. José le explicó la situación de

¡María, diciendo que no estaba en condición de seguir su camino y agregando que no pedía hospedaje gratis. Todo fue inútil: aquel hombre duro y grosero respondió que su casa no era una posada, que lo dejaran tranquilo, que no golpeasen a la puerta. Ni siquiera abrió la puerta para hablar, sino que dio su respuesta desde el interior. Los viajeros continuaron su camino, y al poco tiempo entraron en un cobertizo cerca del cual habían visto detenerse a la borriquilla. José encendió luz y preparó un lecho para María, que lo ayudaba en todo esto. Metió al asno y le dio forraje. Rezaron, comieron y durmieron algunas horas. Desde la última posada hasta aquí habría unas seis leguas. Se hallaban ahora a unas veintiséis de Nazaret y a unas diez de Jerusalén. Hasta aquel camino no habían seguido el sendero principal, sino atravesando otros de comunicación que iban del Jordán a Samaria, tocando las grandes rutas que llevan de Siria a Egipto. Los atajos eran muy angostos y

en las montañas se hallaban a menudo tan apretados que les era necesario tomar muchas precauciones para poder andar sin tropezar ni dar caídas. Los asnos avanzaban con paso muy seguro. El refugio estaba sobre un terreno llano.

Antes de aclarar el día partieron y tomaron un camino que volvía a subir.

Me parece que llegaron a la ruta que lleva de Gábara hasta Jerusalén, que en este lugar era el límite entre Samaria y Judea. En otra casa donde pidieron hospitalidad fueron igualmente rechazados groseramente. A varias leguas al Noreste de Betania, María se sintió muy fatigada, y deseó descansar y tomar alimento. José se desvió una legua de camino en busca de una higuera grande que solía estar cargada de higos, en torno de la cual había asientos para descansar a su sombra. José conoció el lugar en uno de sus anteriores viajes.

Al llegar a la higuera no encontró en ella ni una fruta, lo cual lo entristeció mucho. Recuerdo, vagamente que Jesús halló más tarde esta higuera cubierta de hojas verdes, pero sin frutos. Creo que el Señor la maldijo en ocasión que había salido de Jerusalén, y el árbol se secó por completo. Más tarde se acercaron a una casa cuyo dueño trató ásperamente a José, que le había pedido humildemente hospitalidad. Miró luego a la Santísima Virgen, a la luz de una linterna, y se burló de José porque llevaba una mujer tan joven. En cambio la dueña de casa se acercó y se compadeció de María: le ofreció una habitación en un edificio vecino y les llevó panecillos para su alimento. El marido se arrepintió de haber sido descomedido y se mostró luego más servicial con los santos viajeros. Más tarde llegaron a otra casa habitada por una pareja joven. Aunque fueron recibidos, no lo hicieron con cortesía y casi ni se ocuparon de ellos. Estas personas no eran pastores sencillos, sino como campesinos ricos, gente ocupada en negocios. Más

tarde Jesús visitó una de estas casas, después de su bautismo. La habitación donde la Sagrada Familia había pasado la noche, la habían convertido en oratorio. No recuerdo si era propiamente la casa aquélla cuyo dueño se burló de José. Recuerdo vagamente que el arregló lo hicieron después de los milagros que sucedieron al nacimiento de Jesús.

XXXIX

Últimas etapas del camino

En las últimas etapas José se detuvo varias veces, pues María estaba cada vez más fatigada. Siguiendo el camino indicado por la borriquilla, hicieron un rodeo de un día y medio al Este de Jerusalén. El padre de José había poseído algunos pastizales en aquella comarca, y él conocía bien la región. Si hubieran seguido atravesando directamente el desierto que se halla al Mediodía, detrás de Betania, hubieran podido llegar a Belén en seis horas; pero el camino era montañoso y muy incómodo en esta estación.

Siguieron a la borriquilla a lo largo de los valles y se acercaron c algo al Jordán.

Hoy vi a los santos caminantes que entraban en pleno día en una casa grande de pastores. Está a tres leguas de un lugar donde Juan bautizaba más tarde en el Jordán y a siete de Belén. Es la misma casa donde Jesús, treinta años más tarde, estuvo la noche del 11 de Octubre, víspera del día en que por primera vez, después de su bautismo, pasó delante de Juan Bautista.

Junto a la casa, y un tanto apartada de ella, había una granja donde guardaban los instrumentos de labranza y los que usaban los pastores. El patio tenía una fuente rodeada de baños que recibían las aguas de aquélla mediante conductos especiales. El dueño parecía tener extensas propiedades y allí mismo tenía un tráfico considerable. He visto que iban y venían varios servidores que comían en aquella finca. El dueño recibió a los viajeros muy amigablemente, se mostró muy servicial y los condujo a una cómoda habitación, mientras algunos servidores se ocuparon del asno. Un criado lavó en una fuente los pies de José y le dio otras ropas mientras limpiaba las suyas cubiertas de polvo. Una mujer rindió los mismos servicios a María. En esta casa tomaron alimento y durmieron. La dueña de casa tenía un carácter bastante raro: se había encerrado en su casa y a hurtadillas observaba a María, y como era joven y vanidosa, la belleza admirable de la Virgen la había llenado de disgusto. Temía también que María se dirigiera a ella para pedirle que le permitiese quedarse hasta dar a luz a su Niño. Tuvo la descortesía de no presentarse siquiera y buscó medios para que los viajeros partieran al día siguiente. Esta es la mujer que encontró Jesús allí, treinta años más tarde, ciega y encorvada, y que sanó y curó después de hacerle advertencias sobre su poca caridad y su vanidad de un tiempo. He visto algunos niños. La santa Familia pasó la noche en este lugar.

Hoy al medio día vi a la Sagrada Familia abandonar la finca donde se habían alojado. Algunos de la casa los acompañaron cierta distancia. Después de unas, dos leguas de camino, llegaron al anochecer a un lugar atravesado por un gran sendero, a cuyos

lados se levantaba una fila de casas con patios y jardines. José tenía allí parientes. Me parece que eran los hijos del segundo matrimonio de su padrastro o madrastra. La casa era de muy buena apariencia; sin embargo, atravesaron este lugar sin detenerse. A media legua dieron vuelta a la derecha, en dirección de Jerusalén, y arribaron a una posada grande en cuyo patio había una fuente con cañerías de agua. Encontraron reunidas a muchas gentes que celebraban un funeral. El interior de la casa, en cuyo centro estaba el hogar con una abertura para el humo, había sido transformado en una amplia habitación, suprimiendo los tabiques movibles que separaban ordinariamente las diversas piezas. Detrás del hogar había colgaduras negras y frente a él algo así como un ataúd cubierto de paño negro. Varios hombres rezaban. Tenían largas vestimentas de color negro y encima otros vestidos blancos más cortos. Algunos llevaban una especie de manípulo negro, con flecos, colgado del brazo. En otra habitación estaban las mujeres completamente envueltas en sus vestiduras, llorando, sentadas sobre cofres muy bajos. Los dueños de casa, ocupados en la ceremonia fúnebre, se contentaron con hacerles señas de que entrasen; pero los servidores los recibieron muy cortésmente y se ocuparon de ellos. Les prepararon un alojamiento aparte con esteras suspendidas, que le daba aspecto de carpa.

Más tarde he visto a los dueños de casa visitando a la Sagrada Familia, en amigable conversación con ellos. Ya no llevaban las vestiduras blancas. José y María tomaron alimento, rezaron juntos y se entregaron al descanso.

Hoy a mediodía María y José se pusieron en camino hacia Belén de donde se hallaban sólo a unas tres leguas. La dueña de casa insistía en que se quedaran, pareciéndole que María daría a luz de un momento a otro. María, bajándose el velo, respondió que debía esperar treinta y seis horas aún. Hasta me parece que haya dicho treinta y ocho. Aquella mujer los hubiera hospedado con gusto, no en su casa, sino en otro edificio cercano. En el momento de la

partida vi que José, hablando de sus asnos con el dueño de la casa, elogiaba los animales de éste, y dijo que llevaba la borriquilla para empeñarla en caso de necesidad. Los huéspedes hablaron de lo difícil que sería para ellos encontrar alojamiento en Belén, y José dijo que tenía varios amigos allá y que estaba seguro de ser bien recibido. A mí me apenaba oírle hablar con tanta convicción de la buena acogida que le harían. Aún habló de esto mismo con María en el camino. Vemos, pues, que hasta los santos pueden estar en error.

XL

Llegada a Belén

Desde el último alojamiento, Belén distaba unas tres leguas. Dieron un rodeo hacia el Norte de la ciudad acercándose por el Occidente. Se detuvieron debajo de un árbol, fuera del camino, y María bajó del asno, ordenándose los vestidos. José se dirigió con María hacia un gran edificio rodeado de construcciones pequeñas y de patios a pocos minutos de Belén.

Había allí muchos árboles. Numerosas personas habían levantado sus carpas en ese lugar. Ésta era la antigua casa paterna de la familia de David, que fue propiedad del padre de San José. Habitaban en ella parientes o gente relacionada con José; pero éstos no lo quisieron reconocer y lo trataron como a extraño. En esta casa se cobraban entonces los impuestos para el gobierno romano. José entró acompañado de María, llevando el asno del

cabestro, pues todos debían darse a conocer cuando llegaban, y allí recibían el permiso para entrar en Belén.

La borriquilla no está junto a ellos: va corriendo alrededor de la ciudad, hacia el Mediodía, donde hay un vallecito. José ha entrado en el gran edificio. María se encuentra en compañía de varias mujeres en una casa pequeña que da al patio. Estas mujeres son bastante benévolas y le dan de comer, pues cocinan para los soldados de la guarnición. Son soldados romanos; tienen correas que cuelgan de la cintura. La temperatura no es fría: es agradable; el sol se muestra por encima de la montaña, entre Jerusalén y Betania.

Desde este lugar se contempla un paisaje muy hermoso. José se halla en una habitación espaciosa, que no está en el piso bajo. Le preguntan quién es y consultan grandes rollos escritos, algunos suspendidos de los muros; los despliegan y leen su genealogía, como también la de María. José parecía no saber que también María, por Joaquín, descendía en línea directa de David.

El hombre pregunta dónde se halla su mujer. Hacía unos siete años que no habían regularizado el impuesto para la gente del país, a causa de cierta confusión y desorden. Este impuesto se halla en vigor desde hace dos meses: se pagaba en los siete años precedentes, pero sin regularidad. Ahora es necesario pagarlo dos veces. José ha llegado un poco retrasado para pagarlo, pero a pesar de ello lo tratan con cortesía. Aún no ha pagado. Le preguntan cuáles son sus medios de vida; él responde que no posee bienes raíces, que vivía de su oficio y que además recibía ayuda de su suegra.

Hay en la casa gran cantidad de escribientes y empleados. Arriba están los romanos y los soldados. Veo fariseos, saduceos,

sacerdotes, ancianos, cierto número de escribas y otros funcionarios romanos y judíos. No hay ningún otro comité semejante en Jerusalén; pero los hay en otros lugares del país, como Mágdala, cerca del lago de Genesaret, adonde acuden a pagar las gentes de Galilea y de Sidón, según creo. Sólo aquéllos que no tienen bienes raíces, sobre los cuales recae el impuesto correspondiente, tienen que presentarse en el lugar de su nacimiento. Este impuesto será dividido dentro de tres meses en tres partes, cada uno con destino diferente. Una parte es para el emperador Augusto, para Herodes y para otro príncipe que habita cerca de Egipto. Habiendo participado en una guerra y teniendo derechos sobre una parte del país, es preciso darle algo. La segunda parte está destinada a la construcción del Templo: me parece que debe servir para abonar una deuda contraída. La tercera debiera ser para las viudas y los pobres, que desde tiempo no reciben nada; pero como casi siempre sucede, aún en nuestra época, este dinero no llega casi nunca adonde debe llegar. Se dan estos buenos motivos para exigir el impuesto, pero casi todo queda en manos de los poderosos.

Cuando estuvo arreglado lo de José, hicieron venir a María ante los escribas, pero no pidieron papeles. Dijeron a José que no era necesario haber traído a su mujer consigo. Añadieron algunas bromas a causa de la juventud de María, dejando al pobre José lleno de confusión.

XLI

La Sagrada Familia se refugia en la gruta

Entraron en Belén. Las casas aparecen muy separadas unas de otras. Entraron por entre escombros, como si hubiese sido una puerta derruida.

María se quedó tranquila, junto al asno, al comienzo de una calle, mientras José buscaba inútilmente alojamiento entre las primeras casas. Había muchos extranjeros y se veían numerosas personas yendo de un lado a otro. José volvió junto a María, diciéndole que no era posible encontrar alojamiento; que debían penetrar más dentro de la ciudad. Caminaban llevando José al asno del cabestro y María iba a su lado. Cuando llegaron a la entrada de otro calle, María permaneció junto al asno, mientras José iba de casa en casa; pero no encontró ninguna donde quisieran recibirlos. Volvió lleno de tristeza al lado de María. Esto se repitió varias veces, y así tuvo María que esperar largo rato. En todas partes decían que el sitio estaba ya tomado, y habiéndolo rechazado en todas partes, José dijo a María que era necesario ir a otro lado en donde, sin duda, encontrarían lugar. Retomaron la dirección contraria a la que habían tomado al entrar y se dirigieron hacia el Mediodía.

Siguieron una calleja que más parecía un camino entre la campiña, pues las casas estaban aisladas, sobre pequeñas colinas. Las tentativas fueron también allí infructuosas.

Llegados al otro lado de Belén, donde las casas se hallaban aún más dispersas, encontraron un gran espacio vacío, como un campo desierto en el poblado. En él había una especie de cobertizo y a poca distancia un árbol grande, parecido al tilo, de tronco liso, con ramas extendidas, formando techumbre alrededor. José condujo a

María bajo este árbol, y le arregló un asiento con los bultos al pie, para que pudiera descansar, mientras él volvía en busca de mejor asilo en las casas vecinas. El asno quedó allí con la cabeza pegada al árbol. María, al principio, permanecía de pie, apoyada al tronco del árbol. Su vestido de lana blanca, sin cinturón, caíale en pliegues alrededor. Tenía la cabeza cubierta por un velo blanco. Las personas que pasaban por allí la miraban, sin saber que su Salvador, su Mesías, estaba tan cerca de ellos, ¡Qué paciente, qué humilde y qué resignada estaba María! Tuvo que esperar mucho tiempo. Por fin sentóse sobre las colchas, poniéndose las manos juntas en el pecho, con la cabeza baja. José regresó lleno de tristeza, pues no había podido encontrar posada ni refugio. Los amigos de quienes había hablado a María apenas si lo reconocían. José lloró y María lo consoló con dulces palabras. Fue una vez más, de casa en casa, representando el estado de su mujer, para hacer más eficaz la petición; pero era rechazado precisamente también a causa de eso mismo.

El paraje era solitario. No obstante, algunas personas se habían detenido mirándola de lejos con curiosidad, como sucede cuando se ve a alguien que permanece mucho tiempo en el mismo sitio a la caída de la tarde. Creo que algunos dirigieron la palabra a María, preguntándole quién era. Al fin volvió José, tan conturbado, que apenas se atrevía a acercarse a María. Le dijo que había buscado inútilmente; pero que conocía un lugar, fuera de la ciudad, donde los pastores solían reunirse cuando iban a Belén con sus rebaños: que allí podrían encontrar siquiera un abrigo. José conocía aquel lugar desde su juventud. Cuando sus hermanos lo molestaban, se retiraba con frecuencia allí para rezar fuera del alcance de sus perseguidores. Decía José que si los pastores volvían, se arreglaría fácilmente con ellos; que venían raramente en esa época del año. Añadió que cuando ella estuviera tranquila en aquel lugar, él volvería a salir en busca de alojamiento más apropiado. Salieron, pues, de Belén por el Este siguiendo un sendero desierto que torcía a la izquierda. Era un camino semejante al que anduvieran a lo largo de los muros desmoronados de los fosos de las fortificaciones

derruidas de una pequeña ciudad: se subía un tanto al principio, luego descendía por la ladera de un montecillo. y los condujo en algunos minutos al Este de Belén, delante del sitio que buscaban, cerca de una colina o antigua muralla que tenía delante algunos árboles: terebintos o cedros de hojas verdes; otros tenían hojas pequeñas como las del boj.

XLII

Descripción de la gruta de Belén

En la extremidad Sur de la colina, alrededor de la cual torcía el camino que lleva al valle de los pastores, estaba la gruta en la cual José buscó refugio para María. Había allí otras grutas abiertas en la misma roca. La entrada estaba al Oeste y un estrecho pasadizo conducía a una habitación redondeada por un lado, triangular por otro, en la parte Este de la colina. La gruta era natural; pero por el lado del Mediodía, frente al camino que llevaba al valle de los pastores, se habían hecho algunos arreglos consistentes en trabajos toscos de mampostería. Por el lado que miraba al Mediodía había otra entrada, que generalmente estaba tapiada. José volvió a abrirla para mayor comodidad. Saliendo por allí hacia la izquierda, había otra abertura más amplia, que llevaba a una cueva estrecha e incómoda a mayor profundidad, que terminaba debajo de la gruta del pesebre. La entrada común a la gruta del pesebre miraba hacia el Oeste. Desde el lugar se podían ver los techos de algunas

casitas de Belén. Saliendo de allí y torciendo a la derecha, se llegaba a una gruta más profunda y oscura, en la cual hubo de ocultarse María alguna vez. Delante de la entrada, al Oeste, había un techito de juncos apoyado sobre estacas, que se extendía al Mediodía y cubría la entrada de ese lado, de modo que se podía estar a la sombra delante de la gruta. En la parte Meridional tenía la gruta tres aberturas, con rejas por arriba, por donde entraba aire y luz. Una abertura semejante había en la bóveda de la misma roca: estaba cubierta de césped y era la extremidad de la altura sobre la cual estaba edificada la ciudad de Belén. Pasando del corredor, que era más alto, a la gruta, formada por la misma naturaleza, había que descender más. El suelo en torno de la gruta se alzaba, de modo que la gruta misma estaba rodeada de un banco de piedra de variable anchura.

Las paredes de la gruta, aunque no completamente lisas, eran bastantes uniformes y limpias, hasta agradables a la vista. Al Norte del corredor había una entrada a otra gruta lateral más pequeña. Pasando delante de esta entrada, se hallaba el sitio donde José solía encender fuego; luego la pared daba vuelta al Noreste en la otra gruta, más amplia, situada a mayor altura. Allí he visto más tarde el asno de José. Detrás de este sitio había un rincón "bastante grande, donde cabía el asno con suficiente forraje. En la parte Este de esta gruta, frente a la entrada, fue donde se encontraba la Virgen Santísima cuando nació de ella la Luz del mundo. En la parte que se extiende al Mediodía estaba colocado el pesebre donde fue adorado el Niño Jesús. El pesebre no era sino una gamella excavada en la piedra misma, destinada a dar de beber a los animales. Encima tenía un comedero, con ancha abertura, hecho de enrejado de maderas y alzado sobre cuatro patas, de modo que los animales podían alcanzar cómodamente el heno o el pasto colocado allí. Para beber no tenían más que agachar la cabeza al bebedero de piedra que estaba debajo. Delante del pesebre, hacia el Este de esta parte de la gruta, estaba sentada la Virgen con el Niño Jesús cuando vinieron los tres Reyes a ofrecerle sus dones. Saliendo del pesebre, y dando vuelta al Oeste en el corredor

delante de la gruta, se pasaba por frente a la entrada Meridional antedicha y se llegaba a un sitio donde hizo José más tarde su habitación, separándola del resto mediante tabiques de zarzos. En ese lado había una cavidad donde él depositaba varios objetos. Afuera, en la parte Meridional de la gruta, pasaba el camino que conducía al valle de los pastores. Diseminadas por las colinas, veíanse casitas, y en el llano cobertizos con techos de cañas, sostenidos por estacas. Delante de la gruta la colina bajaba a un valle sin salida, cerrado por el Norte, ancho de más o menos medio cuarto de legua. Había allí zarzales, árboles y jardines.

Atravesando una hermosa pradera, donde había una fuente, y pasando bajo los árboles alineados con simetría, se llegaba al Este del valle, en el cual se encontraba una colina prominente y en ella la gruta de la tumba de Maraha, la nodriza de Abrahán. Se llama también la Gruta de la leche. La Virgen Santísima se refugió allí con el Niño Jesús repetidas veces. Sobre esta gruta había un gran árbol, alrededor del cual veíanse algunos asientos. Desde aquí se podía contemplar a Belén mejor que desde la entrada de la gruta del pesebre.

He sabido muchas cosas de la gruta del pesebre, sucedidas en los antiguos tiempos. Recuerdo, entre otras, que Set, el niño de la promesa, fue concebido y dado a luz en esta gruta por Eva, después de un período de penitencia de siete años. Fue allí donde un ángel le dijo que le daba Dios a Set en lugar de Abel. Aquí fue escondido y alimentado Set, y en la gruta de Maraha, pues sus hermanos querían quitarle la vida, como los hijos de Jacob lo intentaron con José.

En una época muy lejana, donde he visto que los hombres vivían en grutas, pude verlos a menudo haciendo excavaciones en la piedra para poder habitar y dormir cómodamente en ellas con sus hijos, sobre pieles de animales o sobre colchones de hierbas. La

excavación hecha debajo de la gruta del pesebre, puede haber servido de lecho a Set y a los habitantes posteriores. No tengo ya certeza de estas cosas. Recuerdo también haber visto en mis visiones de la predicación de Jesús que el 6 de Octubre el Señor, después de su bautismo, celebró la festividad del sábado en la gruta del pesebre, que los pastores habían transformado en oratorio.

Abrahán tenía una nodriza llamada Maraha, muy honrada por él y que llegó a edad muy avanzada. Esta nodriza seguía a Abrahán en todas partes montada en un camello, y vivó a su lado, en Sucot [17], mucho tiempo. En sus últimos tiempos lo siguió también al valle de los pastores, donde Abrahán había alzado sus carpas en los alrededores de la gruta. Habiendo pasado los cien años y viendo llegar su última hora pidió a Abrahán que la enterrara en esa gruta, acerca de la cual hizo algunas predicciones, y a la que llamó Gruta de la leche o Gruta de la nodriza. Aconteció en ella un hecho milagroso, que he olvidado, y brotó allí una fuente del suelo. La gruta era entonces un corredor estrecho y alto, abierto en una piedra blanca, no muy dura. De un lado había una capa de esta materia que no alcanzaba hasta la bóveda. Trepando sobre esta capa de materia se podía llegar hasta la entrada de otra gruta más alta.

La gruta fue ensanchada más tarde, puesto que Abrahán hizo excavar su parte lateral para la tumba de Maraha. Sobre un gran bloque de piedra había una especie de gamella, también de piedra, sostenida por patas cortas y gruesas. Quedé muy asombrada al no ver nada de esto en tiempos de Jesucristo. Esta gruta de la tumba de la nodriza tenía una relación profética con la Madre del Salvador, al alimentar allí oculto a su Hijo, al cual perseguían; pues en la historia de la juventud de Abrahán se halla también una persecución figurativa de ésta, y su nodriza le salvó la vida ocultándolo en la gruta.

Esta gruta era desde tiempos de Abrahán lugar de devoción, sobre todo para las madres y nodrizas: en esto había 'algo de profético, pues en la nodriza de Abrahán se veneraba, en figura, a la Santísima Virgen, lo mismo como Elías la había visto en aquella nube que traía la lluvia y le había dedicado un oratorio en el monte Carmelo. Maraha había cooperado en cierta manera al advenimiento del Mesías, habiendo alimentado con su leche a un antepasado de María. No puedo expresar esto bien; pero todo era como un pozo profundo que iba hasta la fuente de la vida universal y del que siempre se sirvieron, hasta que María surgió como única fuente de agua limpia e inmaculada.

El árbol que extendía su sombra sobre la gruta, desde lejos parecía un gran tilo; era ancho por abajo y terminaba en punta: era un terebinto. Abrahán se encontró con Melquisedec debajo de este árbol, no recuerdo ahora en qué ocasión. Este coposo árbol tenía algo de sagrado para los pastores y las gentes de los alrededores: les gustaba descansar bajo su sombra y orar. No recuerdo bien su historia, pero creo que el mismo Abrahán lo plantó. Junto a él había una fuente donde los pastores iban por agua en ciertas ocasiones y le atribuían virtudes singulares. A ambos liados del árbol habían levantado cabañas abiertas, para descansar, y todo esto estaba rodeado de un cerco protector. Más tarde he visto que Santa Elena hizo construir allí una iglesia, donde se celebró la santa Misa.

XLIII

José y María se refugian en la gruta de Belén

Era bastante tarde cuando José y María llegaron hasta la boca de la gruta. La borriquilla, que desde la entrada de la Sagrada Familia en la casa paterna de José había desaparecido corriendo en torno de la ciudad, corrió entonces a su encuentro y se puso a brincar alegremente cerca de ellos.

Viendo esto la Virgen, dijo a José: "Ves, seguramente es la voluntad de Dios que entremos aquí". José condujo el asno bajo el alero, delante de la gruta; preparó un asiento para María, la cual se sentó mientras él hacía un poco de luz y penetraba en la gruta. La entrada estaba un tanto obstruida por atados de paja y esteras apoyadas contra las paredes. También dentro de la gruta había diversos objetos que dificultaban el paso. José la despejó, preparando un sitio cómodo para María, por el lado del Oriente. Colgó de la pared una lámpara encendida e hizo entrar a María, la cual se acostó sobre el lecho que José le había preparado con colchas y envoltorios. José le pidió humildemente perdón por no haber podido encontrar algo mejor que este refugio tan impropio; pero María, en su interior, se sentía feliz, llena de santa alegría.

Cuando estuvo instalada María, José salió con una bota de cuero y fue detrás de la colina, a la pradera, donde corría una fuente, y llenándola de agua volvió a la gruta.

Más tarde fue a la ciudad, donde consiguió pequeños recipientes y un poco de carbón. Como se aproximaba la fiesta del sábado y eran numerosos los forasteros que habían entrado en la ciudad, se instalaron mesas en las esquinas de algunas calles con los alimentos más indispensables para la venta.

Creo que había personas que no eran judías. José volvió trayendo carbones encendidos en una caja enrejada; los puso a la entrada de la gruta y encendió fuego con un manojito de astillas; preparó la

comida, que consistió en panecillos y frutas cocidas. Después de haber comido y rezado, José preparó un lecho para María Santísima. Sobre una capa de juncos tendió una colcha semejante a las que yo había visto en la casa de Ana y puso otra arrollada por cabecera. Luego metió al asno y lo ató en un sitio donde no podía incomodar; tapó las aberturas de la bóveda por donde entraba aire, y dispuso en la entrada un lugarcito para su propio descanso.

Cuando empezó el sábado, José se acercó a María, bajo la lámpara, y recitó con ella las oraciones correspondientes; después salió a la ciudad. María se envolvió en sus ropas para el descanso. Durante la ausencia de José la vi rezando de rodillas. Luego se tendió a dormir, echándose de lado. Su cabeza descansaba sobre un brazo, encima de la almohada. José regresó tarde. Rezó una vez más y se tendió humildemente en su lecho a la entrada de la gruta.

María pasó la fiesta del sábado rezando en la gruta, meditando con gran concentración. José salió varias veces: probablemente fue a la sinagoga de Belén. Los vi comiendo alimentos preparados días antes y rezando juntos.

Por la tarde, cuando los judíos suelen hacer su paseo del sábado, José condujo a María a la gruta de Maraha, nodriza de Abrahán. Allí se quedó algún tiempo. Esta gruta era más espaciosa que la del pesebre y José dispuso allí otro asiento. También estuvo bajo el árbol cercano, orando y meditando, hasta que terminó el sábado. José la volvió a llevar, porque María le dijo que el nacimiento tendría lugar aquel mismo día a medianoche, cuando se cumplían los nueve meses transcurridos desde la salutación del ángel del Señor. María le había pedido que lo tuviera dispuesto todo, de modo que pudiesen honrar en la mejor forma posible la entrada al mundo del Niño prometido por Dios y concebido en forma sobrenatural. Pidió también a José que rezara con ella por las gentes que, a causa de la dureza de sus corazones, no habían

querido darles hospitalidad. José le ofreció traer de Belén a dos piadosas mujeres, que conocía; pero María le dijo que no tenía necesidad del socorro de nadie. En cuanto se puso el sol, antes de terminar el sábado, José volvió a Belén, donde compró los objetos más necesarios: una escudilla, una mesita baja, frutas secas y pasas de uva, volviendo con todo esto a la gruta. Fue a la gruta de Maraha y llevó a María a la del pesebre, donde María se sentó sobre sus colchas, mientras José preparaba la comida.

Comieron y rezaron juntos. Hizo José una separación entre el lugar para dormir y el resto de la gruta, ayudándose de unas pértigas de las cuales suspendió algunas esteras que se encontraban allí. Dio de comer al asno que estaba a la izquierda de la entrada, atado a la pared. Llenó el comedero del pesebre de cañas y de pasto y musgo y por encima tendió una colcha. Cuando la Virgen le indicó que se acercaba la hora, instándole a ponerse en oración, José colgó del techo varias lámparas encendidas y salió de la gruta, porque había escuchado un ruido a la entrada. Encontró a la pollina que hasta entonces había estado vagando en libertad por el valle de los pastores y volvía ahora, saltando y brincando, llena de alegría, alrededor de José. Este la ató bajo el alero, delante de la gruta y le dio su forraje. Cuando, volvió a la gruta vio, antes de entrar en ella, a la Virgen rezando de rodillas sobre su lecho, vuelta de espaldas y mirando al Oriente. Le pareció que toda la gruta estaba en llamas y que María estaba rodeada de luz sobrenatural. José miró todo esto como Moisés la zarza ardiendo. Luego, lleno de santo temor, entró en su celda y se prosternó hasta el suelo en oración.

XLIV

Nacimiento de Jesús

He visto que la luz que envolvía a la Virgen se hacía cada vez más deslumbrante, de modo que la luz de las lámparas encendidas por José no eran ya visibles. María, con su amplio vestido desceñido, estaba arrodillada en su lecho, con la cara vuelta hacia el Oriente. Llegada la medianoche la vi arrebatada en éxtasis, suspendida en el aire, a cierta altura de la tierra. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho. El resplandor en torno de ella crecía por momentos. Toda la naturaleza parecía sentir una emoción de júbilo, hasta los seres inanimados. La roca de que estaban formados el suelo y el atrio parecía palpitar bajo la luz intensa que los envolvía. Luego ya no vi más la bóveda. Una estela luminosa, que aumentaba sin cesar en claridad, iba desde María hasta lo más alto de los cielos. Allá arriba había un movimiento maravilloso de glorias celestiales, que se acercaban a la tierra, y aparecieron con toda claridad seis coros de ángeles celestiales. La Virgen Santísima, levantada de la tierra en medio del éxtasis, oraba y bajaba las miradas sobre su Dios, de quien se había convertido en Madre. El Verbo eterno, débil Niño, estaba acostado en el suelo delante de María.

Vi a nuestro Señor bajo la forma de un pequeño Niño todo luminoso, cuyo brillo eclipsaba el resplandor circundante, acostado sobre una alfombrita ante las rodillas de María. Me parecía muy pequeñito y que iba creciendo ante mis miradas; pero todo esto era la irradiación de una luz tan potente y deslumbradora que no puedo explicar cómo pude mirarla. La Virgen permaneció algún tiempo en éxtasis; luego cubrió al Niño con un paño, sin tocarlo y sin tomarlo aún en sus brazos. Poco tiempo después vi al Niño que se movía, y lo oí llorar. En ese momento fue cuando María pareció volver en sí misma, y, tomando al Niño, lo envolvió en el paño con que lo había cubierto, y lo tuvo en sus brazos, estrechándolo contra su pecho. Se sentó, ocultándose toda ella con el Niño bajo su amplio velo, y creo

que le dio el pecho. Vi entonces en torno a los ángeles, en forma humana, hincándose delante del Niño recién nacido, para adorarlo.

Cuando habría transcurrido una hora desde el nacimiento del Niño Jesús, María llamó a José, que estaba aún orando con el rostro pegado a la tierra.

Se acercó, prosternándose, lleno de júbilo, de humildad y de fervor. Sólo cuando María le pidió que apretara contra su corazón el Don sagrado del Altísimo, se levantó José, recibió al Niño entre sus brazos, y derramando lágrimas de pura alegría, dio gracias a Dios por el Don recibido del cielo.

María fajó al Niño: tenía sólo cuatro pañales. Más tarde vi al, María y a José sentados en el suelo, uno junto al otro: no hablaban, parecían absortos en muda contemplación. Ante María, fajado como un niño común, estaba recostado Jesús recién nacido, bello y brillante como un relámpago. "¡Ah, decía yo, este lugar encierra la salvación del mundo entero y nadie lo sospecha!"

He visto que pusieron al Niño en el pesebre, arreglado por José con pajas, lindas plantas y una colcha encima. El pesebre estaba sobre la gamella cavada en la roca, a la derecha de la entrada de la gruta, que se ensanchaba allí hacia el Mediodía.

Cuando hubieron colocado al Niño en el pesebre, permanecieron los dos a ambos lados, derramando lágrimas de alegría y entonando cánticos de alabanza.

José llevó el asiento y el lecho de reposo de María junto al pesebre. Yo veía a la Virgen, antes y después del nacimiento de Jesús,

arropada en un vestido blanco, que la envolvía por entero. Pude verla allí durante los primeros días sentada, arrodillada, de pie, recostada o durmiendo; pero nunca la vi enferma ni fatigada.

XLV

Señales en la naturaleza. Anuncio a los pastores

He visto en muchos lugares, hasta en los más lejanos, una insólita alegría, un extraordinario movimiento en esta noche. He visto los corazones de muchos hombres de buena voluntad reanimados por un ansia, plena de alegría, y, en cambio, los corazones de los perversos llenos de temores. Hasta en los animales he visto manifestarse alegría en sus movimientos y brincos. Las flores levantaban sus corolas, las plantas y los árboles tomaban nuevo vigor y verdor, y esparcían sus fragancias y perfumes. He visto brotar fuentes de agua de la 'tierra. En el momento mismo del nacimiento de Jesús, brotó una fuente abundante en la gruta de la colina del Norte. Cuando al día siguiente lo notó José, le preparó en seguida un desagüe. El cielo tenía un color rojo oscuro sobre Belén, mientras se veía un vapor tenue y brillante sobre la gruta del pesebre, el valle de la gruta de Maraña y el valle de los pastores.

A legua y media más o menos de la gruta de Belén, en el valle de los pastores, había una colina donde empezaba una serie de viñedos que se extendía hasta Gaza. En las faldas de la colina estaban las chozas de tres pastores, jefes de las familias de los demás pastores de las inmediaciones. A distancia doble de la gruta del pesebre se encontraba lo que llamaban la torre de los pastores. Era un gran andamiaje piramidal, hecho de madera, que tenía por base enormes bloques de la misma roca: estaba rodeado de

árboles verdes y se alzaba sobre una colina aislada en medio de una llanura. Estaba rodeado de escaleras; tenía galerías y torrecillas, todo cubierto de esteras. Guardaba cierto parecido con las torres de madera que he visto en el país de los Reyes Magos, desde donde observaban las estrellas. Desde lejos producía la impresión de un gran barco con muchos mástiles y velas. Desde esta torre se gozaba de una espléndida vista de toda la comarca. Se veía a Jerusalén y la montaña de la tentación en el desierto de Jericó. Los pastores tenían allí a los hombres que vigilaban la marcha de los rebaños y avisaban a los demás tocando cuernos de caza, si acaso había alguna incursión de ladrones o gente de guerra. Las familias de los pastores habitaban esos lugares en un radio de unas dos leguas. Tenían granjas aisladas, con jardines y praderas. Se reunían junto a la torre, donde guardaban los utensilios que tenían en común. A lo largo de la colina de la torre, estaban las cabañas, y algo apartado de éstas había un gran cobertizo con divisiones donde habitaban las mujeres de los pastores guardianes: allí preparaban la comida. He visto que en esta noche parte de los rebaños estaban cerca de la torre, parte en el campo y el resto bajo un cobertizo cerca de la colina de los pastores.

Al nacimiento de Jesucristo vi a estos tres pastores muy impresionados ante el aspecto de aquella noche tan maravillosa; por eso se quedaron alrededor de sus cabañas mirando a todos lados. Entonces vieron maravillados la luz extraordinaria sobre la gruta del pesebre. He visto que se pusieron en agitado movimiento los pastores que estaban junto a la torre, los cuales subieron a su mirador dirigiendo la vista hacia la gruta. Mientras los tres pastores estaban mirando hacia aquel lado del cielo, he visto descender sobre ellos una nube luminosa, dentro de la cual noté un movimiento a medida que se acercaba. Primero vi que se dibujaban formas vagas, luego rostros, finalmente oí cánticos muy armoniosos, muy alegres, cada vez más claros. Como al principio se asustaran los pastores, apareció un ángel ante ellos, que les dijo:

"No temáis, pues vengo a anunciaros una gran alegría para todo el pueblo de Israel. Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo, el Señor. Por señal os doy ésta: encontraréis al Niño envuelto en pañales, echado en un pesebre". Mientras el ángel decía estas palabras, el resplandor se hacía cada vez más intenso a su alrededor. Vi a cinco o siete grandes figuras de ángeles muy bellos y luminosos. Llevaban en las manos una especie de banderola larga, donde se veían letras del tamaño de un palmo y oí que alababan a Dios cantando: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra para los hombres de buena voluntad".

Más tarde tuvieron la misma aparición los pastores que estaban junto a la torre. Unos ángeles también aparecieron a otro grupo de pastores, cerca de una fuente, al Este de la torre, a unas tres leguas de Belén. No he visto que los pastores fueran en seguida a la gruta del pesebre, porque unos se encontraban a legua y media de distancia y otros a tres: los he visto, en cambio, consultándose unos a otros acerca de lo que llevarían al recién nacido y preparando los regalos con toda premura. Llegaron a la gruta del pesebre al rayar el alba.

XLVI

Señales en Jerusalén, en Roma y en otros pueblos

Esta noche vi en el Templo a Noemí, la maestra de María, a la profetisa Ana y al anciano Simeón. Vi, en Nazaret, a Ana, y en Juta, a Santa Isabel. Todos tenían visiones y revelaciones del nacimiento del Salvador.

He visto al pequeño Juan Bautista, cerca de su madre, manifestando una alegría muy grande. Vieron y reconocieron a María en medio de aquellas visiones, aunque no sabían donde había tenido lugar el acontecimiento. Isabel tampoco lo sabía. Sólo Ana sabía que tenía lugar en Belén. Esta noche vi en el Templo un acontecimiento admirable y extraño: todos los rollos de escrituras de los saduceos saltaban fuera de los armarios donde estaban encerrados, dispersándose [18]. Este suceso causó mucho espanto en todos, pero los saduceos lo atribuyeron a efectos de brujería, y repartieron dinero a los que lo sabían para que mantuvieran el secreto.

He visto muchas cosas en Roma esta noche. Cuando Jesús nació vi un barrio de la ciudad, donde vivían muchos judíos: allí brotó una fuente de aceite que causó maravilla a todos los que la vieron. Una estatua magnífica de Júpiter cayó de su pedestal en añicos, porque se desplomó la bóveda del templo.

Los paganos se llenaron de terror, hicieron sacrificios y preguntaron a otro ídolo, el de Venus, creo, qué significaba aquello. El demonio respondió, por medio de la estatua: "Esto ha sucedido porque una Virgen ha concebido un Hijo sin dejar de ser virgen; y este Niño acaba de nacer". Este ídolo habló también desde la fuente de aceite. En el sitio donde brotó la fuente se alzó una iglesia dedicada a la Virgen María, Madre de Dios. Los sacerdotes paganos estaban consternados y hacían averiguaciones [19].

Setenta años antes de estos hechos vivía en Roma una buena y piadosa mujer. No recuerdo ahora si era judía. Se llamaba algo así como Serena o Cyrena y poseía algunos bienes de fortuna. Por ese tiempo se había recubierto de oro y piedras preciosas el ídolo de Júpiter y se le ofrecían sacrificios solemnes.

La mujer tuvo visiones, y a consecuencia de ellas hizo varias profecías, diciendo públicamente a los paganos que no debían rendir honores al ídolo de Júpiter ni hacerle sacrificios, pues vendría un día en que lo verían caer hecho pedazos. Los sacerdotes la hicieron comparecer y le preguntaron cuándo habían de suceder estas cosas. Como no pudo determinar el tiempo, fue encerrada en prisión y maltratada, hasta que Dios le hizo conocer que ello sucedería cuando una Virgen purísima diera a luz un Niño. Cuando dio esta respuesta, se burlaron de ella y la dejaron en libertad, reputándola por loca. Sólo cuando se derrumbó el templo, haciendo pedazos al ídolo, reconocieron que había dicho la verdad, maravillándose de la época fijada y del acontecimiento, aunque no sabían que la Santísima Virgen había sido la Madre e ignorando el nacimiento del Salvador. He visto que los magistrados de Roma se informaron de estos hechos, como de la fuente que había brotado. Uno de ellos fue un tal Léntulo, abuelo de Moisés, sacerdote y mártir, y de aquel otro Léntulo, que fue amigo de San Pedro en Roma.

Relacionado con el emperador Augusto he visto algo que ahora no recuerdo bien. Vi al emperador con otras personas sobre una colina de Roma, en uno de cuyos lados se encontraba el templo, cuya techumbre se había derrumbado. Por unas gradas se llegaba hasta la cumbre de la colina donde había una puerta dorada. Era un lugar donde se ventilaban asuntos de interés. Cuando el emperador bajó de la colina, vio a la derecha, encima de ella, una aparición en el cielo. Era una Virgen sobre un arco iris, con un Niño en el aire, que parecía salir de ella. Creo que, el emperador fue el único que vio esta aparición. Para conocer su significado hizo consultar a un oráculo que había enmudecido, el cual en esa ocasión habló de un Niño recién nacido, a quien todos debían adorar y rendir homenaje. El emperador hizo erigir un altar en el sitio de la colina donde había visto la aparición, y después de haber ofrecido sacrificios, lo dedicó al Primogénito de Dios. He olvidado otros detalles de este hecho.

He visto en Egipto un hecho que anunció el nacimiento de Jesucristo. Mucho más allá de Matarea, de Heliópolis y de Menfis había un gran ídolo que pronunciaba habitualmente toda clase de oráculos, y que de pronto enmudeció. El Faraón mandó hacer sacrificios en todo el país a fin de saber por qué causa había callado. El ídolo fue obligado por Dios a responder que guardaba silencio y debía desaparecer, porque había nacido el Hijo de la Virgen y que en aquel mismo sitio se levantaría un templo en honor de la Virgen. El Faraón hizo levantar un templo allí mismo cerca del que había antes en honor del ídolo. No recuerdo todo lo sucedido; sólo sé que el ídolo fue retirado y que se levantó un templo a la anunciada Virgen y a su Niño, siendo honrados a la manera de ellos.

Al tiempo del nacimiento de Jesucristo vi una maravillosa aparición que se presentó a los Reyes Magos en su país. Estos Magos eran observadores de los astros y tenían sobre una montaña una torre en forma de pirámide, donde siempre se encontraba uno de ellos con los sacerdotes observando el curso de los astros y las estrellas. Escribían sus observaciones y se las comunicaban unos a otros. Esta noche creo haber visto a dos de los Reyes Magos sobre la torre piramidal. El tercero, que habitaba al Este del Mar Caspio, no estaba allí. Observaban una determinada constelación en la cual veían de cuando en cuando variantes, con diversas apariciones. Esta noche vi la imagen que se les presentaba. No la vieron en una estrella, sino en una figura compuesta de varias de ellas, entre las cuales parecía efectuarse un movimiento. Vieron un hermoso arco iris sobre la media luna y sobre el arco iris sentada a la Virgen. Tenía la rodilla izquierda ligeramente levantada y la pierna derecha más alargada, descansando el pie sobre la media luna. A la izquierda de la Virgen, encima del arco iris, apareció una cepa de vid,, y a la derecha, un haz de espigas de trigo. Delante de la Virgen vi elevarse como un cáliz semejante al de la última Cena. Del cáliz vi salir al Niño, y por encima de Él, un disco luminoso parecido a

una custodia vacía, de la que partían rayos semejantes a espigas. Por eso pensé en el Santísimo Sacramento.

Del costado derecho del Niño salió una rama, en cuya extremidad apareció, a semejanza de una flor, una iglesia octogonal con una gran puerta dorada y dos pequeñas laterales. La Virgen hizo entrar al cáliz, al Niño y a la hostia en la iglesia, cuyo interior pude ver, y que en aquel momento me pareció muy grande. En el fondo había una manifestación de la Santísima Trinidad.

La iglesia se transformó luego en una ciudad brillante, que me pareció la Jerusalén celestial. En este cuadro vi muchas cosas que se sucedían y parecían nacer unas de otras, mientras yo miraba el interior de la iglesia. Ya no puedo recordar en qué forma se fueron sucediendo. Tampoco recuerdo de qué manera supieron los Reyes Magos que Jesús había nacido en Judea. El tercero de los Reyes, que vivía muy distante, vio la aparición al mismo tiempo que los otros. Los Reyes sintieron una alegría muy grande, juntaron sus dones y regalos y se dispusieron para el viaje. Se encontraron al cabo de varios días de camino. Los días que precedieron al nacimiento de Jesús, los veía sobre su observatorio} donde tuvieron varias visiones.

XLVII

Antecedentes de los Reyes Magos

Quinientos años antes del nacimiento del Mesías, los antepasados de los tres Reyes Magos eran poderosos y tenían más riquezas que sus descendientes, ya que sus posesiones eran extensas y su herencia menos dividida. Vivían entonces en tiendas de campaña, con excepción del antepasado del rey que vivía al Este del Mar Caspio, cuya ciudad veo en este momento.

Esta ciudad tiene construcciones subterráneas de piedra, en lo alto de las cuales se alzan pabellones, pues se halla cerca del mar, que se desborda con frecuencia. Veo allí montañas muy altas y dos mares, uno a mi derecha y otro a mi izquierda. Aquellos jefes de raza eran, según sus tradiciones, observadores y adoradores de los astros, y existía en el país un culto abominable que consistía en sacrificar a los viejos, a los hombres deformes y a veces también a los niños. Lo más horrible era que estos niños eran vestidos de blanco y luego arrojados en calderas donde morían hervidos. Toda esta abominación fue abolida. A estos ciegos paganos Dios les anunció con mucha anticipación el nacimiento del Salvador.

Aquellos príncipes tenían tres hijas versadas en el conocimiento de los astros. Las tres recibieron el espíritu de profecía y supieron, por medio de una visión, que una estrella saldría de Jacob y que una Virgen daría a luz al Salvador del mundo. Vestidas de largos mantos recorrían el país predicando la reforma de las costumbres y anunciando que los enviados del Salvador vendrían un día al país trayendo el culto del Dios verdadero. Predecían muchas cosas más relativas a nuestra época y a épocas más lejanas aún. A raíz de estas predicciones los padres de estas jóvenes elevaron un templo ala futura Madre de Dios hacia el Mediodía del mar, en el mismo sitio de los límites de sus países y allí ofrecieron sacrificios. La predicción de las tres vírgenes se refería especialmente a una

constelación y a diversos cambios que habrían de producirse. Desde entonces empezaron a observar aquella constelación desde lo alto de una colina cercana al templo de la futura Madre de Dios, y de acuerdo con esas observaciones, cambiaban algunas cosas en los templos, en el culto religioso y en los ornamentos. Así he visto que el pabellón del templo era unas veces azul, otras rojo, otras amarillo, y demás colores. Me impresionó que pasaran su día de fiesta al sábado, mientras antes celebraban el viernes. Todavía recuerdo el nombre que daban a este día: Tanna o Tanneda.

XLVIII

Fecha del nacimiento del Redentor

Jesucristo nació antes de cumplirse el año 3997 del mundo. Más tarde fueron olvidados los cuatro años, menos algo, transcurridos desde su nacimiento hasta el fin del 4000. Después se hizo comenzar nuestra era cuatro años más tarde. Uno de los cónsules de Roma, llamado Léntulo, fue antepasado del sacerdote y mártir Moisés, del cual tengo una reliquia. Había vivido en tiempos de San

Cipriano. De él desciende aquel otro Léntulo que fue amigo de San Pedro en Roma. Herodes reinó cuarenta años. Durante siete años no fue independiente; pero ya desde aquel tiempo oprimía al país y cometía actos de crueldad. Murió, creo, en el año sexto de la vida de Jesús; su muerte se guardó en secreto por algún tiempo. Herodes fue siempre sanguinario y hasta en sus últimos días hizo mucho daño. Lo vi arrastrándose en medio de una amplia habitación acolchada, con una lanza a su lado, queriendo herir a las personas que se le acercaban. Jesús nació más o menos en el año treinta y cuatro de su reinado.

Unos dos años antes de la entrada de María en el templo, Herodes mandó hacer algunas construcciones allí. No hizo de nuevo el templo, sino algunas reformas y mejoras. La huida a Egipto se produjo cuando Jesús tenía nueve meses, y la matanza de los inocentes ocurrió durante el segundo año de la edad de Jesús. El nacimiento de Jesús tuvo lugar en un año judío de trece meses, que era un arreglo semejante a nuestros años bisiestos. Creo también que los judíos tenían meses de veinte días dos veces al año y uno de veintidós días. Pude oír algo de esto a propósito de los días de fiesta; pero ahora no me queda más que un recuerdo confuso. He visto que se hicieron varias veces cambios en el calendario. Sucedió esto al salir de un cautiverio, mientras se trabajaba en la reconstrucción del Templo. He visto al hombre que cambió el calendario y supe también su nombre.

XLIX

Los pastores acuden con sus presentes

A la caída de la tarde los tres pastores jefes se dirigieron a la gruta del pesebre con los regalos, consistentes en animalitos parecidos a los corzos. Si eran cabritos, eran muy distintos de los de nuestro país, pues tenían cuellos largos, ojos hermosos muy brillantes, eran muy graciosos y ligeros al correr, tíos pastores los llevaban atados con delgados cordeles. Traían sobre los hombros aves que habían matado, y bajo el brazo otras vivas de mayor tamaño. Al llegar, llamaron tímidamente a la puerta de la gruta y San José les salió al encuentro. Ellos repitieron lo que les habían anunciado los ángeles y dijeron que deseaban rendir homenaje al Niño de la Promesa y a ofrecerle sus pobres obsequios. José aceptó sus regalos con humilde gratitud y los llevó junto a la Virgen, que se hallaba sentada cerca del pesebre, con el Niño Jesús sobre sus rodillas. Los tres pastores se hincaron con toda humildad, permaneciendo mucho rato en silencio, como absortos en una alegría indecible. Cantaron luego el cántico que habían oído a los ángeles y un salmo que no recuerdo. Cuando estaban por irse, María les dio al Niño, que ellos tomaron en sus brazos, uno después de otro, y llorando de emoción lo devolvieron a María, y se retiraron.

Por la noche vinieron de la torre de los pastores, a cuatro leguas del pesebre, otros pastores con sus mujeres y sus niños. Traían pájaros, huevos, miel, madejas de hilo de diversos colores, pequeños atados que parecían de seda cruda y ramas de una planta parecida al junco. Esta planta tiene unas espigas llenas de semillas gruesas. Después que entregaron estos regalos a San José, se acercaron humildemente al pesebre, al lado del cual se hallaba María sentada. Saludaron a la Madre y al Niño; después, de rodillas, cantaron hermosos salmos, el Gloria in excelsis de los ángeles y algunos otros muy breves.

Yo cantaba con ellos. Cantaban a varias voces y yo hice una vez la voz alta.

Recuerdo más o menos lo siguiente: "¡Oh Niñito, bermejo como la rosa, pareces semejante a un mensajero de paz!" Cuando se despidieron, se inclinaban ante el pesebre como si besaran al Niño.

Hoy he vuelto a ver a los tres pastores, ayudando a San José, uno después de otro, a disponer todo con mayor comodidad en la gruta del pesebre y en las cavernas laterales. He visto también junto a la Virgen varias piadosas mujeres que la ayudaban en diversos servicios. Eran esenias que habitaban no lejos de la gruta en una angostura situada al Oriente. Estas mujeres vivían en unas especies de casas abiertas en la roca a considerable altura de la colina.

Tenían jardincitos cerca de sus casas y se ocupaban en instruir a los niños de los esenios. San José las había hecho venir porque desde su niñez conocía a esta asociación. Cuando huía de sus hermanos habíase refugiado varias veces con esas piadosas mujeres en la gruta del pesebre. Estas acercábanse una tras otra a María, trayendo provisiones, y atendían los quehaceres de la Sagrada Familia.

Hoy he visto una escena muy conmovedora: José y María sé hallaban junto al pesebre, contemplando con profunda ternura al Niño Jesús. De pronto el asno se echó también de rodillas y agachó la cabeza hasta la tierra en acto de adoración. María y José lloraban emocionados. Por la noche llegó un mensaje de Santa Ana. Un anciano llegó de Nazaret con una viuda parienta de Ana, a la cual servía. Traían diversos objetos para María. Al ver al Niño se conmovieron extraordinariamente: el viejo derramaba lágrimas de alegría.

Volvió a ponerse en camino llevando noticias de lo visto a Ana, mientras la viuda se quedó para servir a María.

Hoy he visto que la Virgen con el Niño Jesús, acompañada de la criada de Ana, salieron de la gruta del pesebre durante algunas horas. María se refugió en la gruta lateral, donde había brotado la fuente después del nacimiento de Jesucristo. Pasó unas cuatro horas en esa gruta, en la cual habría de estar más tarde, dos días enteros. José había estado arreglándola desde la mañana para que pudiera estar allí con más comodidad. Se refugiaron en esa gruta, por inspiración interior, pues habían venido personas de Belén a ver la gruta del pesebre, y paréceme que eran emisarios de Herodes. A consecuencias de las conversaciones de los pastores había corrido la voz de que algo milagroso había sucedido allí al tener lugar el nacimiento del Niño. Vi a esos hombres hablando un rato con José, a quien hallaron con los pastores delante de la gruta del pesebre, y luego se fueron, riéndose y burlándose, cuando vieron la pobreza del lugar y la simplicidad de las personas. María, después de haberse quedado cuatro horas oculta en la gruta lateral, volvió a la del pesebre con el Niño Jesús.

En la gruta del pesebre reina una amable tranquilidad, pues nadie viene hasta este lugar y sólo los pastores están en comunicación con ella. En la ciudad de Belén nadie se ocupa de lo que pasa en la gruta, pues hay mucha gente, agitación y movimiento por razón de los forasteros. Se venden y matan muchos animales porque algunos forasteros pagan sus impuestos con ganado.

Veo que hay también paganos como criados y servidores.

Por la mañana el dueño de la última posada adonde se habían alojado José y María a pasar la noche, envió un criado a la gruta del

pesebre con varios regalos. Él mismo llegó más tarde para rendir homenaje al Niño Jesús.

La noticia de la aparición del ángel a los pastores del valle en el momento del nacimiento de Jesús, fue causa de que todos los pastores y gentes del valle oyeran hablar del maravilloso Niño de la Promesa. Todos ellos acuden para honrarlo.

Hoy mismo varios pastores y otras buenas personas llegaron a la gruta del Pesebre y honraron al Niño con mucha devoción. Llevaban trajes de fiesta porque iban a Belén para la solemnidad del sábado. Entre estos visitantes vi a aquella mujer que el 20 de Noviembre había compensado la grosería de su marido con la santa Familia, ofreciéndole hospitalidad. Hubiera podido ir más fácilmente a Jerusalén, porque está más cerca, para la fiesta del sábado, pero quiso hacer un rodeo más largo para ir a Belén y ver al Niño santo y a sus padres. Sintióse después muy feliz por haberles ofrecido esta prueba de su afecto. Por la tarde vi a un pariente de José, al lado de cuya casa la Sagrada Familia había pasado la noche del 22 de Noviembre: ahora venía al Pesebre para ver y saludar al Niño. Este hombre era el padre de Jonadab, el cual, en la hora de la crucifixión, llevó a Jesús un lienzo para que se cubriera con él. Supo que José había pasado cerca de su casa y había oído hablar de los hechos maravillosos que acontecieron en el nacimiento del Niño, y teniendo que ir a Belén para el sábado, llegó hasta la gruta trayendo algunos regalos. Saludó a María y rindió homenaje al Niño. José lo recibió amistosamente; pero no quiso aceptar de él nada, y sólo le pidió prestado algún dinero dándole en garantía la borriquilla a condición de recuperarla al devolverle el dinero. José necesitaba ese dinero para emplearlo en los regalos que debía hacer en la ceremonia de la circuncisión y en la comida que habría de ofrecer.

L

Celebra la Sagrada Familia la fiesta del Sábado

Mientras me hallaba meditando en la historia de la borriquilla empeñada ahora para cubrir los gastos de la circuncisión, y pensando que el próximo Domingo, día en que tendrá lugar la ceremonia, se leería el Evangelio del Domingo de Ramos, que relata la entrada de Jesús montado sobre un asno, vi un cuadro del cual no puedo explicar bien el sentido ni sé donde se realizaba. Bajo una palmera había dos carteles sostenidos por ángeles. Sobre uno de ellos estaban representados diversos instrumentos de martirio; en el centro había una columna y sobre ella un mortero con dos asas. En el otro cartel había unas letras: creo que eran cifras indicando años y épocas de la historia de la Iglesia. Por encima de la palmera estaba arrodillada una Virgen que parecía salir del tallo y cuyo traje flotaba en el aire.

Tenía en sus manos, debajo del pecho, un vaso de igual forma que el cáliz de la última Cena, del cual salía la figura de un Niño luminoso. Vi al Padre Eterno, en la forma que siempre lo veo, acercarse a la palmera por encima de unas nubes, quitar una gruesa rama que tenía la forma de una cruz y colocarla sobre el Niño. Después vi al Niño atado a esa cruz de palma y a la Virgen Santísima presentando a Dios Padre la rama con el Niño crucificado, mientras ella llevaba en la otra mano el cáliz vacío, que parecía también su propio corazón. Cuando me disponía a leer las letras del cartel, bajo la palmera, la llegada de una visita me sacó de esta visión. No sabría decir si este cuadro lo vi en la gruta del pesebre o en otra parte.

Cuando la gente se había ido a la sinagoga de Belén, José preparó en la gruta la lámpara del sábado con las siete mechas; la encendió y colocó debajo de ella una pequeña mesa con los rollos que contenían las oraciones. Bajo esta lámpara celebró el sábado con la Virgen Santísima y la criada de Ana.

Se hallaban allí dos pastores un poco hacia atrás en la gruta y algunas mujeres esenias. Hoy, antes de la fiesta del sábado, estas mujeres y la sirvienta prepararon los alimentos. Vi que asaron pájaros en un asador puesto encima del fuego. Los envolvían en una especie de harina hecha de semillas de espigas de unas plantas semejantes a cañas, que se encuentran en estado silvestre en lugares pantanosos de la comarca. Las he visto cultivadas en diversos sitios; en Belén y en Hebrón crecen sin ser cultivadas. No las he visto cerca de Nazaret. Los pastores de la torre habían traído algunas para José.

He visto que las mujeres con esas semillas hacían una especie de crema blanca bastante espesa y amasaban tortas con la harina. La Sagrada Familia guardó para su uso una cantidad muy pequeña de las abundantes provisiones que los pastores habían traído en sus visitas; lo sobrante lo regalaban a los pobres.

Hoy he visto varias personas que acudieron a la gruta del pesebre, y por la noche, después de la terminación de las fiestas del Sábado, vi que las mujeres esenias y la criada de Ana preparaban comida en una choza construida de ramas verdes, que José, con la ayuda de los pastores, había levantado a la entrada de la gruta. Había desocupado la habitación a la entrada de la gruta, tendido colchas en el suelo y arreglado todo como para una fiesta, según le permitía su pobreza. Dispuso así todas las cosas antes del comienzo del sábado, pues el día siguiente era el octavo después del nacimiento de Jesús, cuando debía ser circuncidado de conformidad con el

precepto divino. Al caer la tarde José fue a Belén y trajo consigo a tres sacerdotes, un anciano, una mujer y una cuidadora para esta ceremonia. Tenía ésta un asiento, del que se servía en ocasiones parecidas y una piedra octogonal chata y muy gruesa, que contenía los objetos necesarios. Todo esto fue colocado sobre esteras donde debía tener lugar la circuncisión, es decir en la entrada de la gruta, entre el rincón que ocupaba José y el hogar. El asiento era una especie de cofre con cajones, los cuales, puestos a continuación de los otros, formaban como un lecho de reposo con un apoyo a un lado; se estaba uno allí recostado más que sentado. La piedra octogonal tenía más de dos pies de diámetro. En el centro había una cavidad octogonal también cubierta por una placa de metal, donde se hallaban tres cajas y un cuchillo de piedra en compartimentos separados. Esta piedra fue colocada al lado del asiento, sobre un pequeño escabel de tres patas que hasta aquel momento había quedado bajo una cobertura, en el sitio donde había nacido el Salvador.

Terminados estos arreglos los sacerdotes saludaron a María y al Niño Jesús, y conversando amistosamente con la Virgen Santísima tomaron al Niño entre sus brazos, y quedaron conmovidos. Después tuvo lugar la comida en la glorieta. Muchos pobres que habían seguido a los sacerdotes, como solían hacer en tales ocasiones, rodeaban la mesa y durante la comida recibían los regalos de José y de los sacerdotes, de modo que pronto quedó todo distribuido. Al ponerse el sol me parecía que su disco era más grande que en nuestro país. Lo vi descender en el horizonte; sus rayos penetraban por la puerta abierta al interior de la gruta.

LI

La circuncisión de Jesús

Ardían varias lámparas en la gruta. Durante la noche se rezó largo tiempo y se entonaron cánticos. La ceremonia de la circuncisión tuvo lugar al amanecer. María estaba preocupada e inquieta. Había dispuesto por si misma los paños destinados a recibir la sangre y a vendar la herida, y los tenía delante, en un pliegue de su manto. La piedra octogonal fue cubierta por los sacerdotes con dos paños, rojo y blanco, éste encima, con oraciones y varias ceremonias. Luego uno de los sacerdotes se apoyó sobre el asiento y la Virgen que se había quedado envuelta en el fondo de la gruta con el Niño Jesús en brazos, se lo entregó a la criada con los paños preparados. José lo recibió de manos de la mujer y lo dio a la que había venido con los sacerdotes. Esta mujer colocó al Niño, cubierto con un velo, sobre la cobertura de la piedra octogonal. Recitaron nuevas oraciones. La mujer quitó al Niño sus pañales y lo puso sobre las rodillas del sacerdote que se hallaba sentado. José inclinóse por encima de los hombros del sacerdote y sostuvo al Niño por la parte superior del cuerpo. Dos sacerdotes se arrodillaron a derecha e izquierda, teniendo cada uno de ellos uno de sus piececitos, mientras el que realizaba la operación se arrodilló delante del Niño. Descubrieron la piedra octogonal y levantaron la placa metálica para tener a mano las tres cajas de ungüento; había allí aguas para las heridas. Tanto el mango como la hoja del cuchillo eran de piedra. El mango era pardo y pulido; tenía una ranura por la que se hacía entrar la hoja, de color amarillento, que no me pareció muy filosa. La incisión fue hecha con la punta curva del cuchillo. El sacerdote hizo uso también de la uña cortante de su dedo. Exprimió la sangre de la herida y puso encima el ungüento y otros ingredientes que sacó de las cajas. La cuidadora tomó al Niño y después de haber vendado la herida lo envolvió de nuevo en sus pañales. Esta vez le fueron fajados los brazos que antes llevaba libres y le pusieron en torno de la cabeza el velo que lo cubría anteriormente.

Después de esto el Niño fue puesto de nuevo sobre la piedra octogonal y recitaron otras oraciones.

El ángel había dicho a José que el Niño debía llamarse Jesús; pero el sacerdote no aceptó al principio ese nombre y por eso se puso a rezar. Vi entonces a un ángel que se le aparecía y le mostraba el nombre de Jesús sobre un cartel parecido al que más tarde estuvo sobre la cruz del Calvario. No sé en realidad si el ángel fue visto por él o por otro sacerdote: lo cierto es que lo vi muy emocionado escribiendo ese nombre en un pergamino, como impulsado por una inspiración de lo alto. El Niño Jesús lloró mucho después de la ceremonia de la circuncisión. He visto que José lo tomaba y lo ponía en brazos de María, que se había quedado en el fondo de la gruta con dos mujeres más. María tomó al Niño, llorando, se retiró al fondo donde se hallaba el pesebre, se sentó cubierta con el velo y calmó al Niño dándole el pecho. José le entregó los pañales teñidos en sangre. Se recitaron nuevamente oraciones y se cantaron salmos. La lámpara ardía, aunque había amanecido completamente. Poco después la Virgen se aproximó con el Niño y lo puso en la piedra octogonal. Los sacerdotes inclinaron hacia ella sus manos cruzadas sobre la cabeza del Niño, y luego se retiró María con el Niño Jesús. Antes de marcharse los sacerdotes comieron algo en compañía de José y de dos pastores bajo la enramada. Supe después que todos los que habían asistido a la ceremonia eran personas buenas y que los sacerdotes se convirtieron y abrazaron la doctrina del Salvador. Entre tanto, durante toda la mañana se distribuyeron regalos a los pobres que acudían a la puerta de la gruta. Mientras duró la ceremonia el asno estuvo atado en sitio aparte.

Hoy pasaron por la puerta unos mendigos sucios y harapientos, llevando envoltorios, procedentes del valle de los pastores: parecía que iban a Jerusalén para alguna fiesta. Pidieron limosna con

mucha insolencia, profiriendo maldiciones e injurias cerca del pesebre, diciendo que José no les daba bastante.

No supe quienes eran, pero me disgustó grandemente su proceder. Durante la noche siguiente he visto al Niño a menudo desvelado a causa de sus dolores, y que lloraba mucho. María y José lo tomaban en brazos uno después de otro y lo paseaban alrededor de la gruta tratando de calmarlo.

LII

Isabel acude a la gruta de Belén

Esta noche vi a Isabel montada en un asno, conducido por un viejo criado en camino de Juta a la gruta de Belén. José la recibió afectuosamente y María la abrazó con un sentimiento de indecible alegría. Isabel estrechó al Niño contra su pecho, derramando lágrimas de júbilo. Le prepararon un lecho cerca del sitio donde había nacido Jesús. Delante de él había un banquillo alto como el de aserrador, sobre el cual había un cofre pequeño donde solían colocar al Niño Jesús. Debía ser una costumbre que usaban con los niños, pues ya había visto en casa de Ana a María en su primera infancia reposando en un banquillo parecido.

Anoche y durante el día de hoy vi a María e Isabel sentadas juntas en afectuosa conversación. Yo me hallaba tan cerca de ellas que escuchaba sus palabras con sentimiento de viva alegría. La Virgen contó a su prima todo lo que había sucedido hasta entonces y cuando habló de lo que había sufrido buscando un albergue en Belén, Isabel lloró muy conmovida. Le dijo muchas cosas referentes al nacimiento de Jesús. Le explicó que en el momento de la anunciación, su espíritu se había sentido arrebatado durante diez minutos, teniendo la sensación de que su corazón se duplicaba y que un bienestar indecible entraba en ella llenándola por completo. En el momento del nacimiento, se había sentido también arrebatada con la sensación que los ángeles la llevaban arrodillada por los aires y le había parecido que su corazón se dividía en dos partes y que una mitad se separaba de la otra. Durante diez minutos había perdido el uso de los sentidos. Luego sintió un vacío interior y un inmenso deseo de la felicidad infinita que hasta aquel momento había habitado en ella y que ya no estaba más. Había visto delante de sí una luz deslumbradora, en medio de la cual su Niño había parecido crecer ante sus ojos. En ese momento lo vio moverse y lo oyó llorar. Volviendo en sí lo levantó de la colcha y lo estrechó contra su pecho, pues al principio había creído estar soñando y no se había atrevido a tocar al Niño rodeado de tanta luz. Dijo no haberse dado cuenta del momento en que el Niño se había separado de ella. Isabel le contestó: "En vuestro alumbramiento habéis gozado favores que no tienen las demás mujeres. El nacimiento de mi Juan fue también lleno de dulzura, pero todo se realizó en forma muy diversa". Esto es lo que recuerdo de sus pláticas.

Al caer la tarde María se ocultó nuevamente con el Niño, acompañada de Isabel, en la caverna lateral, vecina a la gruta del pesebre; me parece que permanecieron allí toda la noche. María procedió así porque muchas personas de distinción acudían de Belén al pesebre por pura curiosidad, y no quiso mostrarse a ellas. Hoy vi a María saliendo con el Niño de la gruta del pesebre, yendo a otra que está a la derecha. La entrada es estrecha y unos catorce

escalones inclinados llevan primero a una pequeña cueva y después a una habitación subterránea más amplia que la gruta del pesebre. José la separó en dos partes por medio de una colcha que suspendió de la techumbre.

La parte contigua a la entrada era semicircular y la otra cuadrada. La luz no venía de arriba, sino de aberturas laterales que atravesaban una roca muy ancha. Unos días antes había visto a un hombre sacar de aquella gruta haces de leña y de paja y paquetes de cañas como los que usaba José para hacer fuego. Fue un pastor el que hizo este servicio. Esta gruta era más amplia y clara que la del pesebre. El asno no estaba en ella. Vi al Niño Jesús acostado en una gamella abierta en la roca. En los días precedentes vi a María a menudo junto a algunos visitantes mostrándoles al Niño cubierto con un velo y teniendo sólo un paño alrededor del cuerpo. Otras veces lo veía del todo fajado. He visto que la cuidadora que había asistido a la circuncisión venía a menudo a visitar al Niño. María le daba casi todo lo que traían los visitantes para que ella lo distribuyera entre los pobres del lugar y de Belén.

LIII

Los países de los Reyes Magos

Vi el nacimiento de Jesucristo anunciado a los Reyes Magos. He visto a Mensor y a Sair: estaban en el país del primero y observaban los astros, después de haber hecho los preparativos del viaje. Observaban la estrella de Jacob desde lo alto de una torre

piramidal. Esta estrella tenía una cola que se dilató ante sus ojos, y vieron a una Virgen brillante, delante de la cual, en medio del aire, se veía un Niño luminoso. Al lado derecho del Niño brotó una rama, en cuya extremidad apareció, como una flor, una pequeña torre con varias entradas que acabó por transformarse en ciudad. Inmediatamente después de esta aparición los dos Reyes se pusieron en marcha.

Teokeno, el tercero de los Reyes, que vivía más hacia el oriente, a dos días de viaje, tuvo igual aparición, a la misma hora, y partió en seguida aceleradamente para reunirse con sus dos amigos, a los que encontró en el camino.

Me dormí con gran deseo de encontrarme en la gruta del pesebre, cerca de la Madre de Dios, con el ansia de que ella me diera al Niño Jesús para tenerlo en mis brazos algún tiempo y estrecharlo contra mi corazón. Me acerqué a la gruta del pesebre. Era de noche. José dormía apoyado en el brazo derecho, en su aposento, cerca de la entrada. María estaba despierta, sentada en su sitio de costumbre, cerca del pesebre, teniendo al pequeño Jesús a su pecho, cubierta con un velo. Me arrodillé allí y le adoré, sintiendo un, gran deseo de ver al Niño. ¡Ah, María bien lo sabía! ¡Ella lo sabe todo y acoge todo lo que se le pide con bondad muy conmovedora, siempre que se rece con fe sincera! Pero ahora estaba silenciosa, en recogimiento; adoraba respetuosamente a Aquél de quien era Madre. No me dio al Niño, porque creo lo estaba amamantando. En su lugar, yo hubiera hecho lo mismo. Mi ansia crecía más y se confundía con el de todas las almas que suspiraban por el Niño Jesús. Pero esta ansia mía no era tan pura, tan inocente ni tan sincera como la del corazón de los buenos Reyes Magos del Oriente, que lo habían aguardado desde siglos en las personas de sus antepasados, creyendo, esperando y amando. Así fue que mi deseo se volvió hacia ellos. Cuando acabé de rezar, me deslicé respetuosamente fuera de la gruta y fui llevada por un largo camino hasta el cortejo de los Reyes Magos.

A través del camino he visto muchos países, moradas y gentes con sus trajes, sus costumbres y su culto; pero casi todo se me ha ido de la memoria.

Fui llevada al Oriente a una región donde nunca había estado, casi toda estéril y arenosa. Cerca de unas colinas habitaban en cabañas, bajo enramadas, pequeños grupos de hombres. Eran familias aisladas de cinco a ocho personas. El techo de ramas se apoyaba en la colina donde habían cavado las habitaciones. Esta región no producía casi nada; sólo brotaban zarzales y algún arbolillo con capullos de algodón blanco. En otros árboles más grandes colocaban a sus ídolos. Aquellos hombres vivían aún en estado salvaje.

Me pareció que se alimentaban de carne cruda, especialmente de pájaros y se dedicaban al latrocinio. Eran de color cobrizo y tenían los cabellos rojos como el pelo de zorro. Eran bajos, macizos, más bien gordos que flacos; eran muy hábiles, activos y ágiles. En sus habitaciones no había animales domésticos ni tenían rebaños. Confeccionaban una especie de colchas con algodón que recogían de sus pequeños árboles. Hilaban largas cuerdas del espesor de un dedo que luego trenzaban para hacer anchas tiras de tejidos.

Cuando habían preparado cierta cantidad ponían sobre sus cabezas grandes atados de colchas e iban a venderlas a la ciudad. También he visto sus ídolos en varios lugares, bajo frondosos árboles: tenían cabeza de toro con cuernos y boca grande; en el cuerpo agujeros redondos y más abajo una abertura ancha donde encendían fuego para quemar las ofrendas colocadas en otras aberturas más pequeñas. Alrededor de cada árbol, bajo los cuales había ídolos, veíanse otras figuras de animales sobre columnitas de piedra. Eran pájaros, dragones y una figura que tenía tres cabezas de perro y una cola de Serpiente arrollada sobre si misma.

Al comenzar el viaje tuve la idea de que había gran cantidad de agua a mi derecha y que me alejaba cada vez roas de ella. Pasada esta región, el sendero subía siempre. Atravesé la cresta de una montaña de arena blanca donde había gran cantidad de piedrecillas negras quebradas semejantes a fragmentos de jarrones y escudillas. Del otro lado bajé a una región cubierta de árboles que parecían alineados en orden perfecto. Algunos de estos árboles tenían el tronco cubierto de escamas; las hojas eran extraordinariamente grandes. Otros eran de forma piramidal, con grandes y hermosas flores. Estos últimos tenían hojas de un verde amarillento y ramas con capullos. He visto otros árboles con hojas muy lisas, en forma de corazón.

Llegué después a un país de praderas que se extendía hasta donde alcanzaba la vista en medio de alturas. Había allí innumerables rebaños. Los viñedos crecían alrededor de las colinas. Había filas de cepas sobre terrazas con pequeños vallados de ramas para protegerlas. Los dueños de los rebaños habitaban en carpas, cuya entrada estaba cerrada por medio de zarzos livianos.

Aquellas carpas estaban hechas con tejido de lana blanca fabricado por los pueblos más salvajes que había visto antes. En el centro había una gran carpa rodeada de muchas otras pequeñas. Los rebaños, separados en clases, vagaban por extensos prados divididos por setos de zarzales. Había diferentes tipos de rebaños: carneros cuya lana colgaba en largas trenzas, con grandes colas lanudas; otros animales muy ágiles, con cuernos, como los de los chivos, grandes como terneros; otros tenían el tamaño de los caballos que corren en libertad en nuestras praderas. Había también manadas de camellos y animales de la misma especie pero con dos jorobas. En un recinto cerrado vi elefantes blancos y algunos manchados: estaban domesticados y servían para los trabajos ordinarios. Esta visión fue interrumpida tres veces por diversas circunstancias, pero volví siempre a ella. Aquellos rebaños

y pastizales pertenecían, según creo, a uno de los Reyes Magos que se hallaba entonces de viaje; me parece que eran del Rey Mensor y sus parientes. Habían sido puestos al cuidado de otros pastores subalternos que vestían chaquetas largas hasta las rodillas, más o menos de la forma de las de nuestros campesinos, pero más estrechas. Creo que por haber partido el jefe para un largo viaje todos los rebaños fueron revisados por inspectores, y los pastores subalternos tuvieron que decir la cantidad exacta, pues he podido ver a cierta gente, cubierta de grandes abrigos, venir de cuando en cuando para tomar nota de todo. Se instalaban en la gran carpa principal y central y hacían desfilar a todos los rebaños entre esta carpa y las más pequeñas. Así se examinaba y contaba todo. Los que nacían las cuentas tenían en las manos una especie de tablilla, no sé de qué materia, sobre la cual escribían. Viendo esto, me decía: "¡Ojalá pudieran nuestros obispos examinar con el mismo cuidado los rebaños confiados a los pastores subalternos!" Cuando después de la última interrupción de esta visión volví a estas praderas, era ya de noche.

La mayor parte de los pastores descansaban bajo carpas pequeñas. Sólo algunos velaban caminando de un lado a otro en torno a las reses, encerradas, según su especie, en grandes recintos separados. Yo miraba con afecto estos rebaños que dormían en paz pensando que pertenecían a hombres, los cuales habían abandonado la contemplación de los azules prados del cielo, sembrados de estrellas, y habían partido siguiendo el llamado de su Creador Todopoderoso, como fieles rebaños, para seguirlo con más obediencia que los corderos de esta tierra siguen a sus pastores terrenales. Veía a los pastores que miraban más a menudo las estrellas del cielo que sus rebaños de la tierra. Yo pensaba: "Tienen razón en levantar los ojos asombrados y agradecidos hasta el cielo mirando hacia donde sus antepasados, desde hace siglos, perseverando en la espera y en la oración, no han cesado de levantar sus miradas".

El buen pastor que busca la oveja perdida, no descansa hasta haberla encontrado y traído de nuevo. Lo mismo acaba de hacer el Padre que está en los cielos, el verdadero pastor de los innumerables rebaños de estrellas extendidos en la inmensidad. Al pecar el hombre, a quien Dios había sometido toda la tierra, Dios maldijo a ésta en castigo de su crimen; fue a buscar al hombre caído en la tierra, su residencia, como a una oveja perdida; envió desde lo alto del cielo a su Hijo único para que se hiciera hombre, guiara a aquella oveja descaminada, tomara sobre Él todos sus pecados en calidad de Cordero de Dios, y, muriendo, diera satisfacción a la justicia divina. Y este advenimiento del Redentor había tenido lugar. Los reyes de aquel país, guiados por una estrella, habían partido la noche anterior para rendir homenaje al Salvador recién nacido. Por causa de esto, los que velaban sobre los rebaños, miraban con emoción los prados celestiales y oraban; pues el Pastor de los pastores acababa de bajar de los cielos, y fue a los pastores, antes que a nadie, a quienes había anunciado su venida.

LIV

La comitiva de Teokeno

Mientras yo contemplaba la inmensa llanura, el silencio de la noche fue interrumpido por el ruido que producía un grupo de hombres que llegaban apresuradamente montados en camellos. El cortejo,

pasando a lo largo de los rebaños que descansaban, se dirigió rápidamente hacia la carpa central. Algunos camellos se despertaban aquí y allá e inclinaban sus largos cuellos hacia la comitiva que pasaba. Se oía el balar de los corderos, interrumpidos en su sueño. Algunos de los recién llegados bajaron de sus monturas y despertaban a los pastores que dormían. Los vigías más próximos se juntaron al cortejo. Pronto todos estuvieron en pie y en movimiento en torno de los viajeros. La gente conversaba mirando al cielo e indicando las estrellas. Se referían a un astro o a una aparición celeste que ya no se percibía más, pues yo misma ya no pude verla. Era el cortejo de Teokeno, el tercero de los Reyes Magos que habitaba más lejos. Había visto en su patria la misma aparición en el cielo que vieron sus compañeros y de inmediato se puso en camino. Ahora preguntaba cuánta ventaja le llevaban de camino Mensor y Sair, y si aún se veía la estrella que había tomado como guía.

Cuando hubo recibido los informes necesarios, continuó su viaje sin detenerse mayormente. Este era el lugar donde los tres Reyes, que vivían muy lejos uno de otro, solían reunirse para observar los astros y en su cercanía se hallaba la torre piramidal en cuya cumbre hacían observaciones. Teokeno era entre los tres el que habitaba más lejos. Vivía más allá del país donde residió Abrahán al principio, y se había establecido alrededor de esa comarca.

En los intervalos entre las visiones que tuve tres veces, durante este día, relativas a lo que sucedía en la gran llanura de los rebaños, me fueron mostradas diversas cosas sobre los países donde había vivido Abrahán: he olvidado la mayor parte. Vi una vez, a gran distancia, la altura donde Abrahán debía sacrificar a su hijo Isaac. La primera morada de Abrahán se hallaba situada sobre una gran elevación, y los países de los tres Reyes Magos eran más bajos y estaban alrededor de aquel lugar de Abrahán. Otra vez vi, muy claramente, a pesar de ocurrir muy lejos, el hecho de Agar y de Ismael en el desierto. Relato lo que pude ver de esto. A un lado de

la montaña de Abraham, hacia el fondo del valle, he visto a Agar con su hijo errando en medio de los matorrales. Parecía estar fuera de si. El niño era todavía muy pequeño y tenía un vestido largo. Ella andaba envuelta en un largo manto que le cubría la cabeza y debajo llevaba un vestido corto con un corpiño ajustado. Puso al niño bajo un árbol cerca de una colina y le hizo unas marcas en la frente, en la parte superior del brazo derecho, en el pecho y en la parte alta del brazo izquierdo. No vi la marca de la frente; pero las otras, hechas sobre el vestido, permanecieron visibles y parecían trazadas en rojo. Tenían la forma de una cruz, no común, sino parecida a una de Malta que llevara en el centro un círculo, del que partían los cuatro triángulos que formaban la cruz. En cada uno de los triángulos Agar escribió unos signos o letras en forma de gancho, cuyo significado no pude comprender. En el círculo del centro trazó dos o tres letras. Hizo todo el dibujo muy rápidamente con un color rojo que parecía tener en la mano y que quizás era sangre. Se apartó de allí, levantando sus ojos al cielo, sin mirar el lugar donde dejaba a su hijo, y fue a sentarse a la sombra de un árbol como a la distancia de un tiro de fusil. Estando allí oyó una voz en lo alto; se apartó más aún del lugar primero, y habiendo escuchado la voz por segunda vez dio con una fuente de agua oculta entre el follaje. Llenó de agua su odre, y volviendo de nuevo al lado de su hijo, le dio de beber; luego lo llevó consigo junto a la fuente, y encima del vestido que tenía las marcas hechas, le puso otra vestimenta. Me parece haber visto otra vez a Agar en el desierto antes del nacimiento de Ismael.

Al amanecer, el acompañamiento de Teokeno alcanzó a unirse al de Mensor y de Sair cerca de una población en ruinas. Se veían allí largas filas de columnas, aisladas unas de otras, y puertas coronadas por torrecitas cuadradas, todo medio derruido. Aún se veían algunas grandes y hermosas estatuas, no tan rígidas como las de Egipto, sino en graciosas actitudes, cual si fueran vivientes. En general el país era arenoso y lleno de rocas. He visto que en las ruinas de la ciudad se habían establecido gentes que más bien parecían bandoleros y vagabundos; como único vestido llevaban

pieles de animales echadas sobre el cuerpo y tenían armas de flechas y venablos. Aunque eran de estatura baja y gruesos, eran ágiles en gran manera; tenían la piel tostada.

Creía reconocer este lugar por haber estado antes, en ocasión de mis viajes a la montaña de los profetas y al país del Ganges. Cuando se encontraron reunidos los tres Reyes, dejaron el lugar por la mañana muy temprano, con ánimo de continuar viaje con apuro. He visto que muchos habitantes pobres siguieron a los Reyes, por la liberalidad con que los trataban. Después de otro medio día de viaje se detuvieron. Después de la muerte de Jesucristo, el apóstol San Juan envió a dos de sus discípulos, Saturnino y Jonadab (medio hermano de San Pedro) para anunciar el Evangelio a los habitantes de la ciudad en ruinas [20].

LV

Nombres de los Reyes Magos

Cuando estuvieron juntos los tres Reyes Magos, he visto que el último, Teokeno, tenía la piel amarillenta: lo reconocí porque era el mismo que unos treinta y dos años más tarde se encontraba en su tienda enfermo al visitar Jesús a estos Reyes en su residencia, cerca de la Tierra prometida.

Cada uno de los Reyes Magos llevaba consigo a cuatro parientes cercanos o amigos más íntimos, de modo que en el cortejo había como uñas quince personas de alto rango sin contar la muchedumbre de camelleros y de otros criados. Reconocí a Eleazar, que más tarde fue mártir, entre los jóvenes que acompañaban a los Reyes. Estaban sin ropa hasta la cintura y así podían correr y saltar con mayor agilidad. Tengo una reliquia de este santo.

Mensor, el de los cabellos negros, fue bautizado más tarde por Santo Tomás y recibió el nombre de Leandro. Teokeno, el de tez amarilla, que se encontraba enfermo cuando pasó Jesús por Arabia, fue también bautizado por Santo Tomás con el nombre de León. El más moreno de los tres, que ya había muerto cuando Jesús visitó sus tierras, se llamaba Sair o Seir. Murió con el bautismo de deseo. Estos nombres tienen relación con los, de Gaspar, Melchor y Baltasar, y están en relación con el carácter personal de ellos, pues estas palabras significan: el primero, Va con amor; el segundo, Vaga en torno acariciando, se acerca dulcemente; el tercero, Recibe velozmente con la voluntad, une rápidamente su querer a la voluntad de Dios [21].

Me parece haber encontrado reunido por primera vez el cortejo de los tres Reyes a una distancia como de medio día de viaje, más allá de la población en ruinas donde había visto tantas columnas y estatuas de piedra. El punto de reunión era una comarca fértil. Se veían casas de pastores diseminadas, construidas con piedras blancas y negras. Llegaron a una llanura, en medio de la cual había un pozo y amplios cobertizos: tres en el centro y varios alrededor. Parecía un sitio preparado para descanso de los caminantes. Cada acompañamiento estaba compuesto de tres grupos de hombres. Cada uno comprendía cinco personajes de distinción, entre ellos el rey, o jefe, que ordenaba, arreglaba y distribuía todo como un padre de familia. Los hombres de cada grupo tenían tez de diferente color.

Los hombres de la tribu de Mensor eran de un color moreno agradable; los de Sair eran mucho más morenos, y los de Teokeno eran de tez más clara y amarillenta. A excepción de algunos esclavos, no había allí ninguno de piel totalmente negra. Las personas de distinción iban sentadas en sus cabalgaduras, sobre envoltorios cubiertos de alfombras, y en la mano llevaban bastones. A éstos seguían otros animales del tamaño de nuestros caballos, montados por criados y esclavos que cargaban los equipajes. Cuando llegaron, desmontaron, descargaron a los animales, les daban de beber del agua del pozo, rodeado de un pequeño terraplén, sobre el cual había un muro con tres entradas abiertas. En ese recinto se encontraba el pozo de agua en sitio más bajo. El agua salía por tres conductos que se cerraban por medio de clavijas, y el depósito, a su vez, estaba cerrado con una tapa que fue abierta por uno de los hombres de aquella ciudad en ruinas, agregado al cortejo. Llevaban odres de cuero divididos en cuatro compartimentos, de modo que cuando estaban llenos podían beber cuatro camellos a la vez. Eran tan cuidadosos del agua, que no dejaban perder ni una gota. Después de haber bebido fueron instalados los animales en recintos sin techo, cerca del pozo, donde cada uno tenía su compartimiento.

Pusieron a las bestias delante de los comederos de piedra donde se les dio el forraje que habían traído. Les daban de comer unas semillas del tamaño de bellotas, quizás habas. Traían como equipaje jaulones colgando de ambos lados de las bestias, en los cuales tenían pájaros como palomas o pollos, de los cuales se alimentaban durante el viaje. En unos recipientes de hierro traían panes como tablitas apretadas unas contra otras del mismo tamaño.

Llevaban vasos valiosos de metal amarillo, con adornos y piedras preciosas.

Tenían la forma de nuestros vasos sagrados, cálices y patenas. En ellos presentaban los alimentos o bebían. Los bordes de estos vasos estaban adornados con piedras de color rojo. Los vestidos de estos hombres no eran iguales. Los hombres de Teokeno y los de Mensor llevaban sobre la cabeza una especie de gorro alto, con tira de, género blanco enrollado; sus túnicas bajaban a la altura de las pantorrillas y eran simples con ligeros adornos sobre el pecho. Tenían abrigos livianos, muy largos y amplios, que arrastraban al caminar. Sair y los suyos llevaban bonetes con cofias redondas bordadas de diferentes colores y pequeño rodete blanco. Sus abrigos eran más cortos y sus túnicas, llenas de lazos, con botones y adornos brillantes, descendían hasta las rodillas. A un lado del pecho llevaban por adorno una placa estrellada y brillante. Todos calzaban suelas sujetas por cordones que les rodeaban los tobillos. Los principales personajes tenían en la cintura sables cortos o grandes cuchillos; llevaban también bolsas y cajitas. Había entre ellos hombres de cincuenta años, de cuarenta, de veinte; unos usaban la barba larga, otros corta. Los servidores y camelleros vestían con tanta escasez, que muchos de ellos sólo llevaban un pedazo de género o algún viejo manto.

Cuando hubieron dado de beber a los animales y los encerraron, bebieron los hombres e hicieron un gran fuego en el centro del cobertizo donde se habían refugiado. Utilizaron para el fuego pedazos de madera de más o menos dos pies y medio de largo que los pobres del país traen en haces preparados de antemano para los viajeros. Hicieron una hoguera de forma triangular, dejando una abertura para el aire. Hicieron todo esto con mucha habilidad. No sé cómo consiguieron hacer fuego; pero vi que pusieron un pedazo de madera dentro de otro perforado y le dieron vueltas algún tiempo, retirándolo luego encendido. De este modo hicieron fuego. Asaron algunos pájaros que habían matado. Los Reyes y los más ancianos hacían cada uno en su tribu lo que hace un padre de familia: repartían las raciones y daban a cada uno la suya; colocaban los pájaros asados, cortados en pedazos, sobre pequeños platos, y los hacían circular. Llenaban las copas y daban de beber a cada uno.

Los criados subalternos, entre ellos algunos negros, estaban sentados sobre tapetes en el suelo. Esperaban con paciencia su turno y recibían su porción. Me parecieron esclavos. ¡Qué admirables son la bondad y la simplicidad inocente de estos excelentes Reyes!... A la gente que va con ellos le dan de todo lo que tienen y hasta le hacen beber en sus vasos de oro, llevándolos a sus labios como si fueran niños.

Hoy he sabido muchas cosas acerca de los Reyes Magos, especialmente el nombre de sus países y ciudades; pero lo he olvidado casi todo. Aún recuerdo lo siguiente: Mensor, el moreno, era de Caldea y su ciudad tenía un nombre como Acaiaia [22]: estaba levantada sobre una colina rodeada de un río. Mensor habitaba generalmente en la llanura cerca de sus rebaños. Sair, el más moreno, el de la tez cetrina, estaba ya con él preparado para partir en la noche del Nacimiento. Recuerdo que su patria tenía un nombre como de Parthermo. Al Norte del país había un lago. Sair y su tribu eran de color más oscuro y tenían los labios rojos. Los otros eran más blancos. Sólo había una ciudad más o menos del tamaño de Münster. Teokeno, el blanco, venía de la Media, comarca situada en un lugar alto, entre dos mares. Habitaba en una ciudad hecha de carpas, alzadas sobre bases de piedras: he olvidado el nombre. Me parece que Teokeno, que era el más poderoso de los tres y el más rico, habría podido ir a Belén por un camino más directo y que sólo por reunirse con los demás había hecho un largo rodeo. Me parece que tuvo que atravesar a Babilonia para alcanzarlos. Sair vivía a tres días de viaje del lugar de Mensor, calculando el día de doce leguas de camino. Teokeno se hallaba a cinco días de viaje.

Mensor y Sair estaban ya reunidos en casa del primero cuando vieron la estrella del nacimiento de Jesús y se pusieron en camino al día siguiente. Teokeno vio la misma aparición desde su residencia y partió rápidamente para reunirse a los dos Reyes, encontrándose en la población en ruinas. La estrella que los guiaba era como un globo redondo y la luz salía como de una boca.

Parecía que el globo estuviera suspendido de un rayo luminoso dirigido por una mano. Durante el día yo veía delante de ellos un cuerpo luminoso cuya claridad sobrepasaba la luz del sol. Me asombra la rapidez con que hicieron el viaje, considerando la gran distancia que los separaba de Belén.

Los animales tenían un paso tan rápido y uniforme que su marcha parecía tan ordenada, veloz e igual como el vuelo de una bandada de aves de paso.

Las comarcas donde habitaban los tres Reyes Magos formaban en conjunto un triángulo. La caravana permaneció hasta la noche en el lugar donde los había visto detenerse. Las personas que se les agregaron ayudaron a cargar de nuevo las bestias y se llevaron luego las cosas que dejaron abandonadas allí los viajeros. Cuando se pusieron en camino, ya era de noche, y se veía la estrella, con una luz algo rojiza como la luna cuando hay mucho viento. Durante un tiempo marcharon junto a sus animales, con la cabeza descubierta, recitando sus plegarias. El camino estaba muy quebrado y no se podía ir de prisa; sólo más tarde, cuando el camino se hizo llano, subieron a sus cabalgaduras. Por momentos hacían la marcha más lenta y entonces entonaban unos cantos muy expresivos y conmovedores en medio de la soledad de la noche.

En la noche del 29 al 30 me encontré nuevamente muy próximo al cortejo de los Reyes. Estos avanzaban siempre en medio de la noche en pos de la estrella, que a veces parecía tocar la tierra con su larga cola luminosa. Los Reyes, miran la estrella con tranquila alegría. A veces descienden de sus cabalgaduras para conversar entre ellos. Otras veces, con melodía lenta, sencilla y expresiva, cantan alternativamente frases cortas, sentencias breves, con notas muy altas o muy bajas. Hay algo de extraordinariamente conmovedor en estos cantos, que interrumpe el silencio nocturno, y yo siento profundamente su significado. Observan un orden muy

hermoso mientras avanzan en su camino. Adelante marcha un gran camello que lleva de cada lado cofres, sobre los cuales hay amplias alfombras y encima está sentado un jefe con su venablo en la mano y una bolsa a su lado. Le siguen algunos animales más pequeños, como caballos o asnos, y encima del equipaje, los hombres que dependen de este jefe. Viene después otro jefe sobre otro camello y así sucesivamente. Los animales andan con rapidez, a grandes trancos, aunque ponen las patas en tierra con precaución; sus cuerpos parecen inmóviles mientras sus patas están en movimiento. Los hombres se muestran muy tranquilos, como si no tuvieran, preocupaciones. Todo procede con tanta calma y dulzura que parece un sueño. Estas buenas gentes no conocen aún al Señor y van hacia Él con tanto orden, con tanta paz y buena voluntad, mientras nosotros, a quienes Él ha salvado y colmado de beneficios con sus bondades, somos muy desordenados y poco reverentes en nuestras santas procesiones. Se detuvieron nuevamente en una llanura cerca de un pozo. Un hombre que salió de una cabaña de la vecindad abrió el pozo y dieron de beber a los animales, deteniéndose sólo un rato sin descargarlas.

Estamos ya en, el día 30. He vuelto a ver al cortejo ascendiendo una alta meseta. A la derecha se veían montañas, y me pareció que se acercaban a una región con poblaciones, fuentes y árboles. Me pareció el país que había visto el año pasado, y aún recientemente, hilando y tejiendo algodón, donde adoraban ídolos en forma de toros. Volvieron a dar con mucha generosidad alimento a los numerosos viajeros que seguían a la comitiva; pero no utilizaron los platos y bandejas; lo que me causó alguna sorpresa. Era un sábado, primer día del mes.

LVI

Llegan, al país del rey de Causur

He vuelto a ver a los Reyes en las inmediaciones de una ciudad, cuyo nombre me suena cómo Causur. Esta población se componía de carpas levantadas sobre bases de piedra. Se detuvieron en casa del jefe o rey del país, cuya habitación se encontraba a alguna distancia. Desde que se habían reunido en la población en ruinas hasta aquí, habían andado cincuenta y tres o sesenta y tres horas de camino. Contaron al rey del lugar todo lo que habían observado en las estrellas y este rey se asombró mucho del relato. Miró hacia el astro que les servía de guía y vio, en efecto, a un Niñito en él con una cruz. Pidió a los Reyes volvieran a contarle lo que vieren, porque él también deseaba levantar altares al Niño y ofrecerle sacrificios. Tengo curiosidad de ver si cumplirá su palabra. Era Domingo, día 2.

Oí que hablaban al rey de sus observaciones astrales, y de esa conversación recuerdo lo siguiente: Los antepasados de los Reyes eran de la estirpe de Job, que antiguamente había habitado cerca del Cáucaso, aunque tenía posesiones en comarcas muy lejanas. Más o menos 1500 años antes de Cristo aquella raza no se componía más que de una tribu.' El profeta Balaam era de su país y uno de sus discípulos había dado a conocer allí su profecía: "Una estrella ha de nacer de Jacob;" dando las instrucciones al respecto. Su doctrina se había extendido mucho entre ellos. Levantaron una torre alta en una montaña y varios astrólogos se turnaban en ella alternativamente. He visto esa torre, parecida a una montaña, muy ancha en su base y terminada en punta. Todo lo que observaban era anotado y pasaba luego de boca en boca.

Estas observaciones sufrieron repetidas interrupciones debido a diversas causas. Más tarde se introdujeron prácticas execrables,

como el sacrificio de niños, aunque conservaban la creencia de que el Niño prometido llegaría pronto. Alrededor de cinco siglos antes de Cristo cesaron estas observaciones y aquellos hombres se dividieron en tres ramas diferentes, formadas por tres hermanos que vivieron separados con sus familias. Tenían tres hijas a las que Dios había concedido el don de profecía, las cuales recorrieron el país vestidas de largos mantos, haciendo conocer las predicciones relativas a la estrella y al Niño que debía salir de Jacob.

Se dedicaron desde entonces nuevamente a observar los astros y la expectación se hizo muy intensa en las tres tribus. Estos tres Reyes descendían de aquellos tres hermanos a través de quince generaciones que se habían sucedido en línea recta durante quinientos años. Con la mezcla de unas razas con otras había variado también la tez de estos tres Reyes, y en el color se diferenciaban unos de otros. Desde esos cinco siglos no habían dejado de reunirse los reyes de vez en cuando para observar los astros. Todos los hechos notables relacionados con el nacimiento de Jesús y el advenimiento del Mesías les habían sido indicados mediante las señales maravillosas de los astros. He visto algunas de estas señales, aunque no las puedo describir con claridad. Desde la concepción de María Santísima, es decir, desde quince años atrás, estas señales indicaban con más claridad que la venida del Niño estaba próxima. Los Reyes habían observado cosas que tenían relación con la pasión del Señor. Pudieron calcular con exactitud la época en que saldría la estrella de Jacob, anunciada por Balaam, porque habían visto la escala de Jacob, y, según el número de escalones y la sucesión de los cuadros que allí se encontraban, era posible calcular el advenimiento del Mesías, como sobre un calendario, porque la extremidad de la escala llegaba hasta la estrella o bien la estrella misma era la última imagen aparecida. En el momento de la concepción de María habían visto a la Virgen con un cetro y una balanza, sobre cuyos platillos había espigas de trigo y uvas. Algo más tarde vieron a la Virgen con el Niño. Belén se les apareció como un hermoso palacio, una casa (llena de abundantes bendiciones. Vieron también allí dentro a la

Jerusalén celestial, y entre las dos moradas se extendía una ruta llena de sombras, de espinas, de combate y de sangre. Ellos creyeron que esto debía tomarse al pie de la letra: pensaron que el Rey esperado debía haber nacido en medio de gran pompa y que todos los pueblos le rendirían homenaje, y por esto iban con gran acompañamiento a honrarle y a ofrecerle sus dones. La visión de la Jerusalén celestial la tomaron por su reino en la tierra y pensaban encaminarse a esa ciudad. En cuanto al sendero lleno de sombras y espinas, pensaron que significaba el viaje que hacían lleno de dificultades o alguna guerra que amenazaba al nuevo Rey. Ignoraban que esto era el símbolo de la vía dolorosa de su Pasión. Más abajo, en la escala de Jacob, vieron, y yo también la vi, una torre artísticamente construida, muy semejante a las torres que veo sobre el monte de los Profetas, y donde la Virgen se refugió una vez durante una tormenta. Ya no recuerdo lo que esto significaba; pero podría ser la huida a Egipto. Sobre la escala de Jacob había una serie de cuadros, símbolos figurativos de la Virgen, algunos de los cuales se encuentran en las Letanías, y además "la fuente sellada", el jardín cerrado, como asimismo unas figuras de reyes entre los cuales uno tenía un cetro y los otros ramas de árboles. Estos cuadros los veían en las estrellas continuamente durante las tres últimas noches. Fue entonces que el principal envió mensajes a los otros; y viendo a unos reyes que presentaban ofrendas al Niño recién nacido, se pusieron en camino para no ser los últimos en rendirle homenaje. Todas las tribus de los adoradores de astros habían visto la estrella; pero sólo estos Reyes Magos se decidieron a seguirla. La estrella que los guiaba no era un cometa, sino un meteoro brillante, conducido por un ángel.

Estas visiones fueron causa de que partieran con la esperanza de hallar grandes cosas, quedando después muy sorprendidos al no encontrar nada de lo que pensaban. Se admiraron de la recepción de Herodes y de que todo el mundo ignorase el acontecimiento. Al llegar a Belén y al ver una pobre gruta en lugar del palacio que habían contemplado en la estrella, estuvieron tentados por muchas dudas; no obstante, conservaron su fe, y ya ante el Niño Jesús,

reconocieron que lo que habían visto en la estrella se estaba realizando. Mientras observaban las estrellas hacían ayuno, oraciones, ceremonias y toda clase de abstinencias y purificaciones. El culto de los astros ejercía en la gente mala toda clase de influencias perniciosas por su relación con los espíritus malignos. En los momentos de sus visiones eran presas de convulsiones violentas, y como consecuencia de éstas agitaciones tenían lugar los sacrificios sangrientos de niños. Otras personas buenas, como los Reyes Magos, veían todas estas cosas con claridad serena y con agradable emoción, y se volvían mejores y más creyentes.

Cuando los Reyes dejaron a Causur, he visto que se unió a ellos una caravana de viajeros distinguidos que seguía el mismo derrotero. El 3 y el 4 del mes vi que atravesaban una llanura extensa, y el 5 se detuvieron cerca de un pozo de agua. Allí dieron de beber a sus bestias, sin descargarlas, y prepararon algunos alimentos. Canto con estos Reyes. Ellos lo hacen agradablemente, con palabras como éstas: "Queremos pasar las montañas y arrodillarnos ante el nuevo Rey". Improvisan y cantan versos alternativamente. Uno de ellos empieza y los otros repiten; luego otro dice una nueva estrofa, y así prosiguen, mientras cabalgan, cantando sus melodías dulces y conmovedoras.

En el centro de la estrella o, mejor, dentro del globo luminoso, que les indicaba el camino, vi aparecer un Niño con la cruz. Cuando los Reyes vieron la aparición de la Virgen en las estrellas, el globo luminoso se puso encima de esta imagen, poniéndose prontamente en movimiento.

LVII

La Virgen Santísima presiente la llegada de los Reyes

María había tenido una visión de la próxima llegada de los Reyes, cuando éstos se detuvieron con el rey de Causur, y vio también que este rey quería levantar un altar para honrar al Niño. Comunicólo a José y a Isabel, diciéndoles que sería preciso vaciar cuanto se pudiera la gruta del Pesebre y preparar la recepción de los Reyes. María se retiró ayer de la gruta por causa de unos visitantes curiosos, que acudieron muchos más en estos últimos días. Hoy Isabel se volvió a Juta en compañía de un criado.

En estos dos últimos días hubo más tranquilidad en la gruta del Pesebre y la Sagrada Familia permaneció sola la mayor parte del tiempo. Una criada de María, mujer de unos treinta años, grave y humilde, era la única persona que los acompañaba. Esta mujer, viuda, sin hijos, era parienta de Ana, que le había dado asilo en su casa. Había sufrido mucho con su esposo, hombre duro, porque siendo ella piadosa y buena, iba a menudo a ver a los esenios con la esperanza del Salvador de Israel. El hombre se irritaba por esto, como hacen los hombres perversos de nuestros días, a quienes les parece que sus mujeres van demasiado a la iglesia. Después de haber abandonado a su mujer, murió al poco tiempo. Aquellos vagabundos que, mendigando, habían proferido injurias y maldiciones cerca de la gruta de Belén, e iban a Jerusalén para la fiesta de la Dedicación del Templo, instituida por los Macabeos, no volvieron por estos contornos. José celebró el sábado bajo la lámpara del Pesebre con María y la criada. Esta noche empezó la fiesta de la Dedicación del Templo y reina gran tranquilidad. Los visitantes, bastante numerosos, son gentes que van a la fiesta. Ana envía a menudo mensajeros para traer presentes e inquirir noticias. Como las madres judías no amamantan mucho tiempo a sus criaturas sino que les dan otros1 alimentos, así el Niño Jesús tomaba también, después de los primeros días, una papilla hecha con la médula de una especie de caña. Es un alimento dulce, liviano

y nutritivo. José enciende su lámpara por la noche y por la mañana para celebrar la fiesta de la Dedicación. Desde que ha empezado la fiesta en Jerusalén, aquí están muy tranquilos.

Llegó hoy un criado mandado por Santa Ana trayendo, además de varios objetos, todo lo necesario para trabajar en un ceñidor y un cesto lleno de hermosas frutas cubiertas de rosas. Las flores puestas sobre las frutas conservaban toda su frescura. El cesto era alto y fino, y las rosas no eran del mismo color que las nuestras, sino de un tinte pálido y color de carne, entre otras amarillas y blancas y algunos capullos. Me pareció que le agradó a María este cesto y lo colocó a su lado.

Mientras tanto yo veía varias veces a los Reyes en su viaje. Iban por un camino montañoso, franqueando aquellas montañas donde había piedras parecidas a fragmentos de cerámica. Me agradaría tener algunas de ellas, pues son bonitas y pulidas.

Hay algunas montañas con piedras transparentes, semejantes a huevos de pájaros, y mucha arena blanquizca. Más tarde vi a los Reyes en la comarca donde se establecieron posteriormente y donde Jesús los visitó en el tercer año de su predicación. Me pareció que José, deseando permanecer en Belén, pensaba habitar allí después de la Purificación de María y que había tomado ya informes al respecto.

Hace tres días vinieron algunas personas pudientes de Belén a la gruta. Ahora aceptarían de muy buena gana a la Sagrada Familia en sus casas; pero María se ocultó en la gruta lateral y José rehusó modestamente sus ofrecimientos. Santa Ana está por visitar a María. La he visto muy preocupada en estos últimos días revisando sus rebaños y haciendo la separación de la parte de los pobres y la del Templo. De la misma manera la Sagrada Familia reparte todo lo

que recibe en regalos. La festividad de la Dedicación seguía aún por la mañana y por la noche y deben de haber agregado otra fiesta el día 13, pues pude ver que en Jerusalén hacían cambios en las ceremonias. Vi también a un sacerdote junto a José, con un rollo, orando al lado de una mesa pequeña cubierta con una carpeta roja y blanca. Me pareció que el sacerdote venía a ver si José celebraba la fiesta o para anunciar otra festividad.

En estos últimos días la gruta estuvo muy tranquila porque no tenía visitantes.

La fiesta de la Dedicación terminó con el sábado, y José dejó de encender las lámparas. El domingo 16 y el lunes 17 muchos de los alrededores acudieron a la gruta del Pesebre, y aquellos mendigos descarados se mostraron en la entrada. Todos volvían de las fiestas de la Dedicación. El 17 llegaron dos mensajeros de parte de Ana, con alimentos y diversos objetos, y María, que es más generosa que yo, pronto distribuyó todo lo que tenía. Vi a José haciendo diversos arreglos en la gruta del pesebre, en las grutas laterales y en la tumba de Maraha. Según la visión que había tenido María, esperaban próximamente a Ana y a los Reyes Magos.

LVIII

El viaje de los Reyes Magos

He visto llegar hoy la caravana de los Reyes, por la noche, a una población pequeña con casas dispersas, algunas rodeadas de grandes vallas.

Me parece que es éste el primer lugar donde se entra en la Judea. Aunque aquella era la dirección de Belén, los Reyes torcieron hacia la derecha, quizás por no hallar otro camino más directo. Al llegar allí su canto era más expresivo y animado; estaban más contentos porque la estrella tenía un brillo extraordinario: era como la claridad de la luna llena, y las sombras se veían con mucha nitidez. A pesar de todo, los habitantes parecían no reparar en ella. Por otra parte eran buenos y serviciales. Algunos viajeros habían desmontado y los habitantes ayudaban a dar de beber a las bestias. Pensé en los tiempos de Abrahán, cuando todos los hombres eran serviciales y benévolos. Muchas personas acompañaron a la comitiva de los Reyes Magos llevando palmas y ramas de árboles cuando pasaron por la ciudad. La estrella no tenía siempre el mismo brillo: a veces se oscurecía un tanto; parecía que daba más claridad según fueran mejores los lugares que cruzaban. Cuando vieron los Reyes resplandecer más a la estrella, se alegraron mucho pensando que sería allí donde encontrarían al Mesías, Esta mañana pasaron al lado de una ciudad sombría, cubierta de tinieblas, sin detenerse en ella, y poco después atravesaron un arroyo que se echa en el Mar Muerto. Algunas de las personas que los acompañaban se quedaron en estos sitios. He sabido que una de aquellas ciudades había servido de refugio a alguien en ocasión de un combate, antes que Salomón subiera al trono.

Atravesando el torrente, encontraron un buen camino.

Esta noche volví a ver el acompañamiento de los Reyes que había aumentado a unas doscientas personas porque la generosidad de ellos había hecho que muchos se agregaran al cortejo. Ahora se acercaban por el Oriente a una ciudad cerca de la cual pasó Jesús,

sin entrar, el 31 de Julio del segundo año de su predicación. El nombre de esa ciudad me pareció Manatea, Metanea, Medana o Madián [23], Había allí judíos y paganos; en general eran malos. A pesar de atravesarla una gran ruta, no quisieron entrar por ella los Reyes y pasaron frente al lado oriental para llegar a un lugar amurallado donde había cobertizos y caballerizas. En este lugar levantaron sus carpas, dieron de beber y comer a sus animales y tomaron también ellos su alimento. Los Reyes se detuvieron allí el jueves 20 y el viernes 21 y se pusieron muy pesarosos al comprobar que allí tampoco nadie sabía nada del Rey recién nacido. Les oí relatar a los habitantes las causas porque habían venido, lo largo del viaje y varias circunstancias del camino. Recuerdo algo de lo que dijeron. El Rey recién nacido les había sido anunciado mucho tiempo antes. Me parece que fue poco después de Job, antes que Abrahán pasara a Egipto, pues unos trescientos hombres de la Media, del país de Job (con otros de diferentes lugares) habían viajado hasta Egipto llegando hasta la región de Heliópolis. No recuerdo por qué habían ido tan lejos; pero era una expedición militar y me parece que habían venido en auxilio de otros. Su expedición era digna de reprobación, porque entendí que habían ido contra algo santo, no recuerdo si contra hombres buenos o contra algún misterio religioso relacionado con la realización de la Promesa divina. En los alrededores de Heliópolis varios jefes tuvieron una revelación con la aparición de un ángel que no les permitió ir más lejos. Este ángel les anunció que nacería un Salvador de una Virgen, que debía ser honrado por sus descendientes. Ya no sé cómo sucedió todo esto; pero volvieron a su país y comenzaron a observar los astros. Los he visto en Egipto organizando fiestas regocijantes, alzando allí arcos de triunfo y altares, que adornaban con flores, y después regresaron a sus tierras. Eran gentes de la Media, que tenían el culto de los astros. Eran de alta estatura, casi gigantes, de una hermosa piel morena amarillenta. Iban como nómades con sus rebaños y dominaban en todas partes por su fuerza superior. No recuerdo el nombre de un profeta principal que se encontraba entre ellos. Tenían conocimiento de muchas predicciones y observaban ciertas señales trasmitidas por los animales. Si éstos se cruzaban en su camino y

se dejaban matar, sin huir, era un signo para ellos y se apartaban de aquellos caminos. Los Medos, al volver de la tierra de Egipto, según contaban los Reyes, habían sido los primeros en hablar de la profecía y desde entonces se habían puesto a observar los astros. Estas observaciones cayeron algún tiempo en desuso; pero fueron renovadas por un discípulo de Balaam y mil años después las tres profetisas, hijas de los antepasados de los tres Reyes, las volvieron a poner en práctica. Cincuenta años más tarde, es decir, en la época a que habían llegado, apareció la estrella que ahora seguían para adorar al nuevo Rey recién nacido. Estas cosas relataban los Reyes a sus oyentes con mucha sencillez y sinceridad, entristeciéndose mucho al ver que aquéllos no parecían querer prestar fe a lo que desde dos mil años atrás había sido el objeto de la esperanza y deseos de sus antepasados.

A la caída de la tarde se oscureció un poco la estrella a causa de algunos vapores, pero por la noche se mostró muy brillante entre las nubes que corrían, y parecía más cerca de la tierra. Se levantaron entonces rápidamente, despertaron a los habitantes del país y les mostraron el espléndido astro. Aquella gente miró con extrañeza, asombro y alguna conmoción el cielo; pero muchos se irritaron aun contra los santos Reyes, y la mayoría sólo trató de sacar provecho de la generosidad con que trataban a todos. Les oí también decir cosas referentes a su jornada hasta allí. Contaban el camino por jornadas a pie, calculando en doce leguas cada jornada. Montando en sus dromedarios, que eran más rápidos que los caballos, hacían treinta y seis leguas diarias, contando la noche y los descansos. De este modo, el Rey que vivía más lejos pudo hacer, en dos días, cinco veces las doce leguas que los separaban del sitio donde se habían reunido, y los que vivían más cerca podían hacer en un día y una noche tres veces doce leguas. Desde el lugar donde se habían reunido hasta aquí habían completado 672 leguas de camino, y para hacerlo, calculando desde el nacimiento de Jesucristo, habían empleado más o menos veinticinco días con sus noches, contando también los dos días de reposo.

La noche del viernes 21, habiendo comenzado el sábado para los judíos que habitaban allí, los Reyes prepararon su partida. Los habitantes del lugar habían ido a la sinagoga de un lugar vecino pasando sobre un puente hacia el Oeste. He visto que estos judíos miraban con gran asombro la estrella que guiaba a los Magos; pero no por eso se mostraron más respetuosos. Aquellos hombres desvergonzados estuvieron muy importunos, apretándose como enjambres de avispas alrededor de los Reyes, demostrando ser viles y pedigüeños, mientras los Reyes, llenos dé paciencia, les daban sin cesar pequeñas piezas amarillas, triangulares, muy delgadas, y granos de metal oscuro. Creo por eso que debían ser muy ricos estos Reyes. Acompañados por los habitantes del lugar dieron vueltas a los muros de la ciudad, donde vi algunos templos con ídolos; más tarde atravesaron el torrente sobre un puente, y costearon la aldea judía. Desde aquí tenían un camino de veinticuatro leguas para llegar a Jerusalén.

LIX

Llegada de Santa Ana a Belén

He visto a Santa Ana con María de Helí, una criada, un servidor y dos asnos pasando la noche a poca distancia de Betania, de camino para Belén. José había completado los arreglos tanto en la gruta del Pesebre como en las grutas laterales, para recibir a los Reyes Magos, cuya llegada había anunciado María, mientras se hallaban en Causur, y también para hospedar a los venidos de Nazaret. José y María se habían retirado a otra gruta con el Niño, de modo que la del Pesebre se encontraba libre, no quedando en

ella más que el asno. Si mal no recuerdo José había pagado ya el segundo de los impuestos hacía algún tiempo, y nuevas personas venidas de Belén para ver al Niño tuvieron la dicha de tomarlo en sus brazos. En cambio, cuando otras lo querían alzar, lloraba y volvía la cabeza. He visto a la Virgen tranquila en su nueva habitación discretamente arreglada: el lecho estaba contra la pared y el Niño Jesús se encontraba a su lado, en una cesta larga, hecha de cortezas, acomodada sobre una horqueta. Un tabique hecho de zarzos separaba el lecho de María y la cuna del Niño del resto de la gruta.

Durante el día, para no estar sola, se sentaba delante del tabique con el Niño a su lado. José descansaba en otra parte retirada de la gruta. Lo he visto llevando alimentos a María, servidos en una fuente, como también ofrecerle un cantarillo con agua.

Esta noche comenzaba un día de ayuno: todos los alimentos debían estar preparados para el día siguiente; el fuego estaba cubierto y las aberturas veladas [24]. Entre tanto había llegado Santa Ana con la hermana mayor de María y una criada. Estas personas debían pasar la noche en la gruta de Belén: por eso la Sagrada Familia se había retirado a la gruta lateral. Hoy he visto a María que ponía el Niño en los brazos de Santa Ana. Esta se hallaba profundamente conmovida. Había traído consigo colchas, pañales y varios alimentos, y dormía en el mismo sitio donde había reposado Isabel. María le relató todo lo sucedido. Ana lloraba en compañía de María. El relato fue alegrado por las caricias del Niño Jesús.

Hoy vi a la Virgen volver a la gruta del Pesebre y al pequeño Jesús acostado allí de nuevo. Cuando José y María se encuentran solos cerca del Niño, los veo a menudo ponerse en adoración ante Él. Hoy vi a Ana cerca del Pesebre con María en una actitud reverente, contemplando al Niño Jesús con sentimiento de gran fervor. No sé si las personas venidas con Ana habían pasado la noche en la gruta

lateral o habían ido a otro lugar; creo que estaban en otro sitio. Ana trajo diversos objetos para el Niño y la Madre. María ha recibido ya muchas cosas desde que se encuentra aquí; pero todo sigue pareciendo muy pobre porque María reparte lo que no es absolutamente necesario. Le dijo a Ana que los Reyes llegarían muy pronto y que su llegada causaría gran impresión. Me parece que durante la estadía de los Reyes, Ana se retirará a tres leguas de aquí, a casa de su hermana, para volver después. Esta misma noche, después de terminado el Sábado, vi que Ana con sus acompañantes se retiró de la compañía de María, yendo a tres leguas de aquí, a la casa de su hermana casada. Ya no recuerdo el nombre de la población, de la tribu de Benjamín, que se compone de algunas casas, en una llanura y se encuentra a media legua del último lugar del alojamiento de la Santa Familia en su viaje a Belén.

LX

Llegada de los Reyes Magos a Jerusalén

La comitiva de los Reyes partió de noche de Metanea y tomó un camino muy transitable, y aunque los viajeros no entraron ni atravesaron ninguna otra ciudad, pasaron a lo largo de las aldeas donde Jesús más tarde enseñó, curó a enfermos y bendijo a los niños al finalizar el mes de Junio del tercer año de su predicación. Betabara era uno de esos sitios adonde llegaron una mañana temprano para pasar el Jordán. Como era sábado encontraron pocas personas en el camino. Esta mañana vi la caravana de los Reyes que pasaba el Jordán a las siete. Comúnmente se cruzaba el río sirviéndose de un aparato fabricado con vigas; pero para los

grandes pasajes, con cargas pesadas, se hacía por una especie de puente. Los boteros que vivían cerca del puente hacían este trabajo mediante una paga; pero como era sábado y no podían trabajar, tuvieron que ocuparse los mismos viajeros, cooperando algunos hombres paganos ayudantes de los boteros judíos. La anchura del Jordán no era mucha en este lugar y además estaba lleno de bancos de arena.

Sobre las vigas, por donde se cruzaba de ordinario, fueron colocadas algunas planchas, haciendo pasar a los camellos por encima. Demoró mucho antes que todos hubieron pasado a la orilla opuesta del río. Dejando a Jericó a la derecha van en dirección de Belén; pero se desvían hacia la derecha para ir a Jerusalén. Hay como un centenar de hombres con ellos. Veo de lejos una ciudad conocida: es pequeña y se halla cerca de un arroyuelo que corre de Oeste a Este a partir de Jerusalén, y me parece que han de pasar por esta ciudad. Por algún tiempo el arroyo corre a la izquierda de ellos y según sube o baja el camino. Unas veces se ve a Jerusalén, otras veces no se la puede ver. Al fin se desviaron en dirección a Jerusalén y no pasaron por la pequeña ciudad.

El Sábado 22, después de la terminación de la fiesta, la caravana de los Reyes llegó a las puertas de Jerusalén. He visto la ciudad con sus altas torres levantadas hacia el cielo. La estrella que los había guiado casi había desaparecido y sólo daba una débil luz detrás de la ciudad. A medida que entraban en la Judea y se acercaban a Jerusalén, los Reyes iban perdiendo confianza, porque la estrella no tenía ya el brillo de antes y aún la veían con menos frecuencia en esta comarca. Habían pensado encontrar en todas partes festejos y regocijo por el nacimiento del Salvador, a causa de quien habían venido desde tan lejos y no veían en todas partes más que indiferencia y desdén.

Esto les entristecía y les inquietaba, y pensaban haberse equivocado en su idea de encontrar al Salvador.

La caravana podía ser ahora de unas doscientas personas y, ocupaba más o menos el trayecto de un cuarto de legua. Ya desde Causur se les había agregado cierto número de personas distinguidas y otras se unieron a ellos más tarde. Los tres Reyes iban sentados sobre tres dromedarios y otros tres de estos animales llevaban el equipaje. Cada Rey tenía cuatro hombres de su tribu; la mayor parte de los acompañantes montaban sobre cabalgaduras muy rápidas, de airosas cabezas. No sabría decir si eran asnos o caballos de otra raza, pero se parecían mucho a nuestros caballos. Los animales que utilizaban las personas, más distinguidas tenían bellos arneses y riendas, adornados de cadenas y estrellas de oro. Algunos del séquito de los Reyes se desprendieron del cortejo y entraron en la ciudad, regresando con soldados y guardianes. La llegada de una caravana tan numerosa en una época en que no se celebraba fiesta alguna, y no siendo por razones de comercio, y llegando por el camino que llegaban, era algo muy extraordinario. A todas las preguntas que se les hacía respondían hablando de la estrella que los había guiado y del Niño recién nacido. Nadie comprendía nada de este lenguaje, y los Reyes se turbaron mucho, pensando que tal vez se habían equivocado, puesto que no encontraban a uno siquiera que supiese algo relacionado con el Niño Salvador del mundo, nacido allí, en sus tierras. Todos miraban con sorpresa a los Reyes, sin comprender el por qué de su venida ni lo que buscaban. Cuando estos guardianes de la puerta vieron la generosidad con que trataban los Reyes a los mendigos que se acercaban, y cuando oyeron decir que deseaban alojamiento, que pagarían bien, y que entretanto deseaban hablar al rey Heredes, algunos entraron en la ciudad y se sucedió una serie de idas y venidas, de mensajeros y de explicaciones, mientras los Reyes se entretenían con toda la suerte de gentes que se les había acercado. Algunos de estos hombres habían oído hablar de un Niño nacido en Belén; pero no podían siquiera pensar que pudiera tener relación con la venida de los "Reyes, sabiendo que se trataba de padres

pobres y sin importancia. Otros se burlaban de la credulidad de los Reyes. Conforme a los mensajes que traían los hombres de la ciudad, comprendieron que Herodes nada sabía del Niño.

Como tampoco habían contado con encontrarse con el rey Herodes, se afligieron mucho más y se inquietaron sumamente, no sabiendo qué actitud tomar en presencia del rey ni qué iban a decirle. Con todo, a pesar de su tristeza, no perdieron el ánimo y se pusieron a rezar. Volvió el ánimo a su atribulado espíritu y se dijeron unos a otros: "Aquél que nos ha traído hasta aquí con tanta celeridad, por medio de la luz de la estrella, Ése mismo podrá guiarnos de nuevo hasta nuestras casas".

Al fin regresaron los mensajeros, y la caravana fue conducida a lo largo de los muros de la ciudad, haciéndola entrar por una puerta situada no lejos del Calvario. Los llevaron a un gran patio redondo rodeado de caballerizas, con alojamientos no lejos de la plaza del pescado, en cuya entrada encontraron algunos guardianes. Los animales fueron llevados a las caballerizas y los hombres se retiraron bajo cobertizos, junto a una fuente que había en medio del gran patio. Este patio, por uno de sus costados tocaba con una altura; por los otros estaba abierto, con árboles delante. Llegaron después unos empleados, quizás aduaneros, que de dos en dos inspeccionaron los equipajes de los viajeros con sus linternas. El palacio de Heredes estaba más arriba, no lejos de este edificio, y pude ver el camino que llevaba hasta él iluminado con linternas y faroles colocados sobre perchas. Heredes envió a un mensajero encargado de conducirle en secreto a su palacio al rey Teokeno. Eran las diez de la noche. Teokeno fue recibido en una sala del piso bajo por un cortesano de Herodes, que le interrogó sobre el objeto de su viaje. Teokeno dijo con simplicidad todo lo que se le preguntaba y rogó al hombre que preguntara al rey Herodes dónde había nacido el Niño, Rey de los Judíos, y dónde se hallaba, ya que habían visto su estrella y habían venido tras de ella.

El cortesano llevó su informe a Herodes, que se turbó mucho al principio; pero disimulando su malcontento hizo responder que deseaba tener más datos relativos sobre ese suceso y que entre tanto instaba a los reyes a que descansasen, añadiendo que al día siguiente hablaría con ellos y les daría a conocer todo lo que lograse saber sobre el asunto. Volvió Teokeno y no pudo dar a sus compañeros noticias consoladoras; por otra parte, no se les había preparado nada para que pudiesen reposar y mandaron rehacer muchos fardos que habían sido abiertos. Durante aquella noche no pudieron descansar y algunos de ellos andaban de un lado a otro como buscando la estrella que los había guiado. Dentro de la ciudad de Jerusalén había gran quietud y silencio; pero en torno de los Reyes había agitación, y en el patio se tomaban y daban toda clase de informes. Los Reyes pensaban que Herodes lo sabía todo perfectamente, pero que trataba de ocultarles la verdad.

Se celebraba una gran fiesta esa noche en el palacio de Herodes al tiempo de la visita de Teokeno, porque veía las salas iluminadas. Iban y venían toda clase de hombres y mujeres ataviadas sin decencia alguna. Las preguntas de Teokeno sobre el rey recién nacido turbaron el ánimo de Herodes, el cual llamó en seguida a su palacio a los príncipes, a los sacerdotes y a los escribas de la Ley. Los he visto acudir al palacio antes de la media noche con rollos escritos. Traían sus vestiduras sacerdotales, llevaban condecoraciones sobre el pecho y cinturones con letras bordadas. Había unos veinte de estos personajes en torno de Herodes, que preguntó dónde debía ser el lugar del nacimiento del Mesías. Los vi cómo abrían sus rollos y mostraban con el dedo pasajes de la Escritura: "Debe nacer en Belén de Judá, porque así está escrito en el profeta Miqueas. Y tú Belén, no eres la más mínima entre los príncipes de Judá, pues de ti ha de nacer el jefe que gobernará mi pueblo en Israel". Después vi a Heredes con algunos de ellos paseando por la terraza del palacio, buscando inútilmente la estrella/de la que había hablado Teokeno. Se mostraba muy inquieto. Los sacerdotes y escribas le hicieron largos razonamientos diciendo que no debía hacer caso ni dar importancia a las palabras

de los Reyes Magos, añadiendo que aquellas gentes son amigas de lo maravilloso y se imaginan siempre 'grandes fantasías con sus observaciones estelares. Decían que si algo hubiera habido en realidad se hubiera sabido en el Templo y en la ciudad santa, y que ellos no podrían haberlo ignorado.

LXI

Los Reyes Magos conducidos al palacio de Herodes

En esta mañana muy temprano Herodes hizo llevar al palacio, en secreto, a los Reyes. Fueron recibidos bajo una arcada y conducidos luego a una sala, donde he visto ramas verdes con flores en vasos y refrescos para beber. Después de algún tiempo apareció Herodes. Los Magos se inclinaron ante él y pasaron a interrogarle sobre el Rey de los Judíos recién nacido.

Herodes ocultó su gran turbación y se mostró contento de la noticia. Vi que estaban con él algunos de los escribas. Herodes preguntó algunos detalles sobre lo que habían visto, y el Rey Mensor describió la última aparición que habían tenido antes de partir. Era, dijo, una Virgen y delante de ella un Niño, de cuyo costado derecho había brotado una rama luminosa; luego, sobre ésta había aparecido una torre con varias puertas. La torre se transformó en una gran ciudad, sobre la cual se manifestó el Niño con una corona, una espada y un cetro, como si fuese Rey. Después de esto se vieron ellos mismos, como también todos los reyes del mundo, postrados delante de ese Niño en acto de adoración; pues poseía

un imperio delante del cual todos los demás imperios debían someterse; y así en esta forma describió lo que habían visto.

Herodes les habló de una profecía que hablaba de algo parecido sobre Belén de Efrata; les dijo que fueran secretamente allá y cuando hubiesen encontrado al Niño volvieran a decirle el resultado, para que él también pudiera ir a adorarle. Los Reyes no tocaron los alimentos que se les había preparado y volvieron a su alojamiento. Era muy temprano, casi al amanecer, pues he visto todavía las linternas encendidas delante del palacio de Heredes. Heredes conferenció con ellos en secreto para que no se hiciera público el acontecimiento. Al aclarar del todo prepararon la partida. La gente que los había acompañado hasta Jerusalén se hallaba ya dispersa por la ciudad desde la víspera.

El ánimo de Herodes estaba en aquellos días lleno de descontento e irritación. Al tiempo del nacimiento de Jesucristo se encontraba en su castillo, cerca de Jericó, y había ordenado hacía poco un cobarde asesinato. Había colocado en puestos altos del Templo a gente que le referían todo lo que allí se hablaba, para que denunciasen a los que se oponían a sus designios. Un hombre justo y honrado, alto empleado en el Templo, era el principal de los que consideraba él como su adversario. Herodes con fingimiento lo invitó a que fuera a verlo a Jericó y lo hizo atacar y asesinar en el camino, achacando ese crimen a algunos asaltantes. Algunos días después de esto fue a Jerusalén para tomar parte en la fiesta de la Dedicación del Templo, que tenía lugar el 25 del mes de Casleu y allí se encontró enredado en un asunto muy desagradable. Queriendo congraciarse con los judíos había mandado hacer una estatua o figura de cordero o más bien de cabrito, porque tenía cuernos, para que fuera colocada en la puerta que llevaba del patio de las mujeres al de las inmolaciones. Hizo esto de su propia iniciativa, pensando que los judíos se lo agradecerían; pero los sacerdotes se opusieron tenazmente a ello, aunque los amenazó con hacerles pagar una multa por su resistencia. Ellos replicaron

que pagarían, pero que no toleraban esa imagen contraria a las prescripciones de la Ley. Herodes se irritó mucho y pretendió colocarla ocultamente; pero al llevarla un israelita muy celoso tomó la imagen y la arrojó al suelo, quebrándola en dos pedazos. Se promovió un gran tumulto y Herodes hizo encarcelar al hombre. Todo esto lo había irritado mucho y estaba arrepentido de haber ido a la fiesta; sus cortesanos trataban de distraerlo y divertirlo.

En este estado de ánimo lo encontró la noticia del nacimiento de Cristo. En Judea hacía tiempo que hombres piadosos vivían, en la esperanza de que pronto había de llegar el Mesías y los sucesos acontecidos en el nacimiento del Niño se habían divulgado por medio de los pastores. Con todo, muchas personas importantes oían estas cosas como fábulas y vanas palabras y el mismo Herodes había oído hablar y enviado secretamente algunos hombres a tomar informes de lo que se decía. Estos emisarios estuvieron, en efecto, tres días después de haber nacido Jesús y luego de haber conversado con José, declararon, como hombres orgullosos, que todo era cosa sin importancia: que en la gruta no había más que una pobre familia de la cual no valía la pena que nadie se ocupara. El orgullo que los dominaba les había impedido interrogar seriamente a José desde un principio, tanto más que llevaban orden de proceder en el mayor secreto, sin llamar la atención. Cuando de pronto llegaron los Reyes Magos con su numeroso séquito, Herodes se llenó de nuevas inquietudes, ya que estos hombres venían de lejos y todo esto era más que rumores sin importancia. Como hablaran los Reyes con tanta convicción del Rey recién nacido, fingió Herodes deseos de ir a ofrecerle sus homenajes, lo cual alegró mucho a los Reyes, creyéndolo bien dispuesto. La ceguera del orgullo de los escribas no acabó de tranquilizarlo y el interés de conservar en secreto este asunto fue causa de la conducta que observó. No hizo objeciones a lo que decían los Reyes, no hizo perseguir en seguida al Niño para no exponerse a las críticas de un pueblo difícil de gobernar, y resolvió recabar por medio de ellos noticias más exactas para tomar luego las medidas del caso.

Como los Reyes, advertidos por Dios, no volvieron a dar noticias, hizo explicar que la huida de los Reyes era consecuencia de la ilusión mentirosa que habían sufrido y que no se habían atrevido a comparecer de nuevo, porque estaban avergonzados del engaño en que habían caído y al que habían querido arrastrar a los demás. Mandaba a decir: "¿Qué razones podían tener para salir clandestinamente después de haber sido recibidos aquí en forma tan amistosa?..." De este modo Herodes trató de adormecer este asunto disponiendo que en Belén nadie se pusiese en relación con esa Familia, de la que se había hablado tanto, ni recoger los rumores e invenciones que se propalaban para extraviar los espíritus. Habiendo vuelto quince días más tarde la Sagrada Familia a Nazaret, se dejó pronto de hablar de cosas de las cuales la multitud no había tenido más que conocimientos vagos, y las gentes piadosas, por otro lado, llenas de esperanza, guardaban un discreto silencio.

Cuando pareció que todo quedaba olvidado pensó entonces Herodes en deshacerse del Niño y supo que la Familia había dejado a Nazaret, llevándose al Niño. Lo hizo buscar durante bastante tiempo; pero habiendo perdido toda esperanza de encontrarlo, creció mayormente su inquietud y determinó ejecutar la medida extrema de la matanza de los niños. Tomó en esta ocasión todas sus medidas y envió tropas de antemano a los lugares donde podía temerse una sublevación. Creo que la matanza se hizo en siete lugares diferentes.

LXII

Viaje de los Reyes de Jerusalén a Belén

Veo la caravana de los Reyes junto a una puerta situada al Mediodía.

Un grupo de hombres los acompañaba hasta un arroyo delante de la ciudad, y luego volvieron. No bien habían pasado el arroyo se detuvieron buscando con los ojos la estrella en el firmamento. Habiéndola visto prorrumpieron en exclamaciones de alegría y continuaron su marcha cantando sus melodías. La estrella no los llevaba en línea recta sino que se desviaba algo hacia el Oeste. Pasaron frente a una pequeña ciudad, que conozco muy bien; se detuvieron detrás de ella, y oraron mirando hacia el Mediodía, en un paraje ameno cerca de un caserío. En este lugar, delante de ellos, surgió un manantial de agua, que los llenó de contento. Bajando de sus cabalgaduras cavaron para esta fuente un pilón, rodeándolo de piedras, arena y césped.

Durante varias horas se detuvieron allí dando de beber y alimentando a sus bestias. También tomaron su alimento, ya que en Jerusalén no habían podido descansar ni comer debido a las preocupaciones de la llegada. He visto más tarde que Jesucristo se detuvo varias veces junto a esta fuente en compañía de sus discípulos. La estrella, que brillaba en la noche como un globo de fuego, se parecía ahora más bien a la luna cuando se la ve de día; no era perfectamente redonda, sino que parecía recortada y a menudo estaba oculta entre las nubes. En el camino de Belén a Jerusalén había mucho movimiento de caminantes con equipajes y animales de carga. Eran personas que volvían quizás de Belén después de pagar los impuestos, o que iban a Jerusalén al mercado o para visitar el Templo. Esto sucedía en el camino principal; pero el sendero de los Reyes estaba solitario, y Dios los guiaba por allí sin

duda para que pudieran llegar de noche a Belén y no llamar demasiado la atención. Se pusieron en camino cuando el sol estaba muy bajo; marchaban en el orden con que habían venido. Mensor, el más joven, iba delante; luego Sair, el cetrino, y por último, Teokeno, el blanco, por ser de más edad.

Hoy, a la hora del crepúsculo, he visto a la caravana de los Reyes llegando a Belén, cerca de aquel edificio donde José y María se habían hecho inscribir y que había sido la casa solariega de la familia de David. Quedan sólo algunos restos de los muros del edificio que había pertenecido a los padres de José. Era una casa grande rodeada de otras menores, con un patio cerrado, delante del cual había una plaza con árboles y una fuente. Vi soldados romanos en esta plaza, porque la casa se había convertido en una oficina de impuestos. Al llegar la caravana cierto número de curiosos se agolpó en torno de los viajeros. La estrella había desaparecido de nuevo y esto inquietaba a los Reyes. Se acercaron algunos hombres dirigiéndoles preguntas. Ellos bajaron de sus cabalgaduras y desde la casa he visto que acudían empleados a su encuentro, llevando palmas en las manos y ofreciéndoles refrescos: era la costumbre de recibir a los extranjeros distinguidos. Yo pensaba para mí:

"Son mucho más amables de lo que lo fueron con el pobre José; sólo porque éstos distribuían monedas de oro". Les dijeron que el valle de los pastores era apropiado para levantar las carpas, y ellos quedaron algún tiempo indecisos. No les he oído preguntar nada del Rey y Niño recién nacido. Aún sabiendo que Belén era el lugar designado por las profecías, ellos, recordando lo que Herodes les había encargado, temían llamar la atención con sus preguntas. Poco después vieron brillar en el cielo un meteoro, sobre Belén: era semejante a la luna cuando aparece. Montaron en sus cabalgaduras, y costeando un foso y unos muros en ruina dieron la vuelta a Belén por el Mediodía y se dirigieron al Oriente, en

dirección a la gruta del Pesebre, que abordaron por el costado de la llanura, donde los ángeles se habían aparecido a los pastores.

LXIII

La adoración de los Reyes Magos

Se apearon al llegar cerca de la gruta de la tumba de Maraña, en el valle, detrás de la gruta del Pesebre. Los criados desliaron muchos paquetes, levantaron una gran carpa e hicieron otros arreglos con la ayuda de algunos pastores que les señalaron los lugares más apropiados. Se encontraba ya en parte arreglado el campamento cuando los Reyes vieron la estrella aparecer brillante y muy clara sobre la colina del Pesebre, dirigiendo hacia la gruta sus rayos en línea recta. La estrella estaba muy crecida y derramaba mucha luz; por eso la miraban con grande asombro.

No se veía casa alguna por la densa oscuridad, y la colina aparecía en forma de una muralla. De pronto vieron dentro de la luz la forma de un Niño resplandeciente y sintieron extraordinaria alegría. Todos procuraron manifestar su respeto y veneración. Los tres Reyes se dirigieron a la colina, hasta la puerta de la gruta. Mensor la abrió, y vio su interior lleno de luz celestial, y a la Virgen, en el fondo, sentada, teniendo al Niño tal como él y sus compañeros la habían contemplado en sus visiones/Volvió para contar a sus compañeros lo que había visto.

En esto José salió de la gruta acompañado de un pastor anciano y fue a su encuentro. Los tres Reyes le dijeron con simplicidad que habían venido para adorar al Rey de los Judíos recién nacido, cuya estrella habían observado, y querían ofrecerle sus presentes. José los recibió con mucho afecto. El pastor anciano los acompañó hasta donde estaban los demás y les ayudó en los preparativos, juntamente con otros pastores allí presentes. Los Reyes se dispusieron para una ceremonia solemne. Les vi revestirse de mantos muy amplios y blancos, con una cola que tocaba el suelo. Brillaban con reflejos, como si fueran de seda natural; eran muy hermosos y flotaban en torno de sus personas. Eran las vestiduras para las ceremonias religiosas. En la cintura llevaban bolsas y cajas de oro colgadas de cadenillas, y cubríanlo todo con sus grandes mantos. Cada uno de los Reyes iba seguido por cuatro personas de su familia, además, de algunos criados de Mensor que llevaban una pequeña mesa, una carpeta con flecos y otros objetos.

Los Reyes siguieron a José, y al llegar bajo el alero, delante de la gruta, cubrieron la mesa con la carpeta y cada uno de ellos ponía sobre ella las cajitas de oro y los recipientes que desprendían de su cintura. Así ofrecieron los presentes comunes a los tres. Mensor y los demás se quitaron las sandalias y José abrió la puerta de la gruta. Dos jóvenes del séquito de Mensor, que le precedían, tendieron una alfombra sobre el piso de la gruta, retirándose después hacia atrás, siguiéndoles otros dos con la mesita donde estaban colocados los presentes. Cuando estuvo delante de la Santísima Virgen, el rey Mensor depositó estos presentes a sus pies, con todo respeto, poniendo una rodilla en tierra. Detrás de Mensor estaban los cuatro de su familia, que se inclinaban con toda humildad y respeto. Mientras tanto Sair y Teokeno aguardaban atrás, cerca de la entrada de la gruta. Se adelantaron a su vez llenos de alegría y de emoción, envueltos en la gran luz que llenaba la gruta, a pesar de no haber allí otra luz que el que es Luz del mundo. María se hallaba como recostada sobre la alfombra, apoyada sobre un brazo, a la izquierda del Niño Jesús, el cual

estaba acostado dentro de la gamella, cubierta con un lienzo y colocada sobre una tarima en el sitio donde había nacido.

Cuando entraron los Reyes la Virgen se puso el velo, tomó al Niño en sus brazos, cubriéndolo con un velo amplio. El rey Mensor se arrodilló y ofreciendo los dones pronunció tiernas palabras, cruzó las manos sobre el pecho, y con la cabeza descubierta e inclinada, rindió homenaje al Niño. Entre tanto María había descubierto un poco la parte superior del Niño, quien miraba con semblante amable desde el centro del velo que lo envolvía. María sostenía su cabecita con un brazo y lo rodeaba con el otro. El Niño tenía sus manecitas juntas sobre el pecho y las tendía graciosamente a su alrededor. ¡Oh, qué felices se sentían aquellos hombres venidos del Oriente para adorar al Niño Rey!

Viendo esto decía entre mí: "Sus corazones son puros y sin mancha; están llenos de ternura y de inocencia como los corazones de los niños inocentes y piadosos. No se ve en ellos nada de violento, a pesar de estar llenos del fuego del amor". Yo pensaba: "Estoy muerta; no soy más que un espíritu: de otro modo no podría ver estas cosas que ya no existen, y que, sin embargo, existen en este momento. Pero esto no existe en el tiempo, porque en Dios no hay tiempo: en Dios todo es presente. Yo debo estar muerta; no debo ser más que un espíritu". Mientras pensaba estas cosas, oí una voz que me dijo:

"¿Qué puede importarte todo esto que piensas?... Contempla y alaba a Dios, que es Eterno, y en Quien todo es eterno".

Vi que el rey Mensor sacaba de una bolsa, colgada de la cintura, un puñado de barritas compactas del tamaño de un dedo, pesadas, afiladas en la extremidad, que brillaban como oro. Era su obsequio. Lo colocó humildemente sobre las rodillas de María, al lado del Niño

Jesús. María tomó el regalo con un agradecimiento lleno de sencillez y de gracia, y lo cubrió con el extremo de su manto. Mensor ofrecía las pequeñas barras de oro virgen, porque era sincero y caritativo, buscando la verdad con ardor constante e inquebrantable. Después se retiró, retrocediendo, con sus cuatro acompañantes; mientras Sair, el rey cetrino, se adelantaba con los suyos y se arrodillaba con profunda humildad, ofreciendo su presente con expresiones muy conmovedoras. Era un recipiente de incienso, lleno de pequeños granos resinosos, de color verde, que puso sobre la mesa, delante del Niño Jesús. Sair ofreció incienso porque era un hombre que se conformaba respetuosamente con la voluntad de Dios, de todo corazón y seguía esta voluntad con amor. Se quedó largo rato arrodillado, con gran fervor. Se retiró y se adelantó Teokeno, el mayor de los tres, ya de mucha edad. Sus miembros algo endurecidos no le permitían arrodillarse: permaneció de pie, profundamente inclinado, y puso sobre la mesa un vaso de oro que tenía una hermosa planta verde. Era un arbusto precioso, de tallo recto, con pequeñas ramitas crespas coronadas de hermosas flores blancas: la planta de la mirra. Ofreció la mirra por ser el símbolo de la mortificación y de la victoria sobre las pasiones, pues este excelente hombre había sostenido lucha constante contra la idolatría, la poligamia y las costumbres estragadas de sus compatriotas. Lleno de emoción estuvo largo tiempo con sus cuatro acompañantes ante el Niño Jesús. Yo tenía lástima por los demás que estaban fuera de la gruta esperando turno para ver al Niño. Las frases que decían los Reyes y sus acompañantes estaban llenas de simplicidad y fervor. En el momento de hincarse y ofrecer sus dones decían más o menos lo siguiente: "Hemos visto su estrella; sabemos que Él es el Rey de los Reyes; venimos a adorarle, a ofrecerle nuestros homenajes y nuestros regalos". Estaban como fuera de sí, y en sus simples e inocentes plegarias encomendaban al Niño Jesús sus propias personas, sus familias, el país, los bienes y todo lo que tenía para ellos algún valor sobre la tierra. Le ofrecían sus corazones, sus almas, sus pensamientos y todas sus acciones. Pedían inteligencia clara, virtud, felicidad, paz y amor. Se mostraban llenos de amor y derramaban lágrimas de alegría, que caían sobre sus mejillas y sus barbas. Se sentían plenamente

felices. Habían llegado hasta aquella estrella, hacia la cual desde miles de años sus antepasados habían dirigido sus miradas y sus ansias con un deseo tan constante. Había en ellos toda la alegría de la Promesa realizada después de tan largos siglos de espera.

María aceptó los presentes con actitud de humilde acción de gracias. Al principio no decía nada: sólo expresaba su reconocimiento con un simple movimiento de cabeza, bajo el velo. El cuerpecito del Niño brillaba bajo los pliegues del manto de María. Después la Virgen dijo palabras humildes y llenas de gracia a cada uno de los Reyes, y echó su velo un tanto hacia atrás.

Aquí recibí una lección muy útil. Yo pensaba: "¡Con qué dulce y amable gratitud recibe María cada regalo! Ella, que no tiene necesidad de nada, que tiene a Jesús, recibe los dones con humildad. Yo también recibiré con gratitud todos los regalos que me hagan en lo futuro". ¡Cuánta bondad hay en María y en José! No guardaban casi nada para ellos, todo lo distribuían entre los pobres.

LXIV

La adoración de los servidores de los Reyes

Terminada la adoración del Niño, los Reyes se volvieron a sus carpas con sus acompañantes. Los criados y servidores se dispusieron a entrar en la gruta. Habían descargado los animales, levantado las tiendas, ordenado todo; esperaban ahora pacientemente delante de la puerta con mucha humildad. Eran más

de treinta; había algunos niños que llevaban apenas unos paños en la cintura y un manto. Los servidores entraban de cinco en cinco en compañía de un personaje principal, al cual servían; se arrodillaban delante del Niño y lo adoraban en silencio, Al final entraron todos los niños, que adoraron al Niño Jesús con su alegría inocente. Los criados no permanecieron mucho tiempo en la gruta, porque los Reyes volvieron a hacer otra entrada más solemne. Se habían revestido con mantos largos y flotantes, llevando en las manos incensarios. Con gran respeto incensaron al Niño, a la Madre, a José y a toda la gruta del Pesebre. Después de haberse inclinado profundamente, se retiraron. Esta era la forma de adoración que tenía la gente de ese país.

Durante todo este tiempo María y José se hallaban llenos de dulce alegría.

Nunca los había visto así: derramaban a menudo lágrimas de contento, pues los consolaba inmensamente al ver los honores que rendían los Reyes al Niño Jesús, a quien ellos tenían tan pobremente alojado, y cuya suprema dignidad conocían en sus corazones. Se alegraban de que la divina Providencia, no obstante la ceguera de los hombres, había dispuesto y preparado para el Niño de la Promesa lo que ellos no podían darle, enviando desde lejanas tierras a los que le rendían la adoración debida a su dignidad, cumplida por los poderosos de la tierra con tan santa munificencia. Adoraban al Niño Jesús juntamente con los santos Reyes y se alegraban de los homenajes ofrecidos al Niño Dios.

Las tiendas de los visitantes estaban levantadas en el valle, situado detrás de la gruta del Pesebre hasta la gruta de Maraha. Los animales estaban atados a estacas enfiladas, separados por medio de cuerdas. Cerca de la carpa más grande, al lado de la colina del Pesebre, había un espacio cubierto con esteras. Allí habían dejado algo de los equipajes, porque la mayor parte fue guardada en la

gruta de la tumba de Maraña. Las estrellas lucían cuando terminaron todos de pasar a la gruta de la adoración. Los Reyes se reunieron en círculo junto al terebinto que se alzaba sobre la tumba de Maraña, y allí, en presencia de las estrellas, entonaron algunos de sus cantos solemnes.

¡Es imposible decir la impresión que causaban estos cantos tan hermosos en el silencio del valle, aquella noche! Durante tantos siglos los antepasados de estos Reyes habían mirado las estrellas, rezado, cantado, y ahora las ansias de tantos corazones había tenido su cumplimiento. Cantaban llenos de exaltación y de santa alegría.

Mientras tanto José, con la ayuda de dos ancianos pastores, había preparado una frugal comida en la tienda de los Reyes. Trajeron pan, fruta, panales de miel, algunas hierbas y vasos de bálsamo; pusieron todo sobre una mesita baja cubierta con un mantel. José habíase procurado todas estas cosas desde la mañana, para recibir a los Reyes, cuya venida ya esperaba, porque la había anunciado de antemano la Virgen Santísima. Cuando los Reyes volvieron a su carpa, vi que José los recibía muy cordialmente y les rogaba que, siendo ellos los huéspedes, se dignaran aceptar la sencilla comida que les ofrecía. Se colocó junto a ellos y dieron principio a la comida. José no mostraba timidez alguna; pero estaba tan contento que derramaba lágrimas de pura alegría. Cuando vi esto pensé en mi difunto padre, que era un pobre campesino, el cual en ocasión de mi toma de hábito se vio en la ocasión de sentarse a la mesa con muchas personas distinguidas. En su sencillez y humildad había sentido al principio mucho temor; luego se puso tan contento que lloró de alegría: sin pretenderlo, ocupó el primer lugar en la fiesta.

Después de aquella pequeña comida José se retiró. Algunas personas más importantes se fueron a una posada de Belén, y los

demás se echaron sobre sus lechos tendidos formando círculo bajo la tienda grande, y allí descansaron de sus fatigas. José, vuelto a la gruta, puso todos los regalos a la derecha del Pesebre, en un rincón, donde había levantado un tabique que ocultaba lo que había detrás. La criada de Ana que habíase quedado después de la partida de su ama, se mantuvo oculta en la gruta lateral durante todo el tiempo de la ceremonia, y no volvió a aparecer hasta que no se hubieron marchado todos. Era una mujer inteligente, de espíritu muy reposado. No he visto ni a la Santa Familia ni a esta mujer mirar con satisfacción mundana los regalos de los Reyes: todo fue aceptado con reconocimiento humilde, y casi en seguida repartido caritativamente entre los necesitados.

Esta noche hubo bastante agitación con motivo de la llegada de la caravana a la casa donde se pagaba el impuesto. Hubo más tarde muchas idas y venidas a la ciudad, porque los pastores, que habían seguido el cortejo, regresaban a sus lugares. También he visto que mientras los Reyes, llenos de júbilo, adoraban al Niño y ofrecían sus presentes en la gruta del Pesebre, algunos judíos rondaban por los alrededores, espiando desde cierta distancia, murmurando y conferenciando en voz baja. Más tarde volví a verlos yendo y viniendo en Belén y dando informes. He llorado por estos desgraciados. Sufro viendo la maldad de estas personas que entonces como también ahora se ponen a observar y a murmurar, cuando Dios se acerca a los hombres, y luego propalan mentiras, fruto de malicia y perversidad. ¡Oh, cómo me parecían aquellos hombres dignos de compasión! Tenían la salvación entre ellos y la rechazaban, en tanto que estos Reyes, guiados por su fe sincera en la Promesa, habían venido desde tan lejos para buscar la salvación.

En Jerusalén he visto hoy a Herodes en compañía de algunos escribas leyendo rollos y hablando de lo que habían contado los Reyes. Después, todo entró de nuevo en calma como si hubiese interés en hacer silencio en torno de este asunto.

LXV

Nueva visita de los Reyes Magos

Hoy, de mañana, he visto a los Reyes Magos y a otras personas de su séquito que visitaban sucesivamente a la Sagrada Familia. Los vi también durante el día junto a sus campamentos y bestias de carga, ocupados en diversas distribuciones. Como estaban llenos de alegría y se sentían felices, repartían muchos regalos. He entendido que era costumbre entonces hacerlos en ocasión de acontecimientos felices. Los pastores que habían ayudado a. los Reyes recibieron valiosos regalos, como también muchos pobres. Vi que ponían chales y paños sobre los hombros de algunas viejecitas que habían llegado hasta el lugar. Algunas personas del séquito de los Reyes deseaban quedarse en el valle de los pastores para vivir con ellos.

Hicieron conocer su deseo a los Reyes, los cuales no sólo les dieron permiso sino que los colmaron de regalos, proveyéndoles de colchas, vestidos, oro en grano, y dejándoles los asnos en que habían venido montados. Cuando vi que los Reyes distribuían tantos trozos de pan, yo me preguntaba de dónde podían haberlo sacado, y recordé que los había visto, en los lugares donde hacían campamento, preparar, con la provisión de harina que traían, panecillos chatos como galletas, en moldes y amontonarlos dentro de cajas de cuero muy livianas, que cargaban sobre sus bestias. Han llegado muchas personas de Belén que, bajo diversos pretextos, rodeaban a los Reyes para obtener obsequios.

Por la noche volvieron los Reyes para despedirse. Apareció primero Mensor. María le puso al Niño en los brazos, que el rey recibió llorando de alegría. Luego acercáronse los otros dos reyes, derramando lágrimas. Trajeron muchos regalos a la Sagrada Familia: piezas de telas diversas, entre las cuales algunas parecían de seda sin teñir, y otras de color rojo o con diversas flores. Dejaron muy hermosas colchas. Dejaron sus grandes y amplios mantos de color amarillo pálido, tan livianos que al menor viento eran agitados: parecían hechos de lana extremadamente fina. Traían varias copas, unas dentro de otras; cajas llenas de granos, y en un canasto, tiestos donde había hermosos ramos de una planta verde, con hermosas flores blancas: eran plantas de mirra. Los tiestos estaban colocados unos encima de otros dentro del canasto. Dejaron a José unos jaulones llenos de pájaros, que habían traído en cantidad sobre sus dromedarios, para su alimento durante el viaje. Al momento de despedirse de María y del Niño, derramaron abundantes lágrimas. María estaba de pie junto a ellos en el momento de la despedida. Llevaba en brazos al Niño envuelto en su velo, y dio algunos pasos para acompañar a los Reyes hasta la puerta de la gruta. Se detuvo en silencio, y para dejar un recuerdo a aquellos hombres tan buenos quitóse el gran velo que tenía sobre la cabeza, que era de tejido amarillo y con el cual envolvía a Jesús, y lo puso en manos de Mensor. Los Reyes recibieron el regalo inclinándose profundamente. Una alegría llena de respeto los embargó cuando vieron a María sin velo, teniendo al Niño en brazos. ¡Cuan dulces lágrimas derramaron al dejar la gruta! El velo fue para ellos desde entonces la reliquia más preciada que poseyeran. La Santísima Virgen recibía los dones, pero no parecía darles importancia alguna, aunque en su humildad encantadora mostraba un profundo agradecimiento a la persona que hacía el regalo. En todos estos homenajes no he visto en María ningún acto o sentimiento de complacencia para consigo misma. Sólo por amor al Niño Jesús y por compasión a San José se dejó llevar de la natural esperanza de que en adelante el Niño Jesús y José encontrarían en Belén más simpatía que antes y que ya no serían tratados con tanto desprecio como lo fueron a su llegada. La tristeza

y la inquietud de José la habían afligido en extremo. Cuando volvieron los Reyes a despedirse ya estaba la lámpara encendida en la gruta. Todo estaba oscuro afuera. Los Reyes se fueron en seguida con sus acompañantes y se reunieron debajo del terebinto, sobre la tumba de Maraña, para celebrar allí, como en la víspera, algunas ceremonias de su culto. Debajo del árbol habían encendido una lámpara, y al aparecer las estrellas comenzaron a rezar sus preces y a entonar melodiosos cantos, produciendo un efecto muy agradable en ese coro las voces de los niños. Después se dirigieron a la carpa donde José había preparado una modesta comida. Concluida ésta, algunos se volvieron a la posada de Belén y otros descansaron bajo sus carpas.

LXVI

El Ángel avisa a los Reyes los designios de Herodes

A medianoche tuve una visión. Vi a los Reyes descansando bajo su carpa sobre colchas tendidas en el suelo, y junto a ellos vi a un joven resplandeciente: un ángel los despertaba diciéndoles que debían partir de inmediato, sin pasar por Jerusalén, sino a través del desierto, costeando las orillas del Mar Muerto. Los Reyes se levantaron de sus lechos y todo el séquito estuvo de pie en poco tiempo. Uno de ellos fue al Pesebre a despertar a José, quien corrió a Belén para avisar a los que allí se hospedaban; pero los encontró por el camino, porque habían tenido la misma aparición. Plegaron la carpa, cargaron los animales con el equipaje, y todo fue enfardado y preparado con asombrosa rapidez. Mientras los Reyes se despedían en forma sumamente conmovedora de San José, delante de la gruta del Pesebre, una parte del séquito ya partía en grupos separados para tomar la delantera en dirección al Mediodía, para costear el Mar Muerto a través del desierto de Engaddi. Mucho

instaron los Reyes a la Sagrada Familia de que partiesen con ellos, diciendo que un gran peligro los amenazaba, y rogaron a María que por lo menos se ocultase con el pequeño Jesús para que no sufriesen molestias por causa de ellos mismos. Lloraban como niños: abrazando a José decían palabras muy conmovedoras. Montando sobre sus cabalgaduras, ligeramente cargadas, se alejaron por el desierto, he visto al ángel a su lado indicándoles el camino, y pronto desaparecieron de la vista. Siguieron separados, unos de otros, como un cuarto de legua; luego en dirección al Oriente, por espacio de una legua, y finalmente torcieron hacia el Mediodía. He visto que pasaron por una región que Jesús atravesó más tarde al volver de Egipto en el tercer año de su predicación.

El aviso del ángel a los Reyes había llegado a tiempo, pues las autoridades de Belén abrigaban la determinación de prenderlos hoy mismo, con el pretexto de que perturbaban el orden público, de encerrarlos en las profundas mazmorras que existían debajo de la sinagoga y acusarlos después ante el rey Heredes. No sé si obraban así por una orden secreta de Herodes o si lo hacían por exceso de celo ellos mismos. Cuando se conoció esta mañana la huida de los Reyes, en el valle tranquilo y solitario donde habían acampado, los viajeros se encontraban ya cerca del desierto de Engaddi. En el valle no quedaban más que los rastros de las pisadas de los animales y algunas estacas que habían servido para levantar las tiendas.

La aparición de los Reyes había causado gran impresión en Belén y muchos se arrepentían de no haber hospedado a José. Otros hablaban de los Reyes como de aventureros que se dejaban llevar por imaginaciones extrañas.

Había quienes creían, en cambio, encontrarles alguna relación con los relatos de los pastores acerca de la aparición de los ángeles. Todas estas cosas determinaron a las autoridades de Belén, quizás

por instigación de Herodes, a tomar medidas. He visto reunidos a todos los habitantes de la ciudad por una convocatoria en el centro de una plaza de la ciudad, donde había un pozo rodeado de árboles delante de una casa grande, a la cual se subía por escalones. Precisamente desde esos escalones fue leída una especie de proclama, donde se declamaba contra las cosas supersticiosas y se prohibía ir a la morada de la gente que propalaba semejantes rumores. Cuando la muchedumbre se hubo retirado, vi a José acudir a esa casa, donde había sido llamado, y vi que fue interrogado por unos ancianos judíos. Lo he visto volver al Pesebre y retornar ante el tribunal de ancianos. La segunda vez llevaba un poco, del oro que le habían dado los Reyes, y lo entregó a esos hombres, que luego lo dejaron en paz. Por eso me pareció que todo este interrogatorio no tuvo otro objeto que el de arrancarle un puñado de oró.

Las autoridades habían hecho poner un tronco de árbol atravesado para obstruir el camino que llevaba a los alrededores del Pesebre. Este camino no salía de la ciudad sino que comenzaba en la plaza donde la Virgen se había detenido bajo el árbol grande, salvando una muralla. Dejaron un centinela en una choza junto al árbol y pusieron unos hilos sobre el camino, que hacían tocar una campanilla que estaba en la cabaña de aquél, que les permitiría detener a quien intentase pasar. Por la tarde vi un grupo de dieciséis soldados de Heredes hablando con José. Habían sido enviados allí por causa de los tres Reyes corno si fuesen perturbadores de la tranquilidad pública. No hallaron más que silencio y paz en todas partes, y en la gruta no vieron más que una pobre familia. Como por otra parte tenían orden de no hacer nada que llamara la atención, regresaron como habían venido, informando de lo que habían podido ver. José había llevado ya los regalos de los Reyes y demás cosas que habían dejado antes de su partida, guardándolos en la gruta de Maraña y en otras cavernas escondidas en la colina del Pesebre. Las cuevas existían desde los tiempos del patriarca Jacob. En aquella época en que sólo había allí

algunas cabañas en la que es hoy plaza de Belén, Jacob había levantado su tienda sobre la colina del Pesebre.

LXVII

Visita de Zacarías. La Sagrada Familia se traslada a la tumba de Mahara

Esta noche he visto a Zacarías de Hebrón que iba por primera vez: a visitar a la Sagrada Familia.

María estaba en la gruta, y Zacarías, llorando lágrimas de alegría, tomó en sus brazos al Niño, y repitió, cambiando algunas frases, el cántico de alabanza que había dicho en el momento de la circuncisión de Juan Bautista.

Más tarde Zacarías volvió a su casa, y Ana acudió al lado de la Santa Familia con su hija mayor. María de Helí era más alta que su madre y parecía de más edad que ella.

Reina gran alegría entre los parientes de la Sagrada Familia, y Ana se siente muy feliz. María pone con frecuencia al Niño en sus brazos y lo deja a su cuidado. Con ninguna otra persona he visto que hiciera esto. Una cosa me conmovió mucho: los cabellos del Niño Jesús, rubios y formando bucles, tenían en su extremidad hermosos rayos de luz. Creo que le rizan el cabello, pues veo que le frotan la cabecita al lavarlo, poniéndole un pequeño abrigo sobre el cuerpo. Veo en la Sagrada Familia una piadosa y tierna veneración

en el trato con el Niño; pero todo lo hacen sencilla y naturalmente, como pasa entre los santos y elegidos de Dios. El Niño muestra un cariño y una ternura tal con su madre como nunca he visto en otros niños de corta edad.

María contaba a su madre Ana todo lo sucedido con la visita de los Reyes, alegrándose mucho Ana de ver cómo habían sido llamados desde tan lejos esos hombres para conocer al Niño de la Promesa. Observó los regalos de los Reyes, ocultos en una excavación abierta en la pared, y ayudó en la distribución de una gran parte de ellos y a poner en orden los demás. Todo estaba tranquilo en los alrededores de Belén, porque los caminos que llevaban a la gruta y que no pasaban por la puerta de la ciudad estaban obstruidos por las autoridades, y José no iba ya a Belén a hacer sus compras porque los pastores le traían cuanto necesitaba. La parienta a cuya casa iba Ana y que estaba en la tribu de Benjamín, se llamaba Mará, hija de Rhod, hermana de Santa Isabel. Era pobre y tuvo varios hijos, que luego fueron discípulos de Jesús. Uno de ellos fue Natanael [25], el novio de las bodas de Cana. Esta Mará se halló presente en Efeso en los momentos de la muerte de María.

Ana está en este momento sola con María en la gruta lateral. Están trabajando juntas tejiendo una colcha ordinaria. La gruta del Pesebre estaba completamente vacía. El asno de José estaba oculto detrás de unas zarzas. Hoy volvieron algunos agentes de Herodes y pidieron en Belén noticias acerca de un Niño recién nacido. Llenaron especialmente de preguntas a una mujer judía que poco tiempo antes había dado a luz a un niño. No fueron a la gruta porque antes no habían encontrado allí nada más que a una pobre familia: estuvieron lejos de pensar que podría tratarse del Niño de esa familia. Dos hombres de edad, de los pastores que habían adorado al Niño Jesús, relataron a José la historia de esas investigaciones. La Sagrada Familia y Ana se refugiaron en la gruta de la tumba de Maraha. En la gruta del Pesebre no quedaba nada que pudiera dar a entender que hubiera estado habitada: parecía un

lugar abandonado. Los vi durante la noche caminando por el valle con una luz velada: Ana llevaba el Niño y María y José caminaban a su lado. Los pastores los guiaban llevando las colchas y todo lo que necesitaban las mujeres y el Niño.

Tuve una visión, que no sé si la tuvo también la Sagrada Familia. Vi una gloria formada por siete rostros de ángeles colocados uno sobre otro alrededor del Niño Jesús. Aparecieron otras caras y otras formas luminosas, junto a Ana y a José, que parecían llevarlos por el brazo. Al entrar en el vestíbulo cerraron la puerta, y al llegar a la gruta de la tumba hicieron los preparativos para el descanso.

He visto a dos pastores que avisaban a María de la llegada de gente enviada por las autoridades para tomar informes sobre su Niño. María sintió gran inquietud. De pronto vi a José que entraba, tomaba al Niño en brazos y lo envolvía en un manto para llevarlo. No recuerdo ya dónde fue con Él. Entonces vi a María, sola, durante todo un medio día, en la gruta, llena de inquietud materna, sin el Niño en su presencia. Cuando llegó la hora en que la llamaron para dar el pecho al Niño, hizo lo que hacen las madres cuidadosas que han sufrido alguna agitación violenta o tenido una conmoción de terror.

Antes de amamantar al Niño, exprimió de su seno la leche que se habría podido alterar, en una pequeña cavidad de la piedra blanca de la gruta. María habló de esta preocupación con uno de los pastores, hombre piadoso y grave que había ido a buscarla para llevarla junto al Niño. Este hombre, profundamente convencido de la santidad de la Madre del Redentor, sacó cuidadosamente aquella leche de la cavidad de la piedra, y lleno de fe sencilla y simple, la llevó a su mujer, que tenía un niño de pecho al que no podía calmar ni acallar. Aquella buena mujer tomó ese alimento con confianza y respeto, y su fe se vio recompensada, pues se encontró desde entonces con leche buena y abundante para su hijo. Después de

esto, la piedra blanca de la gruta recibió una virtud semejante: he visto que aun hoy en día también infieles y mahometanos usan de ella como un remedio en éste y otros casos análogos [26]. Desde entonces aquella tierra mezclada con agua y comprimida en pequeños moldes es distribuida a toda la cristiandad como objeto de devoción y a esta especie de reliquias llaman "Leche de la Virgen Santísima".

LXVIII

Preparativos para la partida de la Sagrada Familia

En estos últimos días y hoy mismo he visto a José haciendo preparativos para la próxima partida de la Sagrada Familia. Cada día iba disminuyendo los muebles y utensilios. A los pastores les daba los tabiques movibles, los zarzos y otros objetos con los cuales había hecho más habitable la gruta. Por la tarde, muchas personas que iban a Belén para la fiesta del sábado, pasaban por la gruta del Pesebre, pero la hallaron abandonada y prosiguieron su camino. Ana debe volver a Nazaret después del sábado. He visto que están ordenando, envolviendo paquetes y que cargan sobre dos asnos los objetos recibidos de los Reyes, especialmente las alfombras, colchas y diversas piezas de género. Esta noche celebraron la fiesta del sábado en la gruta de Maraña continuándola durante el día 29, mientras en los alrededores reinaba gran tranquilidad. Terminada la fiesta del sábado se preparó la partida de Ana.

Esta noche vi por segunda vez que María salía de la gruta de Maraña y llevaba al Niño a la gruta del Pesebre en medio de las tinieblas de la noche. Lo colocó sobre una alfombra en el lugar donde había nacido y rezó de rodillas junto al Niño. Se llenó toda la gruta de luz celestial, como en el día del Nacimiento. Creo que María debió ver toda esa luz. El Domingo 30, por la mañana, Ana se despedía con ternura de la Sagrada Familia, y de los tres pastores, y se encaminaba con su gente a Nazaret. Llevaban sobre sus bestias de carga todo lo que quedaba aun de los regalos de los Reyes y me admiré mucho de que se llevasen un atadito que me pertenecía a mí. Tuve la impresión de que se hallaba dentro de su equipaje y no podía comprender cómo Ana se llevase algo que era mío. Ana se llevó muchos regalos de los tres Reyes, especialmente ciertos tejidos. Una parte de ellos sirvió en la Iglesia primitiva y algunas de estas cosas han llegado hasta nosotros. Entre mis reliquias hay un trocito de colcha que cubría la mesita donde se pusieron los regalos de los Reyes, y otro es de uno de sus mantos. Yo mismo debo tener un pedazo de género que procede de los Reyes Magos.

Poseían varios mantos: uno grueso y de tela tupida para el mal tiempo; otro de color amarillo, y un tercero, rojo, de una hermosa lana muy fina. En las grandes ceremonias llevaban mantos de seda sin teñir: los bordes estaban bordados de oro y la larga cola era llevada por los hombres del séquito. Creo que hay cerca de mi un trozo de aquellos mantos, y por esta razón he podido ver junto a los Reyes, antes y esta noche, de nuevo, algunas escenas relativas a la producción y al tejido de la seda. En una región del Oriente, entre el país de Teokeno y el de Sair, había árboles cubiertos de gusanos de seda.

Alrededor de cada árbol habían cavado un pequeño foso, para que estos gusanos no pudieran irse de allí, y vi que colocaban con frecuencia unas hojas debajo de esos árboles. En las ramas estaban suspendidas cajitas, de donde sacaban objetos

redondeados más largos que un dedo. Pensé que se tratase de huevos de pájaros de alguna especie rara; pero luego entendí que eran capullos hilados por estos gusanos al ver cómo las gentes los devanaban y sacaban hilos muy delgados. Sujetaban una gran cantidad de ellos contra su pecho e hilaban con un hermoso hilo que enrollaban sobre algo que tenían en la mano. Tejían entre los, árboles y su telar era muy sencillo. La pieza del género era del ancho de la sábana que tengo en mi lecho.

LXIX

Presentación de Jesús en el Templo

Acercándose el día en que la Virgen debía presentar su Primogénito en el Templo y rescatarlo según lo prescribía la Ley, se hicieron los preparativos para que la Sagrada Familia pudiese ir al Templo y de allí volver a Nazaret. Ya el domingo 30 los pastores habían llevado lo que Ana había dejado. La gruta del Pesebre, la lateral y la de Maraha se hallaban completamente vacías y limpias. José las había dejado en las condiciones en que las encontró. He visto a María y a José con el Niño visitando por última vez la gruta y despedirse del paraje. Tendieron la carpeta de los Reyes en el lugar donde Jesús había nacido, pusieron allí al Niño y rezaron. De allí pasaron al sitio de la circuncisión y también allí se detuvieron rezando. Al amanecer he visto a la Virgen sentarse sobre el asno que los pastores dejaron ensillado delante de la gruta. José tuvo al Niño mientras María se acomodaba, y luego se lo dio. La Virgen iba sentada de modo que sus pies, un tanto levantados, descansaban sobre una tablilla. Llevaba al Niño contra su pecho, envuelto en su gran manto,

mientras lo contemplaba llena de felicidad. Sobre el asno sólo había dos colchas y dos pequeños fardos, entre los cuales estaba María.

Los pastores se despidieron con mucha emoción acompañándolos un trecho.

No hicieron el mismo camino por donde habían venido, sino que cruzaron entre la gruta del Pesebre y la de la tumba de Maraña, costeando a Belén por el Oriente, de modo que nadie los observó.

Hoy los vi seguir el camino con lentitud, recorriendo la distancia bastante corta de Belén a Jerusalén. Emplearon mucho tiempo porque se detenían con frecuencia. A mediodía los vi hacer alto sobre unos asientos alrededor de un pozo techado, mientras dos mujeres se acercaron a María y trajeron dos cantaritos con agua mezclada con bálsamo, y panecillos. La ofrenda que María ofrecería en el templo estaba en un cestillo colgado de un lado del asno. Este cesto tenía tres compartimentos: dos de ellos, cubiertos, contenían frutas; el tercero era una jaula calada con dos palomas. Al amanecer los vi entrando en la casa pequeña de dos esposos ancianos que los recibió con todo afecto: estaban a un cuarto de legua de Jerusalén. Eran esenios, parientes de Juana Chusa. El marido se ocupaba, en trabajos del jardín, podando cercos, y tenía a su cargo la parte del camino.

Pasaron todo el día en casa de esos ancianos. María estuvo casi todo el día sola con el Niño en una habitación; lo tenía junto a ella sobre una alfombra.

María estaba siempre en, oración y parecía disponerse para la ceremonia que tendría lugar muy pronto. En aquella ocasión tuve una advertencia interior acerca de la manera que debía prepararme

para la Comunión. Vi aparecer en la habitación a varios ángeles que adoraban al Niño Jesús. No podría decir si María los vio, aunque creo que sí, porque estaba muy emocionada; por otra parte, los dueños de la casa prestaron toda clase de atenciones a María presintiendo algo extraordinario en el Niño Jesús.

A las siete de esta tarde vi al anciano Simeón. Era un hombre delgado, de mucha edad y barba corta. Este sacerdote tenía mujer y tres hijos, de los cuales el más joven contaría veinte años. Vivía junto al templo, y vi que se dirigía por un corredor estrecho y oscuro hacia una celdilla abovedada, abierta en los gruesos muros. No vi más que una abertura por la cual se miraba al interior. El anciano estaba arrodillado en su oración como en éxtasis.

Se le apareció un ángel y le dijo que prestase atención al primer niño que se presentara a la mañana siguiente en el templo, pues ese Niño era el suspirado Mesías que él tanto había deseado contemplar. Le avisó que habría de morir después de ver al Mesías. El espectáculo era admirable. La celda estaba inundada de luz y el anciano Simeón lleno de contento. Al volver a su casa contó a su mujer lo que le había pasado, y cuando ésta fue a descansar, vi al anciano de nuevo en oración. Cuando veía a los piadosos israelitas de entonces rezando y a los sacerdotes, nunca los vi hacer las contorsiones ridículas que hacen hoy los judíos; en cambio, los he visto darse a veces a la disciplina. He visto que la profetisa Ana tuvo también una visión mientras rezaba en su celda del templo, referente a la presentación del Niño Jesús.

Esta mañana, antes de amanecer, he visto a la Sagrada Familia en compañía de los dueños de casa, que dejaban el albergue para dirigirse al templo de Jerusalén con el cesto donde estaban las ofrendas que debía presentar. Entraron primero en un patio cercano al templo, rodeado de muros, y mientras José y el dueño de casa colocaban el asno bajo un cobertizo, la Virgen fue recibida muy

fraternalmente por una anciana que la llevó más lejos pos un corredor cubierto. Llevaban una linterna, pues no había aclarado aún. Desde la entrada, en aquel pasaje, el anciano Simeón salió al encuentro de María.

Dijo algunas palabras de alegría, tomó al Niño en sus brazos, lo estrechó contra su corazón y se dirigió por otro camino apresuradamente al templo.

Tenía un deseo tan vivo de ver al Niño, por lo que él ángel le había dicho, que quiso esperar la llegada de las mujeres para ver más pronto lo que tanto tiempo había suspirado. Llevaba Simeón largas vestiduras, como acostumbraban los sacerdotes cuando no estaban en función. Lo he visto con frecuencia en el templo y siempre en calidad de sacerdote, pero sin ocupar un cargo muy elevado en jerarquía. Sobresalía por su piedad, sencillez y sabiduría.

LXX

Presentación de María en el Templo

La Virgen fue llevada por la mujer que le servía de guía hasta el vestíbulo del templo, donde se hacía la purificación. Fue recibida allí por Ana y Noemí, su antigua maestra, las cuales habitaban en esa parte del templo. Simeón acudió nuevamente al encuentro de María y la condujo al lugar donde se hacía el rescate de los hijos primogénitos. Ana, a quien José entregó el cesto con las ofrendas,

la siguió con Noemí. José se dirigió a otra puerta, donde debían entrar los hombres. El cesto contenía frutas en la parte de arriba y palomas en la de abajo. Ya se sabía en el templo que varias mujeres tenían que presentarse con sus'; primogénitos y todo estaba preparado para la ceremonia, que se celebró en un lugar tan amplio como la catedral de Dülmen. Había una serie de lámparas encendidas; contra los muros, que formaban como una pirámide de luces. La llama salía por la extremidad de una caña curva terminada en un pico de oro, que brillaba tanto como la llama y que llevaba sujeta por un resorte un pequeño apagador. Cuando éste era alzado por detrás, se apagaba la llama sin despedir humo ni olor, y para prenderlo bastaba bajarlo. Delante de una especie de altar, en una de cuyas extremidades había algo parecido a unos cuernos, varios sacerdotes habían llevado un cofre cuadrangular, algo alargado, que formaba el soporte de una mesa bastante amplia sobre la cual había una gran placa. En esta mesa colocaron una colcha roja y otra blanca, transparente, que colgaba hasta el suelo alrededor de la mesa. En los cuatro extremos de la mesa había lámparas encendidas de varios brazos y en el centro dos fuentes ovaladas y dos cestillas en torno a una larga cuna. Todos estos objetos se habían extraído de los compartimentos del cofre. De ahí también sacaron ropas sacerdotales, depositándolas sobre el altar fijo. La mesa para recibir las ofrendas estaba rodeada de una reja. A ambos lados de esta sala del templo había hileras de asientos, unas más altas que otras, donde se encontraban varios sacerdotes orando. Simeón se acercó a María que tenía al Niño envuelto en una tela azul celeste; y la condujo por/ia reja hasta la mesa de las ofrendas, donde María puso al Niño en la cuna. Desde ese momento vi el templo lleno de luz de un resplandor indescriptible. Vi que Dios estaba allí, y encima del Niño Jesús, vi los cielos abiertos hasta el trono de la Santísima Trinidad.

Simeón volvió a llevar a María al sitio donde se encontraban las mujeres detrás de la reja. María tenía vestido azul celeste y velo blanco, y estaba envuelta en largó manto amarillento. Simeón se acercó entonces al altar fijo, donde se hallaban las vestiduras

sacerdotales y se revistió con otros tres sacerdotes para la ceremonia. En los brazos llevaban algo así como una rodela pequeña y sobre la cabeza una especie de mitra. Uno de estos sacerdotes se colocó detrás de la mesa de las ofrendas, el otro delante y los restantes se hallaban a los costados recitando plegarias frente al Niño. La profetisa Ana acercóse entonces a María, le presentó el cesto de las ofrendas y la llevó hasta la reja, delante de la mesa del sacrificio. Ella quedó allí de pie, y Simeón, que estaba junto a la mesa, abrió la reja, acercó a María a la mesa y colocó allí sus ofrendas. En una de las fuentes ovaladas pusieron las frutas y en la otra, monedas, mientras las palomas permanecieron en el cesto. En tanto Simeón quedaba con María ante el altar de las ofrendas, el sacerdote, detrás del altar, tomó al Niño Jesús, lo alzó en el aire presentándolo hacia diversos lados del templo y oró largo tiempo. Después entregó el Niño al anciano Simeón, el cual lo puso en brazos de María, leyendo ciertas oraciones en un rollo puesto a su lado sobre un atril. Simeón volvió a conducir a María delante de la balaustrada, de donde fue llevada por Ana, que la esperaba, al sitio donde estaban comúnmente las mujeres. Había allí una veintena de ellas, que había concurrido para presentar a sus primogénitos. José y los demás hombres estaban más lejos, en el sitio designado. Los sacerdotes que estaban delante del altar comenzaron un servicio con incensarios y oraciones, y los que se encontraban sentados tomaron parte en él haciendo ademanes, aunque no exagerados, como hacen los judíos de hoy.

Terminada esta ceremonia Simeón acercóse a María, recibió al Niño en sus brazos y, lleno de entusiasmo, habló de Él durante largo tiempo en términos sumamente expresivos. Agradeció a Dios el haber cumplido su promesa y entre otras cosas dijo: "Ahora, Señor, puedes dejar morir a tu siervo en paz, según tu promesa, porque mis ojos han visto tu Salud, que has preparado a la faz de todos los pueblos como luz que iluminará a las gentes y gloria de tu pueblo Israel". José se había acercado después de la Presentación, y escuchó, igual que María, con sumo respeto» las inspiradas

palabras de Simeón, el cual, bendiciendo a ambos, dijo a María: "He aquí que Éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y en señal de contradicción. Una espada traspasará tu alma, para que sean manifestados los pensamientos de muchos corazones". Al terminar su discurso Simeón, la profetisa Ana se sintió inspirada y habló largo tiempo del Niño Jesús, dando a su Madre el nombre de Bienaventurada. He visto que todos los presentes escucharon esto con devoción, sin que resultara desorden alguno. Me parece que los sacerdotes también oyeron estas cosas. Parecía que aquella manera de rezar, en alta voz, no fuera cosa insólita; que sucedían con frecuencia estas cosas y que era natural que así sucedieran en el templo. Todos los presentes manifestaban grandes muestras de respeto al Niño y a su Madre. María brillaba como una rosa del Paraíso.

En apariencia, la Sagrada Familia había presentado de las ofrendas la más pobre, pero José dio al anciano Simeón y a la profetisa Ana, secretamente, muchas pequeñas monedas amarillas triangulares, con intención de favorecer especialmente a las vírgenes pobres que se educaban en el templo y que no tenían medios para costearse el mantenimiento. He visto luego que la Virgen era llevada con su Niño por Ana y Noemí al atrio desde donde la habían traído, y allí se despidieron. José ya se encontraba allí con los dueños de la casa donde se alojaban. Como habían traído el asno, María montó en él, con el Niño en brazos, y saliendo del templo se dirigieron a Nazaret, atravesando Jerusalén. No pude ver la ceremonia de la presentación de los demás niños en el día de hoy; pero tengo la impresión de que todos ellos recibieron gracias particulares, y que muchos fueron de aquellos niños inocentes degollados por orden de Herodes. Toda la ceremonia de la Presentación debió terminar a eso de las nueve de la mañana, pues a esa hora he visto que partía la Sagrada Familia de Jerusalén.

Llegaron ese día hasta Bet-Horón y pasaron la noche en la casa que había sido el último albergue de María, cuando fue llevada al

templo trece años antes. Me pareció que la casa estaba habitada por un maestro de escuela.

Algunas personas, enviadas por Ana, los estaban esperando para acompañarlos. Al volver a Nazaret siguieron un camino más directo del que habían tomado para ir a Belén, porque entonces evitaban las aldeas y entraban sólo en las casas aisladas que encontraban. La borriquilla, que les había indicado el camino cuando fueron a Belén, había quedado en casa de un pariente de José, porque pensaba éste volver a Belén y construirse allí una vivienda en el valle de los pastores. De esto había tratado con ellos y les decía que volvía a Nazaret sólo para que María pudiera pasar algún tiempo en casa de su madre a reponerse de las incomodidades sufridas en el mal alojamiento de Belén. Había dejado por esto muchas cosas en poder de los pastores, por la intención que tenía de volver. José llevaba unas monedas muy raras que había recibido de los Reyes Magos: en una especie de bolsillo interior de su ropa, tenía ciertas cantidades de hojitas de metal amarillo, muy delgadas, brillantes y dobladas unas sobre otras, de forma cuadrada, con las puntas redondeadas que tenían un grabado encima. En cambio, he visto que las monedas recibidas por Judas en pago de su traición, eran de forma de lengua.

En estos días pude ver de nuevo a los Reyes reunidos más allá de un río donde se detuvieron el día entero consagrado a la celebración de una de sus fiestas. Había allí un caserón grande, rodeado de casas más pequeñas. Al principio viajaron muy rápidamente, pero desde que se detuvieron en aquel sitio su marcha era más lenta. Yo veía a un joven resplandeciente que iba delante del cortejo y que a veces hablaba con ellos.

LXXI

Muerte de Simeón

El anciano Simeón tenía tres hijos, el mayor de unos cuarenta años y el más joven de unos veinte, y los tres estaban empleados en el templo.

Más tarde se hicieron amigos fieles, aunque secretos, de Jesús y de sus discípulos y después lo fueron también ellos, no recuerdo si antes de la muerte de Cristo o después de su Ascensión al cielo. Fue uno de ellos el que en la última Cena preparó el cordero pascual para Jesús y los apóstoles. En los primeros tiempos de la persecución, después de la Ascensión, hicieron grandes servicios a los amigos de Jesús. No recuerdo ahora si todos esos hombres fueron hijos o nietos de Simeón. Simeón era pariente de Serafia (más tarde Verónica) t como también de Zacarías, por medio del padre de Verónica. Este anciano, luego de haber profetizado en la Presentación de Jesús en el templo, al volver a su casa cayó enfermo casi de inmediato, y a pesar de su enfermedad, manifestaba gran alegría en las conversaciones con su mujer y sus hijos. Esta noche vi que era hoy cuando debía morir, y sólo recuerdo lo siguiente. Desde su lecho de muerte Simeón dirigió palabras conmovedoras a su mujer y a sus hijos habiéndoles de la salvación que había llegado para Israel, de lo que había anunciado el ángel, todo esto en términos entusiastas, elocuentes y jubilosos. Después de esto lo vi morir plácidamente. La familia lo lloró en silencio, y alrededor de él he visto muchos sacerdotes y judíos orando. Su cadáver fue llevado en seguida a otra sala. Allí lo pusieron sobre una tabla agujereada y lo lavaron bajo una colcha con esponjas, de modo que no lo veían desnudo. El agua corría a través de los orificios de la tabla hasta una fuente de cobre que estaba debajo. Después pusieron sobre el cuerpo grandes hojas

verdes, alrededor hermosos ramos de hierbas y lo amortajaron en un lienzo grande, envolviéndolo luego con una tela en forma de tira larga, como se fajaría a un niño. Su cuerpo estaba tan rígido e inflexible que parecía atado a la tabla. La misma noche lo enterraron. Lo transportaron seis hombres, llevando luces. El cuerpo estaba colocado sobre una tabla con la forma del cuerpo y un borde algo levantado en los cuatro costados. Así envuelto y descubierto pusieron el cuerpo sobre la tabla. He visto que los que lo llevaban y los que acompañaban iban más de prisa de lo que suele hacerse en nuestros días. Lo sepultaron en la tumba de una colina no distante del templo. La bóveda tenía en su parte exterior la forma de un montículo, donde se había colocado, desde afuera, una puerta oblicua, con trabajo de albañilería en la parte interior, hecha de un modo particular que me recordó el tipo de obra que hacía San Benito cuando edificó su primer monasterio. Las paredes estaban adornadas de flores y estrellas con piedras de diferentes colores, tal como era la celda de la Virgen en el templo. La pequeña bóveda donde pusieron a Simeón tenía apenas el espacio para circular alrededor del cadáver. Tenían otras costumbres en los entierros, tales como dejar monedas, piedrecillas y creo que también alimentos, aunque ya no recuerdo bien estas cosas.

LXXII

Visión de la Purificación de María

La fiesta de la Candelaria o Purificación se me mostró en un gran cuadro que ahora me es difícil explicar. Vi esta fiesta en una iglesia diáfana suspendida sobre la tierra, que representa la Iglesia

Católica en general, y que veo cuando debo contemplar no una iglesia en particular, sino la Iglesia como tal. Estaba llena de ángeles, que rodeaban a la Santísima Trinidad. Así como yo debía ver a la Segunda Persona de la Trinidad en el Niño Jesús presentado y rescatado en el templo, a pesar de hallarse presente en la Trinidad Santísima, así me parecía que el Niño Jesús se hallaba junto a mí y me consolaba en mis dolores mientras yo veía a la augusta Trinidad.

Estaba, pues, cerca de mí el Verbo encarnado, y parecía que el Niño Jesús estaba unido a la Santísima Trinidad mediante una vía luminosa. No dejaba de estar allá, aunque estuviera a mi lado, y no dejaba de estar junto a mí, aunque estuviera en la Trinidad. En el momento en que sentí fuertemente la presencia del Niño Jesús junto a mí, vi la figura de la Santísima Trinidad en otra forma que cuando Ella me es presentada solamente como imagen de la Divinidad.

En esto apareció un altar en medio de la iglesia: no era un altar determinado de una de nuestras iglesias, sino un altar en general y simbólico. Sobre él había un árbol pequeño con grandes hojas colgantes, como había visto que era el árbol de la ciencia del bien y del mal en el Paraíso terrenal. Después vi a la Virgen Santísima con el Niño Jesús en brazos como si emergiese de la tierra, delante del altar, mientras el árbol que estaba sobre, él se inclinaba ante Ella y se secaba de inmediato. Después vi que un ángel de vestiduras sacerdotales, con un aro luminoso en la cabeza, se acercaba a María. Ella le dio el Niño y el ángel lo puso sobre el altar, y en el mismo momento vi al Niño en el cuadro de la Santísima Trinidad, la cual contemplé esta vez en su forma común. Vi que el ángel daba a María un pequeño globo, sobre el cual había una figura como de un Niño fajado y María, después de haberlo recibido, quedó suspendida en el aire sobre el altar. De todos lados salían brazos llevando antorchas que se dirigían hacia ella, y María las presentaba al Niño, sobre el globo, en el que entraron de inmediato.

Las antorchas formaron, por encima del Niño y de María, un resplandor de luz que iluminaba todo el cuadro. María desplegaba un amplio manto sobre toda la tierra. Luego todo cambió y se transformó en otra escena, que parecía la celebración de una fiesta.

Creo que la muerte del árbol de la ciencia del bien y del mal en el momento de aparecer María y la absorción del Niño ofrecido sobre el altar dentro del cuadro de la Santísima Trinidad, debían ser imágenes de la reconciliación de los hombres con Dios. Por esto mismo he visto que las luces dispersas presentadas a la Madre de Dios y remitidas por ella al Niño Jesús se convertían en una sola luz en Jesús, que es la Luz del mundo que ilumina a todo hombre y al mundo entero, representado por aquel globo como por un globo imperial. Las luces presentadas indicaban la bendición de las candelas, que se celebra en la fiesta de la Candelaria.

LXXIII

La Sagrada Familia llega a casa de Santa Ana

Esta noche vi que la Sagrada Familia había llegado a la casa de Ana, a media legua de Nazaret, hacia el valle de Zabulón. Tuvo lugar allí una fiestecita familiar, como aquella celebrada cuando partió María para el templo. Estaba María de Helí, la hija mayor de Ana. Habían quitado la carga al asno porque pensaban quedarse algún tiempo. Todos recibieron al Niño Jesús con alegría, con una alegría tranquila, interior: no había nada de apasionado en todas estas personas. Estuvieron presentes algunos sacerdotes de edad y

hubo una fiestecita con una comida. Las mujeres comían separadas de los hombres.

En otra ocasión veo de nuevo a la Sagrada Familia en casa de Ana. Están presentes algunas mujeres, entre ellas María Helí, hija mayor de Ana, con su hija María de Cleofás; veo, además, a otra mujer del país de Santa Isabel, y aquella sirvienta que había estado con María en Belén. Esta sirvienta, después de perder a su marido, que la había tratado mal, no quiso volver a casarse y se fue a Juta, a casa de Isabel, donde María la conoció cuando fue a visitar a su prima. De allí la viuda fue a casa de Ana.

Hoy he visto a José atareado, cargando muchos bultos en casa de Ana, e ir luego con la criada de Ana a Nazaret, seguido de dos o tres asnos cargados.

En los casos desesperados invoco a Santa Ana, Madre de María, y hoy, estando en visión en su casa, vi en el jardín muchas peras, ciruelas y otras frutas pendientes de los árboles, a pesar de no ser estación de frutas, y los árboles estuviesen sin hojas. Recogí algunas antes de salir de la casa y llevé las peras a personas enfermas, que se curaron de inmediato. Di también frutas a otras personas conocidas y desconocidas, que sintieron gran alivio en sus penas y enfermedades. Creo que estas frutas indican favores obtenidos por intercesión de Santa Ana, y que significan para mí nuevos sufrimientos de expiación. Por experiencia sé que sucede esto al tomar frutas de los jardines de los santos: pago el favor que recibo con nuevos dolores en favor de las almas.

En Palestina veo ahora a menudo brumas y lluvias; a veces un poco de nieve que se derrite en seguida. Veo también árboles sin hojas, pero con algunas frutas. Veo varias cosechas en el año y una que corresponde a nuestra estación de primavera.

En el invierno veo a la gente completamente cubierta, con mantos sobre la cabeza.

Hoy, por la tarde, he visto a María con el Niño, acompañada de su madre, que iban a la casa de José en Nazaret. El camino es agradable. Habrá una media legua de distancia, entre colinas, jardines y huertas. Ana envía alimentos a José y a María a su casa de Nazaret. ¡Qué conmovedor es todo lo que veo en la Sagrada Familia! María es como una Madre y al mismo tiempo como la servidora del Niño Jesús y la servidora de San José, y José es para María como el amigo más devoto y el servidor más humilde. ¡Cuánto me conmueve ver a María mover y dar vueltas al Niño Jesús como a un niño que no puede valerse por si mismo!

El Niño Jesús puede tener un año de edad. Lo vi jugando en torno de un balsamero, en un momento en que sus padres se detuvieron durante el viaje; algunas veces lo hacían andar un rato. Vi a la Virgen tejiendo vestiditos a punta de aguja o ganchillo. Tenía tenía madeja de lana sujeta a la cadera derecha y «n las manos dos palillos de hueso, si no me equivoco, con unos ganchillos en la extremidad. Uno de ellos podía medir media vara de largo, el otro era más corto. La Virgen trabajaba de pie o sentada, junto al Niño, que se hallaba acostado en una pequeña cesta. A José lo he visto trabajar trenzando diferentes objetos y hacer tabiques y entarimados para las habitaciones con largas tiras de cortezas amarillas, pardas y verdes. Tenía una provisión de objetos semejantes superpuestos en un cobertizo contiguo a la casa. Me inspiraba compasión pensando que pronto tendría que dejar todo y huir a Egipto. Santa Ana venía con frecuencia, casi todos los días, desde su casa que está a solo media legua.

LXXIV

Agitación de Herodes en Jerusalén

He visto lo que sucedía en Jerusalén, y cómo Herodes mandó llamar a mucha gente como cuando recluían soldados en nuestra tierra. Los soldados recibieron trajes y armas en un amplio patio donde se habían reunido. En el brazo tenían una media luna (una rodela). Tenían venablos y sables cortos y anchos, como cuchillas, y sobre la cabeza cascos; muchos de ellos se ceñían las piernas con cintas. Todo esto tenía relación con la matanza de los niños inocentes, porque Herodes andaba sumamente agitado. Hoy lo he visto de nuevo en gran agitación, como cuando llegaron los Reyes Magos a preguntarle acerca del Rey de los judíos recién nacido. Estuvo consultando a viejos escribas y doctores, que portaban largos rollos de pergamino fijos sobre dos pedazos de madera, y estuvieron leyendo allí algo. He visto que los soldados vestidos y equipados la víspera fueron enviados a diversas direcciones, a los alrededores de Jerusalén y de Belén. Creo que fue para ocupar aquellos lugares donde más tarde las madres debían acudir con sus hijos a Jerusalén, sin sospechar que habrían de ser degolladas allí las criaturas. Quería impedir Herodes que su crueldad fuera causa de algún levantamiento. Hoy he visto a los soldados llegar a tres sitios diversos cuando salieron de Jerusalén: fueron a Hebrón, a Belén y a un tercer lugar que está entre los dos en dirección al Mar Muerto, cuyo nombre no recuerdo. Los habitantes de estos lugares, no sabiendo la causa de la llegada de los soldados, estaban intranquilos y sobresaltados. Como Herodes era astuto, no se traslucían sus malas ideas y buscaba a Jesús secretamente. Los soldados apostados en esos lugares permanecieron allí algún tiempo con el propósito de no dejar escapar al Niño recién nacido

en Belén. Herodes hizo degollar a todas las criaturas menores de dos años.

LXXV

La Sagrada Familia en Nazaret

Hoy he visto a Ana yendo con su criada desde su casa a Nazaret. La criada llevaba un paquete colgado a su costado, una cesta sobre la cabeza y otra en la mano. Estas cestas eran redondas y una de ellas calada, porque dentro tenía aves. Llevaban alimentos para María, que no tenía instalada la cocina, porque recibía todo de la casa de Ana.

Hoy por la tarde volví a ver a Ana y a su hija mayor, María de Helí, la cual tenía junto a sí a un niñito muy robusto de cuatro a cinco años: era ya un nieto, hijo de su hija María de Cleofás. José estaba ausente, en casa de Ana.

Yo pensé entre mis adentros: las mujeres son siempre del mismo modo. Las veía sentadas juntas, hablando familiarmente, jugando con el Niño Jesús, con besos y caricias y poniéndolo en los brazos del niñito de María Cleofás; todo pasaba como pasa en nuestros días en iguales casos. María de Helí vivía en una aldea a unas tres

leguas de Nazaret, hacia el Oriente, y su casa estaba también arreglada casi como la de Ana, con un patio rodeado de muros y un pozo de bomba, del cual salía un chorro de agua cuando se ponía el pie sobre un sitio determinado, cayendo el agua sobre una fuente de piedra.

Su marido se llama Cleofás y su hija, casada con Alfeo, vivía en otro extremo de la aldea. Por la noche he visto a las mujeres en oración. Estaban delante de una mesa pequeña arrimada al muro y cubierta con un tapete rojo y blanco. María estaba delante de Ana y su hermana cerca de ella. A veces cruzaban las manos sobre el pecho, las juntaban y luego las extendían y María leyó en un rollo que tenía delante. Sus oraciones me recordaban la salmodia de un coro conventual, por el tono y el ritmo con que procedían.

LXXVI

El Ángel se aparece a José y le manda huir a Egipto

Los veo partir de Nazaret. Ayer José había vuelto temprano de Nazaret y Ana y su hija estaban aún en Nazaret con María, Ya habían ido a descansar cuando el Ángel apareció a José. María y el Niño descansaban a la, derecha del hogar; Ana a la izquierda; María de Helí entre la habitación de su madre y la de José. Estas diversas habitaciones estaban separadas por tabiques de ramas de árboles trenzadas y cubiertos en lo alto con zarzos de la misma clase. El lecho de María estaba separado de los demás de la pieza por medio de una mampara. El Niño Jesús dormía a los pies de

María sobre unas alfombras en el suelo. Al levantarse, lo podía fácilmente tomar en brazos.

Vi a José descansando en su habitación, acostado de lado, con la cabeza sobre el brazo, cuando un joven resplandeciente se acercó a su lecho y le habló. José se incorporó; pero como estaba abrumado de sueño, volvió a caer. El Ángel lo tomó de la mano y lo levantó hasta que José volvió completamente en sí y se levantó. El Ángel desapareció. José encendió su propia lámpara en otra que estaba colgada delante del hogar en medio de la casa; luego golpeó a la entrada donde estaba María y preguntó si podía recibirlo.

Lo vi entrar y hablar con María, la cual no descorrió la cortina que tenía delante. Luego José entró en una cuadra donde tenía el asno y pasó a una habitación donde había diversos objetos y arregló todo para la pronta partida.

Cuando: José dejó a María, ésta se levantó y se vistió para el viaje. Fue a ver a su santa madre y le dio cuenta de la orden del Ángel de partir. Ana se levantó, como también María de Helí con su nieto. Al Niño Jesús lo dejaron aún descansando. Para aquellas santas personas la voluntad de Dios era lo primero. Estaban muy afectados y afligidos, pero no se dejaron llevar por la tristeza y dispusieron lo necesario para el viaje. María no tomó casi nada de lo que habían traído de Belén. Hicieron un envoltorio de regular tamaño con las cosas que José había dispuesto y añadieron algunas colchas. Todo esto se hizo con calma y muy rápidamente, como cuando se despierta uno para huir en secreto. María tomó al Niño y su prisa fue tanta que no la vi cambiarle pañales.

El momento de partir había llegado y no es posible decir cuánta era la aflicción de Ana y de su hija mayor: estrechaban contra su pecho al Niño Jesús, llorando, y el niñito besó también a Jesús. Ana besó

varias veces a María, llorando, como si no la hubiera de ver más, mientras María de Helí se echó al suelo derramando abundantes lágrimas. Aún no era media noche cuando dejaron la casa, y Ana y María Helí acompañaron a los viajeros un trecho de camino. José marchaba detrás con el asno y aunque iban en dirección de la casa de Ana, la dejaron a un lado hacia la derecha. María llevaba al Niño Jesús sujeto con una faja que descansaba sobre sus hombros. Tenía un largo manto que la envolvía toda con el Niño y un gran velo cuadrado que no cubría más que la parte posterior de la cabeza y caía a ambos lados de la cara.

Habían avanzado algo en el camino cuando José los alcanzó con el asno, cargado con un odre lleno de agua y un cesto lleno de objetos, como panecillos, aves vivas y un cantarito. El pobre equipaje de los viajeros, junto con algunas colchas, iba empaquetado alrededor del asiento, puesto de través con una tablilla para descansar los pies. Otra vez volvieron a besarse, llorando, y Ana bendijo a María, que montó sobre el asno, que conducía José, y prosiguieron su camino.

Por la mañana temprano he visto a María de Helí que iba con su muchachito a la casa de Ana; después envió a su suegro con un servidor a Nazaret, y regresó a su propia casa. Ana estaba empaquetando y ordenando todo lo que había quedado en la casa de José. Por la mañana acudieron dos hombres de la casa de Ana: uno de ellos no llevaba encima mas que una piel de carnero, con toscas sandalias sujetas por correas en torno de las piernas; el otro llevaba ropas largas.

Ayudaron a poner orden en la casa de José, empaquetando las cosas que debían llevar a casa de Ana.

Mientras tanto vi a la Sagrada Familia, la noche de su partida, descansar en varios lugares y por la mañana en un cobertizo. Por la tarde, no pudiendo llegar más lejos, entraron en un lugar llamado Nazara, en una casa separada de las demás, porque eran tratados con cierto desprecio los dueños de ella.

No eran judíos: en su religión había algo de paganismo, porque iban a adorar al monte Garizím, cerca de Samaria, por un camino montañoso y abrupto. Estaban obligados a pesadas tareas y trabajaban como esclavos en el templo y en otras obras públicas. Esta gente recibió a la Sagrada Familia con mucha amabilidad. Se quedaron allí el día siguiente. Al volver de Egipto la Sagrada Familia visitó a esa buena gente, y también más tarde, cuando Jesús tenía doce años, y fueron al templo, y cuando volvió a Nazaret toda esa familia se hizo bautizar por San Juan y se unió a los discípulos de Jesús.

El pueblo de Nazara no está lejos de otra ciudad puesta sobre una altura, cuyo nombre no recuerdo, pues he oído nombrar varias ciudades en los alrededores, como Legio, Massoloth, y entre ellas está Nazara, si mal no recuerdo.

LXXVII

Descanso bajo el terebinto de Abrahán

Ayer, sábado, después de la fiesta, la Sagrada Familia dejó a Nazara durante la noche. La he visto todo el domingo y la noche siguiente ocultándose cerca de aquel árbol grande bajo el cual habían estado cuando fueron a Belén y donde María había sufrido tanto el frío. Este árbol era el terebinto de Abrahán, cerca del bosque de Moré, no muy distante de Siquem, de Yhenat, de Silch y de Anima. Las intenciones de Herodes se conocían en aquel país y por eso no se sentían seguros. Cerca de este árbol fue donde Jacob enterró los ídolos robados a Labán, y junto a este terebinto Josué reunió al pueblo y estuvo levantado el tabernáculo donde se hallaba el Arca de la Alianza y exigió al pueblo renuncia de los ídolos. Allí fue saludado como rey por lo siquemitas, Abimelec, hijo de Gedeón.

Esta mañana he visto a la Sagrada Familia descansando, muy temprano, junto a una fuente, bajo unos arbustos de bálsamo, en una región fértil. El Niño Jesús estaba con los pies desnudos sobre las rodillas de María. Los arbustos estaban cubiertos de bayas rojas: en algunas ramas había incisiones, de las que salía el líquido que era recogido en pequeños recipientes. Yo me maravillaba de que no los robaran. José llenó su cantarito con el licor que manaba y comieron lo que habían traído, pan y bayas recogidas en los arbustos vecinos, mientras el asno pastaba y abrevaba junto a ellos. Hacia la izquierda se veía, en lontananza, la altura donde estaba asentada Jerusalén. Era un cuadro conmovedor mirarla desde este lugar.

LXXVIII

Santa Isabel huye al desierto con el niño Juan

Zacarías e Isabel conocían el peligro qué amenazaba a los niños, porque creo que la Sagrada Familia les envió un mensaje de confianza. He visto a Isabel llevándose al niño Juan a un sitio muy retirado del desierto, a unas dos leguas de Hebrón. Zacarías los acompañó hasta un lugar donde atravesaron un arroyuelo, pasando sobre una viga tendida. Allí se separó de ellos y se encaminó a Nazaret por el camino que María había tomado cuando fue a visitar a su prima Isabel. Creo que iba a pedir mejores informes a Santa Ana. Allí, en Nazaret, varios amigos de la Sagrada Familia estaban muy tristes por la partida. He visto que Juan, en el desierto, no llevaba sobre el cuerpo más que una piel de cordero, y a los dieciocho meses ya podía correr y saltar. Tenía en la mano un bastoncito blanco, con el que jugaba como juegan los niños. El desierto no era una inmensa extensión arenosa y estéril, sino una soledad con muchas rocas, barrancos y grutas, donde crecían arbustos diversos con bayas y frutos silvestres. Isabel llevó al niño Juan a una gruta donde más tarde vivió María Magdalena después de la muerte del Salvador. No sé cuánto tiempo estuvo oculta allí Isabel con el niño: probablemente quedó todo el tiempo hasta que no podía ya temerse la persecución de Herodes. Regresó con su hijo a Juta, pero volvió a huir cuando Herodes convocó a las madres que tenían hijos menores de dos años, lo cual tuvo lugar un año más tarde. No puedo decir los días, pero contaré las escenas de la huida conforme recuerdo haberlas visto.

LXXIX

La Sagrada Familia se detiene en una gruta y ve al niño Juan

Cuando hubo pasado la Sagrada Familia algunas alturas del Monte de C los Olivos, la vi huyendo hacia Belén, en dirección de Hebrón. A unas dos leguas del bosque de Mambré los vi refugiarse en una gruta amplia, abierta en un desfiladero agreste, encima del cual se hallaba un lugar parecido al nombre de Efraín, Me parece que era la sexta vez que se detenían en el camino. Llegaron llenos de fatiga y de tristeza. María estaba muy afligida y lloraba. Sufrían toda clase de privaciones, pues tenían que tomar los senderos apartados y evitar los poblados y las posadas públicas. Descansaron durante todo el día. Tuvieron lugar aquí algunos hechos milagrosos para aliviar su miseria. Brotó una fuente en la gruta, por la oración de María, y una cabra salvaje se acercó a ellos y se dejó ordeñar. Finalmente se les apareció un ángel, que los consoló y animó. En esta gruta había rezado a menudo un profeta y Samuel se detuvo algunas veces. David guardaba en la vecindad los rebaños de su padre, y aquí mismo mientras oraba recibió de un ángel la orden y el mandato de combatir contra Goliat [27].

Después de dejar la gruta caminaron siete leguas hacia el Mediodía, dejando a su izquierda el Mar Muerto, y unas dos leguas más allá de Hebrón entraron en el desierto donde se encontraba por entonces el pequeño Juan, pasando a un tiro de flecha de la gruta donde estaban refugiados. Los he visto avanzar en medio de un desierto de arena, muy lánguidos y cansados. El recipiente de agua y el cantarillo de bálsamo estaban vacíos; María estaba sedienta y triste, y el Niño también tenía sed. Se detuvieron fuera del camino en una hondonada donde había zarzales y un poco de césped reseco. María bajó del asno, sentóse en el suelo y puso al Niño ante sí. Estaba triste y rezaba. Mientras María, como Agar en el desierto, pedía un poco de agua para el Niño, mis ojos vieron una escena conmovedora. La 'gruta donde Isabel tenía escondido al niño Juan, estaba a poca distancia, en medio de unas rocas altas. Pude ver al niño Juan vagando entre malezas y piedras. Me pareció lleno de inquietud y como si esperara algo; no pude ver a su madre.

La vista de aquel niño corriendo con paso seguro por ese lugar desierto producía una viva impresión. De la misma manera que se había estremecido en el seno de su madre, como queriendo ir al encuentro de su Señor, esta vez se hallaba excitado por la vecindad de su Redentor, que estaba sediento. Tenía sobre los hombros una piel de cordero, sujeta por la cintura, y en la mano un bastoncito, en cuya alta punta flotaba una banderola de corteza. Sentía que Jesús pasaba y que tenía sed. Se puso de rodillas y clamó a Dios con los bracitos tendidos. Luego se levantó con rapidez corrió impulsado por el espíritu hasta un costado de la roca, y golpeó el suelo con su vara, brotando de inmediato agua abundante. Juan corrió hacia el sitio donde caía, y allí se detuvo, y vio a lo lejos a la Sagrada Familia que pasaba. María alzó al Niño en los brazos y señalando hacia el lugar, dijo: "Mira a Juan en el desierto". Vi a Juan estremecerse de alegría junto al agua que caía; hizo una señal con su banderola, y luego huyó a su soledad. El arroyo, después de algún tiempo, llegó hasta el camino que seguían los viajeros. Los he visto pasar y detenerse junto a unos zarzales en un lugar cómodo donde había un poco de césped, aunque seco. María bajó con el Niño de la cabalgadura y se sentó sobre el césped. Todos estaban llenos de alegría. José cavó una pequeña hondura, que pronto se llenó de agua, y cuando estuvo limpia todos bebieron. María bañó al Niño y luego se lavaron las manos, la cara y los pies; José trajo el asno y le dio de beber, y finalmente llenó de agua su recipiente. Estaban llenos de alegría y de agradecimiento. El césped seco reverdeció con el agua; el sol se mostró brillante, y todos se, encontraron reanimados, aunque silenciosos. Se detuvieron allí dos o tres horas.

A poca distancia de una ciudad sobre la frontera del desierto, a dos leguas más o menos del Mar Muerto, fue donde se detuvo la Sagrada Familia por última vez en los dominios de Herodes. El nombre de la ciudad era así como Anam, Anem o Anim [28]. Pidieron entrada en una casa aislada, que era posada para gentes que atravesaban el desierto. Contra una altura había algunas

cabañas y cobertizos, y en los alrededores muchos frutales silvestres. Me pareció que los habitantes eran camelleros, porque he visto pastando varios camellos rodeados de vallas. Eran gentes dé costumbres salvajes, dedicadas, me parece, al pillaje; con todo, recibieron bien a la Sagrada Familia y le dieron hospitalidad. En la vecina ciudad habitaban gentes de costumbres desordenadas, que habían huido después de una guerra. Entre las personas de la posada había un joven de unos veinte años, llamado Rubén.

En una noche estrellada he visto hoy a la Sagrada Familia atravesando un terreno arenoso, cubierto de maleza corta. Me parecía viajar con ellos por el desierto. El paraje era peligroso por la cantidad de serpientes ocultas en la maleza y enrolladas entre la hojarasca. Se acercaban silbando y levantando sus cabezas contra la Sagrada Familia, que pasaba tranquila, rodeada de luz.

He visto otros animales dañinos, de patas cortas, y una especie, con alas sin plumas, como grandes aletas, y el cuerpo largo y negruzco. Pasaban rápidamente como si volaran; la cabeza se parecía a la de los peces. (Quizás lagartos voladores). La Sagrada Familia llegó a un camino ahuecado, que era una excavación profunda del terreno y quisieron descansar allí entre los zarzales. Tuve miedo por ellos, porque el sitio era horrible y quise hacerles una muralla de zarzas entrelazadas; pero se me presentó una bestia horrible, parecida a un oso y me sentí llena de ansiedad terrible. De pronto apareció un viejo amigo mío, sacerdote, que ha muerto hace poco, y se presentaba ahora como un hermoso joven. Tomó a la bestia feroz por la nuca y la alejó de allí.

Yo le pregunté por qué había venido, pues seguramente se encontraría mejor allá donde estaba, y me respondió: "Quería socorrerte; no me quedaré mucho tiempo". Me dijo también que yo volvería a verlo.

LXXX

En la morada de los ladrones

La Santa Familia avanzó unas dos leguas hacia el Oriente por el camino principal; el último sitio donde llegaron, entre la Judea y el desierto, tenía el nombre de Mará. Pensé en el lugar donde había nacido Ana, pero no es éste. Los habitantes eran bárbaros e inhospitalarios, y la Sagrada Familia no recibió ayuda alguna. Entraron más tarde en un gran desierto arenoso, donde no había camino ni nada que indicara la dirección que debían tomar, y no sabían qué hacer. Después de haber andado un poco subieron por una cadena de montañas sombrías. Estaban de nuevo tristes y se pusieron a rezar de rodillas, clamando al Señor que los ayudase. Varios animales salvajes grandes se agruparon a su alrededor. Me pareció al principio que eran peligrosos, pero aquellas bestias no eran malas; por el contrario, miraban a los viajeros amistosamente, como me mira el viejo perro de mi confesor cuando viene hacia mí. Entendí que aquellas bestias fueron mandadas para indicarles el camino. Miraban hacia la montaña; corrían delante; luego volvían, como hace un perro cuando quiere guiar a su dueño.

Vi a la Sagrada Familia seguir a las bestias y, atravesando esas montañas, llegar a una región triste y agreste. Todo estaba oscuro y los viajeros caminaron a lo largo de un bosque, donde, fuera del camino delante del bosque, había una choza de mal aspecto. A poca distancia de ella veíase colgada una lámpara de un árbol, que se distinguía desde lejos, destinada a atraer a los caminantes. El camino era difícil, cortado a trechos por zanjas. Había hoyos

alrededor de la choza y por el camino hilos ocultos tendidos unidos a unas campanillas puestas en la cabaña. Los ladrones eran de este modo avisados de la presencia de viajeros, y salían a despojarlos.

Esta cabaña no estaba siempre en el mismo lugar: como era movible sus habitantes la trasladaban de un lugar a otro, según las necesidades. Cuando la Sagrada Familia llegó adonde estaba la linterna, se encontró rodeada por el jefe de los ladrones y cinco de sus compañeros. Tenían al principio malas intenciones; pero vi que partía del Niño Jesús un rayo luminoso que como una flecha tocó el corazón del jefe de la banda, el cual ordenó a su gente que no hicieran daño alguno a los viajeros. María vio este rayo luminoso llegar al corazón del jefe, porque a su vuelta contó el hecho a la profetisa Ana. El ladrón condujo a la Sagrada Familia a la cabaña, donde se encontraba su mujer y sus dos hijos. Ya era de noche. El hombre contó a su mujer la impresión extraordinaria que le produjo la vista del Niño y la mujer recibió a la Sagrada Familia con timidez, aunque con buena voluntad. Los viajeros se sentaron en el suelo, en un rincón de la casa y comieron algo de lo que llevaban. Los dueños de casa se mostraron a los principios tímidos y reservados, cosa no habitual en ellos; pero poco a poco se fueron acercando. Otros hombres albergaron el asno de José bajo un cobertizo. Aquellas gentes se animaron poco a poco y fueron colocándose en torno de la Sagrada Familia y conversaron. La mujer ofreció a María panecillos con miel y frutas y trajo agua para beber. El fuego estaba encendido en una excavación hecha en un rincón de la casa.

La mujer arregló un sitio separado para María y le llenó, a su pedido, una gamella llena de agua para bañar al Niño, lavando también sus pañales que puso a secar junto al fuego. María bañó al Niño Jesús bajo una sábana.

El ladrón estaba tan conmovido, que dijo a su mujer: "Este Niño judío no es un niño común: es un niño santo. Pídele a la madre que nos deje bañar a nuestro hijo leproso en el agua donde ha lavado a su hijo. Quizás esto lo cure de su enfermedad". Cuando la mujer se acercó, la Virgen le dijo, antes que ella hablara, que debía bañar a su niño leproso en aquella agua, y la mujer trajo a un muchacho de tres años más o menos en sus brazos. Estaba muy comido por la lepra y su cara era toda una costra. El agua donde Jesús había sido bañado aparecía más clara que antes y al ser puesto el niño dentro del agua las costras se desprendieron y el niño se encontró perfectamente curado. La madre estaba fuera de si de contenta, y quería besar a María y al Niño Jesús; pero María no se dejó tocar por ella ni tocar al Niño. María le dijo que cavara una pequeña cisterna, echase el agua dentro, y que la virtud curativa del agua pasaría a la cisterna. Conversó un rato con ella, la cual prometió dejar ese lugar en la primera oportunidad que se le presentara. Los padres sentían gran alegría por la curación del hijo, y habiendo acudido otros durante la noche, ellos les mostraban al niño, contándoles lo acontecido. Los recién llegados, entre los cuales había algunos jóvenes, rodeaban a la Sagrada Familia, mirándola con gran asombro. Me extrañó más esta actitud de los bandidos al mostrarse tan respetuosos con la Sagrada Familia, porque los había visto esa misma noche asaltar a varios viajeros atraídos por la luz y conducirlos a una gran caverna que estaba más abajo, en el bosque. Esta caverna, con la entrada oculta por malezas, parecía servirles de depósito, porque vi allí a varios niños robados de siete a ocho años y a una vieja que cuidaba de todo lo que había almacenado. Allí adentro he visto vestidos, carpetas, carne, camellos, carneros, animales grandes y presas de toda clase.

Durante la noche vi a María descansando un rato, la mayor parte del tiempo sentada en su lecho. Salieron por la mañana temprano, provistos de alimentos que les habían dado los bandidos. Aquellas gentes los acompañó un trecho, los guiaron a través de varias zanjas y se despidieron de ellos con gran emoción. El jefe dijo a los viajeros de modo muy expresivo: "Acordaos de nosotros

dondequiera que vayáis". Al oír estas palabras vi de pronto la escena de la Crucifixión y escuché al buen ladrón diciendo a Jesús: "Señor, acuérdate de mi cuando hayas llegado a tu reino". Reconocí en el buen ladrón al niño curado de la lepra. La mujer del bandido dejó, después de algún tiempo, la mala vida y fue a vivir en un sitio donde había descansado la Sagrada Familia. Allí había brotado una fuente y crecido un jardín de arbustos de bálsamos. Varias familias buenas fueron más tarde a habitar en aquel lugar.

LXXXI

La primera ciudad egipcia. La fuente milagrosa

He visto a la Sagrada Familia entrar en un lugar desolado: se habían extraviado y vi que se acercaban reptiles de diversas clases, entre ellos unos lagartos con alas de murciélagos, que iban arrastrándose y muchas serpientes. No les hicieron daño alguno, más bien parecía que querían indicarles el camino. Algún tiempo después, no sabiendo ya qué dirección tomar, vi que les fue mostrado el camino por medio de un gracioso milagro.

A ambos lados del camino brotó la rosa llamada de Jericó con ramas de hojas rizadas que tenían florecitas en el centro. Avanzaron con alegría en medio de ellas, viendo que se alzaban las flores en toda la extensión que alcanzaba la vista. Este prodigio continuó por todo el desierto. A la Virgen le fue revelado que más tarde vendrían gentes del país a recoger estas flores, para venderlas a viajeros extranjeros y comprar pan con el producto de la

venta. En efecto, he visto que así sucedió más tarde. El nombre del lugar era Gaz o Gose.

Los he visto arribar a un lugar llamado, si mal no recuerdo, Lep o Lap, donde había agua, fosos, canales y diques. Para atravesar el arroyo lo hicieron en balsas de madera, en las cuales había unas tinas donde metían a los asnos. Los que los pasaron en balsas fueron dos hombres de feo aspecto, cetrinos, con narices muy chatas y labios gruesos, que andaban medio desnudos.

Más tarde llegaron a unas casas apartadas de la población, pero al ver a los habitantes tan altaneros y soeces, no pararon ni hablaron con ellos. Habían llegado a la primera población pagana egipcia, habiendo viajado durante diez días en territorio de Judea y otros diez en el desierto.

He visto a la Sagrada Familia en un país llano, en territorio egipcio. Aparecían grandes praderas donde pastaban los rebaños. Vi árboles a los cuales habían sujetado algunos ídolos semejantes a niños fajados. Las tiras que los sujetaban estaban cubiertas de figuras y caracteres. Algunos hombres gruesos, de corta estatura, vestidos al modo de los hilanderos que he visto en el país de los tres Reyes, rendían homenajes a esos ídolos. La Sagrada Familia se refugió en un corral, del cual salieron las bestias para dejarles lugar. No tenían en ese momento ni agua ni alimento y nadie les dio cosa alguna. María apenas podía alimentar a su Niño. Soportaron todos los sufrimientos humanos en esos días. Cuando finalmente llegaron algunos pastores a dar de beber a sus animales en un pozo cerrado, le dieron a José un poco de agua para satisfacer su pedido. Más tarde vi a la Sagrada Familia, desprovista de todo socorro humano, atravesando un bosque, a la salida del cual había un datilero muy alto con gran número de dátiles en su extremidad superior pendientes de un racimo. María se acercó al árbol, tomó en sus brazos al Niño Jesús, y alzándolo, rezó una oración. El árbol

inclinó su copa como arrodillándose ante ellos, y pudieron así recoger su abundante fruta. El árbol quedó en la misma posición. Toda clase de gente del lugar seguía luego a la Sagrada Familia, mientras María repartía dátiles a muchos niños desnudos que corrían detrás de ella. Como a un cuarto de legua llegaron cerca de un sicómoro de grandes dimensiones y se metieron dentro del hueco del árbol que estaba en gran parte vacío, ocultándose a la vista de la gente que los seguía, de tal modo que pasaron de largo por' el lugar sin verlos y así pudieron pasar la noche ocultos.

Los he visto al día siguiente seguir a través de un arenal. Sin agua y cansados se detuvieron junto a un montículo del camino. María rezó con fervor y vi entonces brotar un manantial, de agua abundante que regaba la tierra reseca del arenal. José le abrió un cauce para apresar el agua en un hoyo que hizo y se detuvieron a descansar. María lavó y refrescó al Niño, y José llenó su odre de agua y dio de beber al asno. He visto que se acercaban para refrescarse unos animales muy feos, como grandes lagartos, y también tortugas. No hicieron daño alguno a la Sagrada Familia, sino que, por el contrario, la miraban con expresión de cariño amistoso. Vi que el agua brotada, después de recorrer un camino bastante largo, volvía a resumirse en la tierra a poca distancia de la primera fuente. La tierra regada por esta agua fue fecunda, de modo que pronto se cubrió de abundante vegetación y creció allí el árbol del bálsamo en abundancia. A la vuelta de Egipto, pudieron sacar bálsamo de esos mismos árboles. Más tarde este lugar fue conocido como "el monte del bálsamo". Se establecieron allí varias personas, entre ellas la madre del niño leproso curado en la choza de los ladrones. Volví después a ver este lugar. Un hermoso cerco de árboles de bálsamo rodeaba todo el monte, donde habían plantado otros frutales. Abrieron un pozo ancho y profundo del cual sacaban agua por medio de una noria tirada por bueyes y que, mezclada con la fuente de María, la utilizaban para regar jardines y huertas.

Sin esa mezcla he entendido que el agua del pozo hubiera sido mala y dañosa. Noté también que los bueyes que tiraban de la noria dejaban de trabajar desde el sábado al mediodía hasta el lunes por la mañana.

LXXXII

El ídolo de Heliópolis

Después de haber descansado y tomado alimentos se encaminaron a una gran ciudad, bien construida, aunque por entonces medio ruinosa; era Heliópolis, llamada también On. Este era el lugar donde, en tiempos de los hijos de Jacob, habitaba el sacerdote egipcio Putifar, en cuya casa vivía la joven Asenet, la hija que había tenido. Dina después que fue robada por los siquemitas, y que se casó más tarde con José, virrey de Egipto. He visto que allí vivía, cuando murió Jesús en la cruz, Dionisio el Areopagita. La ciudad había sido devastada por la guerra; y fueron a establecerse toda clase de gentes en sus ruinosos edificios. Pasaron allí por un puente muy ancho y muy largo, a través de un río con varios brazos. Llegaron a una plazoleta situada delante de la puerta de la ciudad, bordeada por una especie de paseo.

Había allí sobre una columna tronchada, más ancha en su base que en la altura, un ídolo grande con cabeza de buey que tenía en sus brazos algo así como un niño fajado. Alrededor del ídolo había unas mesas de piedras sobre los cuales ponían sus ofrendas las gentes que venían de todas partes de la ciudad.

Cerca de allí había un árbol corpulento bajo el cual la Sagrada Familia se detuvo a descansar. Hacía algunos momentos que estaban allí descansando cuando tembló la tierra; el ídolo tambaleó sobre su base y cayó a tierra. Este hecho fue causa de gran tumulto: la gente comenzó a dar voces y acudieron varios hombres que trabajaban en el canal. Un buen hombre, que había acompañado a la Sagrada Familia por el camino, acudió también y la condujo rápidamente a la ciudad; creo que era uno de los trabajadores del canal.

Se hallaban fuera de la plaza cuando el pueblo, atribuyendo a ellos la caída de su ídolo, se enfureció contra ellos y los amenazaba e injuriaba. Mientras sucedía esto la tierra tembló nuevamente, el árbol se desplomó, cortándose sus raíces, y el suelo donde habían estado el árbol y el ídolo se convirtió en un lodazal de agua negra y fangosa, donde se hundió el ídolo hasta los cuernos, que sobresalían. También se hundieron en el pantano algunos perversos de aquella multitud furiosa. La Sagrada Familia continuó tranquila su viaje, dirigiéndose a la ciudad. Fueron a albergarse en un edificio sólido junto al templo grande de un ídolo donde encontraron sitios desocupados.

LXXXIII

La Sagrada Familia en Heliópolis

Una vez que atravesé el mar y fui a Egipto vi a la Sagrada Familia habitando aún en la gran ciudad en ruinas. Esta ciudad se extiende a lo largo de un gran río de varios brazos y se ve desde lejos debido a su elevada posición. Hay algunas partes abovedadas, debajo de las cuales corre el río.

Para pasar a través de los brazos del río usan vigas colocadas sobre el agua.

Vi allí, con gran admiración mía, restos de grandes edificios, torres en ruinas y templos en bastante buen estado. Había columnas que parecían torres, a las cuales se podía subir por la parte exterior; otras muy altas terminadas en punta y cubiertas con imágenes extrañas y figuras semejantes a perros acurrucados con cabeza humana. La Sagrada Familia habitaba las salas de un gran edificio, sostenido por un lado por gruesas columnas de poca altura, unas de canto recto y otras redondas. Bajo las columnas habitaban muchas personas. En la parte alta, encima del edificio, había un camino por el que se podía transitar, y enfrente un gran templo de ídolos con dos patios. Delante de un espacio cerrado por un lado y abierto por otro, bajo una hilera de gruesos pilares, había hecho José una construcción liviana de madera, dividida en varias partes por medio de tabiques, donde habitaba la Sagrada Familia. Noté, por primera vez, que detrás de aquellos tabiques tenían un altarcito ante el cual oraban: era una mesa pequeña cubierta por un paño rojo y otro blanco transparente. Encima pendía una lámpara. Más tarde vi a José, ya bien instalado allí y que a menudo salía afuera a trabajar. Hacía bastones con pomos redondos en la extremidad, cestos y banquitos de tres pies y levantaba tabiques livianos con ramas entrelazadas y tejidas. Las gentes del país las untaban con un baño especial y las utilizaban para dividir las viviendas en compartimentos, contra los muros y aún dentro de los muros, que eran de mucho espesor. Con tablas delgadas y largas hacían torrecitas livianas de seis y ocho lados terminados en punta con adorno redondo por remate. Una parte quedaba abierta de modo

que podía una persona refugiarse dentro como en una garita: tenían escalones por fuera para poder subir hasta la punta de la torre. Delante de los templos de los ídolos y sobre las azoteas vi estas torrecitas, que parecían refugios para guardianes como defensa contra los ardores del sol.

Vi a la Virgen Santísima ocupada en trenzar alfombras y en otros trabajos para los cuales se servía de un bastón con pomo: me parecía que hilaba o hacía otra labor semejante. Vi a menudo gente que iba a visitarla y a ver al Niño Jesús que estaba a su lado, en el suelo, en una cunita. Esta cunita la vi con frecuencia colocada sobre una tijera parecida a la dé los aserradores. He visto al Niño graciosamente acostado y una vez lo vi sentado mientras María tejía a su lado teniendo junto a sí una cestilla con utensilios. Había otras tres mujeres allí. Los hombres que se habían refugiado en la ciudad ruinosa vestían como aquéllos que hilaban algodón que vi cuando fui al encuentro de los Reyes Magos; pero éstos llevaban unos vestidos cortos en torno del cuerpo. Vi muy pocos judíos, rondando con precaución, como si no tuvieran autorización para habitar la ciudad. Al norte de Heliópolis, entre la ciudad y el río Nilo, que se dividía en varios brazos, estaba el país de Gessen. Allí había un lugar, entre dos canales, donde vivían muchos judíos que habían degenerado en la práctica de la religión. Como varios conocían a la Sagrada Familia, María hacía para ellos toda clase de labores femeninas con que ganarse el sustento. Estos judíos de Gessen tenían un templo que comparaban con el de Salomón, pero que era muy distinto. Vi otras veces a la Sagrada Familia viviendo en Heliópolis, cerca del templo de los ídolos de que ya he hablado. José había construido, no lejos de allí, un oratorio para los judíos, porque antes de llegar José no tenían lugar donde ejercer su culto religioso.

El oratorio terminaba en una cúpula liviana, que se podía abrir al aire libre.

En el centro había una mesa donde colocaban rollos escritos. El sacerdote o escriba de la ley era un anciano; los hombres se colocaban a un lado y las mujeres a otro, cuando se reunían para rezar. Vi a la Virgen Santísima la primera vez que fue con el Niño al oratorio: estaba sentada en el suelo, apoyada sobre un brazo. El Niño Jesús, vestido de celeste, estaba delante de ella, con las manecitas juntas sobre el pecho. José parábase detrás de ella, cosa que hacía siempre, a pesar de que los demás se sentaban.

Me fue mostrado el Niño Jesús cuando era ya grandecito y recibía la visita de otros niños. Ya podía hablar y corretear. Estaba casi siempre al lado de José y lo acompañaba cuando salía. Tenía un vestidito semejante a una túnica hecha de una sola pieza. Como habitaban junto a un templo de ídolos, algunos de ellos cayeron hechos pedazos. Había quienes se acordaban de la caída de aquel gran ídolo que estaba delante de la puerta cuando ellos llegaron y atribuían el hecho a la cólera de los dioses contra ellos. A causa de esto tuvieron que sufrir muchas molestias y persecuciones.

LXXXIV

La matanza de los inocentes

Se apareció un Ángel a María y le hizo conocer la matanza de los niños inocentes por el rey Heredes. María y José se afligieron mucho y el Niño Jesús, que tenía entonces un año y medio, lloró

todo el día. He sabido lo siguiente: Como no volvieron los Reyes Magos a Jerusalén, y estando Heredes ocupado en algunos asuntos de familia, sus temores se habían calmado un tanto; pero cuando regresó la Sagrada Familia a Nazaret y oyó las cosas que habían acontecido en el templo y las predicciones de Simeón y de Ana en la ceremonia de la Presentación en el templo, aumentaron sus temores y angustias. Mandó soldados que con diversos pretextos debían guardar los lugares alrededor de Jerusalén, a Gilgal, a Belén hasta Hebrón, y ordenó hacer un censo de los niños. Los soldados ocuparon esos lugares durante nueve meses, v mientras Herodes se hallaba en Roma. Después de su vuelta se produjo la degollación de los inocentes. Juan tenía entonces dos años, y había estado escondido en casa de sus padres antes que Herodes diera la orden para que las madres se presentaran con sus hijos de dos años o menos ante las autoridades locales. Isabel, advertida por un ángel, volvió a huir al desierto con el niño Juan. Jesús tenía entonces año y medio.

La matanza tuvo lugar en siete sitios diferentes. Se había engañado a las madres, prometiéndoles premios a su fecundidad; por eso ellas se presentaban a las autoridades vistiendo a sus criaturas con los mejores trajecitos. Los hombres eran previamente alejados de las madres. Los niños, separados de sus madres, fueron degollados en patios cerrados y luego amontonados y enterrados en fosos.

Hoy, al mediodía, vi a las madres con sus niños de dos años o menos acudir a Jerusalén, desde Hebrón, Belén y otro lugar donde Herodes había ordenado a sus soldados y funcionarios. Se dirigían a la ciudad en grupos diversos: algunas llevaban dos niños montados en asnos. Cuando llegaban eran conducidas a un gran edificio siendo despedidos los hombres que las habían acompañado. Las madres entraban alegremente, creyendo que iban a recibir regalos y gratificaciones en premio a su fecundidad. El edificio estaba un tanto aislado y bastante cerca del que fue más tardé el palacio de Pilatos.

Como se hallaba rodeado de muros, no se podía saber desde afuera lo que pasaba adentro. Parecía aquello un tribunal, pues vi unos pilares en el patio y bloques de piedra con cadenas colgantes. También vi árboles que se encorvaban y ataban juntos y luego, soltados rápidamente, despedazaban a los desgraciados a ellos atados. Todo el edificio era sombrío, de construcción maciza. El patio era casi tan grande como el cementerio que hay al lado de la iglesia parroquial de Dülmen. Se abría una puerta entre dos muros y se llegaba al patio, rodeado de construcciones por tres lados. Los edificios de derecha e izquierda eran de un solo piso y el del centro parecía una antigua sinagoga abandonada. Varias puertas daban al patio interno. Las madres eran llevadas a través del patio a edificios laterales, y allí encerradas. Parecía aquello una especie de hospital o posada. Cuando se vieron encerradas, tuvieron miedo y empezaron a llorar y a lamentarse. Pasaron la noche allí dentro.

Hoy, después de mediodía, vi el cuadro horrible de la matanza de los niños.

El gran edificio posterior que cerraba el patio tenía dos pisos. El inferior era una sala grande, desprovista, parecida a una prisión, o a un cuerpo de guardia, y en el piso superior había ventanas que daban al patio. Allí vi a algunas personas reunidas en un tribunal; delante de ellas había rollos sobre una mesa. Creo que Herodes estaría presente, pues vi a un hombre con manto rojo adornado de piel blanca, con pequeñas colas negras. Estaba rodeado de los demás y miraba por la ventana de la sala que daba al patio. Las madres eran llamadas una a una para ser llevadas desde los edificios laterales hasta la sala inferior grande del cuerpo que estaba detrás. Al entrar, los soldados les quitaban los niños, llevándolos al patio, donde unos veinte hombres los mataban atravesándoles la garganta y el corazón con espadas y picas. Había niños aún fajados, a los cuales amamantaban sus madres, y otros que usaban ya vestiditos. No se ocuparon de desvestirlos, sino que

tal como venían los tomaban del bracito o del pie y los arrojaban al montón. El espectáculo era de lo más horrible que puede imaginarse. Entre tanto las madres eran amontonadas en la sala grande, y cuando vieron lo que hacían con sus niños, lanzaban gritos desgarradores, mesándose los cabellos y echándose en brazos unas de otras. Al fin se encontraron tan apretadas que apenas podían moverse. Me parece que la matanza duró hasta la noche. Los niños fueron echados más tarde en una fosa común, abierta en el mismo patio. Me fue dicho el número de ellos, pero ya no me acuerdo. Creo que había setecientos, más una cifra donde había un siete o diez y siete. Cuando vi este cuadro horrible no sabía donde estaba ocurriendo eso, y me parecía que era aquí, donde estaba yo. A la noche siguiente vi a las madres sujetas con ligaduras y conducidas por los soldados a sus casas. El lugar de la matanza en Jerusalén fue el antiguo patio de las ejecuciones, a poca distancia del tribunal de Pilatos; pero en la época de éste había sufrido varios cambios. Cuando murió Jesús, vi que se abrió la fosa donde estaban los niños inocentes y que sus almas salieron de allí apareciéndose en diversos lugares.

LXXXV

Santa Isabel vuelve a huir con el niño Juan

Santa Isabel, avisada por un ángel antes de la matanza de los inocentes, se refugió con el pequeño Juan nuevamente en el desierto. Vi que estaba buscando durante mucho tiempo una cueva que le pareciera segura y escondida: cuando la encontró permaneció allí con el niño durante unos cuarenta días. Más tarde volvió a su hogar, y un esenio del monte Horeb fue al desierto para

llevar alimentos al niño y ayudarle en sus necesidades. Este hombre, cuyo nombre he olvidado, era pariente de la profetisa Ana. Al principio iba cada semana y después cada quince días, mientras Juan necesitó ayuda. No tardó en llegar el momento en que al niño le gustaba más estar en el desierto que entre los hombres. Estaba destinado por Dios para crecer allí en toda inocencia, sin contacto con los hombres y sus maldades. Juan, como Jesús, no fue a la escuela, y era instruido por el Espíritu Santo. A menudo vi una luz a su lado o figuras luminosas como las de los ángeles. El desierto no era estéril ni desolador, porque entre las rocas brotaban abundantes hierbas y arbustos con frutas y bayas de diversas clases. He visto allí fresas silvestres que recogía el niño para comer. Tenía extraordinaria familiaridad con los animales, especialmente con los pájaros que venían volando para posarse sobre sus hombros; y mientras él les hablaba, parecía que le comprendieran y le servían de mensajeros. A veces iba a lo largo de los arroyos: los peces le eran familiares, porque se acercaban cuando los llamaba y le seguían cuando caminaba al borde del agua. Vi que se alejaba mucho de los lugares habitados por el peligro que le amenazaba. Los animales lo querían tanto que le servían en muchas cosas. Lo llevaban a sus refugios o a sus nidos, y cuando los hombres se acercaban, él podía huir a los escondites sin peligro.

Se alimentaba de frutas silvestres y de raíces; no le costaba mucho encontrarlas, pues los animales mismos lo conducían donde estaban y se las mostraban. Llevaba siempre su piel de cordero y su varita y se internaba cada vez más en el desierto. A veces se acercaba a su pueblo y dos veces vio a sus padres que anhelaban vivamente su presencia. Ellos debían tener revelaciones, pues cuando Isabel o Zacarías deseaban ver a Juan, éste no dejaba de acudir a su encuentro desde muy lejos.

LXXXVI

La Sagrada Familia se dirige a Matarea

Estuvieron diez y ocho meses en Heliópolis, y teniendo ya Jesús alrededor de dos años, dejaron la ciudad por falta de trabajo y por las persecuciones de que eran objeto. Al mediodía se encaminaron hacia Menfis.

Mientras pasaban por una pequeña ciudad, no lejos de Heliópolis, descansaron en el vestíbulo del templo de un ídolo; éste cayó por tierra y se rompió en pedazos. El ídolo tenía cabeza de buey, con tres cuernos; en su cuerpo había varias aberturas donde ponían a quemar las ofrendas. La caída del ídolo produjo un gran tumulto entre los sacerdotes paganos, que detuvieron a la Sagrada Familia con amenazas e injurias. Uno de ellos, sin embargo, dijo que quizás fuera mejor encomendarse al dios de esa gente, recordándoles las desgracias que habían sufrido sus antepasados que persiguieron a la raza a la cual pertenecían estos extranjeros, y les recordó la muerte de los primogénitos de cada familia la noche anterior a la salida de Egipto. Después de esto dejaron marchar a la Sagrada Familia sin hacerle daño. Caminaron hasta la ciudad de Troya, en la orilla oriental del Nilo, frente a Menfis. Había en esa villa mucho barro. Pensaron quedarse; pero no los recibieron en ninguna parte y hasta les rehusaron el agua para beber y los pocos dátiles que pedían.

La ciudad de Menfis se veía en la otra orilla. El río era muy ancho en ese punto, había algunas islas y una parte de la ciudad se extendía al otro lado.

He visto el sitio donde fue descubierto Moisés, siendo niño, entre juncos y cañaverales. En tiempos del Faraón había un gran palacio con jardines y una alta torre a la cual subíaa menudo la hija del Faraón. Menfis formaba como tres ciudades en ambos lados del río. La ciudad de Babilonia, en la orilla oriental del Nilo, un poco más adelante, casi formaba parte del conjunto de edificación de Menfis. En la época del Faraón, toda esa región del Nilo entre Heliópolis, Babilonia y Menfis, estaba llena de altos diques de piedra, de canales y de edificios, unos contra otros, de modo que el conjunto constituía como una sola ciudad. En la época de la Sagrada Familia había grandes separaciones y lugares desocupados. La Sagrada Familia se dirigió al Norte descendiendo el río en dirección a Babilonia. Esta ciudad estaba despoblada y aparecía mal construida y llena de fango. Costearon la ciudad, pasando entre el Nilo y la población, y dirigieron sus pasos en dirección opuesta a la que llevaban. Recorrieron unas dos leguas por la ribera del Nilo. Al borde del camino se alzaban edificios en ruinas. Atravesaron un canal y un pequeño brazo de río y llegaron a un paraje cuyo nombre primitivo no recuerdo, que más tarde se llamó Matarea. Estaba cerca de Heliópolis, situado sobre una lengua de tierra, de modo que el agua lo rodeaba por ambos lados; bastante despoblado, con casas muy aisladas y mal trazadas, hechas de madera de datileros con limo del río reseco, cubiertas de cañas. José encontró allí algún trabajo. Con ramas entrelazadas construyó casas más sólidas, abriendo encima galerías para poder pasear por ellas.

Se instalaron en un lugar solitario, bajo una bóveda oscura, no lejos de la puerta por la que habían entrado. José construyó una casita liviana delante de esta bóveda. También aquí cayó un ídolo, que estaba en un templo pequeño, y después todos los ídolos fueron derrumbándose uno tras otro. Un sacerdote tranquilizó al pueblo enfurecido recordándoles las plagas de Egipto. Más tarde, cuando se hubo reunido allí una pequeña comunidad de judíos y de paganos convertidos, los sacerdotes les dejaron el pequeño templo, cuyo ídolo había caído al llegar la Sagrada Familia. José lo transformó en una sinagoga, convirtiéndose él mismo en el padre

de la pequeña comunidad; les enseñaba a cantar los salmos con regularidad puesto que habían ya olvidado en gran parte el culto de sus antepasados. Había algunos judíos tan pobres que vivían en hoyos abiertos en el suelo. En cambio, en la aldea judía, entre On y el Nilo, vivían muchos israelitas que tenían un templo de propiedad; pero habían caído en el culto idolátrico, porque poseían un becerro de oro, una figura con cabeza de buey y en torno animales pequeños parecidos a garduñas, bajo doseles. Eran animales que defienden contra los cocodrilos.

Tenían una imitación del Arca de la Alianza, dentro de la cual conservaban cosas abominables. Practicaban cultos detestables con toda clase de impurezas que ejercían en un pasaje oscuro subterráneo, pensando de esta forma invocar y atraer la venida del Mesías. Eran impenitentes y no querían corregirse de sus vicios. Más tarde varios de ellos se fueron adonde estaba José, con su pequeña comunidad, a dos leguas de distancia. No podían ir directamente por causa de los canales y malecones, debiendo hacer un rodeo por Heliópolis. Los judíos del país de Gessen habían ya conocido a la Sagrada Familia cuando se hallaba en On, y María hacía para ellos toda clase de labores de tejidos y bordados. María no quiso nunca hacer cosas de puro lujo o inútiles, sino sólo objetos de uso habitual y las ropas que se ponían en las ceremonias del culto y cuando rezaban. He visto que a varias mujeres que habían ido a encargarle ropas y adornos de vanidad y de moda, María rehusó hacerles esos trabajos, aunque tenía mucha necesidad de recibirlos. Algunas de estas mujeres la insultaron,

Desde un principio la estadía de la Sagrada Familia en Matarea estuvo llena de dificultades; no había allí ni agua potable, ni leña para el fuego. Los habitantes quemaban hierbas secas y cañas. La Sagrada Familia no comía la mayoría de las veces sino alimentos fríos. Más tarde José halló trabajo arreglando las cabañas del país. La gente lo trataba como a un pobre esclavo, pagándole el trabajo con lo que les parecía; a veces un salario, otras veces nada. Los

hombres eran muy inhábiles para construir viviendas. No había maderas, y si bien es cierto que vi lugares con árboles, la gente no tenía herramientas para trabajar. La mayoría usaba cuchillos de piedra o de hueso, y escarbaba la tierra para extraer la turba. José llevaba consigo los instrumentos más indispensables, y así pudo instalarse con regular comodidad.

Dividió su habitación en varios departamentos, con tabiques de zarzos; fabricó un hogar, varias mesitas y banquitos, ya que la gente del lugar comía sentada en el suelo. Vivieron en este lugar varios años, y pude ver escenas de las diversas épocas de la vida de Jesús. Vi el lugar donde dormía. En el muro de la bóveda donde descansaba María, José había abierto una cavidad donde se puso el lecho del Niño Jesús. María dormía a su lado y pude ver a María a menudo, durante la noche, rezando de rodillas ante el lecho de Jesús. José se había acomodado en otro sitio. Vi también un oratorio que José había hecho bajo el mismo techo, en un pasillo apartado. José y María tenían sus sitios determinados y había un lugarcito para el Niño, donde rezaba de pie, sentado o de rodillas. María tenía un altarcito, delante del cual oraba: consistía en una mesa cubierta de tela roja y blanca que se sacaba de un compartimiento abierto en el muro y después podía cerrarse. En el hueco del muro había una especie de relicario. Allí he visto la extremidad de la vara de José florecida, por la cual había sido designado esposo de María en el templo de Jerusalén. Vi ramitos dentro de vasos en forma de cálices. Además, vi otro relicario, sin poder decir lo que fuera.

LXXXVII

Santa Isabel vuelve por tercera vez al desierto con el niño Juan

Mientras estaba la Sagrada Familia en Egipto, el pequeño Juan había vuelto secretamente a su casa de Juta, porque he visto que fue llevado nuevamente al desierto cuando tenía cuatro o cinco años. Zacarías no estaba presente cuando salieron de la casa; creo que había partido para no presenciar la despedida, porque amaba mucho a su hijito; pero antes de salir le había dado su bendición, como bendecía siempre a Isabel y a Juan antes que saliesen de camino. El pequeño Juan usaba por vestido una piel de carnero, que saliéndole del hombro izquierdo caíale sobre el pecho y los costados y volvía unirse sobre el lado derecho. No usaba más que esta piel. Sus cabellos eran castaños y más oscuros que los de Jesús. Llevaba el bastoncito blanco que había tomado al dejar la casa. Así lo vi mientras su madre lo llevaba de la mano. Isabel era una mujer de edad, alta, de ágiles movimientos, cabeza pequeña y rostro agradable. El niño Juan corría a menudo, adelantándose a la madre. Tenía toda la inocencia propia de su edad, pero no la irreflexión. Al principio se dirigieron hacia el Norte, teniendo a su derecha un pequeño arroyo; luego los vi atravesar la corriente sobre una pequeña balsa de madera, porque no había puente. Isabel era una mujer decidida y dirigía la balsa con una rama de árbol. Más allá del arroyo siguieron camino hacia el Oriente, entrando en un desfiladero de rocas, desnudo y árido en su parte alta, el fondo lleno de zarzales, de frutas silvestres y dé fresas, que el niño recogía y comía. Después de hacer un trecho en aquel desfiladero, Santa Isabel se despidió del niño, lo bendijo, lo estrechó contra su corazón, lo besó en ambas mejillas y en la frente, y regresó, volviéndose varias veces, llorando, para mirarlo. El niño no sentía inquietud alguna: caminaba con pasos seguros por el desfiladero.

Como durante estas visiones me sentía muy enferma, el Señor me consoló haciendo que asistiese a todo lo que sucedía como si yo fuese una niña. Me parecía tener la misma edad que Juan, y por

eso me afligía viendo que se alejaba tanto de su madre. Creía que no iba a poder encontrar la casa paterna; pero una voz me tranquilizó, diciendo: "No te inquietes; el niño sabe muy bien lo que hace". Me pareció entrar en el desierto con el niño, como compañera de juegos infantiles. De este modo pude ver varias veces lo que le sucedía. El niño me contó varios episodios de su vida en el desierto: cómo se mortificaba y violentaba sus sentidos en toda forma y se volvía cada vez más clarividente, y cómo era instruido en todo lo que necesitaba saber. Nada de lo que me contaba me sorprendía, porque yo misma, cuando siendo pequeña cuidaba las vacas, había vivido en el desierto con el niño Juan. Cuando deseaba verlo lo llamaba desde los matorrales: "Niño San Juan, ven a buscarme con tu bastón y la piel sobre tus hombros". Y Juan venía con su bastoncito y su piel de cordero; y jugábamos como niños; y él me enseñaba toda clase de cosas útiles, no me asombraba que supiese tantas cosas de los animales y de las plantas del campo. Yo también, cuando andaba por el campo, por los bosques y las praderas, siendo niña, estudiaba, como en un libro, en cada hoja o en cada flor, al recoger las espigas y al arrancar el césped, y estas plantas, como los animales que veía pasar, eran para mí motivos de enseñanza y de reflexión.

Las formas de las hojas, sus colores y la disposición de las plantas me sugerían pensamientos profundos. Las personas a quienes los comunicaba me escuchaban con asombro, pero se reían de mí en la mayoría de los casos.

Esto fue causa de que más tarde guardase silencio sobre estas cosas, porque pensaba, y pienso todavía, que a todos los hombres les pasa lo mismo, y que en ninguna parte aprende mejor que en este libro de la naturaleza escrito por el mismo Dios. Cuando en mis contemplaciones posteriores seguí al niño Juan por el desierto, he visto sus gestos, sus actitudes y sus acciones; lo vi jugando con los animales y las flores y entreteniéndose con las plantas. Los pájaros, especialmente, estaban familiarizados con él: se posaban sobre su

cabeza o sus hombros cuando caminaba o rezaba. A veces ponía su bastoncito atravesado sobre las ramas de los árboles y pájaros cíe todas variedades acudían a su llamado y se posaban sobre su bastón unos tras otros. Él les hablaba y los miraba con familiaridad, los trataba como si les estuviera enseñando. Otras veces lo vi seguir a los animales hasta sus cuevas y darles allí de comer, observándolos con toda atención.

LXXXVIII

Muerte de Zacarías e Isabel

Una vez que Zacarías fue al templo a llevar víctimas para el sacrificio, Isabel aprovechó su ausencia y fue a visitar a su hijo en el desierto.

Juan tendría unos seis años entonces. Zacarías no había ido a ver al niño nunca: de modo que si Heredes le preguntaba por el niño podía, sin mentir, responder que lo ignoraba. Pero para satisfacer el gran cariño de sus padres y por el deseo de verlos, visitó varias veces el niño secretamente, de noche, la casa de sus padres, permaneciendo allí algún tiempo. Sin duda su Ángel de la Guarda lo guiaba para que evitara los peligros que lo amenazaban.

Siempre lo vi guiado y protegido por espíritus celestiales y muchas veces vi figuras luminosas que lo rodeaban.

Juan estaba predestinado a vivir así en la soledad, apartado de los hombres y privado de los socorros humanos ordinarios para ser mejor guiado por el espíritu de Dios. La Providencia divina dispuso las cosas de tal manera que aún por las circunstancias exteriores tuviera que retirarse al desierto. También se hallaba como impulsado por un instinto irresistible, pues desde su niñez lo veía siempre pensativo y solitario. Cuando fue llevado el Niño Jesús a Egipto, Juan, su precursor, estaba escondido en el desierto por advertencia divina, ya que también él se hallaba en peligro. Se había hablado mucho de él desde los primeros días de su vida: era conocido su nacimiento maravilloso y mucha gente afirmaba haberlo visto rodeado de resplandor.

Por esta causa Herodes quería apoderarse de él para matarlo. Repetidas veces Herodes había preguntado a Zacarías dónde se escondía el niño, sin atreverse entonces a prenderlo. Pero ahora, yendo Zacarías al templo, fue asaltado y maltratado por los soldados encargados de vigilarlo, delante de la puerta de Jerusalén, llamada de Belén, en un lugar del camino bajo desde donde no se divisaba la ciudad. Lo llevaron a una prisión, en el flanco de la montaña de Sión, donde pude ver más tarde a los discípulos de Jesús cuando iban al templo. El anciano fue torturado para que descubriese el lugar donde se ocultaba su hijo y como no pudieron obtener lo que deseaban, terminaron por matarlo por orden de Herodes. Sus amigos, más tarde, lo enterraron no lejos del templo.

Este Zacarías no era aquél, muerto entre el templo y el altar, que vi salir de los muros del templo cerca del oratorio del anciano Simeón, cuando los difuntos aparecieron después de la muerte de Jesús. La tumba de este Zacarías, que se hallaba dentro del muro, se derrumbó junto con otras ocultas en el templo. Este Zacarías fue muerto entre el templo y el altar con motivo de una lucha acerca del linaje del Mesías y de los derechos que pretendían tener ciertas familias en el templo y los lugares que ocupaban en él. Vi, por

ejemplo, que no todas las familias tenían derecho de hacer educar a sus hijos en el tempjó. Recuerdo haber visto a un niñito de familia real confiado a la educación de la profetisa Ana. En la lucha murió sólo Zacarías, hijo de Baraquías. He visto, más tarde, que se hallaron sus huesos, pero ya no recuerdo los detalles del hecho.

Santa Isabel volvió del desierto a la ciudad de Juta para esperar la llegada de su marido, acompañada en una parte del camino por el niño Juan. Isabel lo besó en la frente y lo bendijo, y el niño volvió al desierto. La madre al entrar en su casa conoció la triste noticia de la muerte de su esposo. Su dolor fue muy grande y parecía inconsolable. Retornó al desierto, quedándose allí con el niño, hasta su muerte, que aconteció poco tiempo antes que la Sagrada Familia volviera de Egipto. Aquel esenio que cuidaba al niño Juan, sepultó a Isabel en las arenas del desierto. Después de esto, Juan se internó más en el desierto: abandonando el desfiladero de rocas se fue a un lugar más despejado y se estableció junto a un pequeño lago. En la playa había mucha arena blanca. Lo he visto avanzar bastante aguas adentro, mientras los peces nadaban alrededor de él sin temor. Allí vivió mucho tiempo, porque lo vi fabricarse una cabaña o glorieta en medio de los arbustos, para pasar la noche: era pequeña y baja» de modo que apenas podía acostarse en ella para dormir. Allí como en otras partes veía formas luminosas que trataban con él sin temor e inocente piedad: parecía que lo instruían y le hacían notar diferentes cosas. Vi también que tenía una varilla atravesada en su bastoncito, de modo que formaba una cruz. Había una tira de corteza atada al cabo del bastoncito, como una banderilla que flotaba al viento mientras jugaba con ella. La casa de Isabel en Juta la ocupó una hija de la hermana de Isabel. Era una casa muy bien cuidada, en perfecto orden y limpieza. Siendo ya grande, volvió Juan otra vez en secreto a ella, regresando inmediatamente al desierto hasta el momento de su aparición entre los hombres.

LXXXIX

Vida de la Sagrada Familia en Matarea

En Matarea los habitantes no tenían más agua que la turbia del Kilo.

María, con sus oraciones, halló una fuente. Cuando se establecieron tuvieron mucho que sufrir, porque no tenían para comer más que algunas frutas y bebían el agua mala del Nilo. Como hacía tiempo que no tenían agua buena, José pensaba ir con sus herramientas y su asno al desierto, hasta el manantial del jardín de los balsameros; pero estando María en oración aparecióle un ángel, quien le indicó que detrás de la casa encontraría una fuente de agua. Se encaminó al otro lado del muro, donde estaba su habitación, y vio un espacio libre, más abajo, en medio de escombros donde se levantaba un árbol muy viejo y muy grueso. Llevaba en la mano un bastón con una palita en el extremo, semejante a la que usan las personas que viajan en tales lugares. Llena de alegría María llamó a José, el cual después de cavar descubrió que había habido allí anteriormente una fuente revestida de mampostería, ahora tapada por los escombros. José limpió y restauró aquello. Encontró cerca de la fuente, por el lado donde había venido María, una piedra de gran tamaño que parecía un altar y creo que en realidad lo había sido en otra época; pero no recuerdo más detalles sobre esto. En esa fuente María hacía beber al Niño, lo bañaba, lavaba su ropa; y así quedó para uso exclusivo de la Sagrada Familia, siendo desconocida para los demás, hasta que el Niño Jesús, ya crecido, pudo él mismo ir por agua y ayudar a María.

Una vez lo vi con varios niños junto a la fuente para darles de beber en el hueco de una hoja grande. Estos niños contaron a sus padres lo del agua, y de este modo acudieron otros a usar de la fuente, aunque estaba para uso casi exclusivo de la comunidad judía del lugar. Cierta vez que María rezaba arrodillada en medio del camino de su casa, vi al Niño Jesús que iba a la fuente con un recipiente para buscar agua. Era la primera vez que hacía esto.

María se emocionó profundamente cuando lo vio, y, siempre de rodillas, le rogó que no lo hiciera más por el peligro de caer al agua. El Niño contestó que tendría mucho cuidado, porque su deseo era sacar agua siempre que ella lo necesitase.

El Niño Jesús ayudaba a sus padres en todo lo que podía, siendo muy atento y cuidadoso con todas las cosas. Cuando José trabajaba cerca de la casa y se olvidaba alguna herramienta, yo veía al Niño llevársela, poniendo mucha atención en lo que hacía. La alegría que daba a sus padres compensaba a éstos de los muchos sacrificios que hacían en Egipto. Más de una vez vi al Niño dirigirse hasta la aldea de los judíos, a una milla de Matarea, para traer el pan que María recibía a cambio de los trabajos que hacía. Los animales dañinos, abundantes en aquel país, no le hacían mal y se mostraban familiares con él: cierta vez lo vi jugando con unas serpientes. La primera vez que lo vi ir a esa aldea solo, tendría de cinco a siete años y llevaba un trajecito color pardo con flores amarillas, que le había hecho María. Lo vi arrodillarse en el camino para rezar, cuando aparecieron dos ángeles que le anunciaron la muerte de Herodes. Jesús no dijo nada de esto a sus padres, no sé si por humildad, o por indicación de los ángeles, o porque no era aún el momento de salir de Egipto. Otra vez lo vi yendo a la aldea con otros niños judíos y al volver a casa lloraba por la degradación en que veía sumidos a esos israelitas de Egipto.

XC

Origen de la fuente de Matarea. Historia de Job

La fuente de Matarea no tuvo origen por la oración de María: ella sólo la hizo brotar de nuevo. La fuente ya existía, revestida de mampostería, aunque oculta bajo los escombros. Vi que Job había estado en Egipto antes que Abraham y que había vivido en este lugar, donde halló la fuente y ofreció sacrificios sobre la gran piedra que allí estaba aún. En esta ocasión supe que Job fue el menor de trece hermanos y que su padre era un gran jefe de tribu cuando fue levantada la torre de Babel.. De un hermano de este hombre descendía la familia de Abraham. Los descendientes de ambos hermanos se casaban entre sí con frecuencia. La primera mujer de Job fue de la raza de Faleg. Cuando después de varias aventuras fue Job a habitar en el tercer lugar, se había casado sucesivamente con tres mujeres de la raza de Faleg. De una de ellas tuvo un hijo, éste una hija, la cual, casándose dentro de la misma familia, dio a luz a la que fue madre del patriarca Abraham. De modo que Job venía a ser bisabuelo de la madre de Abraham.

El padre de Job se llamó Joctán; era hijo de Heber y habitaba al norte del Mar Caspio, junto a una cadena de montañas en una de cuyas laderas había bastante calor, mientras en la otra, cubierta de nieve, hacía mucho frío. He visto muchos elefantes en este país. La comarca donde había estado al principio Job era pantanosa y no hubiera sido favorable para los elefantes. Ese país está al norte de una cadena de montañas, entre dos mares. Uno de estos dos mares, el del Occidente, había sido una alta montaña, según he visto antes, donde habitaban los gigantes y hombres poseídos por malos espíritus antes del diluvio [29].

Había allí una región estéril y pantanosa, ahora habitada, creo, por una gente de ojos pequeños, nariz ancha y pómulos salientes. Al volver Job a este lugar tuvo su primera tribulación y primera prueba. Después de ella emigró hacia el Mediodía, en el Cáucaso, estableciéndose en esta región. De aquí hizo un viaje a Egipto, dominado entonces por unos reyes extranjeros que procedían de pueblos pastoriles de su país. Uno de estos reyes era de la misma región de Job, mientras el otro provenía del lugar más lejano donde habitaban los Reyes Magos. Estos reyes pastores sólo eran dueños de una parte de Egipto, y más tarde fueron desalojados por un Faraón egipcio. He visto gran cantidad de estos pastores reunidos delante de una ciudad donde se habían establecido. El rey de los pastores compatriota de Job quería para su hijo una mujer de la raza vecina del Cáucaso, de donde provenía él. Job, con numeroso séquito, condujo a Egipto a aquella novia real, que era también parienta suya. En el cortejo llevaba treinta camellos y gran cantidad de servidores con muchos regalos. Era entonces Job un hombre joven, alto, de tez morena amarillenta, muy agradable y de cabellos más bien rojizos. Los habitantes de Egipto eran también morenos, pero de color desagradable.

Egipto no estaba entonces muy habitado: sólo se veían, de tanto en tanto, grandes aglomeraciones de gente. No se veían tampoco esos grandes edificios que comenzaron a construirse en la época de los israelitas en Egipto. El rey rindió muchos homenajes a Job, y deseando que se estableciera allí con toda su tribu, no quería dejarlo partir. Le dio por habitación la ciudad donde ahora vivía la Sagrada Familia, que entonces era muy diferente. Allí vivió Job cinco años. Era el mismo lugar donde estaba ahora la Sagrada Familia y le había sido mostrada la fuente del agua y la piedra donde ofrecía sus sacrificios.

Aunque Job era gentil, era justo y conocía al verdadero Dios, adorándole como a su Creador, mientras contemplaba los astros, la naturaleza y la luz.

Le agradaba hablar de Dios y de sus obras de la naturaleza, y no adoraba imágenes de animales monstruosos como hacían los pueblos gentiles. Se había imaginado una representación del verdadero Dios. Era una figura humana pequeña, con rayos en torno de la cabeza, y me parece que con alas.

Tenía las manos juntas sobre el pecho y llevaba un globo sobre el cual se veía un navío navegando sobre las olas. Quizás le recordaba el diluvio.

Cuando ofrecía sacrificios a Dios, el patriarca Job quemaba delante de su imagen diversas clases de semillas. He visto que más tarde fueron introducidas en Egipto unas figuras pequeñas, sentadas como en un pulpito coronado por dosel.

Al llegar Job a Egipto encontró un culto detestable: provenía de las supersticiones que habían presidido la construcción de la torre de Babel. Poseían un ídolo con cabeza de buey muy ancha que terminaba en punta y como levantada en el aire, la boca abierta y los cuernos inclinados hacia abajo. En el interior del ídolo se encendía fuego y se colocaban niños vivos entre sus brazos ardientes, y vi que sacaban algo de las aberturas de aquel cuerpo. La gente de la comarca era muy cruel y la región estaba llena de animales espantosos. Vi animales negros que parecían arrojar llamas de fuego y volaban en grandes bandadas envenenándolo todo, puesto que si se posaban en un árbol éste se secaba de inmediato. Vi animales que tenían las patas traseras muy largas y las delanteras muy cortas, como topos, que saltaban de un techo a otro. Había unas bestias horribles que andaban entre las piedras y

en los agujeros y se enlazaban a los hombres y los asfixiaban. En el Nilo vi un animal grande, con dientes espantosos y grandes patas negras: tenía algo del cerdo y era del grosor de un caballo. He visto otros animales horribles; pero el pueblo era aún más abominable, y Job, a quien había visto librar a su país de origen de las malas bestias, por medio de oraciones, sentía aversión por vivir entre aquellos hombres y a menudo manifestaba sus quejas a los que le rodeaban. Prefería vivir entre las malas bestias que entre tales hombres. Lo vi muchas veces mirar hacia el Oriente, con ojos llenos de ansia, hacia su patria, al Mediodía del país más alejado aún que habitaban los Reyes Magos. Tuvo visiones proféticas de la llegada de los israelitas a Egipto, y también, en general, de la salvación del género humano y de las grandes pruebas por las que debía pasar el hombre. No pudo dejarse persuadir para permanecer en Egipto, y al cabo de cinco años salió del país con todo su séquito.

Las pruebas de Job sucedieron por intervalos. Primero gozó de tranquilidad por nueve años, luego por siete y después por doce años. Las palabras del libro de Job: "Y hablando aún el mensajero", equivalen a decir: se hablaba aún en el pueblo de la desgracia que le había acontecido, cuando sobrevenía otra calamidad a afligirlo. Las tres pruebas las sobrellevó en tres distintos países. La última, que fue seguida de su prosperidad final, le alcanzó cuando vivía en un país llano, al Oriente de Jericó. Aquel país producía incienso y mirra, y tenía una mina de oro y se trabajaban los metales. En otra ocasión tuve nuevas visiones relativas a Job. Recuerdo lo siguiente. Tenía Job dos confidentes, que eran como intendentes, administradores y secretarios suyos, y se llamaban Haí y Uis u Ois. Estos recogieron de su boca toda su historia con las conversaciones que tuvo con Dios, la cual fue trasmitida por sus descendientes, de uno a otro, hasta los tiempos de Abrahán y sus hijos, y se servían de ella para instruir a sus hijos con la narración. Por medio de los hijos de Israel llegó la historia a Egipto y Moisés hizo una síntesis de ella, para consuelo de los israelitas oprimidos por los egipcios y después durante la estadía en el desierto. En un principio era una historia mucho más larga y con mayores cosas

que los judíos no hubieran comprendido. Más tarde Salomón la arregló, haciendo un libro de piadosa lectura: de modo que el libro está lleno de la sabiduría de Job, de Moisés y de Salomón. Es difícil encontrar ahora allí la verdadera historia de Job, pues han variado los nombres de los pueblos, introduciéndose otros más cercanos a la tierra de Canaán. Se le creyó idumeo porque el país donde habitó hacia el final de su historia, estuvo habitado mucho tiempo antes de su muerte por los descendientes de Esaú o Edóm. Creo que Job vivía todavía cuando nació Abrahán.

XCI

Abrahán y Sara en Egipto. La fuente abandonada

Cuando Abrahán fue a Egipto instaló allí su campamento y lo he visto instruyendo al pueblo. Residió allí varios años con Sara, su mujer, y muchos hijos e hijas, cuyas madres habían quedado en Caldea. También Lot vivió en aquel país con su familia, aunque ya no puedo precisar el lugar de su residencia. El patriarca Abrahán fue a Egipto una vez, por orden de Dios, a causa del hambre que se pasaba en el país de Canaán [30], y volvió por segunda vez para recuperar el tesoro de familia que una sobrina de la madre de Sara había trasladado a Egipto. Aquella mujer era de la tribu de pastores de la raza de Job, que había reinado sobre una parte del Egipto. Habiendo llegado como criada, casóse con un egipcio. De ellos procedía una tribu cuyo nombre he olvidado. Una de sus hijas fue Agar, madre de Ismael, que por esto era de la misma raza que Sara. Aquella mujer había sustraído un tesoro familiar, a semejanza de Raquel, que robó los ídolos de Labán; lo había vendido en

Egipto por una gran suma de dinero, yendo a parar así a las manos del Faraón y de los sacerdotes egipcios.

El tesoro era una especie de árbol genealógico de los hijos de Noé, en particular de los descendientes de Sem hasta el tiempo de Abrahán, hecho con piezas triangulares de oro sujetas unas a otras formando una balanza con sus brazos. Las placas triangulares se hallaban enfiladas; otras indicaban las ramas laterales. Sobre esas placas estaban los nombres de los miembros de la familia y toda su serie: partiendo del centro de una tapa se reunían en el platillo de la balanza cuando se hacía descender la tapa por encima. La balanza entera se podía encerrar de este modo en una caja. Las placas principales eran amarillas y grandes, mientras que las de los intervalos eran más delgadas y blancas, como la plata. Oí decir cuanto pesaba todo esto en sidos, representando una suma respetable Aunque los sacerdotes de Egipto habían relacionado diversos cálculos con este árbol genealógico, ellos estaban muy lejos de la verdad. Mediante sus astrólogos y sus pitonisas supieron algo de la llegada de Abrahán a Egipto: supieron que era de origen noble, como su mujer, y que de ellos debía salir una descendencia muy elegida. En sus adivinaciones querían descubrir los linajes nobles para unirse a ellos por medio de casamientos. Satanás introducía de este modo el libertinaje y la crueldad para degradar los linajes más nobles que aún subsistían. Abrahán temía que los egipcios lo mataran por causa de la belleza de Sara; por eso la hacía pasar por hermana, y esto no era mentira, pues en realidad era su hermana sanguínea por ser hija de su padre Tharé, de otra madre. El Faraón hizo llevar a Sara a su residencia para tomarla por mujer. Esto los afligió mucho y rogaron a Dios que los socorriese, y Dios castigó al rey. Todas sus esposas y la mayoría de las mujeres de la ciudad cayeron enfermas. Asustado el Faraón, indagó la causa y descubrió que Sara era mujer de Abrahán.

Se la devolvió y le rogó que saliera de Egipto lo antes posible al reconocer que los dioses lo protegían. Los egipcios eran un pueblo

muy singular, por un lado eran muy orgullosos y se creían los más grandes y sabios del mundo, y por otro, increíblemente serviles y cobardes, cediendo en seguida cuando creían encontrar una fuerza superior a la suya. Esto provenía de que no estaban seguros de su ciencia y de que no conocían las cosas sino por medio de adivinaciones oscuras y equívocas, que les anunciaban toda clase de sucesos contradictorios y complejos. Cuando el acontecimiento no respondía a sus cálculos, se asustaban de inmediato, por ser muy supersticiosos e inclinados a ver lo maravilloso.

Abrahán se dirigió al Faraón muy humildemente pidiéndole trigo, como a padre de los pueblos, y le ganó la voluntad, de modo que le hizo muchos regalos. Cuando le devolvió a Sara y le rogó que abandonara el país, Abrahán le respondió que no podía salir sin antes recobrar un tesoro que le pertenecía, y le habló del árbol genealógico sustraído y llevado a Egipto. El rey reunió a los sacerdotes, y éstos consintieron en devolverlo, siempre que se les permitiera sacar una copia, cosa que Abrahán concedió sin dificultad.

Hecho esto, regresó el patriarca al país de Canaán.

Vi luego varias cosas referentes a la fuente de Matarea hasta nuestra época.

En tiempos de la Sagrada Familia los leprosos usaban del agua por parecer que tenía una virtud particular, la que aumentó más tarde cuando se levantó una pequeña capilla sobre la habitación de María, con una entrada junto al altar mayor para descender a una cueva donde vivió la Sagrada Familia durante algún tiempo. Vi entonces a la fuente rodeada de habitaciones, y que el agua era empleada como remedio contra la lepra: se bañaban en ella para curarse las enfermedades de la piel. Esto sucedía cuando los

mahometanos eran dueños del país: los turcos tenían siempre una lámpara encendida en la iglesia, sobre la habitación de María, temiendo que les sucediera alguna desgracia si abandonaban el cuidado de la lámpara. En la época moderna vi a la fuente en pleno abandono y soledad, a gran distancia de los lugares habitados. La ciudad había desaparecido del primitivo sitio y en los alrededores crecían plantas con frutas silvestres.

XCII

Un ángel avisa a la Sagrada Familia que abandone Egipto

He visto que la Sagrada Familia abandonaba su residencia en Egipto.

Aunque Herodes había muerto hacía mucho tiempo, no pudieron regresar antes porque subsistía el peligro. La estadía en Egipto se le hacía a José insoportable porque sus habitantes practicaban la más horrible idolatría. Sacrificaban a los niños deformes, y cuando sacrificaban a los mejores creían hacer una obra más meritoria. Su culto estaba lleno de impurezas, y los mismos judíos se contagiaban, pues tenían un templo que decían ser como el de Salomón, aunque era una ridícula vanidad. Poseían una imitación del Arca de la Alianza y en ella conservaban figuras obscenas, y se dedicaban a las prácticas abominables del culto idolátrico. No cantaban ya los Salmos, hasta que José estableció un orden perfecto en esta comunidad de Matarea. El sacerdote egipcio que habló en favor de la Sagrada Familia en la vecina ciudad de Heliópolis, donde cayeron los ídolos, se había establecido allí con varias personas, reuniéndose a la comunidad judía. Veía a San José ocupado en su carpintería, y cuando llegaba la hora de dejar el

trabajo, estaba triste, pues no le daban el salario y no tenía nada que llevar a su casa, donde se sufría grandes privaciones.

Afligido por estas preocupaciones, José se hincó de rodillas en el campo y expuso a Dios su necesidad rogándole que acudiera en su ayuda. He visto que durante la noche se le apareció un ángel en sueños y le dijo que los que buscaban la muerte del Niño ya no existían; que se levantara y preparase lo necesario para volver a la patria por los caminos más frecuentados. Le animó asegurándole su protección para que nada temiera. José hizo conocer esta orden a María y al Niño Jesús. Ellos, obedeciendo en seguida, hicieron los preparativos con la misma rapidez con que lo hicieron cuando debieron partir para Egipto. Cuando conocieron al día siguiente su designio de partir, muchas gentes se entristecieron por su salida, y fueron a despedirse con regalos contenidos en pequeños vasos de corteza. Se veía que su aflicción era sincera. Entre ellos había algunos judíos, aunque la mayoría eran paganos convertidos. La mayor parte de los judíos que habitaban allí habían caído de tal modo en la idolatría que era casi imposible reconocerlos por israelitas.

Algunos hubo que se alegraban de la partida de la Sagrada Familia, porque los consideraban magos que tenían por protectores a espíritus maléficos muy poderosos. Entre las personas buenas vi algunas madres con sus hijos, que habían sido compañeros de juego del Niño Jesús. Había una mujer distinguida que llevaba un pequeñuelo a quien llamaba "el hijo de María".

Había deseado mucho tiempo tener hijos, y por las oraciones de María había conseguido tener esa criatura a quien llamó Deodato. Ella se llamaba Mira.

Vi que daba monedas al Niño Jesús; eran pequeños trozos triangulares amarillos, blancos y pardos. El Niño Jesús, al recibirlos, miraba a su madre.

Cuando José hubo cargado el asno con las cosas necesarias se pusieron en camino acompañados por aquellos amigos. El asno era el mismo que había montado María al ir a Belén. Habían tenido también una burrita en la huida a Egipto, pero José en sus apuros tuvo que venderla.

XCIII

Regreso de Egipto

Siguieron el camino que pasa por Heliópolis, desviándose un tanto hacia el Mediodía en dirección de la fuente que había brotado mediante la oración de María. Aquel lugar se encontraba ahora cubierto de tupida vegetación, y el arroyo corría en torno a un jardín cuadrado, rodeado de balsameros. Este sitio tenía una entrada y era tan grande como el picadero del Duque de Dülmen. Había muchos frutales de pocos años, datileros, sicómoros y otros más, y los balsameros eran casi tan grandes como cepas de vid de mediano tamaño. José había hecho pequeños vasos con la corteza de los árboles, elegantes, bien pulidos y untados con pez. Con frecuencia hacía recipientes para diversos usos. Arrancó hojas parecidas a las del trébol de los ramajes rojizos de los balsameros y

colgó de ellos los pequeños vasos de corteza para almacenar el bálsamo que destilaban los arbustos. Al llegar a este lugar se despidieron los acompañantes en forma tierna y la Sagrada Familia permaneció allí varias horas. Vi a María lavando y secando ropa.

Descansaron, llenaron sus recipientes y continuaron el viaje por las sendas más frecuentadas.

Los vi varias veces en este camino, donde no corrieron ningún peligro. El Niño Jesús, María y José llevaban, para protegerse del sol, la corteza de una planta muy grande sobre la cabeza, sujeta bajo el mentón con un paño. Jesús llevaba vestidito pardo y calzado de corteza, fabricado por José, que le cubría la mitad de los pies. María llevaba sandalias. Con frecuencia los vi inquietarse porque el Niño apenas podía andar mucho tiempo por la arena ardiente, y tenían que detenerse para sacarle la arenilla de sus zapatitos; otras veces lo hacían subir sobre el asnillo para que no se cansara demasiado. Los vi atravesando varias ciudades o pasando cerca de otras, cuyo nombre no me acuerdo, excepto Rameses. Cruzaron un arroyo que habían atravesado al ir: este arroyo iba del Mar Rojo al Nilo. José no quería volver a Nazaret, sino más bien establecerse en Belén su patria; pero estaba inquieto porque supo que en Judea reinaba Arquelao, también cruel y malo. He visto que al llegar a Gaza permanecieron unos tres meses. Había en Gaza muchos paganos.

Finalmente un ángel ordenó a José que volviera a Nazaret, lo que hicieron de inmediato. Santa Ana vivía aún y sabía donde habitaba la Sagrada Familia, como también lo sabían algunos parientes, El regreso de Egipto tuvo lugar en el mes de Septiembre. La edad de Jesús entonces era de ocho años menos tres semanas.

XCIV

La Sagrada Familia en Nazaret

En la casa de Nazaret había tres divisiones. La mayor y más arreglada era para María, adonde acudían José y Jesús para el rezo en común.

Cuando rezaban lo hacían de pie con las manos cruzadas sobre el pecho, y oraban en voz alta. Los he visto a menudo rezar bajo la luz de una lámpara con varias mechas. En la pared había un candelero donde brillaba una luz.

Fuera de estos casos cada uno estaba en su propio compartimiento. José trabajaba en su taller: lo vi haciendo listones, tallando palos y cepillando maderas, o transportando tirantes. Jesús le ayudaba en estos trabajos. María estaba de ordinario ocupada en coser y tejer con palillos, sentada, con las piernas cruzadas, y teniendo a su alcance un canastillo con los utensilios de labor. Cada uno dormía en lugar aparte. El lecho consistía en mantas, que por la mañana eran arrolladas.

He visto a Jesús haciendo toda clase de trabajos para sus padres, en la casa y en la calle, ayudando a todo el que se encontrase necesitado, con benevolencia y gracia. Cuando no ayudaba a José, se entregaba a la oración y a la meditación. Era un modelo para todos los niños de Nazaret, que lo querían bien y se guardaban mucho de disgustarle. Los padres solían decir cuando sus criaturas

se portaban mal: "¿Qué dirá el hijo de José cuando sepa tu comportamiento?... ¿Querrás darle un disgusto?". A veces llevaban a sus hijos, delante de Jesús, para reprenderlos, pidiéndoles que les dijera que no hicieran esto o aquello. Jesús recibía estas quejas con simplicidad infantil, y lleno de benevolencia les decía lo que debían hacer. A veces rezaba con ellos, solicitando a Dios fuerza para corregirse, los persuadía a que se mejorasen y pidiesen perdón a sus padres, reconociendo sus faltas.

A una hora de distancia más o menos de Nazaret, hacia Séforis, había una aldea llamada Ofna, donde vivían en tiempos de Jesucristo los padres de Juan y de Santiago el Mayor. Estos niños se encontraban con frecuencia con Jesús hasta que sus padres se trasladaron a Betsaida y ellos se entregaron al oficio de pescadores. En Nazaret vivía una familia, parienta de Joaquín, esenia, con cuatro hijos: Cleofás, Jacobo, Judas y Jafet, unos mayores y otros menores que Jesús. Estos también eran compañeros de infancia de Jesús, y sus padres solían juntarse con la Sagrada Familia cuando marchaban a las fiestas del templo de Jerusalén. Estos cuatro hermanos fueron más tarde discípulos de Juan Bautista, y después de la muerte del Precursor pasaron a ser discípulos de Jesucristo. Cuando Andrés y Saturnino atravesaron el Jordán, permanecieron todo el día con Jesús y más tarde fueron, como discípulos de Juan, a las bodas de Cana. Cleofás es el mismo que, en compañía de Lucas, tuvo la aparición de Jesús en Emaús. Estaba casado y vivía en Emaús. Su mujer se agregó más tarde a las santas mujeres de la comunidad cristiana.

Cuando Jesús tuvo ocho años fue por primera vez con sus padres a Jerusalén y desde entonces iba año tras año a las festividades del templo. Jesús había despertado curiosidad desde su primera aparición en el templo, entre sus amigos y entre los escribas y fariseos del templo. Se hablaba, entre los parientes y amigos de Jerusalén, del niño tan prudente y piadoso, hijo de José, llamándole admirable, tal como aquí, entre nosotros, se habla en las anuales

peregrinaciones o en los encuentros de personas conocidas, de éste o aquel niño piadoso o modesto de alguna familia de campesinos. De este modo tenía Jesús, cuando a los doce años se quedó en el templo, varios amigos y conocidos en Jerusalén, y no se extrañaron sus padres de no verlo al salir de Jerusalén, porque ya desde la primera hasta esta quinta vez que iba al templo siempre solía juntarse con los niños de otras familias que viajaban camino de Nazaret. Esta vez se separó Jesús de sus acompañantes al llegar al huerto de los Olivos y ellos pensaron que lo hacía para juntarse con sus padres, que venían detrás. Jesús se dirigió a la parte de la ciudad que mira hacia Belén y se fue a aquella posada donde se detuvo la Sagrada Familia cuando se dirigía al templo para la Presentación. Sus padres creían que estaría con los que iban a Nazaret, y éstos pensaron que se apartaba de ellos para juntarse con sus padres. Pero cuando llegaron a Gofna y advirtieron que Jesús no estaba con los viajeros, el susto de María y de José fue muy grande.

De inmediato volvieron a Jerusalén, preguntando en el camino a los parientes y amigos por el Niño; pero no pudieron encontrarlo por ningún lado, pues no se había detenido donde ordinariamente solía hacerlo al ir al templo.

Jesús pasó la noche en la posada cerca de la puerta betlemítica, donde eran conocidos él y sus padres. Se juntó con otros jovencitos y se fue a dos escuelas que había en la ciudad. El primer día fue a una escuela y el segundo a la otra. El tercer día estuvo por la mañana en una escuela del templo y por la tarde en el templo mismo, donde lo encontraron finalmente sus padres. Estas escuelas eran de diversas clases y no sólo para conocer la ley y la religión: se enseñaban diversas ciencias, y la postrera de ellas estaba situada junto al templo, y era la de la cual salían los levitas y sacerdotes. Con sus preguntas y respuestas asombró tanto el Niño Jesús a los maestros y rabinos de estas escuelas y tanto los estrechó, que éstos se propusieron a su vez humillar al Niño con los

rabinos más sabios en diferentes ramas del saber humano. Con este fin se habían confabulado los sacerdotes y escribas, que al principio se habían complacido con la preparación del Niño Jesús, pero luego quedaron mortificados y querían vengarse. Aconteció esto en el aula pública, situada en el vestíbulo del templo, delante del Santo de los Santos, en el ámbito circular, desde donde Jesús más tarde enseñó al pueblo. Vi sentado al Niño Jesús en una gran silla, que no llenaba, y alrededor de Él había una multitud de judíos y ancianos con vestimentas sacerdotales. Escuchaban atentos, y parecía que estaba todos furiosos contra Él y por momentos creí que lo iban a maltratar. En la parte alta de la cátedra había unas cabezas pardas como si fueran perros y en los puntos superiores lucían y relumbraban. Tales figuras y cabezas veíanse en varias mesas largas de cocina que había en la parte lateral de este recinto del templo y que estaban llenas de ofrendas. Todo el espacio era tan grande y amplio y tan lleno de gente que no parecía estarse en un templo. Como Jesús hubiese aducido en las otras escuelas toda clase de ejemplos de la naturaleza, de las artes y de las ciencias en sus respuestas y explicaciones, se habían reunido aquí maestros en todas esas diversas asignaturas. Cuando ellos comenzaron a preguntarle y a disputar en particular con Jesús sobre estas materias, Él dijo que no pertenecía esto al lugar del templo; pero que también quería satisfacerlos en esto por ser tal la voluntad de su Padre. Como ellos no comprendían que hablaba de su Padre celestial, pensaron que José le había dicho que hiciera alarde de toda su ciencia delante de los sacerdotes. Jesús comenzó a responder y a enseñar sobre medicina describiendo el cuerpo humano y diciendo cosas que no conocían ni los más entendidos en la materia.

Habló asimismo de astronomía, de arquitectura, de agricultura, de geometría y de matemática. Luego pasó a la jurisprudencia. De este modo todo lo que iba ofreciendo lo aplicaba tan bellamente a la ley, a las promesas, a las profecías, al templo y a los misterios del culto y del sacrificio, que unos estaban admirados sobremanera, mientras otros estaban avergonzados y disgustados.

Así discurrieron, hasta que todos corridos se molestaron mucho especialmente al oír cosas que jamás habían sabido ni entendido o que interpretaban de muy diferente manera.

Hacía algunas horas que Jesús estaba enseñando cuando entraron en el templo José y María, y preguntaron por su Hijo a los levitas que los conocían.

Estos dijeron que estaba en el atrio con los escribas y sacerdotes, y no siendo éste lugar accesible para ellos, enviaron a un levita en busca de Jesús.

Mas éste les hizo decir que primero quería terminar su trabajo. La circunstancia de no acudir afligió mucho a María: era la primera vez que les daba a entender que había para Él otros mandatos fuera de los de sus padres terrenales. Continuó enseñando aún no menos de una hora, y cuando todos se vieron refutados, confundidos y corridos en sus preguntas capciosas, dejó el aula y se llegó al vestíbulo de Israel y de las mujeres. José, tímido, callaba, lleno de admiración. María se acercó a Él, diciéndole: "Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?... He aquí que tu padre y yo te hemos buscado con tanto dolor". Jesús estaba todavía muy serio, y dijo: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo estar en las cosas de mi Padre?..." Esto no lo entendieron y regresaron con Él de inmediato. Los que habían oído tales palabras estaban asombrados y quedaron mirándolo. Yo estaba llena de temor: me parecía que iban a echarle mano, porque estaban llenos de encono contra el Niño. Me admiré que dejasen partir tranquilamente a la Sagrada Familia, porque le abrieron ancho camino en medio de la muchedumbre apiñada en el lugar. La doctrina de Jesús excitó fuertemente la atención de los escribas: algunos anotaron sus dichos como algo notable y se hacían toda clase de comentarios y murmuraciones acerca del particular. Pero todo lo acontecido en el templo se lo

guardaron entre sí, tergiversando las cosas y calificando al Niño de intruso y atrevido, a quien habían corregido: que sin duda tenía mucho talento, pero que eran cosas que había que pensarlas mejor.

Vi a la Sagrada Familia salir de nuevo de Jerusalén y reunirse con dos mujeres y algunos niños que yo no conocía, pero que parecían ser de Nazaret.

Fueron por diversos lugares alrededor de Jerusalén, por varios caminos, por el Monte de los Olivos, deteniéndose acá y allá, en los hermosos y verdes lugares de recreo, y orando con las manos cruzadas sobre el pecho. Los vi cruzar un gran puente sobre un arroyo. El caminar y el orar del pequeño grupo me recordaban vivamente una peregrinación.

XCV

Fiesta en casa de Ana

Cuando Jesús estuvo de vuelta en Nazaret, vi en la casa de Ana una gran fiesta, a la cual asistieron todos los jóvenes y niñas de los parientes y amigos. No sé si sería una fiesta por el hallazgo del Niño Jesús u otra solemnidad acostumbrada al regreso de la Pascua o la conmemoración del duodécimo aniversario de los hijos que solía celebrarse. Jesús estaba allí como el principal festejado.

Encima de las mesas estaban tendidas bellas enramadas y colgaban sobre ellas guirnaldas de hojas de vid y espigas, y los niños llevaban uvas y panecillos. Estaban presentes treinta y tres niños, todos futuros discípulos de Jesús, lo que guardaba referencia con los años de vida de Jesús. Enseñó Jesús y contó a esos niños, durante la fiesta, una muy maravillosa y poco comprendida parábola de unas bodas donde el vino se convertiría en sangre y el pan en carne, y que ésta quedaría con los convidados hasta el fin del mundo para consuelo, fortaleza y vínculo de unión. Dijo también a un joven llamado Natanael, pariente suyo: "En tus bodas estaré presente". A partir de este año duodécimo de su vida, Jesús fue siempre como el maestro de sus compañeros de infancia. A menudo estaba sentado con ellos refiriéndoles algo y paseando al aire libre. Más tarde comenzó a ayudar a José en su oficio. Era el Salvador de figura delgada y delicada, de rostro largo, ovalado y reluciente, de color sano, aunque pálido. El cabello, muy liso y rubio encendido, caíale en crenchas por la alta y serena frente sobre los hombros. Vestía larga túnica gris pardusca, que le llegaba hasta los pies; las mangas eran un tanto abiertas cerca de las manos.

XCVI

Muerte de San José

Cuando Jesús se acercaba a los treinta años, José se iba debilitando cada vez más, y vi a Jesús y a María muchas veces con él. María sentábase a menudo en el suelo, delante de su lecho, o en una tarima redonda baja, de tres pies, de la cual se servía en algunas ocasiones como de mesa. Los vi comer pocas veces:

cuando traían una refección a José a su lecho era ésta de tres rebanadas blancas como de dos dedos de largo, cuadradas, puestas en un plato o bien pequeñas frutas en una taza. Le daban de beber en una especie de ánfora. Cuando José murió, estaba María sentada a la cabecera de la cama y le tenía en brazos, mientras Jesús estaba junto a su pecho. Vi el aposento lleno de resplandor y de ángeles. José, cruzadas las manos en el pecho, fue envuelto en lienzos blancos, colocado en un cajón estrecho y depositado en la hermosa caverna sepulcral que un buen hombre le había regalado. Fuera de Jesús y María, unas pocas personas acompañaron el ataúd, que vi, en cambio, entre resplandores y ángeles.

Hubo José de morir antes que Jesús pues no hubiera podido sufrir la crucifixión del Señor: era demasiado débil y amante. Padecimientos grandes fueron ya para él las persecuciones que entre los veinte y treinta años tuvo que soportar el Salvador, por toda suerte de maquinaciones de parte de los judíos, los cuales no lo podían sufrir: decían que el hijo del carpintero quería saberlo todo mejor y estaban llenos de envidia, porque impugnaba muchas veces la doctrina de los fariseos y tenía siempre en torno de Sí a numerosos jóvenes que le seguían. María sufrió infinitamente con estas persecuciones.

A mí siempre me parecieron mayores estas penas que los martirios efectivos. Indescriptible es el amor con que Jesús soportó en su juventud las persecuciones y los ardides de los judíos. Como iba con sus seguidores a la fiesta de Jerusalén, y solía pasear con ellos, los fariseos de Nazaret lo llamaban vagabundo. Muchos de estos seguidores de Cristo no perseveraban y le abandonaban.

Después de la muerte de José, se trasladaron Jesús y María a un pueblito de pocas casas entre Cafarnaúm y Betsaida, donde un hombre de nombre Leví, de Cafarnaúm, que amaba a la Sagrada

Familia, le dio a Jesús una casita para habitar, situada en lugar apartado y rodeada de un estanque de agua. Vivían allí mismo algunos servidores de Leví para atender los quehaceres domésticos; la comida la traían de la casa de Leví. A este pueblito se retiró también el padre del apóstol Pedro cuando entregó a éste su negocio de pesca en Betsaida. Jesús tenía entonces algunos adeptos de Nazaret, pero se apartaban con facilidad de Él. Jesús ya iba con ellos alrededor del lago y a Jerusalén a las fiestas del templo. La familia de Lázaro, de Betania, ya era conocida de la Sagrada Familia. Leví le había entregado esa casa para que Jesús pudiera refugiarse allí con sus discípulos sin ser molestado. Había entonces en torno del lago de Cafarnaúm una comarca muy fértil, con hermosos valles, y he visto que recogían allí varias cosechas al año: el aspecto era hermoso por el verdor, las flores y las frutas. Por eso muchos judíos nobles tenían allí sus casas de recreo, sus castillos y sus jardines; también Herodes tenía una residencia. Los judíos del tiempo del Señor no eran como los judíos de otros tiempos; éstos, a causa del comercio con los paganos, estaban muy pervertidos. A las mujeres no se las veía de ordinario en público ni en los campos, a no ser las muy pobres que recogían las espigas de trigo. Se las veía, en cambio, en peregrinaciones a Jerusalén, y en otros lugares de oración. El comercio y la agricultura se hacían principalmente por medio de los esclavos y sirvientes. He visto todas las ciudades de Galilea, y allí donde ahora veo apenas dos o tres Pueblitos entonces un centenar estaba lleno de gente en movimiento. María Cleofás, que con su tercer marido, padre de Simeón de Jerusalén, vivía hasta ahora en la casa de Ana, cerca de Nazaret, al dejar María y José su casa de Nazaret, se trasladó a esa casa con su hijo Simeón, mientras sus criados y parientes quedaban en la de Ana. Cuando en este tiempo Jesús se dirigió desde Cafarnaúm, a través de Nazaret, hacia Hebrón, fue acompañado por María hasta Nazaret, donde quedó esperando su vuelta. María solía acompañar a su Hijo con mucho cariño en estos cortos viajes. Acudieron allí José Barsabas, hijo de María Cleofás, habido con su segundo marido Sabas, y otros tres hijos de su primer marido Alfeo: Simón, Santiago el Menor y Tadeo, los cuales ejercían oficios fuera de casa. Todos iban para consolarse con la

vista de María y consolarla de la muerte de José, y para ver de nuevo a Jesús, a quien no habían vuelto a ver desde su infancia. Habían oído comentar las palabras de Simeón en el templo y la profecía de Ana en ocasión de la Presentación de Jesús en el templo; pero apenas si las creían y por esto se unieron a Juan el Bautista, que había hecho su aparición en esos lugares.

NOTAS

1. En otra parte dice la vidente que estos solitarios tuvieron tres nombres: Escarenios, Khasideos y Esenios. El primer nombre provenía de askarah, conmemoración, y era la parte del sacrificio sin sangre para recordar a Dios su misericordia. Khasideos significa 'compasión por los pobres'. De Esenios no pudo recordar el origen.

2. La tradición dice que Emerencia, mujer de Estolano, dio a luz a Ismeria, madre de Santa Isabel, y a Ana, madre de María. Pero según la vidente, Ana no sería hija, sino nieta de Estolano.

3. Según la tradición judía varias partes, especialmente el nervio de la cadera, que en la lucha de Jacob con el ángel fue tocado y se secó, no eran quemados sobre el altar, sino cerca de allí hacia el Oriente, sobre el "montón de cenizas".

4. Era una mezcla de incienso, mirra, casia, nardo, azafrán, canela, sal fina y otros productos y pertenecía al sacrificio diario.

5. Diversas formas de los nombres de Joaquín, Ana y María.

6. Sor María de Agreda dice, en sus visiones sobre la vida de la Virgen, que le fue explicado que la nueva y celestial Jerusalén de que habla el Apocalipsis 8XXII), no es otra cosa que la Virgen Santísima.

7. En un antiguo comentario hebraico sobre los salmos se leen las palabras siguientes: “Yo he creado siete mares, dice Dios, mas entre todos he elegido solamente el de Genesaret”.

8. San Epifanio, en un libro sobre la vida de los profetas, dice de Jeremías: “Este profeta dio una señal a los sacerdotes de Egipto, anunciándoles que sus ídolos caerían al suelo hecho pedazos cuando una Virgen Madre con su Divino Hijo entrare en Egipto”. Este discípulo de Elías no fue Jeremías, que nació tres siglos después.

9. Un arqueólogo señala una estatua egipcia que representa a Isis con las mismas características.

10. Entre las numerosas clases de votos que enumera el Michnah usados por los judíos, no se halla el de castidad. Esto explica por qué los sacerdotes no accedieron al deseo de María, a pesar de haber personas que, como los esenios, vivían en castidad.

11. La tradición lo llama Agabus y en el cuadro de Rafael es el joven que rompe su vara sobre las rodillas.

12. Sábese por antiguos documentos que por lo menos desde la cautividad de Babilonia se guardaban en el Templo registros genealógicos exactos.

13. Esto fue narrado el 4 de agosto y Brentano comprobó que el 3 de agosto se había mostrado en Perusa el anillo de la Virgen, coincidiendo con el día que la vidente tuvo la visión.

14. Este vástago de David podría ser Elíada, citado en el libro II de los Reyes.

15. Las nueve campanillas tenían relación mística con los nueve meses que permaneció Jesús en el seno de María.

16. En este sitio se halla Ghimea, al pie del monte Gelboé. Los viajeros la llaman Ghinin o Djenim.

17. Plinio dice que Sucot o Schytópolis se llamó antiguamente Nysa, porque Baco había enterrado allí a su nodriza Nysa.

18. Herodes había colocado algunos de sus hijos bastardos en la secta de los saduceos, como empleados del templo, para disminuir la influencia de los fariseos.

19. La Iglesia de Santa María in Trastevere se llamó también Santa María in fonte olei.

20. Según la tradición San Saturnino predicó en el país de los Medos. La vidente vio que los

Reyes pasaban el día del santo, de quien conservaba una reliquia.

21. El célebre cristólogo Sepp acepta esta etimología: dice que el primer nombre es índico; el segundo, persa, y el tercero, árabe.

22. En el diccionario de Franke se lee: Acaiacula, fortaleza sobre las islas del Eufrates, en la Mesopotamia.

23. San Jerónimo menciona el pueblo de Metán, cerca del Arnón.

24. Los días de ayuno de los judíos son el 8 y el 16 del mes de Tebet.

25. Natanael, el de las bodas de Caná, no es el Natanael que vio Jesús bajo la higuera.

26. Castro, en la Vida de María, y Grotanus, en la Vida de San José, consignan esta tradición tomada de un antiguo manuscrito armenio.

27. Arvieux, en el segundo tomo de sus Memorias (Leipzig, 1783), dice: “Entre Hebrón y Belén pasamos por la aldea de la Santísima Virgen, donde se dice que descansó cuando huía de Egipto”.

28. San Jerónimo y Eusebio hablan de un lugar llamado Anim o Anem, a nueve millas al Sur de Hebrón, en el distrito de Daroma.

29. En otra visión Ana Catalina dice que el Mar Muerto fue, antes del Diluvio, una cadena de montañas habitada por espíritus malignos que tomaron posesión de los gigantes de aquel tiempo.

30. Flavio Josefa dice que Abraham enseñó a los egipcios aritmética y astronomía.